



Hermosa
Locura



Un amor para siempre

Isabel Acuña

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Fragmento de Rayuela, Julio Cortázar](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Serie Un amor para siempre](#)

[Sobre la autora](#)

Hermosa Locura



Un amor para siempre

Isabel Acuña

Créditos

© 2010 Barranquilla, Isabel Acuña C.
Registro de Autor: 10-237-53
Oficina de Registro de Autor. Min. de Justicia.
Colombia.

Editado por Cristina Caballero para CreateSpace.
Diseño de portada por Nadia Salamanca Fuenzalida en Chile.
Diagramación interior por Nadia Salamanca Fuenzalida en Chile.
<http://nadiasf.wix.com/disenos-sos>

Primera Edición: Febrero del 2015
13: 978-1508611127
10: 1508611122

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud a la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Fragmento de Rayuela, Julio Cortázar

“Como si se pudiese elegir en el amor,
como si no fuera un rayo que
te parte los huesos
y te deja estaqueado en mitad del patio.”

Capítulo 1

San Francisco, Julio del 2014.

Era un viernes de mierda.

Nada había salido bien esa mañana, y ni siquiera era medio día. A las once en punto, Julia, caminaba por el largo corredor que la llevaba a la sala de juntas. El mutismo anegaba el lugar en un ambiente de calma infrecuente, solo roto por la sinfonía novena de Beethoven, que circulaba por las distintas estancias, culpa del equipo de sonido empresarial. Vaciló al llegar a la entrada, respiró profundo, tomó el pomo, la jornada no la había preparado para lo que encontraría detrás de esa puerta. “Mira tu correo, el nuevo Vice acaba de enviar una nota. Hay reunión a las once de la mañana con personal de hoteles Admiral-Garden”, le había dicho su secretaria una hora atrás.

—Esa reunión la iba a realizar Paul —había contestado ella.

—Pues ya no, insisten en que seas tú.

Desde que el nombre de la incipiente cadena de hoteles afloró en el panorama de la empresa, vivía en tensión. Era cuestión de tiempo el que se diera un encuentro, sino con él, con alguno de sus directivos y por lo visto, no había podido aplazarlo.

La puerta se abrió en silencio.

—Entra.

Fue la voz de Tom su jefe inmediato, que salió en ese momento.

—Ya vuelvo. —El profesional se alejó por el pasillo.

Julia se secó las palmas húmedas, tragó la piedra en la garganta y dio un par de pasos para entrar, la puerta se cerró de inmediato. Sus manos se apretaron a la *tablet* mientras observaba al hombre de pie al lado de la ventana. Él se volteó enseguida y la mirada celeste la atacó como una patada en el estómago. ¡Oh por Dios! Paso a paso se acercó a ella con su innata gracia a pesar de ser un hombre acuerpado y alto.

—Buenos días, chica *Berkeley*, es un placer volver a verte. —Se aproximó con la mano extendida.

Julia que se preciaba de dominar cualquier situación, quedó clavada en el suelo sin dejar de mirar al culpable que la arruinó para otros. Ese sonido de voz ronco y carnal, atravesó sus recuerdos y le oprimió el pecho. “*Esto es ridículo*”, caviló consternada, quedaría en evidencia, había pasado mucha agua bajo el puente. Siete años era mucho tiempo. Transcurrido el instante de aturdimiento; extendió la mano con una falsa confianza. Era cuestión de supervivencia.

—Buenas tardes, señor De la Cruz.

El apretón de manos fue rápido y breve, como en los negocios, la excusa perfecta para negarse a llamarlo por su nombre, pero Julia lo percibió íntimo. Rozó la cálida piel y se percató de su textura, a la vez que tuvo la sensación de que todo se desarrollaría en los términos que él impusiera. Se reprendió por tonta y por sus absurdos pensamientos.

Deseó haber pasado por el salón de belleza, haberse maquillado más los ojos, en fin, hubiese querido estar despampanante. No, como siempre, la suerte no estaba de su lado. Tenía ojeras hasta en las orejas, se sentía hinchada por el síndrome premenstrual y el cabello hecho un desastre.

“*¡Ya Julia, basta!*,” dijo reprendiéndose a sí misma. No se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y eso la enojó. “*Eres una mujer hecha y derecha y como tal te vas a portar.*”

—Ha pasado un largo tiempo —dijo Nick, le regaló una media sonrisa y levantó la ceja en un gesto que decía que estaba esperando su siguiente movimiento.

—No tan largo —contestó Julia con aparente desenfado y se sentó a la mesa de la sala de juntas de color caoba oscura. “*Respira, solo respira*” “*No lo arruines*” Se protegió con una coraza de impasibilidad, se centró en su papel de profesional, dispuesta a comenzar la reunión. Aunque sus sentimientos estaban en una extraña colisión que no sabía cómo analizar, lo dejaría para más tarde.

Nick se acercó a la mesa y se sentó indolente en una silla frente a ella.

—Antes que nada, deseo aclararte que me acerqué al Grupo Dickinson por su reconocida trayectoria en el campo de recursos humanos. No sabía que tú estabas a cargo y espero que no haya ningún problema.

—No, en lo absoluto. El grupo Dickinson se caracteriza por brindar los mejores empleados que se puedan conseguir, altamente capacitados para desempeñar las labores que se requieran. Estoy segura de que estaremos a la

altura de sus expectativas. —dijo Julia tratando de controlar sus nervios, pues sabía muy bien que la imagen de la empresa era lo primero.

—Yo me refiero a ti. ¿Cómo te sentirás Julia?

—Déjeme aclararle algo —replicó Julia casi gruñendo—, soy muy profesional en mi trabajo y me siento habilitada para realizarlo, no tengo ningún problema en desempeñarme para lo que estoy capacitada. Ahora la pregunta es: ¿Cómo se sentirá usted señor De la Cruz?

—Nick —se inclinó un poco hacia adelante con el ceño fruncido—, después de todo, no somos extraños.

—Perfecto.

—Dilo.

—¿Disculpe?

Julia lo miró sorprendida. El ambiente estaba tirante.

—Mi nombre. Te pedí que dijeras mi nombre.

No quería pronunciarlo. Quería soltar cualquier frase desenfadada, algo que le impidiera obedecerle. Las palabras se le enredaron en la garganta; le respondió:

—Nick.

Carraspeó y se concentró en la *tablet*.

Tom volvió en ese instante y pudo detectar la tensión en el aire

—Ahora que rompimos el hielo, podemos seguir adelante con la reunión.

Las duras líneas de su rostro se suavizaron y exhibió una deslumbrante y blanca sonrisa, que hizo que a Julia se le encogieran los dedos de los pies.

—Bien —dijo Tom—, podemos empezar a trabajar.

Tom miraba al uno y al otro con la curiosidad pintada en el rostro. Una mujer entró con una bandeja en la que había café y agua. Tom tomó enseguida las riendas de la situación.

Nick presentó las demandas del grupo Admiral, y Julia, lo que ofrecería el grupo Dickinson. La reunión duró aproximadamente dos horas. A un nivel profesional, ambos estaban sorprendidos de sus capacidades. A un nivel subliminal la cosa era diferente. Julia observaba a Nick. Su manera de llevar las cosas y los gestos que recordaba. Era un hombre muy sexual. De cabello grueso y negro como el carbón, tenía un corte mucho más sofisticado que el de su época universitaria. Decir que estaba guapo sería quedarse corta. El rostro denotaba firmeza y astucia, pómulos marcados, nariz con una ligera

desviación a la izquierda, producto de una lesión en un partido de fútbol en la época universitaria. La boca era una delicia, bien delineada y hecha para quebrantar a besos cualquier voluntad. Donde Dios no escatimó su obra, era en los ojos, que variaban del azul claro al azul grisáceo según su estado ánimo. Él la estudió con aire apreciativo y con falta de sutileza. De repente, siete años de su vida se borraron de golpe y volvió a ser la joven insegura y nerviosa que bebía los vientos por él. Se sintió vulnerable bajo el halo de su penetrante mirada, capaz de ver cosas que ninguna mujer revelaría. Imaginaba el día a día de las mujeres que trabajarían a su lado. Era difícil sustraerse a su encanto y a sus gestos, como el de llevarse la mano a la barbilla. “*Eres una mujer comprometida Julia Lowell*” le susurró una vocecita al oído. Llevó la mano al anillo, con un solitario de varios quilates. La mirada dura y punzante que le destinó Nick a la joya no pasó desapercibida. No supo por qué escondió la mano debajo de la mesa, se sonrojó ante el gesto de burla del empresario.

Para Nick la situación no era diferente. Observaba a Julia y trataba de reconciliar la imagen que tenía de ella, con la de la mujer actual, hermosa, eficiente y contenida que ahora se le presentaba. La vio más bella que nunca, los ojos del color de una copa de jerez vista a contraluz, con una mirada clara y cálida. El cabello recogido en una moña, no dejaba adivinar el largo. Sus facciones eran más talladas, la línea del cuello elegante y ¡esos labios!, que prometían cosas no aptas para una sala de juntas. ¡Dios! ¡Ah, cuánto ansiaba probarlos, disfrutar de la suavidad de su piel! Siempre había ejercido una fascinación en él, era una incómoda sensación y el maldito anillo que atizó sus negros pensamientos. No le pertenecía, aún.

—Bien, creo que es todo por hoy. Podemos realizar otra reunión en dos días. Ya con esta información podré empezar a seleccionar el personal que se necesitará —concluyó Julia, al tiempo que recogía la *tablet* de la mesa.

—Me parece perfecto, el miércoles a las dos de la tarde estará bien.

—Permiso señores. —Se levantó, le dio la mano a Tom y después a Nick tratando de disimular el torrente que atravesó su mano hasta la muñeca sin lograrlo del todo. Se dio cuenta que Nick algo debió sentir, pues se miraba la mano dándole vuelta con una expresión entre sorprendido y disgustado al mismo tiempo. Julia salió como alma que lleva el diablo.

Tom lo llevó hasta su oficina. Nick caminaba nervioso de un lado a otro. Tom se acercó a un mueble de madera de dónde sacó una botella de whisky.

—Lo necesitas.

Nick lo miró con gesto interrogante.

—Es necesario. De vez en cuando, claro está. No te preocupes, no me ha dado por empinar el codo todavía. Pero creo que tú lo necesitas más que yo.

Tom sirvió dos vasos, Nick aferró el suyo sin tomar asiento. Distráido, observaba el fondo de la bebida. Bebió un trago y se sentó.

—No sé qué te traes. ¿Por qué no me cuentas qué es lo que pasa?

—¿En este momento? —Nick, le miró algo perplejo— Ni yo mismo lo sé.

—Todo lo que puedo decir es que en esa sala, había suficiente fuego para una hoguera, de ambas partes por supuesto.

Los labios de Nick se elevaron en una sonrisa sin pizca de alegría.

—¿Tú crees? —Lo miró escéptico.

—A excepción de que a veces te miraba como sí quisiera retorcerte el cuello y otras como si fueras una golosina, sí, creo que sí.

Nick bebió otro trago.

—Debes estar mal de la vista.

—En el tiempo que te conozco, nunca te he visto anteponer tus sentimientos al trabajo, pero hoy estabas más concentrado en mirarla embobado que en lo que te presentamos. Podría estar contando un cuento o pedirte que regalaras tu hotel y ni te habrías enterado —dijo Tom, señalando la propuesta que había sobre la mesa.

—Ni lo pienses por un momento —acotó Nick—. Mi trabajo es lo primero y el hecho de estar mirándola no me impidió concentrarme en lo mío. Hay ciertos puntos que quiero discutir contigo.

Volvieron al trabajo nuevamente.

Nicolás de la Cruz salió del conglomerado tratando de darle explicación a sus turbias emociones. ¡Mierda! Esto era mucho más complicado de lo que pensaba, ¿qué diablos esperaba?, él mismo se había metido en esto. Había organizado todo por simple curiosidad. Deseaba saber en quién se había convertido la hermosa muchachita que había amado años atrás y la negociación le venía al guante. No esperaba el rugido que pugnó por salir tan pronto la vio caminar hacia él. La ropa típica de la ejecutiva, vestido sastre

azul oscuro, los labios, el dichoso pañuelo en el cuello, que hizo volar su mente sobre los usos que podría darle y los zapatos con tacón delgado que imaginó clavados a su espalda, todo el conjunto se confabuló para acelerarle el cuerpo o solo porque era ella, su preciosa chica *Berkeley*. No, él no había venido a ella por simple curiosidad. Él había venido para recuperarla. Soltó una carcajada irónica, mientras el motor de su *Porsche* negro, aceleraba y salía del lugar. Recordó la maldita joya en el dedo y sin querer aumentó la presión del pie en el acelerador. Se había convertido en una mujer de armas tomar... Siempre lo fue. Dominaba el trabajo a la perfección y ante sus preguntas, nunca perdió el equilibrio. Cada matiz de su expresión pedía que la mirara pero que no se atreviera a tocarla. El olor de su perfume herbal y cítrico a la vez le golpeó las fosas nasales y se encontró rastreándolo como un perro en cuanto salió ella de la sala de juntas. El tono de voz, hizo que recordara lo que era tenerla entre las sábanas. Sabía que ella se estaría preguntando que hacía el dueño de los hoteles contratando personal, cuando su director de ese departamento podría hacerlo con los ojos cerrados. Solo sus empleados sabían que se tomaba una semana cada seis meses en un departamento de la empresa. La inauguración del Admiral de San Francisco sería en tres meses y al coincidir con Peter Stuart, su antiguo compañero de universidad y hablar de los buenos tiempos, se le ocurrió que podría hacerlo. Nick sabía que seguía soltera, sabía todo de ella y entonces, pudo más la curiosidad, el anhelo. Aquí estaba, desconcertado y molesto por la actitud de ella. Todavía lo culpaba, pudo percibirlo bajo la apariencia de mujer indiferente. A él no lo engañaba. La conocía. Pensó por un instante en cancelar todo, darle el contrato a otra empresa. Seguir adelante. Una mujer como Julia le traería dolores de cabeza. No, él no corría ante los desafíos que le presentaba la vida. Quería sacarla de sus papeles, despojarla de la superficie de contención y revelar al mundo la verdadera mujer que sabía que era, alegre, tierna y apasionada. Encendió el equipo de música del auto y Ray Charles inundó con su voz el ambiente. ¿Cómo sería tenerla en su cama de nuevo? Aprendería a conocerla. ¿Qué la excitaría? ¿Cómo derrumbar sus barreras? Sería interesante verla perder el control. ¿Y si salía igual de lastimado que años atrás? La respuesta llegó a él en uno de los crescendos de la melodía y como por arte de magia o como si de una película se tratara, las escenas más importantes de ese amor pasaron ante sus ojos.

Después de una jornada tensa y agotadora Julia desistió de seguir trabajando y se fue para su casa temprano. Llegó al apartamento, soltó la cartera en un mueble de la entrada, se quitó los zapatos en el camino y dejó la chaqueta en cualquier parte, algo impensable en cualquier otra circunstancia. Fue hasta la cocina sin dejar de pensar en Nick. “¿Cómo te sentirás tú? *Imbécil ¿Qué se estaría creyendo?*” Soltó un bufido poco femenino, abrió la nevera y tomó una botella de vino que tenía empezada. Había que reconocerlo, lo habían tratado bien los años. ¿Por qué no tenía calvicie incipiente y barriga? No, don perfecto, jamás. Julia siempre estuvo segura de que alcanzaría todo lo que se propusiera. Ojalá hubiera tenido esa misma tenacidad en su relación. Revolvió en un armario y bajó una copa de cristal, se sirvió e hizo un brindis imaginario “*Bien por ti Señor Perfecto. Si piensas que me afectas de alguna manera déjame decirte, ¡vete a la mierda!*” El sabor a frutos rojos del vino, le bailó en la boca. Hubiera querido beber algo más fuerte, pero no tenía nada en ese momento. Sirvió otra copa, se sentó en el immaculado sofá y corrió el espeso velo del pasado para recordar ese amor que había terminado tan mal ocho años atrás.

Capítulo II

*Universidad de Berkeley,
mediados de septiembre del 2007.*

Julia, Lori y Beth compartían una mesa en una de las cafeterías del campus.

—Acabé de hablar con mamá. Peter va hoy a casa a pasar el fin de semana. Papá organizará una barbacoa mañana en la tarde. Podrían ir —dijo Lori—, me harían compañía. Además, Peter va a ir con un par de amigos, nos divertiremos.

Las sillas alrededor estaban ocupadas por chicos de alguna fraternidad que querían socializar con ellas, las tres jóvenes no les prestaban atención. Julia apenas reparaba en su entorno y en la conversación, leía un libro. Lori dibujaba en una servilleta y Beth que era la única que no hacía nada, miraba a los chicos con desdén.

Era el inicio del primer año de universidad. Apenas hacía un par de semanas habían empezado las clases.

—No sé... Peter se rodea de cada personaje —sentenció Julia.

Lori soltó la carcajada.

—No me lo recuerdes —señaló Lori—. Pobre Mac.

—¿De quién hablan? —inquirió Beth.

—De una conquista que hizo mi querida amiga Julia.

Julia rememoró al personaje, era el típico chico californiano obseso por la tecnología, criado en medio de la electrónica que envolvía el valle de Santa Clara. El chico tenía un físico poco agraciado, Julia se dijo que debía darle una oportunidad, no le gustaba ser excluyente y prefería conocer el interior de las personas. Con Mac las cosas no salieron bien. Hablaba solo de transistores, receptores y ecuaciones cuadráticas, poco tenían en común y después de dos salidas abandonó todo intento de volver a quedar con él.

—A lo mejor es otro grupo de amigos, ellos ya están en último año. Yo sí estoy interesada. Necesito que alguien consienta estas preciosuras —dijo Beth mirándose los pechos y sonriendo de manera descarada, al tiempo que

mascaba chicle y se enredaba el cabello alrededor del dedo índice.

Julia no era ninguna mojigata, pero le incomodaba la promiscuidad de Beth. Además, era petulante con las demás chicas. Le molestaba el *piercing* en la ceja y las uñas pintadas de negro. ¿A quién carajos se le ocurría pintarse las uñas de negro? ¿Acaso era familia de los *Monster*? La toleraba porque era prima de Lori, nada más.

—No se trata de eso. No seas tan zorra Beth. Les comenté, por si querían trabar amistad con alguien diferente; y no estos moscardones que nos zumban por aquí y que solo piensan en una cosa, bueno en dos, tetas y fútbol —comentó Lori.

—Como sí los de veintitrés años no lo pensarán —repuso Julia.

—Claro que lo pensarán y más cuando me vean —terció Beth.

Lori le respondió con un blanqueo de ojos. Julia en cambio, miró su reloj, cerró el libro, tomó su morral y se despidió con un beso al aire.

—Está bien, llegaré a tu casa a las dos. Adiós chicas.

Julia abandonó la cafetería.

—No sé qué le ves a esa tonta —dijo cortante Beth.

—Más vale que la respetes.

Para nadie era secreto los fuertes lazos de amistad que unían al par de chicas, Beth se sentía excluida.

—Se da unos aires de princesa, algún día alguien le bajará esos humos y ojalá esté allí para verlo.

Lori clavó una mirada de irritación en los ojos de Beth.

—No sé qué te hizo ella, pero ya déjalo, por favor.

—Está bien, está bien. Te prometo dejarlo. —Se enganchó al brazo de su prima y fueron caminando hasta el parqueadero de la escuela—. ¿Qué te vas a poner? Te puedo prestar un sostén de relleno para que parezcan más grandes.

—Ni lo sueñes. Si las tuviera más grandes, andaría por el piso. ¿Es que acaso las tuyas no son naturales, querida prima?

—Oh, ya cállate.

El verano había llegado a su meta. Los días eran un poco más cortos y el clima, unos grados más frío, eso no impedía que el sol regalara su presencia,

no con la misma intensidad del inicio, pero sí, con la persistencia de la visita que no quiere irse.

Peter Stuart, estaba en la tumbona alrededor de la piscina con un dolor de cabeza de los mil demonios. Su compañero de farra del día anterior, Michael Donnelly, estaba mareado. Nicolás de la Cruz, que prefería que lo llamaran Nick, no se sentía tan mal. Se había retirado de la fiesta un poco más temprano. No cometió los mismos excesos que aquejaban a sus amigos. Pronto empezaría la temporada de fútbol y quería estar en su mejor forma.

—Siento como si alguien estuviera martillando en mi cerebro — comentó Peter, mientras se llevaba un sorbo de cerveza a la boca.

—En lo que queda de tu cerebro —apuntó Michael.

—No me jodas.

—Si se hubiesen ido más temprano no estarían así —terció Nick que les dedicó una divertida mirada de reojo.

—Prefiero mil veces una buena juerga, a un entrenamiento —remató Michael—. Aunque tiene sus cosas buenas, las porristas de este año están buenísimas.

—¿Ya las viste? —preguntó Peter.

—Ya van a empezar con eso.

Nick no tenía que esforzarse por ligar con las chicas, ellas estaban siempre dispuestas. Si tuvieran la autoestima más alta, pensaba, estaba seguro que no darían tantos pasos en falso y menos con hombres como ellos, que no tomaban las relaciones en serio. Los dos primeros años había aprovechado de lo lindo, el físico, el estatus de deportista y su labia, pero de un tiempo a esta parte quería algo más. Había hecho un propósito: nada de mujeres por lo menos por un tiempo. Sus amigos siguieron con sus comentarios.

—Tú no tienes que esforzarte, la mitad de las mujeres de Stanford están enamoradas de ti —comentó Peter.

A lo que Nick replicó.

—Tú estás ennoviado con una de las chicas más lindas de la universidad.

—Estoy enamorado, sí que lo estoy. Pam es la mujer de mi vida.

Michael y Nick soltaron la carcajada pues, para nadie era un secreto que, Peter se enamoraba dos veces al mes.

—Es cierto y los veré a ustedes dos cuando les llegue el momento de enamorarse de una chica y no solo del tamaño de su trasero y de la talla de su

sostén. Ella es mi media naranja.

—No amigo a mí no me pasará por ahora. Soy muy feliz así como estoy, no pienso caer en un muy buen tiempo —contestó Nick con algo de sarcasmo.

—Cuando menos pienses te verás agarrado de las pelotas y no sabrás cuándo pasó —remató Michael—. Peter, cuida que a tu media naranja no le expriman el jugo en otro lugar.

En vez de ofenderse Peter le contestó:

—Habla la voz de la experiencia.

Ante el tono pomposo de Peter; Mike le tiró una toalla y Nick soltó la carcajada.

—Sí, yo estuve enamorado y fue una mierda.

Mike se levantó se quitó la camiseta y se tiró de cabeza a la piscina salpicando con el chapuzón al par de jóvenes recostados en las tumbonas. Nick se levantó molesto, se sacudió un poco.

—Voy a la cocina por más hielo y cerveza.

En la habitación de Lori, Beth estaba en el espejo maquillándose los ojos con sombras. Lori se arreglaba el cabello en una moña, tratando de controlar los rizos rubios que creía su perdición, deseaba parecer sofisticada. Julia recostada en la cama hojeaba una revista y miraba a las chicas de reojo. No podía creer tanto espaviento para tratar de impresionar a alguien que ni siquiera conocían.

—Julia, ven, pruébate este brillo, resaltaré tus labios —señaló Beth, desde el tocador.

—No gracias, Beth, creo que mis labios no necesitan que se los resalte —contestó ella.

Lo que la joven veía como un defecto, los chicos lo veían como su mejor cualidad.

—Como quieras —comentó Beth con esa mirada de superioridad que tanto molestaba a Julia.

—Voy por un vaso de agua a la cocina —concluyó.

Al abrir la puerta de la cocina, tropezó con la enorme espalda de un hombre. “*Debe ser uno de los amigos de Peter*”, pensó, “*y demasiado acuerpado para mi gusto*,” resolvió entre apática y curiosa por verle la cara.

Cuando el hombre dio la vuelta al escuchar el ruido de la puerta, se sorprendió. La mirada la recorrió de arriba abajo, sin ningún pudor, deteniéndosele en la boca y luego en los ojos. Los labios de Nick esbozaron una lenta sonrisa, sensual y seductora.

—Vaya, vaya, pero, ¿qué tenemos aquí? Hola preciosa. ¿Quién eres? —preguntó en un tono de voz que derretía a una mujer desde los siete años a los noventa. “*¡Qué ojos!*,” pensó. La boca le recordó a un melocotón maduro y jugoso.

—Hola, soy Julia —lo miró aturdida. El corazón le latió con fuerza y se dio cuenta de que le faltaba el aire, una reacción que la molestó, siempre presumía de tener una armadura de indiferencia frente a los jóvenes que se le aproximaban. Se acercó a la nevera y sacó una botella de agua. Notó que no le quitaba la vista de encima. Ya salía de la cocina cuando el hombre se dignó a presentarse.

—Soy Nick.

Por primera vez en mucho tiempo, Nick, quiso retener a una mujer y no al revés. La chica dio la vuelta y con un gesto de la mano desapareció de la estancia.

Con paso rápido Julia subió las escaleras. En el *hall* paró y se tranquilizó. Dios, ¿qué me sucedió? Exclamó para sí. Se desconocía, la barrera que interponía entre los chicos y ella no le impedía ser cortés y hasta entablar algún tipo de conversación. Había tenido citas y se desenvolvía muy bien. No era experta, tampoco ninguna timorata, entonces, ¿por qué el hombre de la cocina la perturbó tanto? Fue difícil romper el contacto visual. Era de locos.

Se tranquilizó antes de dirigirse a la habitación de su amiga.

—¿Qué te pasa? Estás colorada como un tomate —comentó Lori al verla entrar.

—Tengo calor y principios de migraña —contestó con todo el disimulo posible. No quería que supieran de su encuentro en la cocina.

—Tal vez deberías irte a tu casa —dijo esta.

Ni lo sueñes, pensó Julia.

—No, más bien préstame el maquillaje que me ofreciste hace un rato.

—Deja que yo te ayude, te puedo maquillar con unas sombras lila y labial fucsia —comento Beth.

Julia tenía la impresión de que sí se ponía en manos de ella, terminaría como payaso de circo y no le iba a dar el gusto.

—No chicas, tranquilas. Vayan bajando. Ya hay gente. Yo voy tan pronto me arregle.

—Ok, no demores —dijo Lori.

Nicolás, ya de camino a la piscina, no dejaba de pensar en la chica que se había encontrado en la cocina, seguro era amiga de Lori. Qué mujer más linda, ¿cuántos años tendría? No más de veinte y seguro era de Berkeley para colmo de males. Para nadie en el estado de California, era ajena la rivalidad entre Stanford y Berkeley sobre todo en el fútbol, los partidos, las barras y las consignas eran a muerte.

Nick dejó las cervezas en una neverita al lado de la tumbona y charló un rato con Matthew Stuart, el padre de Peter y Lori, que organizó la barbacoa para los amigos de sus hijos y así, dar por concluido el verano y celebrar el regreso a la universidad. En un momento, la casa se llenó de gente.

Cuando las chicas bajaron ya había una veintena de personas. Peter les hizo señas para que se acercaran. Lori y Beth ni cortas ni perezosas llegaron hasta ellos.

—Hola muchachitas. ¿Cómo las ha tratado el ingreso a la universidad?

—Saludó dándole un beso a su hermana con jalón de orejas incluido y un abrazo a Beth.

—Bien —contestó Lori, miró con curiosidad a Mike y volvió la vista a su hermano—. No tienes muy buena cara que digamos. No me digas, ¿otra vez de juerga? ¿No nos vas a presentar?

—Claro. Lori, Beth, les presento a Nicolás de la Cruz, pero todos lo llaman Nick y a Michael Conelly al que todos le dicen Mike.

Los jóvenes se levantaron de las tumbonas y las saludaron cordialmente. Michael profirió su más desarmante sonrisa.

—Peter, es una lástima que este par de hermosuras no hayan ido a Stanford —dijo Michael sin quitarle la mirada a Lori quien se ruborizó.

—Lo siento —contestó ésta—. Amo el buen fútbol y me gusta estar del lado de los ganadores.

Mike chifló por lo bajo.

—Eso fue fuerte amigo— dijo Mike a Nick que hacía parte del equipo Cardinales de Stanford y que cada año, se disputaba el *Big Game* con el equipo California Golden Beer de la universidad de Berkeley.

—Hemos tenido mala racha los últimos años.

Beth, entró en trance en cuanto posó su mirada en Nick, solo le faltó desencajar la mandíbula. Aunque Michael era atractivo, no le llamó tanto la atención.

Las chicas se sentaron y continuaron con el tema del fútbol.

Nick, apenas les prestaba atención, miraba a uno y otro lado, esperaba ver la joven que se encontró en la cocina. Cuando fijó la mirada en la puerta; la vio, iba al lado de la madre de Lori, estaba ayudándola con una cesta de panes, ésta le comentó algo que la hizo reír y la gracia de su gesto, le desató piruetas en el corazón. Observó la forma en que la brisa hacía flotar su cabello negro, golpeando sus sonrosadas mejillas. Tenía ojos de color miel, eran un par de botones muy expresivos y el tipo de pestañas que se veían en los personajes de dibujos animados. Con las curvas precisas, su cintura era estrecha y sus piernas finas bien torneadas. La elegancia de los movimientos, los pasos que hacían ondear la falda de un adorable y perfecto vestido para el verano, blanco con flores en varios tonos de rosado, la hacían la mujer más hermosa del lugar. Dejó la cesta de panes en la mesa y se dirigió hacia ellos. Nick estuvo seguro que lo hizo porque estaban sus amigas. En cuanto lo vio se ruborizó. Era una rara visión ver una joven ruborizada.

“¡Por Dios!,” pensó Julia. *“Otra vez no. Si sigo ruborizándome así, mis amigas pensarán que tengo una congestión y él que soy una tonta y con razón.”*

Peter salió a su encuentro.

—Julia, mocosa, ¿cómo estás? —la abrazó emocionado, la levantó del suelo y le dio varias vueltas.

Peter y ella eran muy amigos, había sido su cómplice en muchos juegos de la infancia. Siempre tenían temas de conversación y además estudiaba en la misma universidad de su hermana mayor. Después de que la soltó, sin querer, volvió a mirar al desconocido y se sorprendió, pues parecía que quisiera matar a Peter.

—Con permiso, creo que voy a ir por un trago —dijo un Nick intrigado por su propia reacción.

—Oye, amigo, espera. Déjame presentarte a la mejor amiga de Lori que es como una hermana para mí. —Le puso un brazo en el hombro a Julia—. Te presento a Nicolás de la Cruz, compañero de universidad y uno de mis mejores amigos. Pero todos le decimos Nick.

—Hola. Me llamo Julia —le puso un tono impasible a su voz. No quería que se dieran cuenta que ya lo conocía.

—Es un placer Julia. —Nick sonrió entre burlón y sorprendido. Su mirada lo había calado, con un simple gesto de placidez y sabiduría para una mujer tan joven, estaba seguro, que podría dominar cualquier alma, hasta la de un cínico como él. Le molestó la mano de Peter en el hombro desnudo de ella. Quería arrancársela de allí. Nunca había sentido ese afán de posesión frente a otra persona y menos por una desconocida. ¿Qué diablos es esto? Tenía una necesidad urgente de tocarla. De jalarla a su lado y que nadie más la tocara. ¿Por qué?

—¿Alguien desea algo? Voy por un trago —insistió Nick. Necesitaba alejarse un momento y tomar distancia de esa situación tan poco común.

—Unas cervezas, estaría bien —dijo Peter.

—Yo te acompaño, pues no creo que puedas con todo —dijo Beth, que ni corta ni perezosa, se enganchó al brazo de Nick antes que se alejaran del lugar.

Mientras Peter terminaba de hacer las presentaciones, Julia disimuló, como pudo, la incomodidad que la circundó al ver a Nick alejarse con Beth. Se enfrascó en una conversación de música con Michael, Peter y Lori. Disertaban del grupo de moda, su mirada se tropezó con la de Nick. Julia no se dejaba impactar por el físico de una persona, valoraba el contenido más que el empaque, con ese hombre le estaba ocurriendo algo muy distinto. Los ojos profundos e inteligentes la habían encadenado. Era imposible dejar de mirarlo.

Nick se acercó de nuevo a ellos, les brindó la bebida y se acomodó al lado de Julia. Se percató que con Peter y Mike era todo sonrisas, en cambio con él estaba a la defensiva y quiso saber por qué. Se dio cuenta del par de lunares sobre la piel traslúcida del hombro derecho. Quiso besarlos y un atisbo de excitación, le hizo desviar la vista al frente. En ese momento Julia sacudió su cabello y un aroma herbal se elevó a sus fosas nasales. No quería mirarla, sabía que no sería capaz de dejar de hacerlo y con una fuerza de voluntad grande, entabló conversación con la prima de Peter; Beth. Y

entonces lo supo, ella no se sentía incómoda con él, sino con la corriente de sensaciones confusas que iban del uno al otro y que solo los interesados percibían.

La reunión estaba en su apogeo, todos charlaban alegremente. Las chicas ayudaron a alistar la mesa en donde reposaban hamburguesas, *hot dogs* y un par de ensaladas. Todos comían con gusto. Menos Julia que no podía pasar bocado.

En cuanto los padres de Lori se retiraron, alguien subió el volumen del estéreo y la música empezó a retumbar elevando el sonido de las voces. Varios chicos fumaban sin pena y dejaban las colillas en el césped. Peter iba con una bolsa de basura recogiendo las latas de cerveza.

—Me imagino que tienen una legión de corazones rotos en el campus o ¿no? —comentó Mike.

—No tanto como la cantidad de chicas que correrán detrás de ustedes —apuntó Lori.

—Bueno yo he tenido unos cuantos novios, nada serio. Estoy esperando el adecuado —añadió Beth sin dejar de mirar a Nick que no le prestó atención.

—¿Tienes novio? —preguntó Nick a Julia.

Julia se sorprendió con la pregunta. En cuanto se había integrado Nick al grupo, apenas era capaz de abrir la boca para comentar cualquier cosa. Ella, que era igual de parlanchina a sus amigas, no entendía por qué en esos momentos, lo único que quería era perderse en el impresionante azul de esos ojos que parecían ver cosas dentro de ella. No resistía la intensidad de su mirada con tinte provocador, su risa franca y desparpajada y oír sus comentarios. Quería alejarse o ser un espectador invisible para poder mirarlo a su antojo y no levantar suspicacias, sobre todo a Beth, que tenía una mirada maliciosa cuando iba de Nick a ella.

—No, no tengo novio —dijo por fin.

—Nadie es lo suficientemente bueno para nuestra querida Julia, ¿verdad? —dijo Beth.

Nick ya estaba medio cabreado con la impertinente muchacha. Le molestaba la manera en que trataba a Julia. La animosidad era evidente, había que pararle los pies a esa muchachita, aunque Julia se defendía bien de sus ataques.

—No es eso —replicó Julia enseguida—, no me voy a liar con alguien

porque sí, o porque esté aburrida; no acostumbro a hacer eso.

Buena esa, asintió Nick complacido, al darse cuenta que estaba ante una chica familiar y aplomada.

Peter se acercó a ellos.

—Se acabó el hielo. Necesito un candidato que no se haya empachado de cerveza y vaya al supermercado por más.

—Yo iré —dijo Julia.

—Te acompaño —anunció Nick.

—No es necesario.

—Sí lo es, chica *Berkeley*.

A Julia, le complació su gesto y eso obró el milagro de calmarla y le dio ímpetus para mostrar su mejor talante sin ojos curiosos alrededor.

Peter le lanzó las llaves de su auto a Nick, pero Julia le dijo que irían en el de ella. Salieron y al llegar al auto, un Toyota Camry de por lo menos cinco años de color plata, Nick le abrió la puerta para que ella entrara. Aprovechó para echarle un buen vistazo a las piernas mientras cerraba la puerta. ¡Hermosas!

—¿Vives aquí cerca? —comentó Nick mientras se ajustaba el cinturón de seguridad. Deseaba iniciar una conversación cualquiera. La chica le causaba curiosidad.

—Sí, soy de aquí. Mi familia ha vivido en este lugar desde que mis papás se casaron. —Sonrió y se dispuso a colocar un poco de música.

En ese momento sonó en la radio el último éxito del grupo de moda llamado Alter Bridge.

—¡Me encanta este grupo! —exclamó Julia animada. Puso en marcha el auto.

Nick se quedó mirándola desconcertado. Sus actitudes y hasta su forma de vestir no cuadraban con la imagen de una amante del rock pesado.

—¿Estás de broma? No pareces seguidora de esta clase de música.

Julia levantó las comisuras y lo miró de reojo.

—¿Y de qué parezco fan entonces?

—No sé, Celine Dion y demás música de chicas.

Julia soltó una carcajada y lo que a Nick le pareció un bufido de indignación.

—No tienes ni idea.

—Compré el último *CD*.

—Son lo mejor, estuve en su concierto en San Francisco y déjame decirte que aparte de su música, su cantante está de muerte. No recuerdo el nombre.

Nick al ver el entusiasmo por el cantante con pinta de marica, no le iba a decir su nombre. Vaya, si hasta le brillaban los ojos. Decidió cambiar de tema.

—¿Cuántos hermanos tienes? —Se deleitaba en su risa franca, espontánea y pícara. No se cansaba de mirarla. Quería conocer detalles de su vida. Le entró una urgencia por saber ¿Quiénes eran sus padres? ¿Qué le gustaba? ¿Quién la había hecho sufrir? ¿A cuántos habría besado?

—Dos, una hermana mayor, que ya está en la universidad y un hermano menor, que va a la escuela —contestó Julia, que desvió la mirada de los ojos de Nick.

—¿A qué universidad va tu hermana?

—A la tuya.

—¿Qué estudia?

—Leyes. Se llama Maggie Lowell.

Así que su apellido era Lowell, pensó Nick, mientras se apeaban del vehículo en el parqueadero del supermercado.

En ese momento sonó el móvil de Julia. Observó el número en la pantalla y se apresuró a contestar.

—Dime Helen —una mirada angustiada pobló el semblante de Julia—. ¿Ya llamaste a la policía?

Nick, al escuchar nombrar la policía y su gesto de ansiedad, la observó con talante preocupado,

—Voy para allá enseguida.

Se devolvió al auto.

—¿Qué pasa? —inquirió Nick.

—Lo siento, tengo que irme.

—¿Puedo ayudar en algo? —insistía él.

Se montó con ella al auto.

—¿Te puedo dejar a unas cuadras de la casa de Peter?

—¿Dime qué pasa?

Julia le echó un vistazo.

—Soy voluntaria en un refugio para mujeres en estado de vulnerabilidad. Ellas viven allí temporalmente con sus hijos. Un pequeño de

cuatro años desapareció.

—Iré contigo —anunció tajante Nick.

Julia no lo esperaba. Tomó una arteria principal, cambió de carril, aceleró para pasar un semáforo en verde, dio un par de vueltas y llegaron a una casa a pocas cuadras del centro de Pleasanton. Mientras tanto, Nick llamó a Peter y le pidió que encargara a otros de la compra del hielo. No profundizó en los motivos y terminó la llamada en segundos.

—Gracias. Toda ayuda es bienvenida.

Varios autos ya estaban a lo largo de la calle, dos coches policiales. Las personas reunidas, esperaban instrucciones en la acera, otras iban ya por el lugar gritando su nombre. Estacionaron a una cuadra de la casa, Nick le pidió una linterna que Julia sacó de su equipo de carretera.

Pronto anochecería, si estaba por ahí, estaría asustado. Ojalá y no fuera un secuestro por parte del padre del chiquillo. En cuanto Helen le dijo su nombre lo recordó, James era una criatura de ojos oscuros y sonrisa traviesa. La abrazaba siempre que llegaba al lugar.

Mary Thompson, la directora del lugar, estaba al frente del grupo, menos mal. Mary era experta en esas lides, poco harían una panda de gente asustada sin saber dónde buscar. Ella los había organizado por zonas. Julia lamentó su vestimenta. La madre del chico, Roxana se llamaba, era una joven mujer que sollozaba en el hombro de otra mujer. A Julia se le encogió el estómago de angustia, tenían que encontrarlo. Prestó atención a lo que Mary decía en ese momento.

—James es un chico de ascendencia hispana, cabello oscuro, tiene cuatro años, ayer tuvo algo de fiebre, estuvo resfriado. Lleva jeans y zapatillas de deporte color rojo, saco de lana azul. Roxana creía que dormía y se dio cuenta de su desaparición hace veinte minutos. No sabemos más.

—¿Salió por está puerta o por el patio? —preguntó Nick que estaba detrás de ella.

Julia dio un respingo.

—Creemos que por el patio.

Nick tomó a Julia del brazo, no sin antes agarrar un par de botellas de agua de un rincón y salieron al patio con un grupo de gente. El lugar era amplio, rodeado con una malla metálica y una puerta que daba a un callejón, un par de columpios, tobogán de plástico y piscina de arena. Era un lugar bien cuidado con varios juguetes apilados en una esquina.

—Pudo abrir la puerta. —Señaló Nick al ver un camión de juguete cerca de ella.

Nick analizó en minutos lo que pudo haber pasado por la mente del chico.

—Puede ser —contestó Julia, con semblante preocupado, sorprendida de la manera en que Nick manejaba la situación.

En menos de cinco minutos había tomado el mando de la búsqueda en esa parte. Les dijo que James podría haber salido detrás de un animal, un perro o un gato. Ojalá fuera eso y no otro tipo de animales que a veces se colaban en los patios. Nick, sin problemas, se puso al nivel del niño. Le preocupó que se cayera en alguna piscina. Observó el entorno, viendo qué le podría interesar al pequeño. Atravesó la puerta y vio un par de pisadas pequeñas en la tierra. Se agachó y advirtió que se perdían en el patio de la casa siguiente. Inspeccionaron palmo a palmo los patios vecinos gritando su nombre. Revisaron el par de piscinas que encontraron. Una hora después llegaron al patio trasero de la última vivienda de la cuadra.

—¡James! —gritó Julia en tono severo— Te necesito aquí, ¡ahora!

Nick le lanzó una sorpresiva mirada y rió divertido.

—¿Julia? —llamó una vocecita.

—¡Lo tenemos! —alardeó. Subió de nuevo el tono de voz—. ¿Dónde estás?

—Aquí —contestó lloroso.

El sonido de la voz del pequeño, acercó a Nick a un árbol. En ese momento llegaron dos personas.

—Lo encontramos. —Un hombre dio aviso por el móvil para que suspendieran la búsqueda.

Nick trepó al árbol. Era un árbol pequeño, pero para el chico, debió ser toda una hazaña. Bajó con el pequeño a los pocos segundos. James, le lanzó los brazos a Julia que lo cobijó con ternura, gesto que no pasó desapercibido para Nick, estaba pálido y asustado. En medio de sollozos explicó que había salido detrás de un gato.

En minutos el chico estaba reunido con su madre, todos le agradecieron a Nick. La madre se acercó y le habló en español. Nick le respondió en la misma lengua y Julia quedó en jaque al escucharlo pronunciar palabras que supuso serían amables. Lo imaginó hablándole al oído palabras de amor con esa cadencia que podría atravesarle el alma y desnudar sus sentimientos. Se

asustó, confundida se unió a la celebración.

Nick se acercó de nuevo a ella.

—Hablas muy bien el español.

—Sí —repuso con una voz sin inflexiones.

Sarah una de las mujeres que era la encargada de la cocina sacó una lata con pastelillos de canela.

—Oh, por Dios, son mis favoritos —exclamó Julia que se adelantó hasta la mesa.

Nick la observaba sin perder detalle alguno de sus gestos. En ese momento, tuvo el presentimiento de que algo importante iba a pasar con ella. Al darse la vuelta, con el par de postres, caminar sonriendo hasta él y verla probar el manjar; lo supo con certeza. Podía pensar como el típico machista y no se disculparía por ello, pero Julia presionaba su botón de cazador, como ninguna otra que hubiera conocido. La tendría.

Tragando saliva, comento con voz ronca:

—Vaya, se ve que te gusta mucho, chica *Berkeley*.

—Claro que sí. Sarah es la mejor. Ten, toma el tuyo antes que me lo coma.

Nick no pudo aguantar y se inclinó para saborear una pizca de azúcar glaseado que había caído en su mano y a la vez, poner su boca en los dedos que sostenían el postre. Julia casi suelta el bizcocho, pero el roce de la boca de él en los dedos de ella, la dejó petrificada momento después.

Nick levantó la vista, la miró y se dijo que nunca había visto un rubor como aquel. Era preciosa, preciosa, preciosa.

—Sí tienes razón es el mejor sabor del mundo.

Julia supo que no estaba hablando del bizcocho.

Una hora después, se despidieron de la gente y caminaron hasta el auto en relativo silencio. Solo se escuchaba la música, cada uno estaba ensimismado en sus pensamientos. Julia llevaría a Nick a casa de Peter. Era invitado junto con Mike a dormir donde los Stuart.

—Julia, quiero que seamos amigos —exclamó Nick de repente antes de entrar a la casa—. Quisiera poder llamarte e invitarte a comer o a dar una vuelta. ¿Qué dices?

Nick estaba conteniendo el aliento. Estaba rogando mentalmente porque esta muchachita aceptara y le permitiera volverla a ver. Sí lo vieran sus amigos, se partirían de la risa y le harían bromas hasta el día del juicio final.

¡Pues que se jodan! No todos los días conocías a alguien que te llamara tanto la atención.

—Sí, claro que me gustaría.

Intercambiaron números de teléfono.

Capítulo III

Transcurrió una semana y Nick no llamó. A lo mejor se había olvidado de ella al llegar a la universidad, cavilaba Julia. Inspeccionaba su móvil cada poco tiempo. La asaltaba la inquietud y la desazón en los momentos más inoportunos. A veces se reprendía a sí misma, tenía que dejar de pensar en él. Se concentró en sus estudios y el siguiente fin de semana fue a visitar a sus padres. Aunque la universidad quedaba cerca, la familia llegó a un acuerdo, en los días hábiles, viviría en el Campus universitario y los fines de semana, iría sin falta a casa. No perdería tanto tiempo en el trayecto de ida y venida.

En los dormitorios de Stanford la tensión reinaba entre Nick y Peter. Habían discutido a lo largo de la semana por culpa de Julia.

—No puedes llamarla, es como mi hermana. No puedes jugar con ella.

—Yo no juego con las mujeres —contestó Nick con cara de pocos amigos. Peter le respondió con un resoplido—. Sé que es una mujer diferente, pero me gusta, no lo puedo evitar y me niego a hablar contigo del tema.

—Ella se merece alguien mejor que tú.

Salió de la habitación de su amigo dando un portazo.

Nick no jugaba con las mujeres, era muy claro en sus rollos. Con él existía un principio y si acaso una mitad, pero nunca un final. Sus relaciones eran cortas. Dejaba sus emociones en la entrada del cuarto. Nunca prometía nada, ni siquiera para el día siguiente.

Las palabras de Peter lo ofendieron. Se devolvió.

—Soy capaz de tener sentimientos nobles por alguien. Gilipollas. Soy capaz de enamorarme.

—¿Sentimientos nobles dices? Nicolás de la Cruz —lo señaló con un dedo—, no seas tan pendejo. Tú no sabes lo que son sentimientos nobles hacia una chica, no la mereces y no deberías llamarla.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer. —¡Ja! Lo que faltaba. La quería para él, estaba cansado de las mujeres que rodeaban su vida, ya estaba bueno de superficialidad, cinismo y coquetería. Julia le intrigaba porque era una chica sin artificios. A pesar del rato compartido: ella tenía bien erigidas las defensas para los imbéciles como él. Además no era ninguna niña, tenía

veinte años.

—No quiero problemas con Lori, pero sí la lastimas, te las verás conmigo —remató Peter con la mandíbula tensa, con un morral al hombro abandonó la habitación dando otro portazo.

Después de esa conversación a Nick le entraron las dudas y prefirió no llamarla. Se dedicó a los estudios y al entrenamiento con el equipo. En una semana tendrían partido con los *Oregon Duck*. La temporada había empezado bien, era su último año, deseaba darle el triunfo a los Cardinales, que llevaba tres derrotas consecutivas en el *Big Game*.

Así pasaron los días y no dejaba de pensar en ella, en su risa, en su mirada dorada, en sus labios separados, en su tono de voz con un toque de feminidad y determinación, en lo que sintió a su lado, hasta que no aguantó más y la telefoneó el siguiente sábado en la tarde con la idea de invitarla al partido. No contestó el móvil y entonces, como era fin de semana, dedujo que estaría en su casa. Con artimañas y promesas le sonsacó el número a Peter que tuvo que llamar a Lori.

Nervioso marcó el número.

—Buenas tardes ¿Con quién desea hablar? —contestó Liz.

—Buenas tardes, Julia, por favor.

—¿Quién la llama?

—Nick.

—Un momento, por favor.

El joven oyó a Liz llamando a Julia. Cuando esta se puso al teléfono, estaba más nervioso que el día de su primera cita con una chica de la escuela.

—Mamá, contesto en mi cuarto, ¿bien? —dijo Julia.

—Hola Nick —habló Julia de manera formal.

—Hola preciosa. Antes que nada, discúlpame por llamarte hasta ahora, pero tuve unos asuntos que atender y unos exámenes que presentar. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien gracias. No te preocupes, no habíamos quedado en un día fijo para hablar. Además —dijo Julia. Ni loca le haría saber que había esperado la llamada. No se lo iba poner tan fácil—, he estado algo ocupada, tengo muchos trabajos pendientes.

—¿Ni siquiera me has pensado algo? —soltó Nick inseguro, esta chica sí sabía minar su confianza.

—Nick... yo...

Se le presentaba un reto. No era hombre de hacerle el quite a los desafíos.

—Te propongo algo. El miércoles tenemos partido aquí en casa con los *Oregón Ducks* y quiero que seas mi amuleto de la suerte. Después, podemos reunirnos y salir a comer pizza o un postre de canela. —Por la mente le pasó el episodio en la casa de acogida y lo que sintió al rozarle la piel—. ¿Qué dices?

Nick no iba permitir que lo rechazara como tenía la seguridad de que ella iba hacer.

—No sé Nick. No sé si sea buena idea.

—Claro que es buena idea. Vamos, linda, no querrás ser la culpable de la derrota de Stanford, aunque le convendría a tu universidad. Quiero verte. ¿Qué pasó con lo de ser amigos, eh? Tengo ganas de hablar contigo —dijo Nick empleando un tono de voz que engatusaba y derretía a las mujeres, Julia no sería la excepción.

—Está bien. ¿Cómo haríamos? —acotó Julia con el corazón en la boca. La inflexión y el tono ronco de la voz de Nick, la tomó por sorpresa, como si le hubiera rozado sus partes íntimas. Le dijo que le enviaría los boletos con Peter, para ella y quien deseara acompañarla y que se verían después del partido—. ¿Te parece bien?

—Me parece —sonrió al aparato—, allá nos veremos. Suerte en el juego.

—Te estaré esperando, chica *Berkeley*. Adiós y que tengas buen fin de semana.

—Adiós Nick.

Julia pasó todo el fin de semana pensando en su cita con Nick. No sabía que esperar ¿la consideraría lo suficientemente atractiva para intentar ligar con ella o solo quería una simple amistad? Lori no vio con buenos ojos la invitación.

—¿Estás loca? ¿Ese chico? —exclamó, con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, ese chico, no le veo nada de malo. Debe tener la misma edad de Peter.

—Pues para andar nadando entre pececitos, te vas a meter de cabeza en la guarida de los tiburones. ¡Por Dios Julia! Es amigo de mi hermano. Tú sabes cómo son ellos con las chicas.

—No creo que haya algún problema. Solo queremos ser amigos. Además, tú eres la culpable —la imitó de la mejor forma—: “podríamos echarle un vistazo al par de amigos, quien sabe, de pronto podemos salir con ellos”.

Tan bien la imitó que Lori acabó por reír. Luego dijo:

—No era esto lo que tenía en mente.

Julia la tomó de ambos brazos.

—Ya somos mayorcitas, Lori, sabemos cuidarnos. Eres mi amiga, tu deber es estar siempre a mi lado, primer reglamento del manual de amigas.

—¿Qué es eso del reglamento? ¿Cuál reglamento? Lo estás inventando para salirte con la tuya.

Julia sonrió, se acostó en cruz en la cama, mirando al techo.

—Ayúdame a escoger la vestimenta, que sea casual, nada vaporoso, ni de flores, pero tampoco, que parezca zorra.

—¿No quieres que te abanique y te riegue pétalos de rosas por el camino? —preguntó Lori.

—No es mala idea. Puedes hacerlo después de que me ayudes a escoger —dijo Julia y Lori le tiró un cojín que cayó al otro lado.

—Qué mala puntería.

—Puedo mejorar, ya verás.

El miércoles en la tarde, Julia terminó de arreglarse, se puso una falda de jean arriba de la rodilla, manolequinas rosadas, blusa blanca de encaje y una chaqueta casual rosada también. El cabello se lo cepilló liso, se percató de que le hacía falta un buen corte, la otra semana iría al salón. Se maquilló de forma suave, se perfumó.

—¿Cómo estoy?

Lori que la miraba desde la puerta exclamó:

—Te ves muy bien —la miró preocupada—, quiero que te cuides y que no te rompan el corazón. No quiero recoger los pedazos.

—¡Oh vamos! Sonaste a frase de novela rosa. No seas aguafiestas.

Llegaron al *Stadium Stanford* y se dirigieron a la zona de aparcamiento más cercana al sitio de encuentro con Peter. Faltaba media hora para el juego. El joven les salió al encuentro en el lugar convenido. Las saludó jovialmente y con unos pases de cortesía, atravesaron las puertas de cristal con el logotipo del equipo, una S mayúscula en color rojo. En minutos estaban acomodadas en las sillas. El lugar ya era un hervidero de gente desde temprano, aunque no estaba a tope como en otros partidos. Las porristas de ambos equipos hacían sus respectivos números. El móvil de Peter timbró varias veces antes de que contestara.

—¿Qué diablos quieres? Sí, ya están conmigo —blanqueó los ojos y negó con la cabeza— Estás de coña. ¿En serio? Donde no les ganen hoy a estos maricones, te vas a ganar una patada en las pelotas.

Peter se guardó el aparato en el bolsillo de los jeans.

—Julia, Nick quiere verte.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, en el camino te explico.

—Yo esperaré aquí —dijo Lori, distraída con su móvil.

Julia recogió su pequeño bolso y lo siguió por todo el pasillo.

—¿Ha pasado algo que debiera saber?

Peter la observó con semblante avergonzado.

—No que yo sepa —le abrió una puerta que los llevó por un largo pasillo donde había toda clase de gente—. Los deportistas son supersticiosos y tienen una serie de costumbres y rituales antes y durante el juego que creen les dará suerte. Personalmente pienso que es una bobada, pero no hacen ningún daño y les da confianza. Hemos tenido muy mala racha los últimos cuatro años, ya es hora de cambiar las tornas.

—¿Y qué tengo que ver yo? No tomo en serio las supersticiones.

—Pero ellos sí lo hacen.

En el vestuario los jugadores hablaban al tiempo que se ponían los uniformes. Había dos novatos y todos comentaban cuál de todas las opciones sería la escogida para la ceremonia de iniciación. Las iniciativas iban desde dejar que los demás chicos les afeitaran la cabeza, la práctica de obligarlos a cantar el himno de la universidad frente a todos en la cafetería y hasta cargar

la utilería de los veteranos.

Nick apenas les prestaba atención, pendiente de la señal de Peter para salir al pasillo. No quería que Julia entrara al vestuario con los demás chicos, pero tampoco dejar de verla antes del partido. Cuando Peter le hizo una seña por la puerta entreabierta, el entrenador terminaba su disertación de lo que esperaba de los chicos en el próximo partido.

Julia contaba con sus pasos unas cuantas baldosas del piso del *hall* que daba a la puerta del vestuario, interrumpió su actividad en cuando ésta se abrió y apareció Nick ¡Dios mío! Se veía enorme con la parafernalia del uniforme de los Cardenales. El casco y los guantes los llevaba debajo del brazo. Cuando sus ojos se encontraron, una extraña tensión en la pelvis se apoderó de ella. Nick elevó la comisura de los labios en un gesto que le aceleró las pulsaciones. Cuando estuvo frente a ella inclinó la cabeza, le acunó el rostro y le dio un suave beso en los cachetes que quedaron ardiendo. Luego, su boca se desplazó al oído y le dijo: ‘Bienvenida chica *Berkeley*’ Era un simple saludo, pero ella lo percibió de una manera muy diferente. Esa vibración ondulatoria de su tono de voz atravesaba todas las barreras de Julia, le aflojaba las piernas de forma inesperada y le producían un escalofrío desde el cuello hasta el final de la columna vertebral. Ya lo había percibido el día que lo había conocido, pero en ese breve momento fue más intenso.

—Hola —balbuceó confundida.

Él la miró muy consciente del efecto que causaba en ella, pero en vez de mostrarse arrogante u orgulloso, le hizo saber con la expresión en la mirada que se sentía honrado.

—Deseo algo tuyo chica *Berkeley* —y al ver el gesto de confusión de Julia en su adorable mirada continuó—: Algo que me de suerte, necesito ganar hoy.

Julia se llevó la mano al cuello, había olvidado su cadena, los aretes no creía que sirvieran. En la muñeca tenía una pulsera de hilo comprada a unos indígenas en una feria en Lake Tahoe, hacía un par de años y que casi nunca se quitaba. Era una pieza en colores vivos en que resaltaba el azul y el amarillo. Sin pensarlo dos veces se la quitó y caviló que, ojalá el par de hilos que le sobraban, fuera suficiente para contener la muñeca de Nick. Con gesto incómodo le brindó y colocó el amuleto que lo acompañaría desde ese día.

Peter observaba la escena sin perder detalle.

—Perfecto y ahora deséame suerte.

—Suerte.

Nick chasqueó los dientes en un ademán muy suyo y meneó la cabeza en negación. Se cernió sobre ella. Julia imaginó lo que quería y a estas alturas del encuentro, no le hubiera importado que la hubiese empotrado contra la pared y la besara como se le viniera en gana. Este hombre no era el chico de la fiesta, era un guerrero dispuesto a entrar en la batalla en cualquier momento. La insistencia con que la miraba la había dejado sembrada en el lugar.

Pero la voz de Peter lo impidió:

—Nick, te estás pasando.

Nick sonrió.

En cambio a Julia la intromisión de Peter le molestó.

—Está bien, solo un beso en la mejilla, chica *Berkeley*.

Nick le dio un suave beso y desapareció por la puerta.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué te metes en lo que no te importa?

—Oye, eres como mi hermana, mocosa.

—No soy mocosa y apenas nos llevamos tres años.

—No importa, no quiero que te lastimen.

Julia soltó una carcajada carente de humor.

—Por lo visto, los hermanos Stuart, se han erigido en guardianes de corazones ajenos. Mejor harían en mirar sus propios corazones, antes de entrar a arruinar las cosas en los sentimientos de los demás.

No lo dejó contestar, se adelantó, bajó las diferentes gradillas y llegó hasta el puesto al lado de Lori, que tenía una amena conversación con Mike quien había llegado mientras ellos estuvieron ausentes. Lori le vio el gesto de disgusto, pero una señal de ella le advirtió enseguida que mejor se quedara callada. Se sentó y se dedicó a observar el partido.

Si hubiera sido fanática del fútbol y llevara más tiempo en Berkeley sabría que estaría cometiendo una afrenta, al dar un amuleto a alguien del equipo rival de su Alma Mater. Pero la verdad, el deporte le importaba un bledo. De ese estadio, solo le interesaba un jugador: el número once, el resto podría desaparecer que ni cuenta se daría. Los deportes de contacto no eran lo suyo. Julia era de actividades más calmadas, salir a correr, caminar o tomar clases de rumba.

En cuanto salieron los Cardinales al campo, hubo una gran ovación. Nick jugaba de receptor. Los Cardinales ganaron el lanzamiento de moneda y

los equipos se acomodaron para comenzar. La pelota surcó el aire y en el campo se desató el infierno. Durante una hora, Julia y sus acompañantes vieron las jugadas y la lucha de veintidós cuerpos masculinos por un balón. Los cuartos de tiempo no pasaron demasiado rápido para su gusto, apretaba los dientes cada que veía como los del equipo contrario atacaban a Nick. No entendía cómo después de cada partido, los hombres salían con la cabeza sobre los hombros. Peter le extendió un ramo de olivo en forma de refresco y golosinas, a ella se le había pasado el enfado hacía rato. Al terminar el partido con un marcador favorable a los Cardinales, Peter se despidió, tenía un trabajo que terminar para el día siguiente, Mike se ofreció a llevar a Lori a casa. La joven, que hasta ese momento estaba invitada por Julia y Nick, aceptó la invitación de Mike y se despidió apresuradamente de su amiga.

Julia, que se había convertido en amuleto de la buena suerte, esperaba a Nick en el parqueadero en compañía de un grupo de muchachas que seguro esperaban al resto de jugadores.

Cuando Nick salió, varias féminas se acercaron a saludarlo y Julia pudo escuchar que lo invitaban a una fiesta.

—Tengo planes chicas, muchas gracias —se zafó de ellas y caminó hasta Julia.

Lucía guapísimo, con unos vaqueros *Levi's*, camiseta polo oscura y chaqueta de cuero negra. Julia se dio cuenta que estaba un poco nervioso. Cuando se acercó a ella percibió el olor de su colonia, amaderado y seco. Ya sin el uniforme y sin la tensión previa, se parecía más al hombre que había conocido en la fiesta y no el temible guerrero que le quitó la respiración, hora y media atrás. Se alegró de haberse esmerado en su arreglo personal.

—Vamos a cenar. —La tomó de la mano—. ¿Qué deseas comer?

—Pizza.

—Pues pizza será. Conozco un lugar cerca de Berkeley.

—Vamos.

La llevó hasta el puesto donde estaba parqueado un Lexus de por lo menos siete u ocho años. El auto, estaba en buenas condiciones y relucía.

Nick le abrió la puerta y le guiñó el ojo. Subió al auto, hizo girar la llave de contacto y salió del lugar. Prendió la radio y la música del grupo favorito de Julia inundó el habitáculo.

Ella le sonrió.

—Me alegra que hayas venido —comentó Nick, sin apartar la vista de la

carretera.

—Me gustó mucho acompañarte. Aunque te soy sincera, no sé mucho de fútbol.

Nick levantó una ceja.

—¿No?

—No.

—Aprenderás.

En cuanto llegaron a la pizzería. Julia se disculpó y fue al lavado.

Salió minutos después. Caminó entre mesas. Era un lugar pequeño y moderno, decorado con sencillez, con paredes en ladrillo desnudas de cuadros, un tablero negro al frente de la barra con el menú de pizzas a disposición, que era más decorativo que funcional.

Un par de meseras iban de mesa en mesa repartiendo platos y tomando órdenes. Las luces eran bajas. Cuando divisó a Nick, sonrió y se acercó a él. Dejó de escuchar las voces de los comensales, la música de fondo y se concentró en el hombre que se levantó a recibirla.

—Estás preciosa Julia.

Aunque el partido lo había dejado agotado y tenía trabajos que entregar, Nick se sentía muy cómodo al lado de ella, como si ese fuera su lugar. Cuando le acarició el rostro y besó en la mejilla antes del juego, los pulmones se le endurecieron y una avidez ancestral se apoderó de él, supo que tocaría y saborearía cada centímetro de esa piel. Además, olía delicioso. No el perfume que usaba herbal y cítrico, sino el aroma debajo de esa fragancia, el aroma de su piel. Necesitaba buscar la esencia de ese olor y recorrería todo su cuerpo hasta encontrarlo. Imaginó saboreándole el sexo, sabría a gloria, estaba seguro. Se obligó a pensar en otras cosas. No quería delatarse.

—Bien, aquí estamos —dijo Julia en un tono de aparente desenfado.

Nick, la supo ajena a todo lo que pasaba por su mente. Llamó a la camarera con una seña. Esta se acercó presurosa, se presentó como Kate, miraba solamente a Nick lo que molestó algo a Julia, ya había tenido bastante con las *groupies* del parqueadero.

—¿Qué deseas beber? —preguntó Nick ignorante de la mirada de la chica y de los pensamientos de Julia.

—Una *Coca-Cola*, por favor.

—Lo mismo para mí.

Nick se inclinó con los codos sobre la mesa y fijó su mirada en ella.

—Ahora sí, cuéntame de ti, ¿cómo ha sido tu vida de novata? A veces los de años superiores pueden ser desagradables.

Julia se echó a reír. Aquello era cierto.

—Me va muy bien. Hay de todo, pero por lo general, cada quien está en sus asuntos. Hay mucha competencia eso sí. El programa de mi carrera es muy intenso.

—“Que se haga la luz” —dijo Nick. Era el lema de la universidad—
¿Psicología verdad?

—Sí. Además, ayudo en mis horas libres en el refugio. Con otras voluntarias damos charlas, hacemos cursos de costura, talleres de lectura, etc.

Un brillo de admiración pobló el semblante de él al escucharla. Era uno de los rasgos que más le atraía de las personas, la pasión por lo que hacían, tal vez, porque esa misma pasión era la que circundaba cada área de su vida. Julia escogió ese momento para quitarse la chaqueta, la blusa ceñida, destacaba sus perfectos pechos y Nick percibió en él, la llama súbita del deseo, que se obligó a apagar con otro tipo de imágenes.

—Y es algo acorde con tu carrera. Disfrutas lo que haces, se te nota. Pero tengo una inquietud.

—¿Si?

—¿No es algo peligroso lo que haces?

—¿Por qué lo preguntas? —Su padre también le repetía lo mismo.

—¿Qué tal que algún marido furioso intente hacerles daño?

—La policía nos apoya.

Nick no se lo creyó. Si acaso, pasarían un par de veces en cada turno.

Kate, la mesera, volvió con el par de refrescos y duraron unos minutos escogiendo la pizza que comerían. Cuando la mesera se retiró con la orden, continuaron el tema.

—Me gusta ayudar. Observas cada caso y escuchas cada historia. Es muy triste ver hasta dónde la violencia, puede minar la confianza de una mujer —expuso Julia con semblante serio.

—Debe ser duro tratar con una mujer maltratada. Un hombre así, merece ir a la cárcel, o por lo menos, tener penas más duras. —“*O molerlo a golpes,*” pensó Nick. Una buena tunda sería una excelente lección para los malnacidos que se atrevían a maltratar una mujer.

—Estoy de acuerdo contigo.

Nick se quedó mirándola pensativo. Su admiración por ella crecía a

pasos agigantados. Sus labios estaban ligeramente separados y tuvo el impulso loco de levantarse de la mesa y besarla hasta que se fundiera en él. Se obligó a retomar el tema de conversación.

—¿No te afecta en algo? Eres muy joven. Es raro encontrar una chica de tu edad con tiempo para ese tipo de actividades. Las que conozco se desviven por las fiestas, los chicos, los deportes y en últimas, el estudio.

Recordó el rescate del pequeño, ella tenía un fuerte sentido de la responsabilidad y pretendía cargar sobre sus hombros, los problemas de la gente.

—Seguro has conocido solo esa clase de chicas —replicó Julia frunciendo el ceño y poniéndose a la defensiva. Recordó a Beth, la prima de Lori, era un excelente ejemplo de todo lo que exponía Nick, pero ella no iba a entrar en ese cotarro, ni loca—. Si miras un poco más allá, encontrarás otra clase de chicas. No has estado muy bien acompañado que digamos.

Esto último lo dijo de forma irónica.

Nick tenía que darle la razón y no supo si sentirse ofendido o impresionado por su percepción. De todas formas, decidió disculparse, tampoco tenía tanta confianza con ella.

—Mil disculpas, no fue mi intención ofenderte no estoy queriendo decir que todas las mujeres de tu edad deban tener los mismos intereses. Simplemente me sorprendiste. Sí te digo la verdad, no he conocido muchas chicas como tú.

¡Ups!, de eso estaba segura, casi podría adivinar qué tipo de chicas iban tras él.

—El día de la barbacoa me comentabas que tenías dos hermanos, cuéntame de ellos.

Nick parecía acribillarla a preguntas. Julia esperaba que pronto le tocara el turno a ella. Kate los interrumpió con un par de platos y cubiertos, segundos después, trajo la pizza. El olor a queso fundido y especias inundó el espacio. Nick le sirvió a Julia el primer pedazo.

Ella mordió la pizza.

“*Otra vez esa mirada.*” Nick no perdía detalle de ninguno de sus gestos, como si el acto de llevarse un pedazo de comida a la boca fuera algo trascendental e hipnótico. Dejó el pedazo en el plato, se limpió con la servilleta.

—Bien, es una relación normal de hermanos, algo retorcida de parte de

mi hermana y yo hacia Steve, pero él ya lo ha superado. —Bebió un sorbo de *Coca-Cola*.

—¿Cómo de retorcida? —sonrió Nick a la vez, mientras atacaba otro pedazo.

—Oh, lo normal, hacer que Steve se vistiera de chica para poder jugar con nosotras. Pintarle los labios. A los seis años, prácticamente lo teníamos convencido de que era una niña, hasta que papá se dio cuenta y nos ganamos un buen castigo —Julia sonrió, hizo una pausa, recordando aquello—. Desde ese día prácticamente papá lo separó de nosotras. Creía que lo estábamos afeminando. Lo llevaba de *camping*, fútbol, campamentos para chicos y esas cosas.

—Las chicas Lowell eran un peligro entonces. Con hermanas así, me habría escapado de casa a la primera ocasión. —Nick reía abiertamente encantado con Julia; admiraba el color de los ojos, labios, la línea del cuello. ¿Qué sentiría al enredar los dedos en su pelo, al permitirle que lo cabalgara sin pausa? ¿Qué mierda le pasaba? Ni siquiera la había besado, a estas alturas, con otra chica, ya habría dejado evidente sus intenciones, pero con ella... Con Julia algo lo frenaba. A medida que ella hablaba, se sentía atrapado en una red.

—Sí, éramos bastante revoltosas. Pero no sientas pena por él, después vino la venganza, *barbies* rotas en el jardín o muñecas con el cabello recortado metidas en el inodoro —remató Julia con una sonrisa y antes de llevarse otro pedazo de pizza a la boca preguntó—: ¿Cuántos hermanos tienes?

—Una hermana menor tiene dieciocho años. Está en preparatoria todavía.

—Que bien. ¿Dónde viven tus papás?

Julia se dio cuenta que la mirada de Nick se ensombreció.

—Soy de Chicago, mi padre murió cuando tenía trece años.

Julia dejó el pedazo de pizza en el plato, se limpió las manos y aferró la mano de Nick.

—Lo siento mucho, no quería recordarte cosas tristes —susurró apenada.

—No, está bien. Si vamos a ser amigos, quiero que sepas todo de mí —contestó Nick, dispuesto a contarle ese episodio de su vida que lo había marcado profundamente.

—Mi padre era colombiano y conoció a mi mamá en el hospital, ella es enfermera y él se había lesionado una pierna en su trabajo como contratista de construcción —se quedó con la mirada perdida un momento, Julia percibió que aún, era un tema muy doloroso para él—. Mi madre dice que fue amor a primera vista, es de ascendencia irlandesa. Intensa en sus amores. Duraron tres meses de novios y se casaron, los primeros años fueron felices. Mi papá era un hombre muy atractivo o eso decía mamá. Le gustaban mucho las mujeres, no le pudo ser fiel a mamá y ese fue el fin de todo, cuando murió ya llevaban alejados dos años, tuvo un infarto.

Julia entendió porque hablaba tan bien el español y se imaginó, que si el padre, fue la mitad de buen mozo que el hijo, no podía culpar a las mujeres.

—Lo siento —dijo Julia y le acarició la mano que aferraba en un gesto de consuelo. Cuando la fue a retirar, Nick no lo permitió, volteó la palma, acarició con el pulgar la línea de la vida y luego, entrelazó los dedos con los de ella. Con el pulgar le acariciaba suavemente el dorso. Julia sintió un escalofrío en la columna y rogó a Dios que él no se diera cuenta; así siguieron conversando. El brillo de ternura y orgullo que apareció en su mirada cuando le contó la lucha de su madre por sacarlos adelante a él y a su hermana y más cuando habló de que Laura era excelente alumna y que cuando se graduara podría escoger la universidad que quisiera, le derritió a Julia el corazón.

Lo que Nick no le dijo a Julia fue las privaciones que tuvo que pasar, pues ella parecía una mujer que lo había tenido todo en la vida, apostaba que hasta un viaje a Europa. Julia era una mujer que destilaba clase. No le contó de los fines de semana trabajando con su tío, en su pequeño negocio de arreglo de jardines, no le contó que cuando veía el interior de las casas cuyos jardines arreglaba, tenía la certeza de que llegaría el día en que ocuparía una casa más lujosa que aquella, que en ese momento su prado arreglaba, de que trabajaría con tesón para lograr sus sueños, que se comería el mundo a base de inteligencia, sagacidad y olfato. Estaba seguro de ello, como también estaba seguro, de que la mujer que tenía enfrente le pertenecería. No, no le dijo nada de eso.

Julia se percató de lo orgulloso que estaba de su familia, eso le gustó y mucho.

—¿Y qué me dices de ti? —Señaló Julia con mirada expectante.

—Estoy en último año de administración y finanzas, estudio con beca completa.

Habían terminado de comer, Kate la mesera se acercó, retiró los platos y dejó una carta de postres. Nick le ofreció a Julia pero ella declinó.

—Son cerebritos en tu familia —dijo Julia al tiempo que pensaba que una beca en esa universidad no habría sido nada sencilla de otorgar. El deporte ayudaba, pero los deportistas de las distintas disciplinas, debían mantenerse en un óptimo nivel académico para conservar la beca.

—No me va mal, aunque el fútbol fue determinante.

Julia observó detenidamente a Nick con un brillo provocador en los ojos.

—Ah, ya entiendo —dijo sonriendo.

—¿Qué entiendes? —Frunció el ceño Nick pues ya sabía por dónde iba y no se equivocó.

—Lo que piensas de las chicas —hizo una pausa al ver el ceño levantado de Nick mientras pagaba la cuenta, pero no se detuvo—. No estoy diciendo que una beca de fútbol te haga menos intelectual, pero por tus comentarios de las chicas, me imagino la clase de mujeres que te rodean, rubias, pechugonas y que babea frente a ti como si fueras estrella de cine.

—Vaya muchas gracias —sonrió irónico y luego mudó a una expresión seria—, eso que piensas lo considero un insulto y además, no puedes asegurarlo.

Era la primera mujer que no lo respetaba, que en solo un par de encuentros, veía lo imbécil que había sido con el sexo femenino. Estaba loco por gustarle, quería complacerla y como no le había pasado nunca; sus emociones iban de un lado a otro chocando entre sí, la fuerte atracción y la molestia por creer que no la merecía. Pues ni modo Julia Lowell, caviló, me conocerás.

—Lo siento —exclamó Julia y levantó las manos en son de paz—, siempre digo lo primero que se viene a la cabeza.

—No, lo que pasa es que dices lo que realmente piensas. No cambies, es una cualidad que admiro.

Al levantarse de la mesa Nick le ayudó a ponerse la chaqueta y alcanzó a olfatearle el cabello. Al salir, ya la temperatura había declinado unos grados, le examinó el perfil. Caminaron en silencio juntos hasta el parqueadero, ella con las manos en el pecho para cerrar la chaqueta. Cada uno iba sumido en sus pensamientos.

—Fuiste un poco dura conmigo allá dentro —atinó Nick, sin dejar de

mirarla en cuanto entraron al auto. El viaje de vuelta a Berkeley fue de un par de minutos. Al despedirse, Nick volvió a tomarle la mano y le dio un beso en la muñeca, dónde le palpitaba el pulso. Fue un beso prolongado, Julia sintió su respiración en la piel y un estremecimiento que nada tenía que ver con el aire nocturno. ¡Dios!, qué cosas la hacía sentir este hombre. Quiso que la besara así en la boca, pero no sería ella la que tomaría la iniciativa esa vez.

—Julia me vas a meter en problemas —le murmuró cerca del oído. Nick le besó la comisura de los labios.

—Ya estás en problemas. —Julia se bajó del auto sonriendo.

—Que tengas buenas noches, chica *Berkeley* —se despidió Nick.

—Buenas noches —dijo Julia.

Capítulo IV

Nick llamaba a Julia todos los días y cuando ella menos lo esperaba, recibía algún mensaje de texto:

Hoy he pensado mucho en ti, no soy muy dado a las palabras bonitas ni a las letras cursivas, no soy más que un tonto jugador de fútbol, pero tú me inspiras, te pienso, te pienso, te pienso, chica Berkeley

Ella le contestaba:

Estás correspondido

El timbre de los mensajes volvía a vibrar:

¿Si te escribo un poema, me responderás con más de dos palabras?

Julia respondía:

¿No estás en clase?

Él no demoró en responder:

Uy, ya respondiste, te quedaste sin poema

El timbre le volvió a sonar a Julia:

No lo creo y ahora debo prestar atención.

Quedaron de verse el sábado en la tarde. Julia lo invitó a dar un paseo en bicicleta a la reserva natural en Berkeley. Harían un picnic.

El sábado en la mañana llegó a la casa de acogida de mujeres. La vivienda era como cualquiera de la cuadra, de estilo californiano color gris, con un jardín sembrado de hortensias, pensamientos y violetas y que era cuidado por turnos por todas las mujeres que lo habitaban. En el interior había una sala que hacía las veces de recepción.

La función del lugar, aparte de dar ayuda inmediata, era apoyar las mujeres a salir del círculo de violencia, brindar asesoría para que recuperaran todo lo perdido y no era propiamente cosas materiales, sino su vida emocional, psicológica y física.

Cuando Julia entró, saludó a un par de mujeres que tejían sentadas en los sillones de la sala. Emanaba un apetitoso olor a torta. Mary Thompson, salió de la cocina secándose las manos. Era trabajadora social, una mujer vital, grande y gruesa, rubia de cabello corto, en la cuarentena, con mirada gris inteligente, gestos calmados y experiencia en este tipo de labor. Reclutó a

Julia por su sensibilidad social, la firmeza de carácter y una innata vocación de servicio que veía en pocas personas.

—Menos mal que llegas, hay una persona que quiero que conozcas, llegó ayer. Está muy afectada, tiene una niña de cinco años.

La violencia intrafamiliar es un tema del que es difícil hablar, es un mal que ha existido calladamente dentro de las paredes de muchos hogares. Mata más mujeres la violencia intrafamiliar que el cáncer, el paludismo o la gripa. Lo más difícil para ellas es romper el silencio, pues contarle a un extraño, sucesos humillantes ocurridos en su entorno más íntimo y sufridos por largo tiempo no es tarea fácil. Ellas lo hacen o porque ya están hartas y quieren luchar por un cambio para ellas y sus hijos, o porque temen por su vida.

Las mujeres que constituían el refugio, eran maltratadas por sus esposos, hermanos o novios. Es más, había una joven de veintidós años que llegó porque era maltratada por su madre, vivía con ella prácticamente en servidumbre. Padecen situaciones emocionales perturbadoras y complejas, son sensibles, con una autoestima baja, con miedo a enfrentar el futuro por no estar preparadas y por las repercusiones económicas que conlleva la ruptura. No tienen dónde ir y viven con el temor constante a volver a ser agredidas, ellas o sus hijos.

Mary llevó a Julia a uno de los cuartos dónde le presentó una mujer como de veinticinco años llamada Jane y la pequeña Michel, su hija, de no más de cuatro años.

Julia les devolvió el saludo con una expresión impávida, aunque por dentro el coraje no la dejara casi respirar.

Jane apenas podía hablar, tenía un ojo morado, la boca hinchada y una herida en la frente cubierta con una gasa. Saludó Julia con un gesto de mano.

—No te preocupes —dijo Julia—, no hables, nos encargaremos.

Julia vio angustia y miedo en la mirada de Jane, los ojos se le volvieron vidriosos y con la mano se tapaba la boca, para evitar soltar un clamor y que de pronto asustara más a la pequeña. Mary la abrazó y Julia salió de la habitación con Michel y la llevó al patio donde tenían un pequeño parque, donación de un par de familias pudientes de la zona. Había otro par de niños jugando con una voluntaria. La niña se integró enseguida en el juego. Les organizaron juegos, cantos y rondas, otro par de chiquillos al oír la algarabía, se sumaron a las actividades. Julia los dejó armando un rompecabezas. El sitio tenía capacidad para veinte personas. El gobierno daba una partida de

dinero que era insuficiente; Mary y los demás colaboradores pedían a las familias y comerciantes de la comunidad. Realizaban actividades, bingos y reuniones, ventas de garaje para recaudar fondos, era una lucha contra el tiempo y las adversidades. Tenían la satisfacción de haber logrado que muchas mujeres iniciaran una nueva vida.

Julia le comunicó a Mary que en la tarde no podría acompañarlas e inquirió por lo ocurrido a Jane.

—Ay Julia, la historia de Jane es muy triste. Es la segunda vez, que logra salir de ese maldito círculo. Ojalá y ese hombre no vuelva a importunarla, porque si no, terminará muerta. En cuanto sospeché que lo iba a dejar, la esperé a la salida del trabajo, le hizo un escándalo y le propinó un puñetazo en el ojo. La herida en la frente y en la boca, fue, porque la agarró del cabello y estrelló el rostro con el pavimento. Parece que no tenía mucha fuerza o le habría ocasionado un daño grave. Menos mal que Michel estaba con la abuela. ¡Ah!, y la guinda del pastel, fue que el dueño del negocio donde llevaba la contabilidad, al ver el escándalo, la echó del trabajo.

—Cuanto lo siento, la pequeña es preciosa.

—Esperemos que Jane haya aprendido la lección y que ese hombre no vuelva a acercarse —Mary negaba con la cabeza—, no sé qué hacen esos tipos para atraerlas, parecen encantadores de serpientes.

—Hay que trabajar en ellas, esa es la solución, cabrones como esos, se multiplican todos los días, como las malas hierbas.

—Ya estás hablando como psicóloga y no llevas un mes en la universidad —bromeó la mujer.

Julia se despidió algo más tarde.

No se percató del auto gris, que estaba estacionado dos cuadras adelante, ni del hombre mal encarado en el interior del vehículo que vigilaba el lugar. Cuando pasaba el auto de la policía se agachaba, los policías seguían su camino. El hombre prendió un cigarrillo y se dispuso a memorizar los rasgos de cada persona que salía del lugar.

Volvió a su casa y le dijo a sus padres que pasaría la tarde en Berkeley. Liz y Raúl salían para un torneo de golf en el Country club.

Julia llevó la bicicleta de su casa. Nick dijo que llevaría la suya. Le había puesto la cita en un pequeño supermercado de la zona sur de la universidad, al lado del lugar donde vivía.

Llegó primero y entró al negocio, tomó una canastilla y empezó a

llenarla con las cosas que llevarían, refrescos, pan, jamón, queso, tomó un racimo de uvas. Estaba en el fondo del pasillo, cuando apareció Nick. A Julia el corazón le bailó al ritmo de samba. El hombre estaba de muerte lenta, tenía puestos unos jeans desteñidos con algunos agujeros en la parte superior, zapatillas de tenis que habían conocido mejores tiempos y una camiseta blanca ceñida que poco dejaba a la imaginación. Era un hombre impresionante, con una musculatura digna del deporte que practicaba, pero más que eso, la manera de mirar, su actitud hacia la vida, con una fuerte determinación. No se veía imponente o acelerado, pues los movimientos eran armónicos, era una fuerza subyacente, poderío innato, bajo una apariencia calmada. En ese momento sintió algo de temor. Ella se consideraba una joven de temperamento, segura y resuelta, pocas veces titubeaba para tomar una decisión, pero Nick estaba a kilómetros de ella o eso creía. En cuanto él la divisó, sus comisuras se elevaron, mostrando la fila de dientes blancos y parejos, se bajó los lentes. Ese gesto llamó la atención de más de una chica del lugar, en vez de molestarse se sintió satisfecha, porque Nick solo tenía ojos para ella. Con paso pausado él se acercó.

—Hola, mi preciosa chica *Berkeley* —se acercó un poco más y le rozó la mejilla con los labios.

—Hola —contestó ella. Nick olía a sol, a madera y a él. Tuvo el arrebató de enterrarle la cara en la curva del cuello y olfatearlo por horas. Para disimular el desconcierto que siempre le ocasionaba su presencia, se centró en lo que había en la canasta—. Mira lo que compré, espero te guste y si no, puedes escoger lo que quieras.

Él miró el contenido de la canastilla y dio su aprobación. Estaba distraído por la imagen de Julia que estaba preciosa; a él le importaba un bledo lo que había en la canasta, solo quería acariciar esas interminables y esbeltas piernas. Llevaba un *short* azul oscuro, unas zapatillas grises sin medias y una camiseta de tiras blanca. El cabello recogido en una cola de caballo y apenas llevaba maquillaje, no lo necesitaba, el color rosado de los labios ¡Dios! estaba loco por probarlos e introducirlos entero en su boca. Sacudió la cabeza de forma imperceptible y soltó una risa irónica ¿Qué le hacía esta chica? Mujeres mucho más hermosas giraban a su alrededor todo el tiempo. En ese momento cayó en cuenta de algo. Era él, que iba tras ella, era él, quien la buscaba, era él el que se mostraba ansioso por un próximo encuentro. Ella no, ni siquiera lo había llamado alguna vez al móvil, no le

dejaba un mensaje al azar, era él, el que siempre tomaba la iniciativa. Era una mujer educada, no se le había lanzado encima, no se adhería a él como si fuera la última maravilla y eso le agradaba. Era... refrescante. Lo había cautivado desde el primer momento en que posó sus ojos en ella, sus maneras tranquilas y la forma de relacionarse con los demás. La había detallado el día de la fiesta en casa de Peter, como era con sus amigos y se sintió condenadamente bien, quería entrar en su mundo, mejor dicho, quería ser el centro de su mundo.

Salieron del supermercado con las bolsas, Nick pagó la cuenta que Julia insistía debían compartir. Él le dijo que no se preocupara que en otra ocasión, con gusto, le dejaría la cuenta a ella. Julia sonrió, le gustó ese gesto. El sol de la tarde dio de lleno sobre sus espaldas cuando desenganchaban las bicicletas. La compra la acomodaron en un morral que el joven se puso en la espalda. Detuvo su tarea unos instantes para susurrarle:

—Estás muy hermosa, Julia.

Ella sonrió sin contestarle, montó en la bicicleta y pedaleó dejándolo atrás.

—Eh, mocosa, ¡espérame!

Nick la contemplaba con gusto, mientras ella transitaba delante de él y se adentraban en el sendero para bicicletas del *Área Natural Grinnel Eucalyptus Grove*, tan segura de sí misma, tan firme; las elásticas piernas pedaleaban hábilmente, y se volvía de tanto en tanto, para mirarlo y burlarse de él. Súbitamente sintió el impulso de lanzarse hacia adelante y bajarla de la bicicleta... y tomarla sobre el césped... Desterró esos pensamientos como pudo y se apresuró a alcanzarla.

La reserva natural en la que paseaban, era uno de los iconos ecológicos de la universidad, con los árboles de eucaliptus más altos de América y con un paisaje boscoso teñido de naranja y rojo debido al otoño que ya se posesionaba del tiempo. En unos instantes se puso a su lado.

—Casi no me alcanzas —dijo ella con una chispeante sonrisa—. Para ser jugador, no se te da muy bien este deporte.

—No quería alcanzarte —le contestó con una sonrisa taimada—. La vista era agradable.

Ella haciendo caso omiso del comentario, que entendió muy bien, le contestó:

—Sí, el paisaje es precioso.

—No me refería a los árboles —le dijo y detuvo la mirada en los labios.

Siguieron pedaleando más lentamente. El sol iba elevándose mientras ellos observaban el panorama. El olor del aire fresco, la caída de las hojas secas, le daba un encanto sobrenatural al lugar.

Charlaban y bromeaban. En un momento dado se quedaron pensativos. Julia divisó el lugar en el que harían el picnic. Era un claro rodeado de árboles y arbustos. Estacionaron las bicicletas junto al árbol y unos metros más allá tendieron una manta que ella había traído consigo.

—¿Vienes a menudo? —inquirió él, mientras meditaba si serían varios los chicos que habría traído a este lugar.

—Pocas veces, me gusta caminar, pero nunca había hecho aquí un picnic. Hay un riachuelo al otro extremo. A veces vengo aquí, a pensar.

Lo miró sonriente, era agradable estar con él.

Nick asintió y dejó el morral encima de la manta.

Julia colocó las cosas del picnic con la diligencia de una mujer organizada. El joven la miraba y sonreía.

—Te felicito por tus dotes organizativas ¿Eres así de metódica con todo?

—Sí, siempre, mi mamá es muy disciplinada, nos inculcó normas y organización —dijo Julia con mirada pícara que ya Nick había aprendido a conocer—, éramos unos diablillos, lo necesitábamos, lidiar con nosotros requería mano dura.

Nick sonrió, mientras abría una lata de refresco que le brindó a Julia.

—A pesar de lo que demuestras, te imagino como una niña traviesa.

—Es cierto, le di a mi mamá sus buenos quebraderos de cabeza. Supongo que tú también.

Nick extendió las piernas con la espalda recostada en un árbol, Julia se acomodó a su lado.

—Mientras vivió mi padre fui un chico común y corriente. Con muchas energías. A pesar de la relación con mi madre, siempre estuvo muy pendiente de nosotros. Compartíamos mucho, jugábamos fútbol, los sábados lo acompañaba a su trabajo. Era mi mejor amigo —Nick frunció el ceño y la mirada se le pobló de tristeza—. Cuando murió sentí como cuando te apagan el interruptor de la luz. Fue muy duro.

Julia se dio cuenta de cuanto lo afectaba todavía la muerte de su padre y deseó llevarlo por otro sendero, pero por alguna extraña razón, dedujo que se estaba abriendo a ella y tuvo la certeza de que no lo hacía con todo el mundo.

Él continuó:

—Me volví camorrero, buscaba problemas, hasta que mi tío se dio cuenta de la situación por las constantes quejas de mamá y me ayudó. Trabajaba con él los fines de semana, ni qué decirte que eso ahuyentó las malas compañías, continuó con la labor de papá de apoyarme en los deportes, me acompañaba, es un buen hombre, le estoy agradecido por eso.

—Lo siento. —Julia extendió su mano fue un leve roce, del que Nick se agarró, le aferró la mano y entrelazó los dedos. Las puso frente a ellos.

—Se ven bien.

Julia sonrió, se quedaron en silencio con las manos enlazadas.

—¿Te parece bien que comamos? —preguntó ella rompiendo el silencio y apresurándose a preparar unos sándwiches—. Tengo hambre.

—Me encantan las mujeres que comen bien.

Julia abrió un tarro de mayonesa y untó de forma delicada al pan. Luego, adicionó el queso y el jamón.

—¿Y qué más? ¿Qué más te gusta?

—A ver, a ver, me gustan las mujeres organizadas, las que estudian, las de ojos color miel y muy buenas piernas —pausó, se quedó mirándola— ¿Y a ti?

Julia levantó la vista y esbozó una sonrisa provocadora.

—No me gustan las mujeres.

Nick soltó una risotada.

—¡Oh, por Dios, come algo!

La tarde era perfecta, los árboles los cobijaban como testigos mudos de la escena. Julia miraba el entorno encantada. Dejó los restos del sándwich en una bolsa y tomó un pequeño racimo de uvas, su sabor dulce y ácido le estalló en la boca. Estaban deliciosas.

—A veces me gustaría tener el don para la pintura o la fotografía.

—Hice fotografía cuando era chico. Elaboré un álbum con los sitios emblemáticos de Chicago, como regalo de cumpleaños para mi padre.

—¿Le gustó?

Nick movió la cabeza, soltó la comida y miró para otra parte.

—No. Ni siquiera lo vio. Murió tres días antes de enseñárselo.

Julia, pasmada, se quedó unos instantes en silencio.

—¿Y qué hiciste con él?

—Una hoguera en el patio de mi casa.

—Oh Nick...

Nick sonrió con tristeza y ternura.

—No eran tan buenas.

Nick retiró los platos. Julia se había recostado y alzado la vista hacia el cielo con el semblante algo preocupado. Se volvió hacia él, segura de que le encontraría la mirada.

—¡Ey! No te preocupes por algo que ya pasó —se interrumpió y la contempló largamente, se inclinó con lentitud hacia ella y le susurró al oído—. Hueles delicioso, chica *Berkeley*.

Los pulmones de Nick, no tomaban suficiente aire, mientras se acercaba a los labios que deseaba besar. El corazón tamborileaba a ritmo frenético y las palmas le quemaban al tocar la piel de su cintura. El aliento de Julia dulce y ácido, producto de las uvas, le rozó los labios y la boca se le hizo agua. Nunca había tenido ese afán de besar a una mujer, de invadir sus espacios con labios, dientes y lengua.

La besó.

Ella le respondió con la misma rapidez y ansiedad. Al entreabrir los labios; Nick la invadió con su lengua, haciendo más íntimo el beso.

Julia flotaba entre la felicidad desbordante y la curiosidad que la hacía preguntarse ¿por qué los anteriores besos se fundieron en una masa insignificante que desapareció de su mente? El estómago encogido y las extremidades laxas, le agradecían el torrente de sensaciones que ahora la inundaban. ¿Así que esto era el deseo? Lo que se había perdido. Estaba anonadada por la manera que Nick exigía la posesión de su boca. Él, no contento con eso, le puso una mano en la mejilla y le abrió más los labios, para devorarla con más ímpetu, sin darle tregua. Las manos de ella bajaron al cuello y la espalda, lo escuchó gemir entre su boca.

Nick la fundió en un abrazo fuerte, violento, reacio a separarse ahora que por fin la había probado y encantado de ver que ella le respondía con la misma pasión. Al percatarse del poco control que le quedaba hizo más lentas las cosas. Le besó las comisuras de los labios, las mejillas. Se quedaron en silencio.

El atardecer ya teñía los colores del cielo, cuando emprendieron el regreso.

—¿Cuándo te volveré a ver? —le preguntó Nick mientras bajaba de la bicicleta.

—Cuando quieras.

Nick se acercó de nuevo, le tomó la cara con las dos manos y le dio un tierno beso, que ella, por supuesto, aceptó.

—¿Vuelves a Pleasanton? —preguntó él al ver, que dejaba la bicicleta asegurada y se dirigía al auto.

—Sí, los fines de semana los paso con mis padres.

—Yo voy para donde Peter. Te seguiré.

—Está bien.

Nick bajó del auto, ya era de noche, las luces de la casa de Julia iluminaban el camino de entrada.

La joven bajó del auto y le sonrió. Volvieron a besarse. Nick quería tomar las cosas con calma, pero la avidez de Julia, tiró por la borda todas sus intenciones. Ella introdujo la lengua en su boca saboreándolo y él tomó sus labios en un beso devorador que la dejó sin aliento.

—Vaya —dijo él después—, este sí es un beso de despedida.

En ese preciso instante, pasó Peter que vivía un par cuadras más arriba.

—Me imagino que vienen de mirar mariposas en el campo. —A Peter no le pasó desapercibido, el sonrojo de Julia, la exuberancia de los labios y una que otra rama enredada en su cabello.

—Sí, efectivamente y no es tu problema cabrón.

—Hola Peter —saludó Julia con una falsa afabilidad.

Peter se dio cuenta.

—No me voy a meter donde no me llaman.

—Te lo agradezco —contestó la joven que aferró a Nick de la camiseta y le dio otro beso matador.

Peter silbó por lo bajo. Ésta lo miró de reojo y entró a la casa.

—Ni una palabra, no quiero comentarios de mi relación con Julia. De ahora en adelante ella es mi responsabilidad ¿Está claro?

—Como el agua. Nunca te había visto así.

—No empieces.

—Está bien, está bien, vas en serio... —concluyó Peter, levantó ambos brazos en un gesto de 'ya cálmate' y puso los ojos en blanco.

—No tienes idea.

Capítulo V

Julia caminó por el sendero de la casa, enseguida la recibió un Setter irlandés color café que meneaba la cola y ladraba.

—Hércules.

Julia, le acarició las orejas, como respuesta se ganó un lengüetazo y las huellas de las patas marcadas en la camiseta. Era un perro tierno y juguetón. Siguió hasta la puerta con la mascota a su lado. La casa, de paredes color blanco con puertas y ventanas en marcos de madera oscura, estaba rodeada de hortensias, pensamientos y lilas. Era un hermoso lugar, su madre tenía muy buen gusto. En la estancia reinaba una decoración elegante, sobria, sin dejar de tener la calidez que da un verdadero hogar.

Escuchó voces en la cocina, pero su hermano Steve le salió al encuentro.

—¿Quién era el tipejo ese, que te metía la lengua en la garganta?

Julia le hizo un gesto de que bajara la voz.

—Shhhh. Un amigo y no me metía la lengua en la garganta. Se estaba despidiendo.

—¿Los jefes ya lo saben?

—No y no vas a decir nada. Yo les contaré más adelante.

—Ese silencio tiene precio.

Steve tenía diecisiete años, era un chico tranquilo, sacaba buenas notas y practicaba el atletismo. Para Julia, en esta etapa de su vida, era más fácil tratar con Steve que con Maggie. Con su hermana mayor había una tácita competición de la que Julia, pocas veces, salía bien librada. Ella le dio un codazo en las costillas.

—No hablarás porque yo también tengo un par de secretos tuyos bajo la manga. Recuérdalo.

Hacía dos semanas Julia había llegado del cine y encontrado a Steve borracho. Lo halló en el baño vomitando. Sus padres estaban en una fiesta. Lo atendió y en medio de palabras confusas logró acostarlo sin que sus padres se percataran del hecho.

Entraron en la cocina. Toda la familia estaba allí. Su madre Liz, una mujer bien conservada y esbelta de ojos verdes y cabello rubio con corte a la

moda. Fruncía el entrecejo mientras miraba el contenido de la nevera. Su padre, un hombre de tez trigueña y ojos del mismo color de los de Julia, charlaba con una hermosa joven, sentados a la mesa. Maggie parecía la réplica de Liz. La chica discutía con su padre sobre leyes.

—Hola a todo el mundo.

Ellos reciprocaron el saludo.

—¿Qué hay de cenar? —preguntó Steve. En medio del barullo de la conversación.

—Agua molida y viento raspado en servilletas de papel, si no se van de aquí —gritó Liz.

Steve cogió una manzana del cesto y se dirigió a su cuarto. Julia ya iba por el mismo camino cuando su padre le habló.

—Julia, necesito que me hagas un favor.

—Dime —contestó ella que se sentó frente a su padre.

Liz los interrumpió:

—Si no se van a ir, entonces me ayudan, Raúl tú sazonarás la carne y Julia harás la ensalada, Maggie...

—Lo siento mamá, tengo mucho que estudiar. —Maggie salió de la cocina.

—Como siempre la comodidad de esta niña. Mira lo que te digo querido, el hombre que se case con ella tendrá que ser muy hacendoso.

—Eso no me preocupa en lo más mínimo, sabrá manejarlo —le contestó Raúl—. Hija tengo un compañero de trabajo recién trasladado de Phoenix, acabó de divorciarse y tiene un hijo de tu misma edad. El chico está algo afectado por la situación, va a Berkeley también. Me gustaría que lo ayudaras a integrarse que salieran a algún lado y le presentaras tus amigos.

El padre de Julia, era un eficiente abogado comercial en una firma de seguros en San Francisco.

—Claro papá, por mí no hay ningún problema.

—Perfecto, no hagas planes, vendrán a cenar esta noche.

Los Anderson fueron a cenar. Mattew, el hijo de Jasón Anderson, era un apuesto joven, parecía algo mayor que Julia, delgado, con gafas de intelectual y agradable sonrisa, poseía un fondo formal y serio. Mientras los adultos se

reunían en la sala, Julia llevó a Matthew al estudio dónde Steve jugaba Nintendo.

—Ey —saludó Steve a Matthew casi sin quitar la vista del televisor—
¿Juegas?

Steve le pasó el otro control.

—Sí.

Julia blanqueó los ojos y sonrió, pues su padre habría hecho mejor en recomendar a Steve que integrara a Matthew y no a ella. Se sentó al lado de ellos tratando de disfrutar el rato, pero pensando en Nick. Podía palpar los sabores y olores de esa tarde con precisión, se concentró en cada minuto pasado con él, el momento en que se había acercado a ella, la primera sensación al juntar sus bocas, sabía que llevaría por mucho tiempo ese recuerdo. Se tocó los labios, había quedado con la piel sensible, culpa de los besos compartidos. La boca de Nick hacía estragos en ella y esa mirada que dejaba entrever sus propósitos la encendió como una hoguera. Si él hubiera querido tomarse las libertades que su respiración agitada había delatado, ella no habría puesto ninguna objeción. Julia no conocía aún la intimidad con un hombre, había leído bastante al respecto, pues el tema le causaba curiosidad, se preguntaba por qué nunca había sentido deseo alguno de hacerlo. Hacía amistades con los chicos, si alguno le llamaba la atención, salía con él, había compartido una buena sesión de besos, pero nada que se le pareciera a esto que sentía, el encogimiento de estómago, la conmoción en medio de las piernas. Los jóvenes que se acercaban a ella no eran muy diestros en el tema, Nick de la Cruz era...diferente.

—Tierra llamando a Julia.

Julia se sonrojó un poco y le sonrió al chico que la miraba embobado.

—Un centavo por tus pensamientos —soltó Steve con mueca burlona.

—Cincuenta dólares y te acercas.

—Nop, puedo adivinarlo.

Julia le mandó un cojín y Matthew les sonreía encantado.

—¿Por qué no vamos mañana al cine?

—¿Le preguntas a Julia o a mí?

—A ambos.

—Mañana no puedo —dijo Julia—, pero podemos vernos en la universidad.

Matthew y Julia intercambiaron números de móvil. Steve siguió en su

juego, los demás, charlaron de naderías. Julia no quería preguntar por el divorcio de sus padres.

—Quiero ser periodista —le dijo a Julia rato después—. Me gusta escribir.

—Es una buena profesión, a mí me encanta leer.

—Para mí es como un vicio, lo prefiero a cualquier otra actividad. Papá vive frustrado porque no sobresalga en los deportes.

—No te preocupes por eso, lo superará.

—Tienen buenos libros aquí —dijo mientras ojeaba los títulos que componían la biblioteca.

—Sí, mi papá procura tener la biblioteca surtida. Él es un buen lector y Maggie y yo también, Steve no tanto.

—Ey, que me leí un libro hace tres meses.

Julia y Mattew soltaron la risa. Liz los llamó a cenar. La cena en la mesa de los Lowell era distendida y animada. Los chicos charlaban de sus actividades y los padres de lo último de la temporada de fútbol. Mattew y Jasón se sintieron cobijados por el manto de calidez del hogar Lowell y prometieron que volverían. Mattew reiteró a Julia que hablarían esa semana y al despedirse le guiñó el ojo.

—Nuevo admirador en el panorama —soltó Maggie, que como única concesión, llevó los platos a la cocina.

—Va haber un duelo —bromeó Steve.

La joven le dio una mirada que por poco lo carboniza.

—¿Qué quieres decir jovencito? —preguntó Raúl, al que no le pasó desapercibido el interés del chico por Julia.

—Nada, nada. —Subió corriendo las escaleras.

Raúl miró a su hija, ésta frunció los hombros y subió detrás de Steve.

Nick había pasado el fin de semana en la casa de Peter, se dedicó a estudiar una materia de finanzas que lo estaba volviendo loco. Era la asignatura que tenía que pasar antes de diciembre para así empezar su pasantía a mediados de enero en una firma bursátil de San Francisco. Sería difícil conciliar los entrenamientos con el trabajo, el estudio y su incipiente relación con Julia. “*Mi chica Berkeley,*” su mente volaba a ella cada cinco

minutos. Ninguna mujer lo había afectado de la manera en que ella con sus maneras tranquilas y su actitud metódica, se iba apoderado de sus pensamientos. Parecía lejano el día que la había visto caminar en el patio de esa casa, con su imagen distante y etérea. Había ocurrido hacía pocas semanas y en solo tres encuentros; un fuerte sentimiento había llegado a su vida y no con pasos tímidos e inseguros. Si no con la fuerza de las pisadas que destemplan pisos y tumban cimientos. Había hablado con ella por el móvil la noche anterior, casi hasta la madrugada. Quería verla, pero ella le dijo que tenía un compromiso familiar. Esa mañana habían intercambiado algunos mensajes.

—Vamos al cine está noche antes de irnos. Están dando la última de Stallone —le dijo Peter que estudiaba frente al computador del estudio de la casa de sus padres.

La noche anterior, Nick se había retirado temprano, algo fuera de lo normal, ya que siempre que podían salían a algún lugar.

—Sí, me vendría bien una distracción —contestó Nick que volvió la mirada al computador y a sus dichosos números.

Las semanas pasaron y el otoño se hizo más evidente en el paisaje californiano. Nick y Julia le robaban tiempo a sus estudios para estar juntos. Se encontraban para ir a cine, a comer pizza y contra viento y marea Julia siempre estaba en el estadio si había un partido de los Cardinales en varios kilómetros a la redonda. Cada día crecía su deseo de estar con ella de forma íntima y la respuesta de Julia a sus besos, no ayudaba en lo más mínimo. Él sabía que ella quería más, por eso sus últimos encuentros aunque los disfrutaba sobremanera los había hecho en lugares muy públicos, donde apenas se rozaban y tomaban las manos y sí acaso, se daban unos ligeros besos. Aunque estaba ansioso, quería tomarse su tiempo.

Esa tarde de finales de septiembre, Julia lo acompañó a realizar una investigación en la biblioteca de Berkeley, que era mucho más grande que la de Stanford, el tema era para una materia de economía global.

Cuando salían, el móvil de Julia empezó a timbrar.

—Hola —saludó ella sonriente—. Oh Mattew lo siento, lo olvidé.

Julia habló unos segundos más, esgrimió otro par de excusas y se

despidió. Nick disimuló la curiosidad que lo asaltó al escuchar el nombre de Mattew, se portaría como un hombre civilizado. Caminaron en silencio. Lo que había molestado a Nick, fue el tono en el que le habló al tal Mattew pero decidió dejarlo pasar. Podría ser un compañero de estudio, un familiar, sí, refunfuñó, y los cerdos bailan ballet.

La niebla llegó temprano ese día y la temperatura había bajado. Entraron en una cafetería, se sentaron a la mesa, Julia ordenó un chocolate caliente y Nick un café. Su orgullo le impedía preguntarle quién era el tipejo que la llamó y le había arruinado el rato. Julia lo miraba confundida. Los celos germinaron a medida que pensamientos sombríos lo asaltaron.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa?

—Estoy bien, dime más bien qué pasa con nosotros —no se aguantó y le preguntó—: ¿Sales con alguien más?

Él tono grave de voz con que pronunció la pregunta, desconcertó a Julia.

—¿Perdón?

—Lo digo por tu llamada, parecías muy cariñosa.

El mesero se acercó con una bandeja y las bebidas calientes.

—Ya que estamos tocando el tema, me gustaría saber varias cosas, ¿qué somos Nick? Cuando voy a tus partidos las *groupies* te siguen a todas partes y a la salida veo que te persiguen y te invitan. ¿Aceptas alguna invitación? ¿Ves a más mujeres aparte de mí?

—Desde que salgo contigo no he vuelto a salir con nadie ¿Qué me dices de ti?

—No deberías ni preguntarlo y yo no debería ni contestarte.

Julia hizo el amague de levantarse.

—Quiero saber Julia — le sujetó las muñecas—, no estoy para juegos tontos.

El tono de voz con que pronunciaba su nombre, la descolocaba por encima del enojo y eso la fastidió.

—Yo tampoco.

Nick suplicó con la mirada. Julia tomó asiento de nuevo.

—Esa llamada es de un amigo. Mattew es hijo de un compañero de oficina de mi padre, está recién llegado y quiero ayudarlo a integrarse.

Integrarse, una mierda, pensó Nick, seguro el tipejo iba tras ella y como no, solo era mirarla, con las mejillas sonrosadas, la piel tersa y al cuerpo de diosa.

Nick, soltó una carcajada carente de humor.

—¿Es que no puede hacerlo solo? Por lo que escuché no creo que sea un bebé de pañales ¿Has salido con él?

—Sus padres se acaban de divorciar...

—¿Y qué? Así es la vida. Puede superarlo solo, sin estar molestando a mi novia y no contestaste mi pregunta.

Ella se dio cuenta que por su disgusto, no notó que había pronunciado la palabra que tanto deseaba escuchar...novia, disimuló una enorme sonrisa detrás de su taza de chocolate.

Nick levantó una ceja en espera de su respuesta.

—He salido con él un par de veces. Hemos ido al cine.

A Nick se le descompuso el gesto.

—¿Te ha besado? —preguntó con talante disgustado.

Julia, ahogó una exclamación, soltó de forma brusca la taza, se levantó y salió del lugar. Nick fue detrás de ella. En cuanto la alcanzó, la tomó del brazo.

—Estas hecho un soberano imbécil.

Nick profirió una sonrisa irónica, que mostró un talante de piedra que no había manifestado en el tiempo en que se conocían.

—No contestas preguntas ¿Será un sí? —Ella forcejeó para soltarse. Nick no la dejó.

—Suéltame.

—No tengo ganas. —La jaló hacía él y la abrazó.

—¿Qué diablos te pasa?

—Julia...

Había oscurecido. La gente pasaba alrededor, algunas personas los miraban.

—Siento que estoy haciendo el papelón de mi vida.

Nick se limitó a observarla sin dejar de abrazarla.

—Contesta.

A pesar del tono en que pronunció la palabra, percibió en él un gesto vulnerable que no le había visto nunca y que fue tan fugaz que desapareció así como había venido. Todavía con el orgullo herido, le contestó:

—No, no le he besado.

—Ni lo besarás, tus besos son míos, tú eres mía.

Ella sonrió. Anhelaba sus palabras, su reconocimiento de que eran algo

especial, su amor.

—No me has pedido que fuera tu novia.

—Pensé que era obvio. No te besas con todos lo que sales, ya me lo dijiste. Eres mi novia.

—Solo me beso contigo —repitió Julia con los dientes apretados. No se lo pondría tan fácil. Se soltó y empezaron a caminar—. Pídemelo. Es un paso importante Nick. Algo que debemos decidir los dos.

Él frenó en seco. La abrazó de nuevo. La miró confuso y ella se preguntó, si en su lista de relaciones habría tenido alguna novia o alguien importante para él. Sus ojos se encontraron de nuevo. Los labios de Nick se distendieron en una sonrisa y claudicando preguntó:

—¿Quieres ser mi novia?

—Por la manera en que me has tratado debería darte un plantón —la cabeza de Julia se inclinó hacia un lado, le sonrió—. Sí, quiero ser tu novia.

Nick no pudo resistir la urgencia de acariciarla. Ella escogió ese momento para lamer su labio inferior.

—Julia, me estás matando...

Quería decirle muchas cosas. De ser descuidado en sus relaciones con el sexo opuesto, sin dar nada y obtener todo, había pasado a quererle dar todo de sí, a preocuparse por su bienestar, a querer protegerla. La escuchaba horas hablar de sus planes, del bendito refugio, que le generaba una desconfianza terrible. Le gustaba conocerla, sabía que se derretía con el chocolate, que le gustaban las películas de acción y los zapatos costosos. Estaba encandilado, deseaba conocer esa otra faceta de ella, que la convertiría en su mujer. fantaseaba todo el tiempo, deseaba desnudarla lentamente, besarle los pezones, rozar su vientre con la lengua, hacerle el amor una y otra vez hasta saciar ese anhelo que lo consumía, algo lo detenía, no quería forzar las cosas, quería que fuera a él cuando estuviera lista. Pero la impaciencia lo estaba matando.

Ella supo el momento exacto de la llegada del beso y cerró los ojos con expectación. Él simplemente le susurró al oído:

—Quiero besarte como no tienes idea. Pero este no es el lugar, saldrías corriendo. Así que no lo haré.

Nick aprovechó para acariciarle el lóbulo izquierdo, la curva de la garganta, el contorno del rostro.

—¡Ey, qué sorpresa! Si es la parejita del año —señaló Beth

interrumpiéndolos.

Se acercó a Nick y le dio un beso en la mejilla que demoró adrede. Nick molesto con la interrupción, le dijo:

—No recordaba que estudiabas aquí.

—Sí, vengo de la biblioteca. Te lo dije el día que nos encontramos en Stanford, lo olvidaste.

—Pues sí, lo olvidé.

Julia quedó perpleja ¿Por qué Nick no le había hablado del encuentro? Y Beth tampoco. Trató de disimular el malestar y le echó un vistazo a su atuendo. El *piercing* le bailaba en la ceja como si tuviera un tic nervioso, llevaba un *leggings* color negro y un suéter de arabescos que le hacían voluminosos los pechos, unos botines de tacón puntilla. El cabello recogido en una moña alta. La típica pinta para ligar.

—¿A dónde van?

—Acompaño a Julia a su dormitorio.

—Vamos para la misma parte, iré con ustedes —propuso Beth, que se puso en medio de los dos, tomó del brazo a Nick.

Anduvieron un par de cuadras en silencio.

—¿Hablaste con Matthew? —preguntó a Julia y luego le habló a Nick—. Es que nuestra Julia está muy solicitada. Tú y ahora Matthew.

—Beth, ya basta —interrumpió Julia—. Nick sabe de mi amistad con Matthew.

Beth soltó una risa que no llegó a sus ojos, carente de humor.

—No sabía que te gustaba compartir.

Nick se soltó de ella y la enfrentó:

—Deja de decir babosadas. A Julia la respetas. Es mi novia.

El semblante de Beth se desencajó y con una mirada rabiosa se alejó.

—¿Por qué no me habías contado de tu encuentro con ella?

—Es una descocada, ni siquiera me acordaba que la había visto. No es una buena persona, Julia, mantente lejos de ella

Se despidieron en la recepción.

El viernes en la tarde, frente al refugio de mujeres, se había estacionado el auto.

El conductor igual que en días anteriores, no perdía pies ni pisadas de la casa. Anotó a qué horas salía la mujer que dirigía todo y luego vio un par de jóvenes entrar. La policía pasó en una ocasión. No reparó en él. Minutos más tarde, la joven, muy hermosa por cierto, que ya conocía entró al lugar. Llevaba una canasta de mercado con varios paquetes. El hombre dedujo, eran víveres.

Recuperaría a su mujer y a su hija a como diera lugar. Transcurrió una hora. Apareció de nuevo la joven con alguien tomado de su mano. Aferró las manos al volante y las pulsaciones se le aceleraron, era su hija, su pequeña. Salieron al jardín, y cortaron unas flores que la niña recibía y depositaba en una canasta.

Maldita Jane, por separarlo de ella, maldita zorra. Se bajó como un loco del auto. Atravesó el jardín y Michel lo vio.

—¡Papi!

Julia aterrada, aferró a la niña a ella, hizo sonar un pito que era la alarma para cuando se presentara una situación así. El hombre la empujó y Julia se golpeó la paleta de la espalda, pero no soltó a Michel que se rebullía para ir con su padre. El hombre se elevó sobre Julia con el puño levantado.

—¡Suéltala maldita, no ves que quiere estar conmigo; —bramó.

Las mujeres empezaron a salir, entre ellas Jane. Mary agarró al hombre y de un empujón lo lanzó a pocos metros de donde estaban. Jane empezó a vociferar:

—Lárgate, maldito no voy a volver contigo, mira mis cicatrices. ¿Crees que voy a dejar que Michel crezca al lado de un monstruo como tú? ¡Estás loco!

La sirena del coche de la policía aulló a pocas cuerdas, el hombre corrió hasta el auto y arrancó antes de que llegara la patrulla.

—¿Julia, estás bien?

—Sí —flexionaba el brazo y el hombro—, estoy bien.

Michel, miraba furiosa a Julia, no entendía por qué la quería separar de su padre. Jane le dio las gracias, alzó a la niña y entró a la casa.

—Lo hiciste bien, Julia, no me imagino como estaría Jane, donde ese malnacido se hubiera llevado a la niña.

La policía le tomó declaración a Julia. Ese día se iniciaría la búsqueda de Fred Thomas por agresión e intento de secuestro.

Michel cerró los ojos, cansada de llorar. Jane se enjuagaba las lágrimas.

Allí en ese pequeño espacio se preguntó en qué momento se le había jodido tanto la vida. Sería una tonta si no reconociera, que desde que conocía al que era su marido, todo había rodado cuesta abajo. La única bendición había sido Michel.

Recordó la primera bofetada, ocurrió una tarde en la que se retrasó con la cena y él llegó frustrado del trabajo. El primer puño llegó una noche en que regreso algo borracho, le pegó dónde no dejaba marca, la amenazaba, la tenía amedrentada. La peor tunda se la llevó una noche que no podía calmar el llanto de Michel que tenía dolor de oído. Ese día lo dejó, recurrió a una tía en San Francisco, trató de iniciar una nueva vida, consiguió trabajo, su tía le ayudaba a cuidar la niña junto con una niñera por horas, ya la niña tenía casi dos años y pronto iría al jardín.

Con complicidad de la madre de Jane, quien pensaba que los votos matrimoniales eran inviolables; Fred la encontró y tejió una red de sutil encantamiento alrededor de ella. Le obsequiaba flores y joyas. Jane, al principio estaba renuente, no había dejado de amarlo y aceptó ir a comer después del trabajo; empezaron a verse a escondidas de la tía de Jane, hasta que un día la convenció y volvió a la casa. Poco tardaron los golpes las amenazas y el temor. A esas alturas estaba desesperada. Volvió a conseguir trabajo, lo cual enfureció a Fred, pero ella se mostró inflexible y le hizo ver a él las ventajas económicas que el empleo conllevaba.

En el trabajo conoció a Linda, se hicieron inseparables y le contó todo, Linda no salía de su estupor y decidió ayudarla, la conectó con Mary, recibió asesoría. Fred al darse cuenta que lo iba a dejar, le dio su paliza de despedida y a la salida del trabajo para más humillación.

Tenía miedo pero daba por terminado ese capítulo de su vida, estaba segura de que saldría adelante.

Ya en su cuarto, frente al espejo, Julia se bajó el suéter y observó el golpe. Tenía un morado de grandes dimensiones. No le quiso decir a sus padres, porque le prohibirían volver al lugar.

En la cena, mientras le pasaba el puré a su padre comentó:

—Papá ¿podrías ayudar a alguien a conseguir un empleo? Es una mujer de la casa de acogida, la despidieron por un escándalo que formó su marido

en la puerta del trabajo.

Raúl dejó la bandeja de puré en la mesa.

—No me opongo a que ayudes a otras personas —señaló con talante preocupado—. ¿No es un poco fuerte para ti, las visitas a ese lugar? Llegas con cada historia.

—El refugio es importante para mí, no he visto nada que no haya visto en los periódicos o en la televisión. Sé que no puedo hacer mucho, pero me sentiría mal, si no ayudara, no te preocupes papá. Además, Mary me protege.

—Eso espero. No quiero quitarle importancia a lo que haces, hija, pero estás en formación y no deseo que las experiencias que vivas allí, afecten tu vida futura.

—Oh Papá, créeme que sí me afectan —dijo Julia con su sonrisa pícaro —; pobre del hombre que se case conmigo y piense maltratarme, se llevaría una gran sorpresa.

—Julia tú no tienes arreglo —dijo su madre sonriendo.

—Con tu forma de ser dudo que des con una persona maltratadora —concluyó Raúl.

—Papá, en serio, hace apenas seis meses que estoy ayudando y ha sido una buena experiencia. No todas las buenas experiencias tienen que ser placenteras.

—Tienes razón, dime qué sabe hacer esa mujer.

Capítulo VI

Fred Thomas, estaba frente a su ordenador portátil, tirado en la cama de un motel entre la vía San Francisco-Sacramento. No podría volver a su casa, la policía lo buscaba, se había afeitado la cabeza y salía a la calle con lentes oscuros o disfrazado. Había engatusado a su tía Mildred para que le prestara el automóvil ya que la mujer estaría en el extranjero hasta el año siguiente. Todo rodaba cuesta abajo, sino fuera por esa Julia Lowell, ya estaría reunido con su pequeña. La maldita estudiaba en Berkeley, la había seguido durante un par de días, era hija de un prominente abogado, vivía en las colinas de Pleasanton. Ella junto con Jane pagarían lo que le habían hecho. Ahora a sus cargos por maltrato se sumaba intento de secuestro y denuncia por lesiones personales, si ni siquiera la había tocado. Ganas no le faltaron. Ni Jane ni Michel habían vuelto a salir. Se había escondido tras varios disfraces para poder vigilar el refugio. Toda la mierda rodaba cuesta abajo. El único sitio en el que podría acercarse a Julia para mandarle un mensaje a Jane era el estadio de fútbol, tendría que buscar la fecha de más aglomeración. Haría salir a Jane de ese lugar como fuera y después desaparecerían, no sin antes darle su merecido a Julia Lowell, saldría por la frontera con Canadá. Ya tenía los papeles listos, hasta los de Jane, la perdonaría, ya con su hija en tierras canadienses le daría a elegir o seguía con ellos como una familia y aquí no ha pasado nada... O vería que sucedería.

El sábado amaneció nublado. Julia se arregló con esmero; jeans *Calvin Klein*, blusa blanca de algodón, suéter negro, botines negros y chaqueta bajo el brazo. Se alisó el cabello y se maquilló. Iba a pasar la tarde con Nick, por la mañana él, tendría entrenamiento, la había invitado, pero para Julia los pocos partidos que había visto le parecían más que suficiente y Nick no tenía problema con ello. Almorzarían en la universidad y luego irían a ver una película. Como la llevaría a su casa en la tarde, decidió hacer el viaje en tren. En cuanto se apeó, lo vio en la acera. Estaba muy atractivo, con sus vaqueros negros pegados, camiseta azul clara tipo polo y suéter amarillo claro también. Como siempre, el corazón le batió como un tambor y su cuerpo entraba en

anarquía, sudores, escalofríos y otras sensaciones que no podía dilucidar.

—Hola preciosa —susurró Nick en el oído y después le dio un profundo beso en la boca.

—Estoy feliz de estar aquí, estás muy guapo —exclamó exultante Julia, devolviéndole el beso y caminó a su lado sin dejar de mirarlo.

Nick adoraba la mirada que Julia le destinaba, nunca nadie lo había hecho así, con una expresión tan clara como si el sol ausente en el cielo, estuviera en su rostro que dejaba ver todo lo que guardaba su corazón y a la vez, lo atravesaba, lo calentaba y veía cosas en él, que no sabía que tenía. Lo hacía sentir más grande.

—¿Deseas almorzar ya? —Nick, enterraba la nariz en su cabello, le encantaba su olor, podría olfatearla horas, sin cansarse.

—No, no tengo hambre todavía, caminemos un rato.

—Lo que tú quieras preciosa.

Atravesaron el campus. Nick le enseñó la biblioteca, una de las más completas del mundo, que no se comparaba con la de Berkeley y algunas aulas de clase. La sede social de su facultad y algunos campos deportivos.

Julia miraba a lado y lado buscando algo.

—Bien ¿dónde está? —preguntó aparentando seriedad.

—¿Dónde está qué? —contestó Nick.

—La estatua de estrella de fútbol que te habrán hecho todas las rubias pechugonas de la universidad que babean por ti en los partidos.

Nick soltó la carcajada.

—Eres una impertinente. Ven vamos a almorzar no quiero que te me mueras de hambre.

Entraron a una de las cafeterías del campus.

Hicieron la fila, pidieron las bandejas, Julia ordenó un pollo a la plancha, ensalada verde, patatas al vapor y soda dietética. Nick pidió un *baby beef*, patatas fritas y soda normal. Se sentaron en una mesa cerca de un ventanal. Ambos pidieron pie de manzana.

—Se ve delicioso. —Julia atacó el pollo, se le había despertado el apetito.

—Tienes razón, todo está delicioso. Con gusto me saltaría la comida y saborearía mi postre. —Nick delineó con el dedo los labios de Julia—. ¿Por qué no estudiaste en Stanford?

Julia esbozó una sonrisa.

—Me gusta el talante de Berkeley, aunque mi padre, me insistió bastante, pero mi universidad tiene algo que atesoro por encima de tu elitista Stanford y es la capacidad de navegar en mundos opuestos. Tiene una libertad de pensamiento que te permite trabajar en los diferentes cambios que necesitamos. Stanford es maravillosa, pero para mi gusto, algo acartonada.

—Yo no soy elitista, estudio aquí porque gané una beca. Me gustó porque es cuna de empresas. Te enseñan a hacer empresa. Fíjate, cazamos perfectamente con lo que queremos de la vida. Julia Lowell, salvar el mundo y Nick de la Cruz, ser dueño de una empresa.

—¿No te tomas el fútbol en serio?

—Sí, claro que sí, pero no voy a dejar el pellejo en él y tampoco me veo como jugador profesional. Tengo muchos planes. El fútbol es algo temporal, es un medio para alcanzar un fin.

Quedaron en silencio unos minutos, sin sentirse incómodos por ello. Se sonreían y disfrutaban del momento. Julia saboreaba el *pie* con deleite.

—¿Cuándo conoceré a tus padres? —comentó Nick de pasada— No quiero seguir escondiéndome.

—No te estás escondiendo, solo estoy esperando el momento oportuno —Julia sonrió—. Quiero que sea con toda la familia reunida.

—Chica inteligente.

—Simplemente te estoy protegiendo, lleva el casco de fútbol y doble saco de lana, los puños de papá son grandes. —Julia soltó la carcajada al ver la cara de Nick.

—¿Crees que sea buena idea con toda la familia reunida? Lo digo por ti, soy capaz de enfrentarlos, pero no quiero que tengas problemas y más con toda la familia reunida.

—No va a haber problema. Despliegas todo tu encanto y los convences de que eres lo mejor que me ha pasado. Ya soy mayorcita, no tengo que rendir cuentas a nadie.

—Julia, eso que dices es una bobada, siempre serás la niña de papá. Si Laura llegara a presentarme un tipo como su novio o su enamorado, créeme, lo tendría en la mira un buen tiempo y eso que no soy su papá.

Julia se detuvo a pensar, que Nick había tomado sobre sus hombros la responsabilidad de su madre y hermana. A pesar de llevarse solo tres años, él parecía mayor, maduro, más experimentado que ella. Tenía voluntad, fortaleza y deseos de triunfar. En ese instante Julia supo que lo lograría, que

el hermoso muchacho que la miraba con avidez, haría todo lo que se propusiera. Lo amaba y en ese momento perdió la cabeza por él. Estaba condenada, no sabía si reírse por este sentimiento descubierto o echarse a llorar de angustia de pensar que él no le correspondiera de la misma manera.

Nick al ver su expresión, pensó que le preocupaba la reunión con sus padres.

—Haré lo que quieras —dijo—, no quiero problemas con ellos, estoy ansioso por conocerlos.

—Sé que todo saldrá bien —señaló Julia al tiempo que trataba de controlar sus pensamientos y vestía su mirada de tranquilidad—. Ellos verán lo que sientes por mí.

“Ni Dios lo quiera, preciosa”

—Estoy loco por besarte —murmuró Nick.

—Bésame ¿Qué esperas?

Terminaron el postre y salieron a caminar un rato. Se sentaron bajo un árbol ya casi pelado por el otoño.

—Hay una exposición de pinturas de los estudiantes de bellas artes en una galería de la facultad. ¿Vamos?

—Sí claro, vamos. Está haciendo frío y parece que va a llover —dijo Julia en apariencia entusiasmada, pues quería estar un rato a solas con él y no iba ser ella la que fuera a plantearlo ¡De ninguna manera!

Se encaminaron hacia la galería cuando empezó a llover y corrieron hasta resguardarse del agua, ya era tarde, se habían calado hasta los huesos, no alcanzarían a llegar a la galería.

—Ven, vamos a mi dormitorio. Tenemos que secarnos —dijo Nick.

En cuanto llegaron, a la habitación. Nick le pasó una toalla, una camiseta, y unos pantalones cortos de pijama.

La habitación era pequeña, como todas las de esa ala del área de los dormitorios, se escuchaba el equipo de sonido de otra habitación. Tenía una cama sencilla con un edredón café oscuro, un escritorio en una esquina con libros abiertos, papeles pegados a la pared, libretas abiertas de cualquier forma y un computador. El mueble daba a la ventana que a su vez daba a un extenso parque. Una repisa con libros, una canasta de ropa, un balón de fútbol tirado en un rincón y un tablero de corcho con varias fotos de su madre y su hermana y tres fotos de Julia, en las gradas del estadio, eran de un partido que ella recordó, Nick había jugado dos semanas atrás. Sonrió, le

había pedido a alguien que le tomara una fotografía.

—Por favor, cámbiate antes que te resfríes —musitó Nick, apenas la miró.

Julia confundida por el semblante y el tono frío de Nick, le hizo caso y entró al baño. Todavía con la ropa agarrada, se detuvo a observar el pequeño y pulcro lugar. Una toalla amarilla, pareja de la que tenía en las manos y una repisa pequeña que tenía todos sus útiles de aseo, crema de dientes, cepillo, enjuague, una crema de afeitar, Julia la abrió y se la llevó a la nariz, tocó la maquinilla de rasurar y destapó el frasco de perfume que inhaló con deleite. Dejó todo en su sitio, abrió un cajón debajo del lavamanos y encontró vendas, implementos de curaciones y en una caja una tira de condones, con semblante serio la dejó en el puesto. Se acordó de una de las expresiones de su abuela *“El que busca lo que no debe, encuentra lo que no quiere.”* Se desvistió, secó y se cambió. Se miró al espejo, tenía el maquillaje corrido, lavó su cara y las manos, se frotó la mascarilla de pestañas del párpado inferior. La ropa de Nick le quedaba inmensa. Asustada salió a la habitación.

Nick ya se había cambiado, con un pantalón sudadera largo y una camiseta; colocaba un cd en el equipo de sonido. Estaba hermoso, aunque su ceño se acentuó al verla aparecer. Julia dedujo que no tenía muy buen aspecto, despeinada y sin maquillaje.

—Dame la ropa para extenderla y que se seque algo antes de cambiarte nuevamente —le dijo sin mirarla.

Nick puso las prendas frente a un pequeño calentador que alzó encima de una mesa. Lo que Julia no tenía idea, era el esfuerzo que Nick estaba haciendo para no abalanzarse sobre ella. Ignorante de lo que pensaba, se le acercó por detrás y lo abrazó. Nick cerró los ojos al sentir el cuerpo de Julia, separado por las delgadas prendas de ropa. ¡Oh Dios!, ¡Oh Dios! Julia estaba temblando de frío pegada a él, con sus pechos rozándole la espalda. No aguantó más, se dio la vuelta y la miró con anhelo. La abrazó con fuerza. Sin darse cuenta del ímpetu que ejercía sobre ella, empezó a besarla en la mejilla y al llegar a la boca le chupó el labio superior. Julia le dio la bienvenida con un gemido. Él introdujo la lengua y siguió besándola sin poder saciarse de su dulzura. Empezó a acariciarle la cintura y el vientre, la llevó hasta la cama.

—Mi amor, mi amor, me vuelves loco.

Al acomodarse en el lecho, ella levantó la mirada hacia él, quedó pasmada por el color de los ojos que se habían tornado más oscuros y con un

brillo inusual. La respiración era entrecortada. Ella percibía un profundo nudo en el vientre, algo parecido a un dolor de estómago. Era el deseo y por primera vez en la vida quiso dar el paso siguiente. La sensación de intimidad y confianza que nunca había sentido con nadie, la llevaría a la última instancia, estaba segura. Nick siguió besándola.

—Eres preciosa, preciosa, no sabes cuánto te deseo —repetía Nick mientras la devoraba literalmente.

Nick le besó los ojos, la nariz, le mordisqueó el lóbulo de la oreja, le besó el cuello, y después le quitó la camiseta por arriba de forma suave. Le bajó la tira del sujetador y la mordió en el lugar sensible dónde el cuello se unía con los hombros, esas sencillas caricias habían desatado una miríada de sensaciones que le tenían el cuerpo en llamas. Nick le desabrochó el sujetador por delante y dejó al descubierto sus preciosos senos, con pezones rosados, los tocó con mucha suavidad, mirándolos fijamente, los acarició con manos temblorosas.

—Julia... —Nick apenas farfulló su nombre con voz ronca de la emoción. Bajó la cabeza, se metió un pezón en la boca y empezó a chuparlo.

Julia creyó que iba a enloquecer al sentir los labios de Nick en su pecho; gimió en voz alta, creyó que estaba en el paraíso. Nick no descuidaba el otro seno lo acariciaba mientras la saboreaba, luego le tocó el turno al otro seno.

—Nick... —apenas podía hablar entre gemidos.

Él, embobado por tener a Julia así, debajo de él, sin dejar de besarla, llevó su mano a los muslos, que acarició de arriba abajo, eran tan suaves, toda ella era de una suavidad exquisita, puso su mano en el triángulo de las piernas. Con la palma, empezó a masajear la vulva, apreció la suavidad de su sexo y la intensa humedad que invadía el interior.

Julia se corrió enseguida. Violentos espasmos la sacudieron, en un torbellino de estremecimientos que nunca había experimentado, como si hubiera estado esperando esa precisa caricia. Nick la miraba con adoración, mientras ella le acariciaba la espalda, el pecho, siguió bajando por su abdomen hasta notar la longitud de su virilidad, retiró la mano asustada, Nick la aferró de nuevo e hizo que rodeara su miembro.

—Amor, por favor, tócame —exclamó Nick apenas, el profundo deseo casi no lo dejaba gesticular.

—Enséñame...

Julia cerró la mano, asombrada y temerosa de sus dimensiones, pero

feliz de la respuesta que su gesto produjo en él, gemía y se estremecía con cada caricia, ayudada con la mano de Nick, empezó a deslizarse de arriba hacia abajo, despacio, y en el cuarto intento eyaculó, gimiendo y estremeciéndose con espasmos de placer.

Avergonzado como nunca, por su falta de control, tragó saliva y trató de ordenar sus pensamientos, se separó enseguida. Ver su semen en el vientre desnudo de ella, era lo más erótico que había vivido. No, eso no es cierto, se sintió perdido en cuanto ella pronunció la palabra enseñame, no supo si fue el tono de voz, ronco y necesitado o la expectativa en su hermosa mirada, el saber que era tan dueña de sí misma en todos los ámbitos de su vida, pero en esto, no tenía experiencia o simplemente, estaba loco por ella. Quiso devorarla enseguida, sin importar quien estuviera tras esas paredes, quiso que se corriera con su miembro dentro de ella, morderla y que a su vez ella lo mordiera y lo marcara como suyo.

—Oh Julia, ha sido delirante, perdóname por mi falta de control. Es que te deseo tanto, lo menos que pensé hoy era que...

Julia lo atrajo de nuevo a ella y lo silenció, con un tierno beso.

—No tengo nada que perdonarte. Yo también siento lo mismo.

Nick se levantó al baño, se aseó y volvió con una toalla húmeda, le higienizó la mano y el vientre. Ya en la cama, al acomodarse detrás de ella para abrazarla y hundir la nariz en su cabello y tal vez en unos minutos reanudar todo de nuevo; se dio cuenta del terrible morado que Julia tenía en la espalda.

—¿Qué diablos es esto?

Julia se tensó enseguida.

—Nada, me caí en la universidad.

—Déjame verte.

Algo en el tono utilizado por Julia, le hizo desconfiar. La puso boca abajo y observó el tremendo chichón en la parte superior izquierda de la espalda. Lo delineó de forma suave.

—¿Cuándo fue?

—Ayer... mi amor no es nada. Más bien sigamos en lo que estábamos —lo engatusó ella.

Él conocía de golpes, años de enfrentarse a mastodontes, le había enseñado cuando un golpe había sido ejercido con presión. La mirada cautelosa de Julia le confirmó sus sospechas. Además de que se lo había

ocultado. Se levantó sin decirle nada, fue al baño y volvió con un tubo de crema. Le dio un masaje suave con el linimento que esparcía un aroma fuerte y mentolado.

—Dime qué paso —le repitió.

—Ya te dije —contestó ella, algo nerviosa.

—No mientas mi amor, eres la mujer más transparente que he conocido —le decía en un ronroneo suave sin dejar de masajearle la espalda.

Si Julia le hubiera visto la expresión, en total contravía a lo que percibía, nunca lo hubiera admitido.

—Está bien —levantó la cabeza y trató de incorporarse, Nick, no la dejó —. Ocurrió ayer en la tarde en la casa de mujeres, un hombre me atacó.

Nick se levantó de la cama y cuando Julia se dio vuelta, lo encontró con las manos detrás de la cabeza, la miraba furioso.

—¿Por qué cojones te atacó? —preguntó enfurecido.

—Para evitar que se llevara a Michel. —Julia estaba sorprendida del tono beligerante de Nick y en pocas palabras le contó lo sucedido.

—Te expusiste —concluyó en tono frío.

Le dolía su enojo y dureza después de lo vivido minutos atrás. Julia quería devolver el tiempo para no ser tan imbécil y haber aflojado la lengua. Bastante se reprochaba a sí misma, el haber salido al jardín con la pequeña y si ese hombre se la hubiera llevado, no se lo hubiese perdonado nunca. Rogaba al cielo que ya estuviera en poder de las autoridades.

—¡Ah no! A mí no me vas a echar la culpa por querer proteger a esa pequeña.

—¡Pudiste haber salido más lastimada! Esa clase de hombres son peligrosos, inestables ¿Acaso no lo has aprendido? ¿Has hecho algún entrenamiento sobre cómo tratar con hijos de putas como él?

A Julia le molestó el tono en el que Nick pronunció las palabras.

—No es necesario que seas tan vulgar.

La tarde se había ido al carajo. Julia recogió su ropa que aún estaba húmeda y entró al baño a cambiarse. Nick, tocó la puerta y le ofreció una de sus camisetas, Julia la recibió y agradeció el gesto. Cuando salió, Nick se había cambiado con un jean y un buzo de lana color negro. Volvió a la carga tan pronto la vio.

—¿Me imagino que la policía ya lo arrestó y que tú presentaste cargos?

—Yo presenté cargos —bajó la mirada— pero la policía no lo ha

aprehendido.

Está mañana había llamado al refugio y hablado con Mary que le había dicho que el hombre estaba desaparecido.

—¿Y sabes lo que eso significa?

Ella negó con la cabeza.

—Muchachita tonta.

Nick caminaba de lado a lado, a cada momento lo invadía la preocupación.

—Yo no soy tonta.

—Ese hombre ahora tiene tres objetivos, la madre, la hija y tú.

—¿Por qué yo?

—Porque lo detuviste, solo por eso. Me extraña que estén tomando las cosas con tanta calma ¿Qué dicen tus padres?

—¿No pretenderás que por un simple empujón ande con una caterva de policías o guardaespaldas detrás de mí? —soltó una carcajada que no llegó a sus ojos—. Mis padres no lo saben.

Nick se acercó a ella la aferró de ambos brazos y le dijo:

—Me imagino que si les dices, te prohíben el jueguito en el refugio.

Ella se soltó furiosa con los ojos echando chispas.

—No es ningún juego, ya estás igual que mi padre.

—¡Ese tipo o cualquier otro puede lastimarte o hacer cualquier locura con tal de recuperar a su hija y tú vas a estar en el medio!

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué salga corriendo porque tú o papá lo dicen? Pues no y se joden los dos.

Salió de la habitación y bajó las escaleras. Nick la alcanzó en segundos.

—¿A dónde crees que vas? No hemos terminado.

—Yo sí he terminado —dijo con voz entrecortada—. Si no deseas volver a verme lo entiendo.

El pánico se apoderó de Nick. Así que esto era amor, se dijo con un gesto sarcástico. Este deseo de preservar a una mujer de todo lo que la lastimara, este anhelo de ella, que le ablandaba las entrañas. La acompañó en silencio, ya había escampado, el piso aún estaba mojado, al ver que se dirigía hasta la estación de tren, la tomó del brazo y la llevó hasta donde tenía parqueado su auto.

—No es necesario —farfulló ella sin mirarlo e intentando soltarse de su amarre.

Nick forzó una risotada.

—Sí que lo es.

Nick abrió la puerta del acompañante, esperó hasta que subiera y la cerró con un golpe adusto. Julia permaneció en silencio, mientras se ajustaba el cinturón de seguridad. El mutismo los acompañó hasta Pleasanton. Ya cerca de su casa Nick sin mirarla soltó:

—Te amo, Julia y no quiero que te pase nada.

A Julia la vista se le nubló. El viaje había sido un tormento pensando que se despediría de él y no volvería a verlo.

—Yo también te amo.

Nick parqueó el auto frente a un parque a unas cuadras de la casa de Julia. Se quitó el cinturón, la tomó de la cabeza y le devoró la boca. Ella le devolvió el beso con los ojos cerrados y totalmente entregada a su gesto. Le acarició el cabello y ese simple gesto lo conmovió. La pegó al cuerpo mientras que con boca y lengua la asediaba.

—Te necesito, quiero hacerte el amor...

—Yo también.

En ese momento fue Julia la que se apoderó de sus labios e introdujo la lengua lo que ocasionó que Nick gimiera agitado. Luego le levantó el suéter y le acarició los pechos, mientras le besaba y mordisqueaba el cuello.

—Eres mía, mía, mía ¿De verdad quieres? —volvió a la carga Nick, en un susurro sensual.

—Claro que sí. Hoy quería ser tuya, quería hacerlo en tu cuarto.

Él se separó de ella y la miró con pasmo. Ahí estaba de nuevo esa voz y lo que dijo ¡Dios mío! Nick hubiera dado la vuelta y regresado a la habitación a continuar donde lo dejaron. Pensó que tendría que insistir, rogarle que acabara con su agonía, pues el solo rozarla lo inflamaba de deseo. Estaba duro como una piedra. Quería besarla otra vez, meterse debajo de su ropa, hacerle cosas...Pero a la vez quería que fuera algo especial, algo que no olvidaran nunca.

—No, mi amor, no deseaba que nuestra primera vez fuera a pocos metros de un poco de chicos que podrían escuchar todo lo que hacíamos. No. Iremos a algún lugar un fin de semana.

Nick hablaba atropellado como si Julia fuera a arrepentirse en algún momento.

Ella le tomó el rostro.

—Es lo que más deseo, estar contigo. Haz que sea pronto.

—Mi amor, en cuanto al refugio, sé que es importante para ti, te acompañaré las veces que pueda y cuando no, nos turnaremos con los chicos
¿Está bien?

—Estoy enamorada del mejor hombre del mundo.

La dejó en la puerta de su casa minutos más tarde, esperó hasta que entró y se fue a pasar la noche en la casa de Peter.

Capítulo VII

Un asado dominical fue el evento escogido por Julia para presentar a Nick a los demás miembros de la familia. Corría la primera semana de noviembre. El siguiente fin de semana se irían para Napa. Días antes, nerviosa y expectante, hizo cita con el médico de la universidad, un amable hombre de ascendencia oriental, quien le mostró los diferentes métodos de planificación usados en la actualidad. Julia se decantó por las pastillas anticonceptivas. Nick le dijo que siempre se protegía con condones, a lo que Julia soltó una sonrisa amarga al recordar las existencias en su cuarto de universidad, además le dijo que el equipo les hacía pruebas cada pocos meses para evaluar el estado de salud de los jugadores.

El domingo en la cocina de los Lowell, su madre y Maggie alistaban los ingredientes de una ensalada para acompañar la barbacoa. Raúl había adobado la carne más temprano, el olor de la cebolla se mezclaba con el de la carne y los demás aliños. Julia había revoloteado por todos lados.

—Mamá ¿Qué torta traerá la abuela? Ojalá sea de chocolate a Nick también le gusta el chocolate.

—Julia recuerda que no es solamente Nick que va a comer, somos de diez a doce personas, por favor, la tarta que traiga tu abuela estará bien —dijo su madre ya con impaciencia.

—¿Quién es el famoso Nick que oigo nombrar cada dos por tres? —preguntó Maggie, que sacaba unas servilletas de papel del paquete que estaba encima del mesón, única concesión a las labores de esa mañana.

—Pregúntale a tu hermana —dijo Liz señalando a Julia.

—Nick es un chico con el que estoy saliendo —dijo Julia

—¿Es Cal? —señaló Maggie, usando el apelativo de la universidad de Berkeley.

—No, va a tu universidad. Está en último año de administración y finanzas —contestó Julia atenta a la cara de sorpresa de Maggie a medida que le iba contando.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés.

Maggie dejó de sacar las servilletas y la miró con gesto confuso.

—Siempre habías salido con chicos de tu edad ¿Qué dice papá?

—Quiere conocerlo y formarse una opinión por él mismo.

—¡Ay Dios! Voy al supermercado por algo que me hace falta —salió Liz disparada.

—¿Cuál es su nombre completo? de pronto lo conozco.

“*Oh sí, estoy segura de que lo conoces*”

—Nicolás de la Cruz —dijo Julia.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No aún está en tu cabeza —remató Julia, mientras servía dos tazas de té.

—Muy graciosa. Es jugador del equipo de fútbol, todas las mujeres de la universidad van tras él. —Maggie la miraba con cara de desolación.

—Maggie, lo amo y estoy segura de que él me ama también —le dijo Julia con los ojos brillantes de emoción. Y para nada afectada por las palabras de su hermana, confiaba plenamente en él.

Por los ojos de Maggie pasó una enorme sombra de duda.

—No dudo que tú lo ames, se te nota, pero sé realista, es un hombre que puede tener la chica que quiera. En la universidad está acostumbrado a otra clase de jóvenes. Tú ni de lejos entras en la categoría de las mujeres con las que él ha andado.

—Por Dios, ni que fuera el monstruo de la laguna —exclamó Julia.

—No, no lo eres. Eres preciosa —Maggie se le acercó con cariño y le acarició las mejillas—. Tienes algo que él no ha visto en las demás, inocencia. Tú eres muy sincera, transparente y no te guardas nada. No le demuestres tan abiertamente tus sentimientos, sé inteligente en esta relación, si él viene a pasar el día contigo y a enfrentarse con papá puede que esté algo más que interesado en ti. Te doy un consejo, no le pongas todo fácil.

—Lo tendré en cuenta.

Nick llegó a las dos de la tarde, con un ramo de flores para Liz. Estaba muy guapo, vestido con atuendo casual. Con unos *jeans* claros que Julia no le conocía, camisa amarilla pálida con un botón abierto, una chaqueta de cuero negra y zapatos del mismo color. Tenía el cabello peinado hacía atrás con gel y la barbilla reluciente. Julia bajó la escalera despacio, se había puesto una falda acampanada de color gris y arabescos rojos, una blusa camisera de color

rojo vino, suéter de lana y botas negras de tacón delgado a la rodilla.

—¿Y bien, como estoy?

Nick con expresión absorta y los ojos oscurecidos de deseo, la aferró y la pegó a su cuerpo.

—Eres lo más bello que tengo en la vida.

Estaban en el recibidor, a lo lejos, se escuchaban las voces provenientes de la cocina o el patio. Julia, que se sonrojó ante el escrutinio de Nick, lo tomó de la mano dispuesta a llevarlo al sitio de reunión, pero él la jaló de nuevo hasta sí. Después de besarla, sacó un paquete del bolsillo de la chaqueta y se lo entregó.

—¿Y esto?

—Hace dos meses entraste a mi vida —le dijo sobre los labios y ella le levantó el rostro y le delineó la barbilla, la frente, el cabello. Él estaba estático ante su toque.

—Eres hermoso, me quitas el aliento.

Se estiró y lo besó.

—Ábrelo —le dijo sobre la boca.

Julia abrió el regalo, estaba en un estuche de joyería de color oscuro. Dentro, había una cadena preciosa en oro blanco de la que pendía un colgante con la inicial de su nombre. Era una delicada y sencilla joya algo costosa, presumió ella. Estaba segura que la ausencia de esa semana no había sido solo por los entrenamientos y el estudio, estaba segura que Nick había trabajado para poder regalársela.

—Oh Nick, es preciosa, pónmela, por favor.

Julia se volteó, retirándose el cabello a medio lado, dejando el cuello al descubierto. Nick percibió como si la piel y el vello de la nuca se le erizaran por culpa del contacto. Oía su perfume, su champú. Se acercó más a la nuca y unas ansias inmensas por besarla, por poseerla, lo inundó, no sabía dónde empezaba esa sensación, si en la garganta, en el vientre o en el corazón. La semana que hacía falta para su encuentro se le antojaba a años luz. Le ajustó la joya.

Julia se acercó al espejo y acariciaba la letra con el dedo.

—No me la quitaré —se volteó—. Yo no te he dado nada.

Nick señaló el cinto que Julia le había dado hacía tiempo en su primer partido y que solo se quitaba para lavarlo. La abrazó por detrás mientras miraban su imagen en el espejo. Liz los interrumpió.

—No sabía que tu amigo había llegado.

—Novio —contestó Nick , lo que hizo que Liz levantara las cejas—. Mucho gusto señora, soy Nicolás de la Cruz. Estoy muy contento de estar en su casa. Gracias por invitarme.

Nick le entregó las flores que había dejado en una consola al lado.

—Gracias, son hermosas, pero sigan al patio mientras las pongo en agua.

En el patio había casi una docena de personas. Era un lugar amplio, rodeado de plantas y con un par de árboles de donde pendía una hamaca. En un espacio especial había una barbacoa grande. Raúl se afanaba con la carne que expedía un delicioso sabor. Una mesa de madera larga a unos pocos metros estaba atestada de vasos, platos y diferentes bebidas, las sillas estaban ubicadas alrededor del lugar. En un equipo de sonido una balada de Joni Mitchell se elevaba por encima de las voces. Julia se hizo escuchar por sobre el ruido y con un fuerte carraspeo lo presentó.

—Familia, les presento a Nick, mi novio.

Raúl que estaba frente al asador, saludó al joven con mirada especulativa y le brindó una cerveza.

—Bienvenido Nick.

—Es un placer.

Nick saludó a todo el mundo de mano. Maggie que estaba charlando con lo que dedujo él eran padre e hijo. Se sorprendió cuando los presentaron, eran Mathew y Jasón Anderson. Por las charlas con Julia, se imaginaba un renacuajo, pero este chico, tenía pinta de todo menos de renacuajo y la bilis de los celos llegó hasta él para instalarse. Era un hombre casi de su misma edad y miraba a su novia con ojos de pescado. *Mira, pero ni se te ocurra tocar*, fue el mensaje tácito que le envió con la vista. Más allá estaba la abuela de Julia; Elizabeth, que era todo un personaje según le había relatado Julia, con sus sesenta y pico de años no hizo sino coquetearle. Era aún hermosa, con sonrisa chispeante, se notaba que gozaba de la vida. Julia le dijo que el hombre que estaba a su lado era su tercer esposo. Se había casado hacía cuatro años. Liz no lo aprobaba.

—Eres muy guapo. Mi nieta tiene buen gusto —dijo Elizabeth en voz alta para que Raúl escuchara—. Y te juro que ese rasgo de buen gusto, se saltó una generación, me alegra verlo de vuelta.

—¡Mamá! —exclamó Liz que salía con una jarra de sangría.

Raúl bufó y le contestó:

—No lo creo Elizabeth, te di nietos hermosos y de los que presumes a cada tanto.

La anciana blanqueó los ojos. El esposo que se llamaba Sam solo la escuchaba y bebía lo que parecía un brandy.

—Tomate uno hijo, está haciendo frío.

Nick negó con la cabeza y Raúl se acercó.

—Si lo haces por mí o por darme buena impresión, no te preocupes. Hace frío.

—No tengo ningún problema, si quisiera lo aceptaría.

—Bienvenido a la familia —interrumpió Julia. Nick le dio un apretón.

—Deja que conozcas a la mía.

—Estoy entrenando —volvió a la carga Nick.

—Cierto, el *Big Game*, ojalá hagan un buen papel este año.

Nick se acercó al patriarca de los Lowell dispuesto a ayudar.

—Es lo que deseo señor. Esta será mi última temporada y no deseo irme sin poner mi grano de arena para ganar.

—Estoy seguro que pondrás más que un grano de arena, eres receptor ¿verdad?

—Sí señor.

Raúl sacaba los pedazos de carne del asador. Nick con una bandeja recibía las porciones de carne que a su vez Julia pasaba a la mesa.

—Y qué planes tienes para cuando te gradúes.

—Mis planes a corto plazo son: trabajar en el área financiera en el mercado de valores. Quiero hacer un pequeño capital para después desempeñarme en lo que verdaderamente deseo, que es la administración hotelera —concluyó Nick.

—Unos planes muy ambiciosos. Te felicito, con ambición y empuje se logran muchas cosas. Tendrás que hacer muchos sacrificios —señaló Raúl.

Julia abrazó a Nick por detrás, en un espontáneo gesto que hizo que Raúl levantara las cejas.

—Estoy segura de que lo vas a lograr —le dijo ella.

Raúl, le pidió a Julia que trajera más salsa barbecue. Se quedaron solos. No muy convencida se alejó a la cocina. Nick la tranquilizó con la mirada, no era que se dejara amilanar fácilmente y hasta el momento el papá de Julia había sido amable. Serio pero amable.

—Julia es una mujer muy inteligente, no es porque sea mi hija y como cualquier chica de su edad está llena de sueños. Está iniciando su vida universitaria. Tú estás en un momento de tu vida en que vas a empezar a luchar en el mundo laboral. No es fácil y más con la competencia de hoy día —Raúl hizo una pausa frunciendo el ceño, era su costumbre cuando quería ordenarse los pensamientos—. Te digo esto porque a leguas se nota que ustedes dos se gustan. Pueden llegar a enamorarse y una persona enamorada a veces no toma las mejores decisiones. Julia tendría que hacer muchos sacrificios y al estar contigo se perdería una serie de vivencias que créeme, sé lo que te digo, te pasarán factura más adelante.

—Con todo el respeto señor, no quiero que Julia se sacrifique por mí en ningún aspecto de su vida, usted tiene en parte la razón en todo lo que me dice y entiendo que quiera protegerla, pero como usted mismo afirma, estamos enamorados. No sé a dónde nos llevará este amor, pero en el momento que este sentimiento se convierta en un freno para alcanzar nuestra realización; no podría seguirse llamando amor y sé que Julia y yo no queremos eso, también sé que tenemos que hacer sacrificios ¿qué parejas no los ha hecho? También nuestras vivencias cuentan y más sí estamos enamorados. Yo también quiero lo mejor para ella. Mejor dicho para los dos —concluyó Nick.

Liz los interrumpió y los invitó a sentarse a la mesa. Raúl abrió una botella de vino y en medio de temas agradables transcurrió el almuerzo. Steve llegó de su entrenamiento y lanzó un silbido de sorpresa al enterarse de que el novio de su hermana era jugador de los Cardinales, acaparó su atención un buen rato. Julia lo separó un momento y entre susurros le preguntó cómo había ido la charla con su padre. Nick le contestó que todo había sido perfecto.

—¿No necesitaste el casco entonces?

—Para nada ¿Ahora sí explícame por qué me hacías creer que Matthew era una pobre criatura desvalida?

—No sé de qué hablas. No lo mires así.

Julia le dio un codazo.

—Lo siento, desvalido o no, no tiene derecho a mirar a mi novia de esa manera.

A Nick le molestaba la mirada de adoración en los ojos de Matthew. Él era el único que la podía mirar así. Nadie más. Se sorprendía de la

vehemencia de sus sentimientos. Sí ella supiera la lucha que libraba en su interior por no sentirse así, tan avasallado, una deliciosa tortura. Era agradable observarla en su entorno, rodeada de su familia. La manera cariñosa y respetuosa de tratar a sus padres y a la abuela y así le hubiera hecho vivir un infierno a Steve de niño. Se veía el cariño entre hermanos. Steve no parecía afectado, ni sometido por el fuerte temperamento de sus hermanas. Maggie no dejaba de mandarle mensajes con la mirada *“Si le haces algo a mi hermana, te mato”* Nick la enfrentaba en el duelo *“No te metas y no tendrás problemas conmigo”* Elizabeth se acercó a ellos en un momento dado.

—Julia preciosa, tráeme el chal que dejé en la sala.

—Claro abuela.

—Te doy un consejo, deja de mirarla como mendigo frente a una pastelería, inquietarás a sus padres.

Nick se ruborizó, lo que arrancó una carcajada a la anciana.

—Perdón señora no me había dado cuenta.

—No tienes por qué. Se te nota lo que sientes hijo; las mujeres de esta familia producimos ese efecto en los hombres de nuestra vida, es como un imán, no hay remedio para eso. Julia es temperamental y muy inteligente, de los tres, es la de más sensibilidad social, cuando toma una decisión no se echa para atrás, a veces su terquedad la hace sufrir.

Se calló un momento y prosiguió después pensativamente:

—Si decidió entregarte su amor no se echará para atrás, tienes una gran responsabilidad.

—Me siento honrado de tener su amor.

En cuanto Julia apareció con el chal. Se despidieron, irían a pasar un rato en casa de Lori y Peter. Ella invitó a Mattew, pero el chico, al ver el ceño de Nick, declinó la invitación.

—Los chicos están en el estudio, sigan —señaló la mamá de Lori, en cuanto llegaron a la casa de los Stuart.

En la habitación había media docena de jóvenes. Una canción de Madonna vibraba por el lugar.

—Hola a todos —saludaron Nick y Julia.

—Hola —saludaron algunos.

—Ey, tomate una cerveza —dijo Peter.

Nick negó con la cabeza.

—Entrenamiento.

Peter lo miró jocosamente, mientras bebía de su cerveza.

—¿Cómo estuvo todo? —preguntó.

—Bastante bien, los papás de Julia son muy agradables —concluyó Nick, aunque estaba algo preocupado por la charla con Raúl y los comentarios de la abuela.

—Me alegro.

Nick observó su reloj. Llevaría a Julia en una hora a su casa y se retiraría temprano, pues el ejercicio del otro día sería a primera hora. Cuando estaba lejos no dejaba de pensar en ella. Si la tenía cerca no podía dejar de mirarla, como en ese momento, en que se alejó de ellos para ir a saludar a Lori. Sabía que estaba ante una mujer algo compleja y eso era lo que la hacía tan fascinante para él, nada lo preparaba para lo que sentía cuando estaba con ella: ternura, ansiedad, felicidad y el deseo devastador que lo tenía a punto de ebullición. Era una mezcla desconcertante y que nunca había experimentado. Ella le devolvió una mirada de ojos cálidos y luminosos. Él también deseaba lo mejor para ella, se dijo.

Julia sonriente le mostró la cadena a Lori.

—Vaya, es preciosa —dijo Lori contenta e impresionada por la belleza de la joya—. Parece que las cosas van en serio entre ustedes ¿Eh?, ¿Cómo te fue en la presentación del chico en sociedad?

—Oh muy bien, parece que les cayó bien a mis padres, pero noto a Nick algo preocupado desde su charla con papá, no me ha querido comentar gran cosa.

—Cosas de hombres, ven vamos a tomar algo.

Beth se acercó a Nick y a Peter, silenciosa como un gato. Peter se alejó en busca de su novia.

—Hola Nick —lo saludó con ojos de querer comérselo.

—Hola Beth —contestó Nick indiferente.

“¿Qué diablos querrá ahora esta descocada?”

—¿Ya te enteraste? —soltó Beth y ante el gesto confuso de Nick prosiguió—: Matthew, hizo un cambio de materias y ahora tiene el mismo horario que tu querida Julia. El par de tórtolos anda junto todo el día.

Nick la observó cómo se mira una mosca, le dio la espalda y se dirigió dónde Julia.

Julia escuchaba los pormenores de una cita que Lori había tenido el día anterior. Sonreía de verdad divertida cuando se dio cuenta de la mirada maliciosa de Beth mientras hablaba con Nick. Era una mirada burlona y de pronto un nudo de temor y celos se instaló en su pecho. Era ridículo, absurdo, pero veía con sus propios ojos, como una mujer que ella conocía le coqueteaba a Nick. No quería que los celos hicieran mella, pero no podía evitarlo. Él apenas le prestó atención, pero cuando le dijo algo, de súbito, el gesto de Nick se transformó en uno interesado y después... En un par de zancadas estaba a su lado. Beth salió de la estancia, pero aunque le daba la espalda, Julia adivinó su sonrisa.

—¿Qué tienes? —preguntó ella, algo alarmada al verle el semblante.

—Quiero hablar contigo en privado —adujo Nick cogiéndola del brazo y llevándola al cuarto de huéspedes, dónde se iba a quedar él esa noche. Entraron, cerró la puerta y prendió una pequeña lámpara que estaba en la mesa de noche. Nick le destinaba vistazos resentidos en el proceso.

Julia se frotó ambos brazos, tenía frío.

—¿Por qué no me contaste que Matthew está de compañero tuyo de clases?

Julia le arrojó un vistazo confuso.

—No creí que fuera importante.

Nick soltó una risotada carente de humor y con las manos detrás de la cabeza caminaba de lado a lado.

—Todo lo tuyo me importa, y más, si es un imbécil que anda detrás de ti, quien sabe con qué intenciones.

—Somos amigos —le contestó ella sulfurada—. No puedo creer que sigas celoso de Matthew, no me interesa.

—Me muero de celos de cualquiera —bramó, incapaz de detener la andanada la aferró y la inmovilizó en sus brazos—. Esta obsesión me está matando, no quiero que nadie te mire, mucho menos te toque. Siento celos de todo lo que te rodea.

Nick la soltó y se sentó en la cama con las manos a ambos lados de la

cabeza y prosiguió con una sonrisa triste:

—Estoy jodido.

Julia se sentó a su lado. Le tomó el rostro, le peinó el cabello, le delineó las orejas.

—Mírame —le pidió—. Se me quiere estallar el corazón y se me hace un nudo en el estómago cuando te veo. Nunca imaginé que el amor podría ser así.

—Pienso que tu padre podría tener razón no quiero robarte tu vida, pero este deseo egoísta de tenerte solo para mí, no sé Julia ¿Qué vamos a hacer? —La miró con cara atormentada y con todas sus dudas fijas en el rostro.

Julia entendía su situación, ella estaba igual o peor. ¿Cómo hacerle entender que su vida sin él, no sería vida? Que él era lo más importante del mundo para ella. Que con gusto dejaría todo para ir tras él. Donde él quisiera y como él quisiera.

—Nick te amo. Solo quiero estar contigo, que se joda el resto del mundo. No cambiaría esto que tenemos por nada del mundo, pero tienes que confiar en mí —Julia lo miró con semblante serio—. Matthew es solo un amigo, un compañero. Estoy contigo porque es dónde quiero estar.

Nick notó un escalofrío surcarle la nuca por la contundencia de su declaración que le instaló una piedra en las entrañas.

—Mi amor, perdóname.

La abrazó y se moldearon en un beso que los enloqueció a los dos. Nick le besó el cuello y entre clamores y caricias ansiosas, fue bajando hasta la línea de los senos, con dedos temblorosos le subió el suéter y le desabrochó el sujetador. Empezó a acariciar los pechos sin llegar al pezón. Julia con el cuerpo en llamas lo dejaba hacer. La besó en la boca y sus miradas se encontraron. Los ojos de Nick se tornaron oscuros, brillaban con haces de luces y promesas sensuales, solo para ella. Tomó posesión de sus pezones sin dejar de mirarla, hasta que bajó hacia ellos y los chupó a conciencia, uno, luego el otro, mientras iba subiendo su falda. Le acarició los muslos hasta llegar al triángulo en medio de las piernas, introdujo la mano en los interiores. Nick no pudo impedir un gemido gutural, cuando puso la mano en su sexo. Julia gemía, pero al sentir la caricia de Nick, se tensó.

—Tranquila mi amor, no voy a hacerte daño, déjame hacer —jadeó Nick sin dejar de tocarla—. Sueño con esto todos los días. Quiero chuparte hasta que te derritas.

—Yo también he soñado con esto, con tus dedos y tu boca en medio de mis piernas.

Nick levantó la cabeza con gesto sorprendido. Elevó una de las comisuras de la boca.

—¿Te tocas? —preguntó.

—Si —contestó ella con un suspiro.

Nick empezó a acariciarla en ritmos suaves yendo más abajo, le sorprendió la intensa humedad que lo empapó y se dijo que la haría suya en ese momento. Introdujo un dedo de manera delicada en su interior. Fue bajándole los interiores hasta que se los quitó.

—¿Piensas mucho en eso?

—Oh Nick... —Julia tenía la voz entrecortada, abrumada de placer, ahogada por la ausencia de aire. Por las palabras que tenía en la punta de la lengua, quería que la hiciera suya en ese mismo instante, pero los quejidos no la dejaban hablar.

Nick le besó el vientre hasta llegar a la vulva, que masajeaba en medio de su propia excitación.

—Necesito probarte. Quiero hacerte correr otra vez —murmuró Nick con voz atormentada, el aroma de Julia lo encendía. Era dulce, frutal y suave. Empezó a besarla de forma mansa.

Julia no lo podía creer. Había oído hablar mucho de sexo oral, muchas compañeras de escuela eran expertas en ese campo. Siempre le causó curiosidad y había tenido sus buenas fantasías con Nick, pero nada la había preparado para el sin fin de sensaciones que le atravesaron el cuerpo de arriba abajo.

En ese momento, alguien golpeó la puerta.

—Chicos —exclamó Peter—, siento arruinarles la diversión pero mamá está preguntando por ustedes, no demora en venir hacia acá.

—Ok, ya vamos —contestó Nick de mala manera.

Acarició por última vez los pliegues de Julia, con los dedos frotó su sexo, se regodeó satisfecho. Julia saltó de la cama y se arregló en segundos. Cuando estuvieron presentables, salieron, no sin antes Nick abrir una de las ventanas, la habitación olía a sexo. Peter los esperaba en el hall. Julia pasó de largo, sin mirar a Peter y sin dirigirle la palabra de lo mortificada que estaba.

Antes de entrar al estudio, donde estaban todos reunidos, Nick tomó a Julia del brazo.

—Mi amor, tenemos que hablar.

—Ahora no, por favor —susurró Julia, avergonzada.

Él frunció el ceño y se inclinó hasta quedar más cerca.

—Perdóname; me es difícil controlarme. No tienes que sentirte avergonzada de lo que estábamos haciendo yo te deseo y tú me deseas, es normal.

Julia dejó caer los párpados y luego levantó la mirada. Una mirada que azoró a Nick.

—No estoy avergonzada por lo que hicimos. Lo que me molesta es que nos hayamos dejado llevar, en casa de nuestros amigos, con sus papás a dos habitaciones de la tuya.

—Está bien mi amor —ajustó su brazo y le besó el hombro—, por favor, no peleemos.

Se integraron a la fiesta. Peter los miraba con suspicacia o eso le pareció a Julia que se sonrojó, pero Nick se acercó y le besó el cuello.

—Qué vergüenza —susurró Julia mirándolo sonrojada—, nunca me había sentido tan avergonzada.

Nick bajó la voz, y el tono en el que pronunció las palabras, se le deslizó por el oído y tuvo repercusiones en todo su cuerpo, por la mente pasó lo ocurrido minutos atrás como un fogonazo.

—Nunca sientas vergüenza de lo que hacemos o sentimos, Julia, ninguna. —Se acercó a ella con toda intención y arrastrando las palabras en un tono sensual le dijo: —Me encanta tu sabor.

Capítulo VIII

—¿Qué dices de este color? —preguntó Julia a Lori mientras le señalaba la paleta de tonos rosados de esmalte para uñas.

—Muy puritano, sé más atrevida, mira este fucsia —le señalaba con el dedo el muestrario de los colores más oscuros.

Julia negaba con la cabeza.

—No sé.

—Mira este rojo sangre o este escarlata con escarcha.

Julia seguía ensimismada. Al día siguiente a esas horas, estaría rumbo al lugar escogido por Nick. No había querido decirle nada. Le dijo que le daría la sorpresa. Le temía a lo que ocurriría, no tanto a la parte física, había leído, se había informado y sabía que esperar. Sus temores eran otros, se moría de deseo por él, para ser una inexperta, estaba demasiado ansiosa por acostarse con Nick ¿Entonces cuál era el problema? Se preguntó. Nunca había experimentado algo similar por otro hombre, el evocar sus besos y caricias, le erizaba la piel, le encogía el estómago y provocaba punzadas en medio de las piernas. Tenía miedo de no ser suficiente para él, que su simplicidad lo cansara y buscara otra mujer. Para ella sería espantoso. En su casa dijo que pasaría el fin de semana en Berkeley por algunos trabajos pendientes. Lori la cubriría.

—Está bien, te hago caso, me inclino por el rojo.

No quería evidenciar su estado nervioso, pero Lori la conocía y de nada serviría ocultarlo.

—Ay amiga, qué hombre tan hermoso te conseguiste y estás cagada de susto, se te nota.

—No estoy nerviosa.

—Sí, lo estás, yo estaría nerviosa si lo fuera a hacer con semejante bombón.

—Habla más bajo, no se tiene que enterar todo el salón —señaló Julia mirando a todos lados preocupada.

—Me imagino que usaras métodos anticonceptivos. No quiero ser tía tan pronto.

Julia blanqueó los ojos.

—Claro que sí, ya empecé a tomar píldoras anticonceptivas —señaló Julia—. Hay que ser responsables. No quiero sorpresas más adelante.

—Espero todos los detalles cuando vuelvas.

—Ya lo veremos —le respondió Julia, mientras tomaban su turno en las sillas para iniciar la sesión de belleza.

Nick había trabajado duro toda la semana para poder disfrutar tranquilo del fin de semana con Julia. Había asistido esa mañana al entrenamiento y la tarde anterior había enviado un trabajo pendiente de la materia de economía. Toda la semana trabajó en automático, con su mente puesta en Julia. Desde el día del asado, no la había visto y se había descubierto extrañándola. Hablaba con ella todas las noches.

La recogió en la universidad el sábado después del mediodía. Se bajó del auto y se recostó en la puerta mientras la esperaba, ya le había enviado un mensaje de texto. Las chicas lo miraban al pasar, se quitó las gafas para el sol y las puso en el escote de la camiseta. Julia no tardó en bajar, estaba hermosa, con el cabello suelto, un jean ajustado, manoleteras marrones y camiseta amarilla clara, un saco anudado al frente de color marrón oscuro. Nick se apresuró a acercarse a ella para tomar su maletín. Cuando tuvo la valija en su poder, la aferró por la cintura y le besó la boca. Sabía delicioso y olía delicioso, nunca antes sus sentidos habían estado tan alerta como con Julia, todo a su alrededor tomaba más relevancia, los colores, los olores, la temperatura, todo. Julia le devolvió el beso con más ímpetu, sin importar quién pasaba por su lado.

Se alejaron de San Francisco por la autopista ciento uno hasta la treinta y siete, tomaron rumbo a Napa. La joven sonrió feliz.

—Vamos a Napa ¿Cómo lo supiste? —Napa era unos de sus lugares favoritos.

—Pongo atención, me gusta escucharte, conocerte.

Le guiñó el ojo y siguió concentrado en la carretera. Julia atenta a la charla con Nick prestaba poca atención al entorno. Él le comentó de su semana, del entrenamiento y la manera de presionar del entrenador para el juego del día siguiente de acción de gracias, mientras, su mano derecha le

acariciaba la rodilla y el muslo. Julia le relató del par de trabajos que entregó el día anterior, del último encuentro con Beth y lo grosero que había sido. Nick frunció el ceño ante la mención de Beth. Hablaba de más cuando estaba nerviosa, y él, que por lo visto hasta en eso la conocía, le destinó una mirada cargada de ternura. Julia encendió la radio. *Sooner Or Later*, un tema de Madonna, empezó a vibrar en el pequeño espacio.

*Sooner or later you are gonna be mine,
Sooner or later you're gonna be fine.*

Julia empezó a cantar haciendo los gestos de Madonna.

*Baby, it's time that you
Face it, I always get my man*

Nick no sabía sí manejar o parar, para observarla.

*Sooner or later you're gonna decide
Sooner or later there's nowhere to hide.*

Tenía una voz horrible, desentonaba en todas las notas, pero la manera de cantarla y de moverse en la silla, era otra cosa. Julia escondía una sensualidad, un fuego que él estaba loco por liberar. Ante sus últimos gestos, un beso en el aire y un guiño; Nick soltó la carcajada. Julia como era de esperarse no le hizo caso.

*Baby, its time, so ¿why waste it in chatter?
Lets settle the matter.*

—Tienes una voz terrible —dijo Nick todavía riéndose.

—Lo sé —contestó de forma petulante.

*Baby, you are mine on a platter,
I always get my man.
But if you insist, babe the more it excites me.*

—Pero me sé toda la coreografía de la canción como la cantó en los Óscar hace un poco de años. Ahora por burlarte de mí no la vas a ver. Ja, no sabes lo que te pierdes.

—Sí, sí lo sé —dijo Nick sonriendo pensativo.

En Santa Helena pararon en un *Delicatesen*, para tomar una cena temprana. Era un sitio donde podían escoger todos los ingredientes que llevaría la comida. Ordenaron sándwiches de pavo con verdura y pan de centeno y se sentaron en una mesa sencilla de madera cubierta con mantel a cuadros. Nick comió con gusto, Julia apenas dio tres bocados a su sándwich.

Evitaba mirarlo.

—Julia, mi amor, mírame, por favor.

Le apresó las manos por sobre la mesa.

—Todo irá bien, no te preocupes.

Nick pensaba que Julia estaba temerosa por ser su primera vez, y la primera vez, no es fácil para casi ninguna mujer. Luego se sorprendió de las palabras de Julia.

—Quiero ser tu mujer. Quiero ser tuya, quiero bastarte siempre.

Él se afanó en responder:

—Y me bastas, mi amor, me bastas. Recuerdo cuando te vi, no la primera vez en la cocina, sino cuando me enamoré de ti, porque me enamoré el día que saliste con la cesta de panes al patio, en la barbacoa de los Stuart y yo me quedé como un imbécil clavado en el suelo, mirándote. El ondear de tu cabello, tu caminar, tu forma de reír y me dije esa mujer es mía, esa mujer será mía y sentí mariposas en el estómago y recordé unas palabras de mi padre, que era un gran admirador de la obra de García Márquez, puede parecerte absurdo lo que te estoy diciendo...

—No, mi amor, no... —le contestó Julia conmovida.

—Mijo —me dijo él—, cuando vi a tu madre, todo alrededor se pobló de mariposas amarillas como le ocurrió a Meme^[1] cuando llegaba su Mauricio Babilonia, no sé si fue el golpe que había sufrido, la contusión, pero me tragué unas cuantas y no se han ido las malditas, me ocasionan cada malestar, pero no las cambio por nada, así tu madre ya no me quiera, esas mariposas son de ella y de nadie más.

—Nick...

—Aquí están mis mariposas amarillas. —Nick se señaló el estómago.

Julia se levantó de la mesa y sin importar quien pudiera verla, se le sentó en las rodillas y lo devoró a besos. El sitio tampoco estaba abarrotado.

Se dirigieron un kilómetro al sur. Había anochecido. Nick salió de la ruta y tomó una vía más estrecha, desvió hacia la derecha por un camino de tierra franqueado de árboles que terminó en una puerta de madera gruesa bien iluminada, con un letrero en hierro que decía *Les Chartrons*. Nick tocó la bocina y el portón se abrió. Al fondo apareció una casa en piedra que parecía salida de la campaña francesa del siglo XIX, erigida en medio de cuidados jardines y una zona de parqueadero pequeña. Se apearon del auto y enseguida un hombre en la cincuentena de cabello oscuro y bigote salió a recibirlos.

—Buenas noches, mi nombre es Jean Paúl, bienvenidos —saludó, con acento sin duda francés.

Nick tomo la iniciativa le tendió la mano y se presentó.

—Mucho gusto, Nicolás de la Cruz.

Julia saludó también, mientras curioseaba con la vista el lugar.

—¿Es usted francés? —preguntó.

—Sí, vine a esta tierra hace veinticinco años, me secuestró una americana y aquí me quedé.

—¿Pero qué estás diciendo? —dijo una mujer bajita y rolliza, de unos cincuenta años, con amables ojos azules, que salió a recibirlos—. Hazlos pasar, está haciendo mucho frío. Me llamo Diane, sean bienvenidos a nuestro hogar.

Entraron a un hermoso recibidor que hacía juego con la fachada exterior, una sala con muebles muy cómodos y elegantes, vitrinas de madera labrada con pequeñas porcelanas en su interior, y el comedor formal con un amplio armario de cristal y una colección de platos antiguos en su interior. Mientras hacían el recorrido, Jean Paúl les relataba la historia del lugar y como habían llegado ellos a instalarse en la zona. Era una pequeña posada con solo diez habitaciones, en ese momento estaban ocupadas menos de la mitad.

Subieron una escalera al segundo piso. Al llegar a la habitación, Julia sonrió encantada a pesar de que tenía las manos frías y una piedra en el estómago.

—Es hermosa.

Se sintió transportada en el tiempo a una típica habitación francesa de mil ochocientos, una cama de matrimonio antigua, las mesas de noche, con tallas antiguas y las lámparas con brocados, sillones grandes y cómodos. Uno de los pocos toques modernos, era la chimenea con puerta de cristal biselado y el baño.

—Por Dios. En esta tina caben tres personas.

—Con dos es suficiente —le ronroneó Nick abrazándola por la espalda.

Jean se despidió deseándoles una buena estadía e informándoles que el desayuno se servía a las ocho.

De repente Julia sintió mucho calor, se alejó y se quitó el suéter de lana. Nick no le podía quitar la vista de encima, observaba todos sus movimientos. Ella percibió un suspiro en la espalda y supo que Nick se había acercado, se dio la vuelta. Pudo ver las largas pestañas, un rasguño en la sien, seguro

producto del entrenamiento y el rosario de pecas que le cubrían la parte izquierda de la nariz. Julia deslizó la lengua por sus labios para humedecerlos, lo sintió tensarse. Se puso en puntas de pie y le besó los labios, en una caricia muy suave. “*Respira, solo respira*” Nick la aferró de la blusa y la tiró hacia él. Se apoderó de su boca como pidiéndole permiso para todo lo que deseaba hacerle, diciéndole con sus labios que sería cuidadoso y delicado con cada espacio de piel y que se tomaría su tiempo para entrar en su cuerpo.

La miró a los ojos y le preguntó:

—¿Vamos a la cama? —le acarició las nalgas— No te arrepentirás.

Ella sonrió.

—¿Estás muy seguro, no? ¿Me dirás si lo hago fatal?

Nick soltó una risotada.

—No lo harás mal, eres increíble.

Julia no creía que podría llegar por su propio pie hasta la cama. Las piernas le temblaban como una gelatina, se sentaron en el lecho y con otro beso, Nick la acomodó en los almohadones, le desabotonó la camisa y lentamente se la quitó, le desabrochó el sujetador. La miraba con reverencia. Empezó a besarle el cuello y la hendidura de la garganta, mientras le acariciaba los senos sin llegar al pezón. Julia notó su erección contra la cintura y le dieron ganas de tocarlo como lo había hecho en el cuarto de universidad.

—Nick, Oh, Nick —susurraba Julia con la respiración entrecortada.

Él aprovechó para chuparle un pezón y luego el otro. Volvió a la boca, le mordisqueó el labio inferior, le besó el cuello. Los gemidos de Julia, el olor de su cuerpo y la suavidad de la piel, le hicieron ver, hasta qué punto estaba excitado. El sonido de sus quejidos le causaba corrientazos en la espalda, quería tomarla duro. Su necesidad de estar dentro de ella, le oprimió las costillas y empezó a resollar desesperado. Le abrió la cremallera del jean y deslizó las manos entre su ropa interior. Nick quedó inmóvil, al tocar la piel aterciopelada y el poco vello que tenía.

—¿Te afeitaste?

Se retorció sonrojada.

—Pensé que podía gustarte.

—¿Estás bromeando? Me encanta —se arrodilló frente a ella y le quitó el pantalón, el interior y deslizó un dedo entre los labios—. Quiero comerte

aquí. Estás deliciosa y toda mojadita. Te vas a derretir en mi boca.

Nick se levantó sobre ella, se quitó la camisa y el suéter en segundos, quería tener la barrera del pantalón para poder contenerse.

—¿Quieres que pare, qué vaya más despacio?

—Ni se te ocurra.

La tomó con la boca, desde el clítoris hasta la vagina, estaba bañada, desecha, se retorció emitiendo gemidos, se agarraba de su cabello con fuerza. Se separó un momento, no pudo aguantar y le mordió unos centímetros arriba de su sexo, sería su recordatorio cada que la viera desnuda. Acarició las piernas, eran hermosas, toda ella era hermosa, los ojos oscurecidos lo miraban expectantes, cuanto la amaba, la adoraba. Lo que ocurría hoy lo uniría aún más. Era su mujer, su mujer. Susurró con fiereza sobre su vulva., mía, mía, solo mía. Julia llegó al orgasmo enseguida.

—Hueles delicioso.

Nick se levantó para desnudarse sin dejar de mirar el sonrojo en sus pechos y en su cara, signo evidente de su satisfacción y se sintió satisfecho de haber logrado ponerla así. Sé bajo la cremallera del pantalón y quedó desnudo en segundos. Se puso un condón con rapidez.

Julia lo miraba sorprendida, nunca lo había visto así y era realmente hermoso, su virilidad, cuando la acariciaba en esos momentos robados, en la universidad o en casa de Lori, no había podido apreciarlo en su verdadera magnitud. Pero ahora, no tenía la seguridad de que fuera a caber dentro de ella.

Nick la observaba y sabía lo que estaba pensando.

—Confía en mí, acaríciame, por favor, —Julia llevó la mano enseguida y lo tocó—. Ha estado mucho tiempo así por ti, cada vez que te veía, cuando paseábamos, ahora cuando veníamos en el auto, no puedo aguantar más Julia, ábrete para mí amor, no sabes cuánto te necesito

—Oh. Nick, te amo —dijo suspirando.

—Vamos a ir todo lo despacio que quieras —señaló Nick. Rogaba poderse controlar pues lo que quería era lanzarse sobre ella sin más preámbulos y saciar todas las ganas reprimidas durante tanto tiempo. Pero su Julia merecía que este momento lo recordara con una enorme sonrisa.

—Ábrete más amor, relájate —Nick se le puso encima, empezó a penetrarla lentamente, poco a poco mientras contemplaba su bello cuerpo arqueándose, los perfectos pechos y el cuello que quería lamer y besar. Julia

lo acariciaba en el cuello, la espalda después ponía las manos en la cama, tensionada. Nick no estaba preparado para la intensa sensación de su pecho rozando los pezones de ella, de las piernas enroscadas a su cuerpo, de ver su pene entrar y perderse en su hendidura.

—Para, para, para, por favor. —Julia tenía la sensación de se iba partir por la mitad, abrigaba dolor, ardor, pero a la vez sentía ganas de sentir a Nick dentro de ella.

—Mi amor ya estoy dentro de ti —Nick la miraba con una mezcla de lujuria, ternura, de no lo puedo creer, por fin estoy aquí.

Poco a poco fue remitiéndole el dolor.

—No puedo creer que ya estés dentro de mí totalmente —Julia estaba agitada, deseaba moverse.

Nick emocionado y con el corazón a mil, se dio cuenta y empezó a moverse lentamente de adentro hacia fuera.

—¿Estás bien?

Nick con los brazos tensos y el sudor cubriéndole el cuerpo se contuvo unos segundos.

—Espera, espera molesta un poco. —A pesar de la molestia percibía un ardor diferente.

Nick hizo las acometidas más suaves, el calor de su sexo y su estrechez, lo tenían al borde de la combustión espontánea.

Julia con un movimiento de caderas le dio su beneplácito para continuar.

—No puedo esperar más amor, lo siento —dijo Nick totalmente perdido.

—No importa, sigue mi amor, sigue —así se estuviera partiendo en dos, Julia no lo retiraría por nada del mundo, quería sentirlo parte ella, unidos en un solo ser.

Y entonces Nick comenzó a salir y a entrar dentro de ella. De manera brusca, perdido en su propio placer, entraba y salía con tanta rapidez que Julia pensó que iba a perder el sentido. Julia gemía y a la vez trataba de respirar casi sin lograrlo. Él seguía entrando con fuerza y rapidez hasta que emitió un gruñido, un torrente que le tensó la parte baja de la espalda y un calor abrasador, que pensó, le iba a fundir las terminaciones nerviosas, se le arremolinó en todo el sexo y lo llevó a correrse en medio de contracciones espasmódicas.

Julia abrió los ojos y observó los hermosos rasgos transportados por el placer. Dios como amo a este hombre, pensaba mientras, Nick llegaba al

orgasmo.

Él permaneció encima de ella. Julia lo abrazaba no quería que se moviera de allí nunca. Volvieron a respirar con normalidad. Nick se retiró sin mirarla, fue al baño para tirar el condón, trajo una toalla húmeda y limpió a Julia con mucha delicadeza, sin siquiera mirarla.

—¿Te hice mucho daño?

—No, al principio dolió bastante, pero después no.

—Pero no llegaste al orgasmo conmigo dentro de ti. Julia, yo quería que todo fuera especial, debí haberme contenido más. Te he deseado durante tanto tiempo y hoy por fin al tenerte me descontrolé. Tú también debes disfrutar.

Nick negó con la cabeza.

—Tú acabaste pero yo no. Y en este momento tengo tantas ganas de sentirte dentro de mí otra vez. Empecé a tomar pastillas anticonceptivas hace varios días no necesitas usar condón.

—Nunca he hecho el amor sin condón —dijo Nick emocionado.

—También es tu primera vez. —Suspiró Julia.

—Esperemos un rato y lo haremos de nuevo.

—Espero que no te duela.

Nick la arrastró con él y soltó la carcajada.

Capítulo IX

—No tienes idea de cuánto te deseo, Julia Lowell.

Escuchó ella entre sueños, mientras las manos de Nick le recorrían el cuerpo con caricias suaves y firmes. Julia abrió los ojos, los latidos se le dispararon, bombeando sangre a todo el cuerpo al percibir la boca de Nick recorriéndole las nalgas. Dormía boca abajo con una pierna doblada. Se dio la vuelta y encontró el rostro de su amado, que con gesto travieso y ojos entrecerrados, se deleitaba en la blancura y la suavidad de su tez.

—Tienes una piel adictiva.

—Mmmm —Julia soltó un quejido—. No me quiero levantar.

—No lo hagas —le guiñó un ojo—, por mí, encantado.

Alzó los brazos para recibirlo. Nick le devoró la boca.

—Buenos días amor.

—¿Cómo te encuentras?

Julia no le contestó y se limitó a apoyar las manos en sus pectorales, a delinearlos con la punta de los dedos, era un hombre hermoso. Tenía el pecho cubierto de una ligera capa de vello. Sonrió al sentirlo estremecerse bajo su toque. Nick le acarició el cabello, su mirada se tornó intensa, exigente.

—No me contestas.

Julia le devuelve el gesto travieso y con la sonrisa instalada en su semblante le dice:

—Quiero hacerlo otra vez.

Una fugaz expresión de alivio atravesó el semblante de Nick. Elevó una comisura de los labios antes de contestarle.

—Amanecemos exigentes...

—Soy una mujer muy exigente, deberías saberlo.

—Lo sé, lo sé. Date la vuelta cielo. Quiero comerte boca abajo.

A Julia no le pasó desapercibido, el tono autoritario de su voz.

—¿Eres así de mandón siempre?

Nick, sin dejar de acariciar la espalda hasta el inicio de las nalgas, le abrió las piernas y se acomodó en medio de ellas, le dio un mordisco en el hombro.

—Siempre.

Exploró la curva de las nalgas, su redondez, estaba sorprendido y no debería, el día que montaron bicicleta ya había vislumbrado el tamaño y la turgencia de su trasero. Lo volvía loco; era respingado, blando y perfecto.

Julia emitió un jadeo, estaba avergonzada por el examen y a la vez excitada por sus extravagantes caricias, quería decirle que parara, pero de su boca solo salían gemidos. La levantó, ella apoyó los codos en la cama y le devolvió una mirada cargada de deseo.

—Nick...

Para él escuchar pronunciar su nombre con esa voz embriagadora y sensual, mezcla de placer y timidez, lo ponía a mil. Sí, su tono de voz tenía repercusiones en su miembro, siempre. Llevó la mano al interior de las piernas, estaba húmeda y preparada para recibirlo. Arqueaba las caderas hacía él, en un mensaje tácito que Nick perfectamente entendió. Después de acariciarle los pezones, ajustó la mano en el contorno de su cintura y con la otra, le pegó el rostro a la almohada.

—Relájate. Quiero ir despacio. Quiero llegar a lo más profundo —le ronroneó al oído—. Tienes un aspecto espectacular desde esta posición.

Le abrió más las piernas. Lo incitaba sentir su cuerpo complaciente y sudoroso bajo su peso. Al momento de penetrarla la besó, le succionó los gemidos con la lengua y con envites suaves la dilató por completo. Se detuvo y volvió a comenzar. Así lo hizo varias veces.

Julia, a punto de llegar al orgasmo, le correspondía con movimientos equivalentes. Se arqueaba contra su cuerpo buscando el poder correrse.

—Eres exquisita, tan receptiva y la forma en que te humedeces, no tienes ni idea de lo que me provocas —exclamó con voz ronca y enterró la cara en su cuello—. Dámelo, córrete mi amor, lo necesito.

Nick se dio cuenta cuando el orgasmo de Julia comenzó a ascender, su piel se enrojeció y los músculos se le tensaron, se fijó en las ligeras marcas que le había dejado con los dientes en los hombros y en la espalda, la tomó del cabello para contemplar su rostro en el momento de la liberación, pero la mirada de deseo y ternura que lo recibió le hizo perder la razón. Cuando Julia empezó a temblar, apretó los ojos y profirió un lamento que a Nick le liberó la presión insoportable en el vientre, en forma de un explosivo orgasmo, que lo desbordó de placer y de calor. Le vibraron hasta los huesos, la sangre le atronaba en las orejas y lo tuvo temblando por varios minutos. Salió de ella

despacio, rodaron juntos en la cama, se acomodó detrás de ella. Llevó una mano a su sexo.

—Que delicia, estás tan empapada —le dijo, al tiempo que chupaba un dedo húmedo con su esencia—. Mi plato preferido.

—El efecto Nick.

—Solo el efecto Nick.

Ella se volteó, soltó un suspiro y le acarició la frente con el dedo. Observó su rostro, fascinada. No sabía que el sexo podría ser así, tan intenso y exquisito a la vez. Se dio cuenta de que era una experiencia que la ataría más a él.

Nick sentía los sentidos agudizados, el dulce placer de su cuerpo pegado al de ella. El tacto suave y resbaloso, culpa del sudor. Escuchaba cada respiración. La cama olía a sexo y a ella. Por fin sabía lo que era estar en su interior, había hecho el amor con muchas mujeres y de diferentes formas, pero la experiencia compartida con Julia era otra historia. Su interior tan estrecho parecía un puño, pensó que no iba a caber dentro de ella y luego sus contracciones, quería quedarse allí en esa habitación para siempre. Lo que encontró en ese lugar era su tesoro más valioso, algo por lo que mujeres y hombres luchaban y que a veces pasaban toda una vida sin encontrar. Escuchó la respiración pausada de Julia y supo que se había dormido. Desde que había muerto su padre, no se había sentido completo, hasta... Julia, fue como si una pieza encajara por fin en su lugar. No podría permanecer lejos de ella.

Julia abrió los ojos al escuchar el ruido de la ducha. Un ligero rayo de luz entraba por la ventana. Todo a su alrededor estaba igual y distinto a la vez. Se dio un vistazo y se pasó la mano por el cabello enredado. Se sintió descuidada. Al sentarse en la cama, se percató que le dolía todo el cuerpo. El ruido de la ducha cesó y segundos más tarde, Nick salía con una toalla enrollada a la cintura. No podía apartar los ojos del cuerpo, de cada músculo y cada ligamento, esculpidos por el duro deporte que entrenaba. Quería tocarlo, lamerlo, besarlo...

—No me mires así o no saldrás hoy ni mañana de esa cama.

—Es una manera deliciosa de empezar el día.

Se acercó a ella y le acarició el enredado cabello.

—Me tomé la libertad de pedir el desayuno, está en la mesa del balcón.

—Me muero de hambre.

Se levantó desnuda y sin ninguna timidez caminó hasta el baño. Nick no dejaba de observarle el trasero. Ella se volteó y le guiñó un ojo.

—Ya vuelvo.

Quedó espantada cuando se miró en el espejo, el cabello era un desastre, tenía chupetones por todas partes. Soltó una carcajada nerviosa, se dio una ducha larga con agua caliente lo que la ayudó a relajar los músculos, se cepilló los dientes, se peinó, se puso un albornoz y salió a compartir el desayuno con su Nick.

La vista era hermosa a lo lejos se alcanzaban a divisar los viñedos. La mañana les había regalado una temperatura templada y un cielo despejado. En la mesa arreglada, había tostadas francesas, tortitas de papa, huevos, panceta, café y chocolate caliente que Nick sabía, era la perdición de Julia y frutas variadas.

—Se ve delicioso.

—¿Cómo te sientes? —volvió a preguntar Nick, que entrelazó los dedos en los de ella y la sentó en su regazo.

—Bien, un poco adolorida, pero el baño caliente me ayudó mucho.

Nick soltó un suspiro.

—Fui un salvaje.

Ella le dio un codazo.

—Ey, nada que no disfrutara, ya deja de preocuparte.

Se alimentaron como niños, hasta que terminaron hechos un desastre, con miel de Maple y migajas por todas partes, se reían emocionados y se besaban y acariciaban en el proceso.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —comentó Julia.

—Podríamos quedarnos todo el día en la cama —sonrió Nick con picardía— o también podemos dar una vuelta por los viñedos, lo que tú quieras.

—Podríamos dar una vuelta por los viñedos —Julia sonrió—, y después volver a la cama.

Nick soltó una carcajada y le dio un beso en la nariz.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Se volvieron a duchar, está vez juntos, y al medio día salieron a hacer su

recorrido. Julia se había puesto un vestido de flores pequeñas y un pequeño suéter de punto color arena, manoleínas del mismo color, se recogió el cabello en una moña, apenas se maquilló y se puso unas gafas oscuras para disimular las ojeras. Nick iba con jean desteñido a la cadera, zapatos deportivos y una camiseta azul sin cuello, de botones adelante, no llevó suéter.

El Valle de Napa, ubicado al norte de California, es el centro de la viticultura americana. La combinación de clima mediterráneo, geografía y la geología del valle, son condiciones propicias para que crezcan las uvas que dan origen a vinos de gran calidad. Esta zona es el equivalente californiano a la campiña francesa. Pero no es solo el vino y la producción lo que llama la atención de esta región, son los hermosos paisajes, la gastronomía y los pueblos que conservan la cultura agrícola americana. Cada año recibe un gran número de visitantes.

Julia y Nick empezaron su recorrido por un par de viñedos pequeños en los que degustaron algunas copas de vino, Julia más que Nick, porque este conducía. Terminaron en Beringer que era el viñedo que, una Julia algo achispada y muy cariñosa, deseaba conocer, porque fue escenario de una de sus películas favoritas de hacía unos años; *Un paseo por las nubes*, en la que narra la historia de un veterano de la segunda guerra mundial, que se enamora de la hija del dueño de un viñedo.

Beringer es uno de los más antiguos viñedos de la región, con más de ciento quince años de existencia. Fue fundado por los inmigrantes alemanes Alfred y Jacob Beringer.

Un bello jardín con rosas blancas, camelias, rododendros, les dio la bienvenida, caminaron cogidos de la mano. Julia tomó fotografías del lugar y le pidió a un empleado que pasaba por allí que les tomara una foto al lado de la fuente. Luego visitaron la casa con un toque del Rhin entre las secuoyas californianas. Era una edificación victoriana con techos color gris. Atravesaron un camino en piedra y llegaron a las bodegas y los túneles de envejecimiento que fueron construidos a finales de 1800 en piedra, y conservan la temperatura ideal para el envejecimiento del vino. En la sala de degustación compraron una botella, una canasta pequeña de quesos, frutas y

con un par de copas dieron un paseo por los viñedos.

—Que vista tan hermosa —dijo Julia.

—Sí, es uno de los paisajes que más me gusta —contestó Nick.

Se detuvieron en un prado y se sentaron con el cesto a su lado. Julia se recostó y alzó la vista hacia el cielo, era inmensamente feliz. Nick le dio un racimo de uvas que ella se puso en su oreja derecha.

—¿Qué tal los aretes? —soltó la carcajada y rodó por la manta—, Creo que estoy algo achispada.

—Debes comer algo, mi amor —Nick le pasó una guarnición de quesos y una botella de agua.

Al levantar la mirada, Nick se sorprendió, era tan condenadamente hermosa, ahí recostada en el prado con las uvas en la oreja que le daban un aspecto decadente. Era Julia, su Julia, era real, era su sueño hecho realidad. Se acercó y le soltó la moña. Los rayos de sol arrancaron destellos rojizos al cabello. Con voz ronca le susurró:

—No dejes nunca de ser como eres.

—Te lo prometo, palabra de *boy scout* —se levantó, se tambaleó a un lado.

—No deberías beber más.

—Amo el vino.

—Sí, lo he aprendido hoy, así como amas el chocolate y los zapatos costosos.

—Y este Merlot está delicioso. Vamos amor, ponme otra copa y te contaré una interesante historia. Tenemos algo en común de lo que no te había hablado.

Nick rellenó la copa de Julia y la atrajo a sus brazos.

—Cuéntame esa historia.

—Mis abuelos, los papás de mi papá vivieron sus últimos años en Sonoma —comentó Julia.

—¿Hace cuánto murieron? —preguntó Nick.

—Mi abuelo murió de un infarto hace cuatro años y mi abuela lo siguió dos años después —exclamó Julia, con algo de nostalgia—. Mi abuela era colombiana, de una ciudad del caribe llamada Cartagena.

—Sigue —añadió Nick sorprendido, estiró las largas piernas y mirando a Julia se apoyó en un codo para escucharla.

Julia le contó, que Rosario, así se llamaba la abuela; llegó a los Estados

Unidos porque sus padres la enviaron a perfeccionar el inglés en una escuela de señoritas en Boston. Tenía dieciocho años. Pero esa no fue la verdadera razón del viaje. La habían enviado a Boston porque se enamoró del sacerdote de la parroquia y los encontraron dándose un beso. El joven se acababa de ordenar y se negó a dejar su ministerio y a casarse con ella. Lo trasladaron para Perú y a Rosario la enviaron a Boston. Todo eso, para tratar de tapar el escándalo, pues ella era de una familia de abolengo y eso arruinaría las posibilidades de un buen matrimonio.

—Esto se pone interesante —dijo Nick curioso por saber más.

La tarde estaba llegando a su fin, la niebla cerraba la jornada, era un clima suave a pesar de ser noviembre. El perfume agri dulce y embriagador de las uvas colmaba el ambiente.

—En la casa donde se hospedaba, que era de una familia muy recomendada, mi abuelo iba a visitar al hijo de la señora ya que eran amigos.

—¿Qué hacía tu abuelo?

—Estudiaba Historia. Él fue profesor toda su vida, le apasionaba enseñar.

—Sigue.

—Mi abuelo dice, que cuando vio a la abuela, sintió como sí un rayo lo hubiera sacudido. Supo instantáneamente que era la mujer de su vida.

Nick meditó, que era casi lo mismo que sintió cuando conoció a Julia y sí la abuela se parecía en algo a ella...

—Mi abuela en cambio ni siquiera lo miraba. Él iba todos los domingos, se sentaba en la sala de visitas y se limitaba a observarla sin hablar. Imagínate no era capaz de pronunciar palabra delante de ella, él que era la persona más parlanchina que te puedas imaginar.

—Como cierta personita —dijo Nick atrayéndola hacia sí, hundiendo la nariz en su pelo—, después de que bebió su Merlot.

Nick no se pudo aguantar y le probó los labios; un estallido de placer con sabor a uva y a frutos secos lo atrapó e hizo que deslizara la lengua en su interior y robara hasta el último vestigio de sabor atrapado en la boca. Ella le correspondió con igual ardor. Nick retiró la cabeza hacia atrás y dejó que continuara con la historia, no sin antes servirle otro Merlot.

—Un día, en el centro de la ciudad, mi abuela estaba en un almacén comprando algo, al salir, unos hombres la atacaron e intentaron robarle sus compras, mi abuelo pasaba allí por casualidad y la rescató. Fue el momento

en que mi abuela lo vio por primera vez. Se fueron caminando y mi abuela cuenta que mi abuelo habló, habló y habló como si no se pudiera callar, pero mi abuelo dice que era que estaba nervioso y quería impresionarla. Se hicieron amigos y después de un tiempo, la familia de mi abuela la hizo volver a Colombia. Mi abuelo la siguió a los pocos días. Al llegar a Cartagena la familia de mi abuela no vio con buenos ojos al gringo alto y desgarbado que quería robarles su tesoro, pues pensaban casarla con un muchacho de la alta sociedad de esa ciudad. Pero la vena rebelde y terca de mi abuela, hizo el resto. Empezaron a verse a escondidas. Era difícil, la ciudad era pequeña y todos se conocían y además, mi abuelo destacaba como un canario en medio de pájaros blancos.

—¿Cómo lo solucionaron? —preguntó Nick ya metido de lleno en la historia.

—Mi abuela tenía una amiga muy querida a la que la familia le había malogrado un noviazgo y ella fue la encargada de los mensajes y concertar las citas para los dos enamorados. Porque mi abuela se enamoró como loca de él.

Nick soltó la carcajada.

—¿Me estás tomando del pelo? Parece el argumento de una telenovela —la miró con ganas de llevársela a la cama una vez más. Tenía ganas de cogerla a besos, mordisquearle los labios, quería hundirse en su interior y quedarse allí para siempre ¡Dios! estás sin control hombre, se reprendió él mismo.

Julia seguía concentrada narrando la historia, ajena a lo que pensaba Nick.

—Mientras tanto, los preparativos para el matrimonio continuaban. Habían timbrado las tarjetas; por la tarde el novio la visitaba en la sala de la casa y mi abuela no se dejaba tocar ni un pelo, en la noche salía a escondidas a encontrarse con mi abuelo y bueno, las cosas eran diferentes.

—Me imagino —sonreía por la forma en que Julia contaba sus historias. Lo embargaba la ternura. Nunca había conocido una conexión tan íntima y absoluta con alguna mujer.

—Ellos se fugaron una noche, se casaron en un pueblo cerca de Cartagena y se embarcaron para iniciar una nueva vida. Fueron muy felices, demás está decir que la familia la perdonó tiempo después.

Salieron del viñedo bien entrada la tarde. Julia se durmió en el recorrido

hasta Santa Helena. Nick la llevó a un restaurante Mexicano. Tenía ganas de comer tacos o enchiladas. Le abrió la puerta del vehículo y Julia se despabiló y miró confundida.

—Los efectos del vino, mi amor —le sonrió Nick—. Vamos a comer antes de llegar a la posada. Bebe otro poco de agua.

—Me parece bien, pero yo invito.

—No, ni hablar —dijo Él serio.

—¿Por qué no? —Nick negó con la cabeza y eso la molestó—. Pagaré la comida antes que te des cuenta.

Julia era consciente de los gastos que afrontaba y no quería parecer una aprovechada, pues sabía que él había ahorrado bastante para el viaje y ella deseaba ayudar.

—Eres mi invitada, por favor, no lo hagas —reiteró de nuevo disgustado.

—No soy tu invitada —soltó sorprendida—. Soy tu compañera, no quiero que me trates como a una muñeca de porcelana, no es mi naturaleza, lo siento mucho, si quiero ayudar, ayudo.

—Eres muy terca ¿lo sabías?

—Sí, sí lo sabía ¡Qué quisquilloso! ¿Estás molesto? —Lo miró sorprendida.

—Paga la cena entonces.

Antes de entrar al restaurante, Julia pegó el cuerpo al de Nick. Le pidió que compartieran la cena en paz, le pidió un beso. Julia al verle la expresión supo que había ganado. Él, la besó apasionadamente, le puso las manos en las nalgas y la atrajo más hacia él.

—Podría hacerte el amor enseguida, me pones a cien.

—Esa es la idea —respondió con su cálida sonrisa.

Entraron al restaurante con la típica decoración mexicana y ordenaron tacos y enchiladas. Mientras compartían la comida, siguieron charlando y rato después volvieron a la posada.

Los recibió Diane quien se puso a hablar con Julia un rato.

Nick estaba impaciente por llevársela a la cama, pero Julia no se daba por enterada. Estaba distraída anotando la receta de las tortitas del desayuno que le habían parecido deliciosas. Diane se excusó con Julia pues la empleada que tenían había vuelto a su ciudad y estaba sola. Ella le dijo que estaban muy bien atendidos y aprovechó para preguntar a Diane si necesitaban a

algún empleado en ese momento. Había pensado en Jane y en la pequeña Michel, sería el lugar ideal para iniciar una nueva vida. Diane le dijo que sí y le dio los datos para que se comunicara con ella.

Nick, la arrancó de allí con una de esas miradas que la derretían. Llegaron a la habitación, al cerrar la puerta, la arrinconó contra la pared más cercana y su espalda golpeó la pared con un ruido seco. Con la cabeza, movió uno de los cuadros, no le importó, solo necesitaba la boca de Nick en la de ella y vaya si la devoraba. Su mirada azul la quemó y su erección frotó la pelvis de ella.

—Me tienes loco, loco, te deseo, tanto —decía Nick entre sus labios.

Nick la levantó y puso las manos en el trasero, mientras Julia se aferró con las piernas a su cadera.

—Pero quería ir al baño —susurró Julia algo mortificada.

—No, no aguanto más —metió su mano entre las bragas hasta llegar a su interior.

—Ya estás toda mojada y lista para recibirme —barruntó con tono áspero y excitado—. Te deseaba tanto allá abajo, tú, toda modosita y bien sentada a la mesa, imaginaba tus deliciosos pezones erectos, y tú, concentrada en anotar una receta y yo con una erección del tamaño de un puto cañón.

—Nick...

—¿Ves? No es sino que pronuncies mi nombre y mira —llevó la mano de Julia a la erección que había acabado de liberar—. Está listo para entrar en ti.

Había oscurecido. No habían prendido la luz, ni tampoco se habían movido de donde estaban. Julia sentía las manos de Nick por todo su cuerpo, manos codiciosas que agarraban todo a su paso y con las que había fantaseado a lo largo de la jornada. Manos apasionadas, que le obsequiaban caricias capaces de hacerle ver estrellas. Manos que la liberaron de la ropa en segundos. Julia quiso sentirle la piel y le jaló la camiseta, que tiró a un lado y soltó un gemido al refregarse con su piel. En medio de ropa enredada él, caminó hasta la cama, donde la depositó. Se bajó los vaqueros y quedó completamente desnudo ante ella.

—Eres hermoso Nick de la Cruz —le dijo ella venerándolo con la mirada.

—El vino —sonrió ladino—, tiene sus efectos.

La cubrió con el cuerpo, con la urgencia y el desenfreno contenidos. La besó de forma suave. Le soltó el cabello y enterró las manos en él. Se separó de ella y caminó hasta una bolsa, sacó una botella de vino empezada. Ella se apoyó sobre los codos sin dejar de mirarlo.

—¿Qué haces?

La abrió y el aroma de la bebida inundó la estancia.

—Ya verás.

Se acercó de nuevo a ella, le besó la boca y siguió el recorrido por los pechos y vientre. Julia gimió sin control. Era una delicia verla tan risueña, tan dispuesta a complacerlo. Nick vertió un poco de vino sobre ella, lo bebió a besos y lo repasó con su lengua.

—Así quería probar el vino de Napa, en el cuerpo de mi deliciosa chica *Berkeley*.

Julia se curvó pidiendo más.

El sabor del vino mezclado con su esencia de mujer, hizo desaparecer todo pensamiento racional de la mente de Nick. Se levantó sobre ella, le abrió las piernas y la penetró con su miembro, al tiempo que la invadió con la lengua. Una emoción oscura y primitiva de apoderarse de ella en cuerpo y alma, lo invadió por completo. Le dobló una pierna y la penetró con más ímpetu. Presionó en cada empuje sin pausa. El sonido del contacto, la fricción y la estrechez, lo llevaron al punto sin retorno.

—Dime lo que quieres, mi amor. —Escuchó Julia en medio de los embistes. Sabía que Nick trataba de controlarse por ella. Ella podía sentir cada respiración, cada gemido, cada contacto. No quería que acabara tan pronto, pero el ritmo que le imponía su hombre, era implacable. Nick modificó el ángulo de penetración y Julia volvió a arquear la espalda. Sus gemidos subieron de intensidad y al abrir los ojos y ver el rostro de Nick, le dijo:

—Te amo, te amo, te amaré siempre.

Nick aceleró el ritmo de las caderas y todo sonido quedó atrapado en la garganta de Julia, al ahogarse en una oleada tan poderosa que todo el cuerpo le vibró y un zumbido le llegó hasta las orejas. El choque de cuerpos continuó hasta que sintió a Nick tensarse y soltar un gemido largo y profundo que le erizó la piel. Se separaron segundos después, anonadados por la intensidad del momento. Minutos después, con el cuerpo rígido y adolorido, Julia fue al baño, hizo sus abluciones y se dio una ducha rápida.

Al salir, Nick la observó caminar hacía la cama, sin perder detalle alguno de su cuerpo, embebiéndose en la figura. Como si no tuviera suficiente de ella.

—Dios, todo esto debajo de tu ropa.

Julia sintió el contacto de sus labios, el roce de la barba en los muslos, empezó a besarla a lamerla, ella abría las piernas sin timidez encantada con la forma en que Nick la besaba y la lamía.

—Que delicia amor sigue, sigue así —gemía por lo bajo.

Rato después, Nick estaba con la cara apoyada en el vientre de su mujer. Le encantaba su olor, la textura de la piel, su generosidad en el amor, esa sensualidad que había descubierto y avivado y solo era patente con él. Solo con él, se dijo posesivo. Le acarició y masajeó la barbilla y con sus mejillas se refregó en ella.

—Me imagino que debes tener locos a los chicos que comparten tus clases. Las ganas que tendrán de conocerte, de saber cómo es tu cuerpo —dijo Nick de pasada.

—No había pensado en ello, no creo, hay chicas mucho más lindas —contestó Julia ignorante de los pensamientos que circundaban a Nick.

—No te das cuenta del impacto que tienes en los hombres, eso es diferente.

Nick pocas veces se equivocaba.

—A mí solo me importa el impacto que causo en ti —Julia le levantó la cara, lo miró a los ojos y sonrió.

Nick se durmió al rato. Para ella sería difícil conciliar el sueño después de las experiencias vividas. Dicha, plenitud y agradecimiento porque el inicio de su vida sexual había sido con un hombre como Nick, un amante generoso y entregado. Escuchaba a las chicas y todas decían lo mismo, que eran pocos los jóvenes que se tomaban su tiempo para aprender a conocer a la mujer. Julia caviló que la experiencia era importante y también los sentimientos, no podías esperar generosidad de un joven que experimentaba con tu cuerpo y al ser inexpertos se dejaban llevar por la ansiedad. Nick —sonrió para sí— era otra historia. Estaba muy enamorada. Era perfecto, aunque autoritario y celoso, pero no le temía a eso. Sabía muy bien imponer su punto de vista. Lo observó dormir, al día siguiente tenían clases, temprano madrugarían para estar en sus respectivas universidades antes de las nueve. Nick abrió un ojo y la pilló observándolo, le abrió los brazos, se acomodó en ellos y a los pocos

minutos los dos dormían profundamente.

Salieron de la posada antes de las seis. Se despidieron afablemente de Jean y Diane que los invitaron a volver. Julia tomó los datos de Diane para que se pusiera en contacto con Jane.

“Adiós lugar hermoso y especial te llevo en el corazón, viví los días más felices de mi vida”. Se despidió Julia mentalmente pues no quería parecer una tonta cursi delante de Nick.

Capítulo X

A menudo soñaba con Jane y Michel, eran sueños agradables, idas al parque, al zoológico, las tardes de películas de *Disney* en el salón. Las necesitaba. Jane era la única culpable de los castigos que le infligía y con los que trataba de corregirla. Siempre le pedía perdón, le regalaba joyas y dinero para que se comprara alguna chuchería y hasta hacía poco había funcionado. Todo había cambiado desde el nuevo trabajo. Ella no debería trabajar, su lugar estaba en la casa. ¿Acaso no sé dio cuenta del fin de semana que las dejó encerradas, fue por su propio bien?

La tarde era algo fría y el gabán que llevaba no le abrigaba mucho. Fred Thomas, estaba a una cuadra del refugio, escondido en el jardín de una casa deshabitada. Sacó la fotografía de la billetera. Los ojos verdes y almendrados de Jane eran iguales a los de su pequeña Michel, el cabello rubio de la madre contrastaba con los tirabuzones castaños rojizos de su hija. ¿Por qué Jane no entendía todo con lo que Fred, tenía que lidiar? Un jefe dominante y abusador, un pasado desastroso. Necesitaba volverla a ver, explicarle, explicarse. Hizo guardia hasta que oscureció. El lugar estaba tranquilo. Todos los días a esa hora, salía la misma mujer, parecía alguien que trabajaba en el sitio. Era de ascendencia hispana. La siguió unas pocas cuerdas, necesitaba alcanzarla antes de que llegara a la avenida principal de Pleasanton Al doblar la esquina, en un recoveco la interceptó, la abrazó con mirada amenazante y le pidió silencio, la cara de terror de la mujer se acrecentó al percatarse de quien la llevaba aferrada, todos en el refugio conocían su identidad.

—Haga silencio. Ponga buena cara —le murmuró en la oreja—. Dígame lo que quiero saber y no le pasará nada.

Parecían una pareja de enamorados dando un paseo por el lugar, con la diferencia de que una de las manos contenía un cuchillo que la amenazaba.

—Ellas ya no viven en la casa.

La atenazó más fuerte.

—¿Cómo?

—Una mañana llegué y se habían ido, pero le juro que yo no sé para dónde, eso lo mantienen en secreto —susurró la mujer, asustada que

empalideció más al ver la cara del hombre a medida que le contaba.

—Algo debieron comentar —la zarandó con fuerza y se conminó a controlarse, no podía llamar la atención—. ¡Algo!

La mujer lloraba desconsolada.

—Solo sé que Julia le consiguió un trabajo fuera de aquí, pero señor —soltó la joven en medio de los sollozos— por lo más sagrado qué no sé dónde.

La mujer le decía la verdad. Era transparente. La soltó.

—Si le dice algo a alguien, la mataré e iré por su familia, no lo olvide.

“*Se largaron*”, “*se largaron*”, repetía furioso Fred para perderse por las calles de Pleasanton y todo por la maldita Julia Lowell. La odiaba con ira ciega. Por culpa de esa maldita, su familia no estaba donde debía estar. La arrinconaría y le sacaría la verdad a golpes si era necesario.

Julia se sentía acechada. La semana antes del *Big Game*, Berkeley era una locura ya que había unas tradiciones previas al partido. El *pep rally* y la hoguera en el teatro griego, aparte de otras competencias. En Stanford había un espectáculo de luces y también otras actividades deportivas.

El primer incidente fue el lunes, Julia quería salir del complejo de la universidad, se acababa de despedir de Matthew, con el que había estado haciendo un trabajo gran parte de la mañana. Al abrir la puerta del auto; un olor fétido le llegó a las fosas nasales y se espantó al ver un gato muerto en el piso del lado del copiloto. Los latidos se le dispararon con violencia y las sienes le empezaron a zumbiar. Ella no había utilizado el auto el día anterior. El animal debía llevar un par de días allí, pues ya estaba en estado de descomposición. No supo que pensar, algunos compañeros sabían que era novia de uno de los jugadores de Los Cardinales, pero no creía que eso fuera para tanto, aunque en esa semana, todo estaba permitido con tal de demostrar la lealtad a Cal. Uno de los guardias de la universidad, llegó a los pocos minutos. Se encargaron de sacar el animal y le preguntaron si deseaba llamar a la policía. Ella dijo que no. No quería preocupar a nadie, ni a sus padres y mucho menos a Nick que necesitaba estar concentrado y tranquilo antes de la gran fecha. Además, no quería quejas ni peleas. Por último pensó en el esposo de Jane y se arrepintió de no haber llamado a la policía. Tuvo miedo

de lo que sería capaz de hacer ese hombre con tal de recuperar a su mujer y a su hija. Pensó también en Beth, apenas le dirigía la palabra desde el día en casa de Peter. Se asustó porque se percató que nunca había tenido enemigos, ni la severa animadversión de alguna persona. Al día siguiente, con el carro en el lava autos, tomó su bicicleta para ir a la biblioteca. Al frenar se percató de que estos no le funcionaban. Como no iba tan rápido, la frenó con el pie. Sin embargo, la bicicleta se cayó y Julia con ella, se ganó un par de raspones en las rodillas. Al llevarla más tarde a un taller, le dijeron que alguien había cortado los frenos. Estaba angustiada, empezó a mirar a todos lados cuando caminaba y evitaba el salir sola. Dentro de la universidad se hizo acompañar de Mattew. Al refugio iría con Nick y sus amigos el día antes de acción de gracias ya que ese día no tenían clase en la universidad. Se enterneció al recordar el momento que le había pedido ayuda para hacer unas reformas en el lugar. Necesitaba que involucrara a sus amigos. él le dijo, que así tuviera que llevarlos amarrados, contara con ellos.

El miércoles en la mañana se presentaron los tres chicos en la casa. Julia que ya los esperaba, abrazó a su novio, que le correspondió con un largo beso. Mary levantó una ceja con curiosidad evidente.

Nick se desprendió de su abrazo y fue a saludar a los demás. Había más de media docena de chiquillos y alrededor de ocho mujeres sin contar con las voluntarias. Los chiquillos, aburridos del encierro, se emocionaron con la visita y los seguían por todo el lugar. Julia se encargó de las presentaciones y en menos de diez minutos, Mary repartía entre ellos las labores a realizar.

Nick se dedicó a ajustar las puertas, engrasar las bisagras. Peter a pintar el salón de juegos de los niños y Michael a arreglar la verja de madera que rodeaba la casa, a lijarla y a pintarla. Nick se encargaría de recortar el césped.

Mike le explicaba a un joven la manera de lijar la madera de forma suave y continuada, cuando un auto frenó y Lori bajó de él. Tomó una canasta de comestibles de la silla del copiloto. “*Es hermosa*” pensó, pero no iba a caer en el mismo juego de Nick.

—Hola preciosa ¿cómo vas? —Mike la miró de reojo y siguió en lo suyo.

—Bien —articuló Lori sonrojada. Siempre era lo mismo con él. Los sonrojos y la ausencia de voz. Siguió caminando, tampoco era que Mike le prestara mucha atención.

“*Vaya, vaya que piernas y que trasero,*” susurró Michael.

Todavía cortada por el saludo que le destinó Mike, Lori entró en la casa, saludó a todos, dejó la canasta en una mesa.

—Hola chicos, hola Mary, traje estos sándwiches ¿Dónde está la pared que hay que dibujar?

Mary la llevó al cuarto de los niños. Con solo ver la pared desnuda que Lori tenía que dibujar, ya su mente ideaba lo que plasmaría en ella. Utilizó gasas para pintar las nubes, pegó algunos bocetos al lado, para poder mirarlos, con un lápiz e hizo los bosquejos de un pequeño bosque, con animales, flores, pájaros y mariposas.

—Creo que no podría pintar ni una casa —escuchó Lori a sus espaldas—. ¿Cómo sabes por dónde empezar?

Mike miraba con detenimiento la pared.

—Desde el fondo a un primer plano.

—Me hablaste en chino.

Ella sonrió, era hermosa cuando sonreía.

—Me gustan las margaritas —llevó una mano a la quijada— y las mariposas también.

—¿Y qué vas a hacer en esa otra pared?

—Será para los chiquillos, Julia se encargará, pondrán las manos y cada uno dibujará lo que quiera.

Lori, limpió el pincel, se alejó para observar mejor el resultado y comprobar las proporciones.

—Tienes unas ideas estupendas.

Y con esas palabras salió de la habitación.

Siguieron trabajando hasta que hicieron una pausa para comer los sándwich y beber algún refresco.

Al avanzar la tarde Nick escuchó una algarabía en el cuarto de juegos y las carcajadas de Julia, curioso se acercó al espacio, se recostó en el marco de la puerta y se dedicó a observar una escena que lo dejó congelado en su sitio, con la mirada seguía cada uno de sus movimientos, como si ella lo hubiera hipnotizado. En varios recipientes en fila, había pinturas de todos los colores, sobre el piso forrado en papel periódico. Cada niño escogía un color y se impregnaba las palmas de pintura, las que estampaban en la pared en medio de algarabía y risas. No faltaba el creativo que quería poner las huellas de varios colores y cuando uno sugirió los pies, se armó la debacle, que Julia supo manejar muy bien, como todo lo que hacía. Ella también acababa de

estampar unas manos de color verde vivo. Las manos, deseaba sentir las de nuevo por su cuerpo, como el fin de semana pasado en que la había hecho suya. La risa que había escuchado la última mañana en Napa cuando la acosó en la cama a cosquillas antes de amarla una vez más. No se habían vuelto a encontrar, pues ambos habían estado muy ocupados, pero tenía grabado en su corazón, su mente y sus entrañas, cada segundo de lo vivido en Napa. Cuanto la amaba y cuán orgulloso estaba de ella. Era una mujer fuera de serie y suya. Cuando la vio limpiarse las manos y hacer lo mismo con una chiquilla de cabello oscuro, a la que le dio un beso, no supo por qué un sentido de pertenencia que nunca antes había percibido, se alzó en él y lo espoleó con fuerza. Era suya, su mujer y quiso hacerle un hijo. Se asustó de sus sentimientos, él no había pensado en hijos nunca. Eran muy jóvenes y tenían todo un camino que recorrer ¿Por qué la visión de Julia acariciando una niña provocaba eso en él? No se aguantó más y se acercó a ella por detrás, la tomó de la cintura.

—Te ves tan hermosa rodeada de chiquillos.

Ella se volteó y los ojos dorados iluminaron la habitación. Lo besó en la mejilla rasposa.

—Tú eres más hermoso, todas las mujeres del lugar suspiran cuando pasas a su lado.

—Solo quiero hacer suspirar a una.

—Eso lo haces siempre, amor.

Lo tomó de la mano y le hizo introducirlas en un recipiente con pintura amarilla

—Ponlas al lado de las mías.

A pesar de las sonrisas y sus atenciones, percibió que algo le preocupaba. Cuando no se daba cuenta que la observaba, descubría una sombra en sus ojos.

—¿Pasa algo? Te quedaste pensativa y con el ceño fruncido —la obligó a ponerse frente a él y le confesó al oído—. Vámonos ya. Te quiero desnuda, en mi cama, me he puesto duro de solo pensarlo.

Ella le acarició el pecho y con sonrisa ladina se alejó de él contoneando las caderas.

—No seas impaciente.

Mary observaba la escena y Nick al levantar la cara la vio, se cortó un poco y se sonrojó. Más tarde, mientras utilizaba la podadora en el jardín,

recordaba viejos tiempos, cuando ese era su trabajo de los fines de semana. Mary se acercó con un vaso de té helado. Él recibió el líquido y le agradeció el gesto.

—El amor, el amor —pronunció la mujer—. Julia te quiere mucho.

—Es recíproco, señora —contestó incómodo.

—No te pongas a la defensiva. No soy su madre para darte discursos, que estoy segura ya te habrán dado.

Nick soltó la risa.

—Julia no es una persona a la que le puedas cortar las alas, respeta su individualidad, te lo pagará con creces.

A él se le desvaneció la sonrisa.

—¿Qué se sabe del hombre que la empujó?

Mary se envaró enseguida y se dio cuenta que la mujer se sentía culpable.

—Nada aún.

—Ella necesita protección, así ustedes crean que es la mujer maravilla.

Mary no le contestó, dio la vuelta y volvió por donde había venido.

Tendría que esconder sus pensamientos y acciones trogloditas, por lo visto era un libro abierto para todo el mundo. Puso la máquina en funcionamiento de nuevo. Él que era tan posesivo, quería todo de Julia, hasta la última gota ¿y sí no resultaba? Lo que menos quería era hierirla, deseaba que se realizara en todos los ámbitos de su vida pero con él a su lado. Le preocupaba el hijo de puta que la había golpeado. ¿Y si volvía para atacarla? A la mierda lo que pensarán los demás, no iba dejar que nada se interpusiera entre los dos y mucho menos que nada le pasara.

Salieron del lugar bien entrada la noche. Nick quería llevarse a Julia con él, pero sus amigos se entusiasmaron con la idea que presentó Lori. Ir donde *Joe's* por pizza y cervezas, y la verdad, ninguno se había quejado del trabajo realizado. No quería ser descortés con ellos. La mueca de desconsuelo de Julia lo obligó a decir:

—Julia y yo tenemos planes.

Lori interrumpió la perorata y miró a Julia que lamentó con qué facilidad se le coloreaban las mejillas.

—Hay karaoke, voy a cantar.

—Vamos entonces —trató de sonar entusiasmada.

Nick tenía ropa en el baúl del auto y fueron a casa de Peter a ducharse y

cambiarse. Al cabo de una hora recogía a Julia en su casa. Entró, saludó a Liz y a Raúl. Cuando sintió los pasos de Julia bajar las escaleras; volteó a mirar y la visión de su belleza y lo que causaba en él, le dio una buena patada en el trasero. Llevaba un vestido rojo pegado al cuerpo y a medio muslo que dejaba al descubierto sus piernas fabulosas enfundadas en unos zapatos que estaba seguro eran de fina factura. Se imaginó esos mismos tacones presionando su espalda y se obligó controlarse por consideración a Liz y Raúl. El cabello lo llevaba suelto y se había maquillado. A su nariz llegó el aroma de un exquisito perfume, aunque era diferente al que usaba en el día, el fondo era el mismo. Verbena le había dicho un día, era su fragancia favorita.

—Vaya —no pudo modular más, preso de su encantamiento, se sintió solo en la habitación, ya iba hacia ella para besarla como quería hacerlo, pero la sonrisa de advertencia de Julia le hizo ver que estaba en la sala de su casa con sus padres a pocos pasos, y como pudo, salió del mutismo—. Estás... hermosa.

“*Que poco original*” se reprendió a sí mismo, apostaba a que cualquier baboso, le decía eso todos los días en la universidad. Ella se acercó. Lo besó en la mejilla y le susurró al oído.

—Estás muy guapo y hueles delicioso.

Nick estaba vestido informal con unos Levi's negros, camiseta roja y chaqueta de cuero negra.

Le ayudó a ponerse una chaqueta. La tomó de la mano y se despidieron de la pareja. Una vez dentro del auto. No puso en marcha el motor y se quedó mirándola. Tan pronto Julia se acomodó el cinturón de seguridad, la besó minuciosamente, quería decirle muchas cosas, “*no me dejes nunca*”, “*vámonos a vivir juntos*”, “*cásate conmigo*” pero no era capaz de ponerle voz a su deseo de poseerla por entero. Le besó la boca hasta que no quedó rastro de su delicioso labial rojo con sabor a fresas. Mucho mejor se dijo. Le olfateó el cuello y refregó la nariz en él. Quería llevarse el aroma de su cuerpo con él.

Se separó de ella y puso en marcha el auto.

—¿Qué tienes mi amor? —preguntó ella mientras le acariciaba la nuca.

—Que soy muy feliz y quiero esto siempre.

—Yo también —contestó ella emocionada.

—Vamos, nos están esperando.

¡Cuánto lo amaba! Caviló Julia con los latidos a mil y la respiración

contenida. No era un hombre fácil, ya lo iba conociendo. Hacía dos meses largos que estaban juntos y cada día la sorprendía. Era un hombre recio, íntegro y su lado apasionado la tenía anonadada, estaba deseosa de volver a compartir lo ocurrido en Napa. Nick había despertado su sensualidad. Hoy lo había observado trabajar y compartir con las mujeres y los niños del refugio y se dijo que era un hombre bueno. A cualquier inquietud o dificultad, buscaba ayudar con soluciones certeras.

—No sé cómo agradecerte todo lo que hiciste hoy.

Nick elevó la comisura de los labios y la miró con gesto ladino.

—Yo sí sé. Se me ocurren un par de cosas —le miró la boca—, ya se me ocurrirá algo más.

—No tienes remedio, pero en tu defensa, te digo que pagaré el precio que digas.

—Lo tendré en cuenta.

En un par de minutos entraron al estacionamiento de *Joe's*. El lugar estaba abarrotado, los chicos ya estaban en la mesa y Peter les hizo señas. Nick ayudó a Julia a quitarse la chaqueta y se acomodaron frente a la pequeña tarima improvisada donde un grupo de jóvenes tocaba un tema de Bon Jovi.

—El maestro —dijo Mike refiriéndose al famoso cantante.

Pidieron una ronda de cervezas y ordenaron una pizza extra grande de sabores combinados.

—Julia haces una labor excelente en el refugio —señaló Mike.

—Gracias, estoy muy contenta de poder ayudar.

—Mary me comentó sobre la situación de la mayoría de mujeres. Volver a empezar no debe ser fácil.

—Nada fácil y más con una autoestima baja.

—Mi familia está en el negocio de la hotelería, cualquier apoyo que podamos brindar, con gusto colaboraremos.

—Muchas gracias Mike. Toda ayuda es apreciada.

Nick le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso en la frente.

—Otro favor que me debes —le susurró al oído.

Julia soltó la risa y le dio un codazo en las costillas.

—No eres el dueño de los hoteles.

—Es cierto —le ronroneó— pero hice la conexión.

—Está bien, pagaré con gusto.

—Así me gusta.

Peter intervino.

—¿Cómo van los preparativos del viaje a Las Vegas?

Julia sonrió al observar la cara de Nick.

—No hemos hablado mucho del tema —contestó ella.

—¿Las vegas? ¿Por qué Las Vegas? —preguntó Nick confuso— ¿Es una broma?

—No es ninguna broma, hemos ahorrado todo el año para ir a Las Vegas en enero.

—¿Quiénes irán?

—Julia y yo, un fin de semana de chicas —terció Lori.

—Nosotros estuvimos a principios de agosto y la pasamos genial —exclamó Peter.

Julia levantó la ceja y miró a Nick con curiosidad. Peter continuó.

—Nos hospedamos en el *Cesar's Palace* y recuerdo que bebimos y... —Peter se entusiasmó que olvidó delante de quien contaba la historia. Nick le dio un pisotón por debajo de la mesa—. Fue un buen paseo.

—Bueno ya tenemos experiencia de primera mano, chicos, lo tendremos en cuenta para cuando decidamos fecha. Nos divertiremos igual que se divertieron ustedes.

“Una mierda que vas a hacer lo mismo,” pensó Nick mientras se llevaba la botella de cerveza a la boca. Julia era retadora y si le decía algo ahora, estaba seguro que el siguiente fin de semana estaría en Las Vegas. Ya iba conociéndola.

—Sé que se divertirán.

—Y los gatos hacen nidos —concluyó Peter que cruzó una mirada de entendimiento con su amigo.

La charla quedó interrumpida con la llegada de la pizza y entre bocados de comida y sorbos de cerveza, charlaron de música, de sus respectivas carreras y del partido que se jugaría el sábado. Hasta que un animador los interrumpió.

—Damas y caballeros, es un placer anunciar —exclamó el hombre con cara graciosa y una voz que no cazaba con su físico— que esta noche están abiertas las inscripciones para el concurso de canto de aficionados.

Hubo aplausos y silbidos.

—Bien, bien, entonces, lindas damas y caballeros anímense, pueden bailar, cantar solos o en grupo. El premio será lo que lleven consumido hasta

el momento corre por cuenta de la casa ¡Vamos anímense!

Hubo otra salva de aplausos.

—El público irá indicando con sus aplausos los favoritos al final de todas las presentaciones.

Julia y Lori decidieron anotarse.

—Pero con esa voz que tienes te van a abuchear —dijo Nick con miraba de ternura— y yo tendré que defenderte, no creo que la cosa termine bien.

—Pero Lori tiene buena voz, además, puede cantar la canción de Madonna y ambas podemos hacer la coreografía.

—¿Qué canción? —preguntó Mike.

—*Sooner or later* —dijeron ambas ilusionadas.

Mike dio un silbido largo y profundo.

—Esas son palabras mayores —terció Peter socarrón.

—Pues será interesante verlas —concluyó Mike sonrió al ver el ceño fruncido del par de amigos.

Ellas se levantaron a inscribirse. Peter tomó a su hermana del brazo.

—Lori, no se sí sea buena idea —le señaló ya algo más serio al ver las caras de sus amigos.

—No seas aguafiestas.

Se anotaron para el sorteo; les tocó el tercer turno eran solo seis participantes.

La primera concursante era una mujer de unos treinta años, cantó una canción de Olivia Newton John. No lo hizo mal, pero Lori y Julia afirmaban que lo harían mejor.

El segundo participante era un joven que canto algo de John Carpenter, lo hizo fatal, ni siquiera lo dejaron terminar la canción.

—¿Estás segura? —Nick estaba que trinaba.

—Por supuesto —contestó Julia segura.

Subieron al escenario y los hombres no dejaban de aplaudir.

—Tranquilo disfruta del espectáculo. —Peter lo miraba de forma burlona.

Empezó la música, Lori tenía hermosa voz pero los movimientos eran definitivamente de Julia. La manera que se acariciaba el cabello y luego el resto del cuerpo. Nick vio rojo, al momento en que los hombres empezaron a chiflar y quiso subir al escenario y cargársela al hombro cuando empezó el movimiento sensual de su cadera, de arriba abajo y de lado a lado.

Mike estaba sorprendido, pero no por Julia, por Lori, le encantó su voz y su manera de moverse.

*Baby, you're mine on a platter,
I always get my man.
But if you insist, babe
The more it excites me.*

—Vaya, vaya —dijo Mike que las silbaba y aplaudía encantado.

—Lo sabía —dijo Peter que no dejaba de mirar a Nick que estaba que echaba humo por las orejas.

Cuando las chicas terminaron recibieron un montón de ovaciones, aplausos y silbidos.

Al acercarse a la mesa, Mike y Peter las felicitaron. Nick no abrió la boca hasta que Julia se sentó a su lado.

—No quiero que vuelvas a hacer eso. ¿Entendido? —le susurró furioso.

—¿Perdón?

—Ya me oíste.

—Tú no puedes decirme lo que puedo o no puedo hacer.

Julia se levantó de la mesa.

—¿Adónde vas?

—Al lavado ¿quieres entrar conmigo?

Sorprendido por su genio, la dejó pasar. “*Por lo visto no le bastó el show de la tarima*”, pensó furioso. Todos esos hombres botando la baba por ella, se imaginó los pensamientos lascivos que le habrán dedicado y quiso estrellarles la cara a todos. ¿Es qué Julia no entendía como se sentía? Los celos lo ahogaban. Recordó las palabras de Mary. No podría cortarle las alas. Era una mujer inocente, por más sensualidad que imprimió en sus movimientos, no debía olvidarlo. ¿Por qué diablos demoraba tanto? Mejor iría a buscarla, ¿qué tal que algún tipejo le diera por propasarse con ella?

Julia atravesó el lugar, no sin recibir piropos y felicitaciones, anduvo por el pasillo que iba al baño de mujeres. Un hombre caminó detrás. Cuando salió del baño, no vio la sombra que se cernió sobre ella, la aferró por la espalda, pensó en un instante que era Nick, pero él sería incapaz de un acto de violencia por más furioso que estuviera, tenía esa certeza. Se le dispararon las pulsaciones. El hombre le tapó la boca y la sacó por una puerta trasera que daba a un callejón.

Capítulo XI

Fred Thomas, le dobló el cuello y le expuso la vena que rozó con la punta de una navaja.

—Por fin te tengo en mis manos, maldita.

—¿Qué quiere? —soltó ella aturdida, con la respiración congelada y el brazo adolorido, culpa de la presión que el hombre ejercía.

Thomas, la observaba con expresión malévola y con cierta curiosidad se preguntaba ¿Cómo una chiquilla de no más de veinte años, había logrado trastocar su mundo llevándose lo que más quería? Le pinchó el cuello. Julia soltó un gemido lastimoso.

—¿A dónde te las llevaste zorra?

No contestó. Se limitó a cerrar los ojos y a rezar en medio de los sollozos.

—¡Habla!

De pronto la puerta se abrió con un estruendo y salió Nick con expresión furibunda.

—¡Julia! —tronó.

El alivio de la joven fue tan evidente que se sintió mareada y se le destemplanaron las rodillas.

—¡Retírese! Si no quiere verla con el cuello en canal ¡Retírese ahora! ¡Y tú! Dime: ¿dónde mierdas están mi mujer y mi hija?

Julia se sintió apoyada por la presencia de Nick y con la adrenalina a mil, aprovechó para darle un puntapié en la rodilla con la punta del tacón. El hombre soltó un quejido y aflojó el amarre lo que hizo que el joven preso de la desesperación, le lanzara una patada que lo separó más de Julia que empezó a gritar y a pedir ayuda. Aprovechando la ventaja, se abalanzó sobre él enseguida y le propinó un par de trompadas que lo dejaron, atontado y tirado en el piso.

—¡Maldito! —bramaba—. Nadie toca a mi mujer.

Los gritos de Julia habían llamado la atención de varias personas y en menos de nada el lugar estaba invadido de gente. Nick dejó a Thomas custodiado por el guardia del lugar y por Mike y Peter mientras llegaba la

policía. Se acercó a Julia que se abrazaba a Lori.

—¿Estás bien? ¿Te hizo daño? —preguntó angustiado.

—Estoy bien.

Ya en sus brazos y lejos de las miradas curiosas se echó a llorar como una niña. Nick se limitó a abrazarla y a consolarla.

—¡Ya mi amor! Ya pasó ¡Dios mío! —se angustió, le pasó el dorso del pulgar por la pequeña herida que le había dejado el hombre en el cuello.

—¡Qué hijo de puta! —Soltó Lori—. Pero le diste su buena paliza.

No refutó. Echaba vistazos ansiosos a Julia y al malandro que la había atacado. La policía llegó en minutos; se llevaron a Fred Thomas y Nick se trasladó con Julia a la comisaría a declarar.

Lori se comunicó con los Lowell, quienes llegaron al lugar a los pocos minutos.

—¿Por qué no me dijiste nada? —fue el primer reproche de Raúl a su hija en cuanto la policía los puso al tanto.

—Porque no me dejarías volver al refugio y además, no creí que fuera tan grave.

—¿Tú estabas enterado de esto Nick? —le preguntó Raúl con talante disgustado.

—Sí señor, nunca pensamos que se atrevería a tocarla.

Nick no le haría saber a los padres de Julia, el par de disgustos que había tenido con ella por ese tipo.

—Pues muy mal hecho ¿Y si ese hijo de puta se hubiera salido con la suya?

—Ni lo diga, lo habría matado con mis propias manos.

Nick observó a Julia que después de rendir declaración se sentó en una silla franqueada por Lori y Liz.

—¡Qué novecita de mierda!

—Lori... —la reprendió Liz—. Hiciste mal en ocultarnos las cosas Julia.

—Lo siento, mami.

Salieron de la comisaría con la seguridad de que Fred Thomas pasaría en la cárcel una buena cantidad de tiempo. Nick la llevó en el auto, seguido del vehículo de los papás de Julia.

La tensión era evidente en el automóvil. El joven rompió el silencio.

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien.

—Ya pasó todo mi amor —se lamentó—. Hubiera matado a ese desgraciado.

—Me salvaste, muchas gracias. —Apretó su mano, él la aferró, sin soltarla maniobraba el auto.

—No quiero que te expongas más. Hablé con tu padre mientras rendías declaración; me gané el regaño de mi vida y con toda la razón, no debimos haber ocultado lo ocurrido.

—Mi padre me impedirá ir al refugio, pero yo ya soy mayor de edad.

El semblante de Nick se descompuso, la miró con estupor, la soltó, aferró el volante con ambas manos y la miró furioso.

—¿No entendiste todavía la magnitud de lo que acabó de pasar? No vas a volver a ese maldito lugar.

Julia fijó su mirada al frente.

—Hago lo que quiero —y con una sonrisa sarcástica, carente de humor lo enfrentó—: Discutimos antes del ataque porque salí a bailar. Tú no eres mi dueño.

Nick perdió los papeles, la tensión por todo lo ocurrido y la terquedad de Julia fueron el detonante de su rabia.

—Bailaste sí —fue su respuesta, expresada con acento cortante y ofensivo—, y toda la partida de malnacidos del lugar, estaban babeando por ti. ¿Cómo crees que me sentía? Todos se imaginaban ¡A mi mujer! estoy seguro que por sus mentes pasaron toda clase de pensamientos lascivos. Con gusto le habría reventado la cara a más de uno.

Julia elevó el tono de voz.

—Malinterpretaste todo. Solo quería divertirme. No lo hice con el ánimo de provocar.

Forzó una risotada, rabioso, afligido por lo ocurrido, celoso por el maldito baile y furioso consigo mismo por el desgobierno de su talante.

—No puedo hacer caso a tu actitud Nick. Te lo repito; no eres mi dueño. He visto muchas chicas de la escuela y la universidad pasar por lo mismo; solo se mueven para dónde su novio les diga. Yo no voy a asumir esa condición, sí estás pensando que, porque eres mi novio, tengo que hacer lo que tú quieras, las cosas no funcionarían por más que te ame.

Nick le destinaba vistazos iracundos, estaba atónito por la reacción de Julia, se había transformado en una mujer de armas tomar cuando de defender

sus ideales se trataba. Atrás quedaba la mujer noble y amable que había conocido a lo largo de la jornada. Un instinto primitivo de posesión se elevaba en su interior. Se rebelaba, ninguna mujer le había inspirado lo que le inspiraba Julia. Una angustia lacerante lo invadió de pronto, al percatarse de que la podría haber perdido esa noche. Molesto todavía, observó su perfil, su gesto obstinado. La barbilla le temblaba, sinónimo que estaba conteniendo el llanto.

—No es mi intención prohibirte cosas —se defendió—. Está muy mal entonces, el querer impedir que algo malo te pase.

—No puedo vivir en una caja de cristal. El mundo está lleno de peligros y no voy a correr a esconderme porque a ti te parezca.

Llegaron a la casa de los Lowell, Liz y Raúl esperaban en la puerta. Nick bajó del auto en silencio, sin mirarla le abrió la puerta y la escoltó con sus padres.

—Hasta mañana.

—Te esperamos mañana a celebrar el día de Acción de Gracias —manifestó Liz.

—Nick está ocupado —interrumpió Julia.

Herido por el desplante contestó:

—Si señora, no podré acompañarlos, mañana tengo entrenamiento desde temprano y después debo descansar.

—Claro —interrumpió Raúl—, la gran fecha, quedas disculpado y de nuevo te agradezco lo que hiciste por Julia.

—Buenas noches.

Los padres de Julia, se miraron extrañados por la fría despedida, tan diferente al saludo de hacía unas horas.

Al llegar a la soledad de su cuarto, Julia se desmoronó. Liz entró minutos después con un agua de toronjil para calmarla. Se abrazó a ella con la compuerta del llanto liberada por completo, culpa de la angustia y el pavor.

—Shhhh, ya hija, ya, estás bien, hay que agradecer a Dios por eso —le tomó la cara con las dos manos— y porque ese desgraciado está a buen recaudo.

Lloró gran parte de la noche hasta que el sueño y el cansancio la vencieron en la madrugada. Rememoró en su mente una y otra vez el ataque de Fred Thomas. ¿Qué hubiera pasado donde Nick no hubiera llegado a ella?

El día de acción de gracias, Nick no la llamó. En la reunión familiar

estuvo como alma en pena, mirando el móvil a cada minuto. Maggie la reprendió por enésima vez por lo ocurrido. La única que no le dijo nada fue su abuela Elizabeth, que se limitó a tomarle el rostro, examinar la pequeña herida, mirarla a los ojos y con un pequeño pellizco en la mejilla le dijo que lo único que necesitaba era una sopa caliente. Mary, enterada de lo sucedido por la policía, que fue al refugio a investigar, se presentó en el hogar de los Lowell al anochecer. Encaró el talante preocupado de Raúl.

—Si Julia no va a estar segura en ese lugar, no podrá volver a ejercer de voluntaria. No voy a permitir que a mi hija le suceda algo.

Mary se rebulló en su silla. Liz sorbía una taza de té y Julia se limitó a escuchar el intercambio. Había sido clara con su padre al respecto, pero Raúl era igual de inflexible.

—Señor Lowell, yo entiendo su preocupación, la verdad fue un episodio en un millón, nunca habíamos tenido un problema parecido.

—Pero fue mi hija la que se vio afectada.

—Papá...

Raúl interrumpió:

—Si no me garantiza la seguridad de mi hija...

—Papá, no puedes prohibirme volver al refugio. Es un lugar importante para mí. Estudio psicología por ellas y sus hijos. No me obligues a mentirte porque no voy a dejar de ir.

—Julia —terció Mary—, tú padre podría tener razón, no puedo garantizar el que no te ocurra nada, así como nadie puede garantizar que no encontraremos la muerte a la vuelta de la esquina. Debes obedecer a tus padres y si ellos no están de acuerdo, no podrás volver en un tiempo. Te agradezco todo lo que has hecho por nosotras.

Rompió a llorar. Sabía que su padre quería protegerla. Pero le dolía que la labor que desempeñó con tanto entusiasmo y por tanto tiempo se viera interrumpida por una mala jugada de la vida. No quiso discutir más con sus padres. Mary se despidió al rato. Julia apenas comió y se retiró temprano. Revisó el móvil por enésima vez, No había mensajes.

El sábado amaneció soleado pero algo frío. Pensaba ir a Berkeley y adelantar un trabajo atrasado, pero recibió la llamada de Lori.

—Peter ya tiene las entradas pasaremos a recogerte a las dos. Abrígate, hace frío.

—No voy a ir.

—¿Cómo? Hoy es el gran día. Nick se jugará el pellejo, no vamos a perdérselo —se quedó unos instantes en silencio—. ¿Estás bien? ¿Pasó algo?

—Discutimos la noche que me trajo de la comisaría.

—Oh, Julia, lo siento ¿Qué pasó?

—Nos ofendimos, estábamos exaltados, no me ha llamado.

—Pues qué raro, le dio pases a Peter e insistió en que tú estuvieras.

—¿En serio? —Se desanimó otra vez—. No sé, Lori.

—Piénsalo y te llamó más tarde.

Al colgar se percató que tenía un mensaje de texto.

“Mi amor, soy el imbécil más grande del mundo y no te culparía si no me vuelves a hablar. Perdóname, soy celoso, cabeza dura y no quiero que nadie más te mire o te piense ¿Podrías lidiar con eso? Además, estaba angustiado por todo lo ocurrido. He tenido dos días para pensar y no puedo vivir sin ti, mi preciosa chica Berkeley. Te espero antes del partido, recuerda que eres mi amuleto de la buena suerte.

Tu Nick”.

Se le transformó el semblante enseguida. Claro que iría, claro que arreglaría las cosas y claro que podría lidiar con los celos, eso y más. Se arregló con esmero. A pesar del frío, llevó falda corta y botas negras, un suéter rojo y chaqueta de cuero negra. Sabía que esa tarde el estadio estaría a reventar y pues si Nick era celoso, ella no se quedaba atrás. Lo dejaría con la boca abierta.

—¡Julia! Estás de infarto, vas a dar guerra por lo que veo.

—No quiero a nadie cerca de él está tarde.

Llegaron al estadio casa de los Cardenales donde tendría lugar el partido de ese año. El sitio estaba atestado, el gentío rugía, las diferentes barras animaban a los equipos. Los Cardenales no habían tenido suerte en el *Big Game* de los años anteriores. Julia dejó a sus amigos acomodados en las sillas y fue a encontrarse con Nick. Era un partido televisado, había periodistas por todas partes, con un pase especial que le entregó Peter, entró en el pasillo que la llevaba al lugar de reunión. Le envió un mensaje de texto; en el que decía, que ya estaba llegando al lugar de concentración. Varias personas pululaban por el lugar, entrenadores, estudiantes y chicas que deseaban ver a los

jugadores antes del juego.

Nick salió en segundos a recibirla y en un par de zancadas devoró la distancia que los separaba. En un instante, Julia desapareció bajo el equipo de Nick, que la aferró sin querer soltarla.

—¡Julia!

—Eres mi vida —contestó ella con la voz enterrada en su pecho.

—Mi amor, mi amor, mi amor —recitaba en una letanía—. Gracias por venir, te amo, te amo. ¡Perdóname! No merecías que te tratara de esa manera y más después de lo ocurrido. Estaba como loco, si algo te llega a pasar, no quiero ni imaginarlo.

Nick cerró los ojos con fuerza, como si así, pudiera ahuyentar las imágenes que lo atormentaban desde el miércoles en la noche. Le enmascaró el rostro con las dos manos y se fundieron en un beso, que encerraba los sentimientos que los asolaban: dudas, temores infundados, celos, pasión y por supuesto el amor.

—Creí que habíamos terminado.

Nick levantó la mirada con semblante fiero.

—¡Nunca! Estos dos días fueron un maldito infierno.

Ella se levantó en puntas de pies y le susurró en el oído:

—No dejes de pensar en ti.

Lo surcó un escalofrío al percibir la suavidad de sus labios en su oreja y el tono en el que le habló. Ella continuó:

—Pero no te voy a distraer más. Ve a patear los traseros Cal, dale la victoria a tu equipo.

Nick soltó la carcajada.

Julia volvió a su lugar. El partido estaba a minutos de comenzar. Las porristas meneaban los pompones y bamboleaban las caderas. Las barras gritaban sus arengas. Minutos después en una ovación de parte y parte salieron los jugadores a la cancha.

Después del lanzamiento de moneda, el equipo de los Cardinales se puso en posición como atacante. El *kicker* golpeó el balón y se dio inicio a la batalla. Julia tenía toda su atención en el campo mientras la pelota surcó el aire. Había aprendido algo del deporte. Los estudiantes de Stanford aclamaban con más brío al ver como Los Cardinales hacían salir de sus posiciones a los Cal. Stanford tomó el control del juego en el primer cuarto, avanzando seis posiciones y haciendo retroceder a los Cal. El final del primer

cuarto fue 8-6 a favor de los Cardinales. En el segundo cuarto hubo una jugada brillante por parte de Nick que interceptó un pase de 30 yardas y aseguró el balón dentro del campo, pero una acción de Cal los puso de nuevo en desventaja. Para el último cuarto, el marcador estaba empatado. A los cinco minutos de iniciado el juego y después de una patada de despeje; Cal respondió con un touchdown aventajando el marcador. Quedaban dos minutos de juego. Nick conectó con el *quarterback* desde la línea de 30 yardas. Cal intentaba repeler el ataque. Stanford anotó. La pelota estaba en poder de Stanford y con un minuto para anotar. El Mariscal de campo lanzó un pase a Nick que ya había adivinado la jugada y estaba bien situado, se comió las yardas y aferró la pelota en el aire. Unos de los jugadores, el defensa estrella de Cal se dirigía hacia él que corría como nunca hacia la línea de gol.

El defensa de Cal con un rugido como el de una trituradora, se abalanzó sobre Nick, pero fue interceptado y lanzado al aire por un defensa de Stanford. La atmósfera en el estadio era electrizante. Nick corría con la agilidad de un bailarín. Con una fuerza y una velocidad atronadora, sus manos llegaron a la línea de gol. Julia se clavó las uñas en la mano. Sorprendida vio como en segundos le daba la victoria a su equipo. Era un guerrero, un luchador y en ese instante supo que estaba frente a una persona muy especial, como Nick de la Cruz no habría dos y se sintió orgullosa de pertenecerle porque le pertenecía en cuerpo y alma.

Los gritos de los aficionados de Stanford, retumbaban en el lugar. Años sin ganar el gran juego. Julia reía y lloraba.

—¡Por Dios! Tu Nick lo hizo, le dio el triunfo a Los Cardinales — gritaba exaltada Lori.

Mike y Peter celebraban la victoria con unas jóvenes ubicadas en la gradería cercana. Todos quedaron de ir a celebrar a un bar cercano. Los chicos y Lori se adelantaron. Julia quería verlo. Tuvo que esperar casi una hora hasta que el pasillo quedó despejado y empezaron a salir los jugadores. Demoró un rato más, se preocupó, se había ganado sus buenos golpes en el encuentro. Pero al preguntar por él, le dijeron que estaba atendiendo a algunos periodistas.

Al final salió, hermoso, con un golpe en la cara y la felicidad de la victoria. Se veía agotado.

La alzó y le dio varias vueltas en el aire. Reía como loca.

—Estuviste fantástico —lo besó y lo abrazó en cuanto puso los pies en el piso—. Esa jugada es de no creer. No me extrañaría que te convocaran a profesionales.

—No me interesa.

Caminaron abrazados por el pasillo.

—Podrías concretar tus planes de esta forma también.

Nick no quiso seguir sobre el tema y ella le contó cómo se había sentido los últimos minutos del partido.

—Eh, eres mi fan —la arrinconó contra una pared cercana—. Lo sabía. Sabía que acabarías amando el fútbol.

Empezó a besarle el cuello. Ella respondió a su caricia con un suave gemido. Corrían chispas entre ellos.

—El fútbol no, a cierto jugador sí, con toda el alma —le pasó la punta de los dedos por el filo de la nariz, le dibujó el contorno de la boca. Nick tenía una boca preciosa, era un rasgo sobresaliente en él. Siguió el recorrido por la mandíbula y luego le acarició el golpe en la mejilla. Para todo lo que vio durante el juego, había salido bien librado. Se acercó de nuevo y le ronroneó—. Ya que lo hiciste tan bien quiero mi autógrafo.

Nick introdujo las manos dentro del suéter, de suerte que las manos las tenía calientes por el partido. Porque hacía frío.

—Me estás dando ideas —la acercó más él y le acarició el contorno de la cintura. Un par de chicos pasaron, apenas les prestaron atención. Sobre sus labios susurraba—: Te pondría sobre mis rodillas y firmaría mi nombre con tinta imborrable en tu hermoso trasero.

Ella le susurró al oído:

—Yo tengo una idea mejor ¿Me firmarías tu autógrafo en mi interior, con esto? —llevó una de sus manos al miembro que ya estaba erecto tras el pantalón.

Nick la miró sorprendido, sin poder dar crédito a lo que escuchaba. Como siempre ella le llevaba la delantera. Estaba más que listo para complacerla. El pasillo estaba desierto. La arrastró varios pasos hasta una puerta, que abrió con premura. Era un cuarto de útiles de aseo. Cerró con suavidad. La única luz que tenían era la que entraba por la ranura de debajo de la puerta.

—Creo que podré complacerte.

—Eso espero —dijo ella, mientras ansiosa, le subía el suéter. Necesitaba

tocarlo, necesitaba calmar la vorágine de fuego y necesidad que había creado en su cuerpo y que solo sería satisfecha en el momento de sentirlo dentro de ella y también, necesitaba, calmar lo ocurrido hacía dos noches. Se aferró de sus hombros, al tiempo que él la levantaba en sus brazos y le quitó la ropa interior.

—Me estás matando, chica *Berkeley*. Desde que te vi con esa falda. He querido hacer esto —dijo él, en cuanto puso sus manos en el trasero de Julia y luego le friccionó el sexo con su cuerpo. La intensa humedad de ella aun lo sorprendía. La apoyó contra la pared, se abrió el pantalón dispuesto a entrar en ella.

—Shhh no nombres Berkeley en el recinto sagrado y no —susurró ella en un estado de excitación casi doloroso—, no deseo que mueras, aún no, primero quiero mi orgasmo, por favor.

Nick que ya tenía los pantalones abajo, no pudo evitar soltar una carcajada. Su Julia, era la única mujer que lo hacía reír en medio de la pasión. La amaba con locura. Se puso serio de repente al pensar en cuanto la necesitaba. Los dos días anteriores transcurrieron con una piedra en el pecho que le impidió respirar con tranquilidad. Hundió los dedos en su cabello y fijó la cabeza con sus grandes manos, deseaba mantenerla quieta mientras le recorría el rostro con la vista, amaba como se oscurecían sus ojos en medio de la pasión. Aunque la luz era escasa podía atestiguarlo. Le comió la boca con la lengua. Estaba excitado al tope, su pene presionaba contra el vientre de ella. Le subió el suéter y se separó de ella unos segundos mientras la pieza de ropa pasaba por su cabeza. El encaje blanco del sujetador brilló en la oscuridad. Lo abrió con premura y él volvió a besarla con ímpetu. Tomó los dos senos con las manos y los masajeó con rudeza.

Julia sintió un alivio momentáneo, dejó escapar un gemido grave, que Nick devoró. Se cimbreaba deseosa contra él. Nick le respondió con más ganas, se separó de ella y le prestó atención a sus pechos que succionó con deleite. Luego volvió a su boca para aplacar los gemidos.

—Quiero devorarte, eres una delicia —murmuró en tono áspero que le puso a Julia el vello de punta.

Le acarició la entrepierna, hasta encontrar la hendidura tierna y húmeda, introdujo un dedo y percibió la suave caricia que lo oprimió. Soltó una palabra que Julia no entendió y reemplazó el dedo por su miembro. Julia gemía al sentir el pene abriéndose paso dentro de ella, la deliciosa fricción, el

empuje.

—Estoy dentro de ti y ya quiero correrme.

No hablaron más, el espacio fue invadido por el sonido de las respiraciones agitadas, la fricción de los cuerpos, la unión de sus bocas. Julia no podía aguantar más los gemidos que pugnaban por salir, la unión con Nick y sus caricias la estaban volviendo loca y sabía que pronto llegaría su liberación. La detenía el lugar en el que estaban, que alguien de pronto necesitara algo de este cuarto. Nick percibió su inquietud.

—Mírame Julia.

Ella en medio de la semioscuridad, le regaló su mirada de oro oscurecido y escogió ese momento para pronunciar un lamento que endureció aún más su miembro, sus ojos vagaban por su rostro grabando cada gesto, cada seña, cada clamor, engulló cada uno de sus sonidos. Percibió cada una de sus caricias, hasta la de los tacones de la botas clavándose en su espalda. Era una experiencia del otro mundo. Se impulsó más dentro de ella. Se sentía cada vez más salvaje, más encendido. El ritmo cambió y las embestidas se hicieron más rápidas.

—Me pones tan caliente.

—Nick, por favor.

Julia llegó al clímax con una sensación demoledora, un cataclismo de sensaciones que le comprometieron desde la punta del pie hasta el último rincón de la cabeza. Apenas escuchaba los gruñidos de Nick, en cuando volvió a la vida.

Nick escogió ese momento para liberarse en ella. Su orgasmo fue cobrando fuerzas antes de estallar de manera irreal y explosiva. Bombeando pegado a ella y viendo como sus pechos se movían al ritmo de sus acometidas, la unión que lo devoraba. Fue como si una llamarada lo consumiera entre convulsiones y un intenso placer.

La sensatez volvió a su puesto. A Julia se le regularizó el pulso y estudió el entorno. Útiles de aseo, escobas, baldes. Soltó una carcajada nerviosa. Una profunda ternura la invadió al ver el rostro de Nick que no perdía detalle de ella. Todavía unidos, la abrazó y le besó el cuello y el cabello.

—Tenía otros planes —susurró ella.

—¿Cómo?

—Quería ir a un lugar, pasar la noche juntos.

—¿No te gustó? Todavía no me repongo.

—Claro que me gustó, solo que quería ir a algún lugar, una habitación, champaña, música, algo de comida.

Nick soltó la carcajada.

—Haremos borrón y cuenta nueva, me pongo en tus manos, llévame a donde quieras. Estoy listo para repetir.

Salieron abrazados minutos más tarde.

Capítulo XII

Llegó la navidad, las vacaciones cortas de invierno, las luces navideñas, los árboles con adornos que le dan el sentido a esta estación tan fría, pero con un encanto especial.

Nick estaba en Chicago pasando la navidad con su mamá y su hermana. Dos semanas antes se había lesionado una rodilla en un partido amistoso contra la universidad de Oakland. El médico dictaminó que estaría fuera de juego una larga temporada. Julia lo había llevado al aeropuerto, las próximas semanas tendría que usar muletas y hacer terapia.

Julia le había comprado tres regalos, que reposaban en el árbol de navidad para cuando volviera, un libro: *Inventario de Mario Benedetti* en español, sabía que Nick hablaba muy bien el español y le gustaba la literatura latinoamericana. Un precioso llavero en plata hecho a mano por un joyero que tenía un puesto en una feria de *Pleasanton*; era una herradura con su inicial en medio y una corbata *Yves Saint Laurent* para su primer día de trabajo, decía la tarjeta. Se gastó los ahorros de todo el año pero estaba feliz.

Pasaron los días, las celebraciones en su casa con la familia reunida en torno al árbol decorado por toda la familia, la entrega de obsequios y un paseo a San Francisco para ver los adornos que ese año ofrecía la ciudad. Lo extrañaba aunque hablaban todos los días por teléfono.

Julia se dedicó de lleno al refugio, convenció a Liz y a Raúl para llevar el árbol de navidad. Recogió los adornos, que fueron donaciones hechas por las amigas de su madre. Liz hizo una torta y la acompañó a decorar el árbol, junto con los niños del refugio. Ayudó en la cena navideña y repartió regalos que había pedido como donaciones a todas las familias que conocía. En ese momento había cinco mujeres en el refugio y siete niños pequeños.

Empezó a dictar unas clases de cocina con su madre, clases de tejido con su abuela, en fin, involucraba a todo el mundo, quería arreglarle la vida a esas mujeres, lo que hacía no le parecía suficiente, necesitaban tanto. Sus padres vieron que era una causa perdida mantenerla alejada del refugio y decidieron dejarla en paz.

En Chicago Susan la madre de Nick sacaba un pastel de carne del horno, por fin podría hacerle una cena decente a su hijo, con tanto trabajo y los turnos en el hospital, le apenaba no poder atenderlo más, eso sí, lo obligaba a reposar y a realizar la terapia. Laura estaba ayudándole a hacer la ensalada, vivían en un barrio de clase media, en una pequeña casa, acogedora y que siempre permanecía impecable.

—Mamá creo que Nick está enamorado —comentó Laura, mientras deshacía con las manos una lechuga.

—Dios lo asista, con los planes que tiene, no sé si sea el mejor momento —acotó Susan—. Más fina la lechuga cariño, no me gusta tan gruesa y a Nick tampoco.

—Como sí se diera cuenta —Laura sonrió—, mi querido hermano anda en las nubes. Con la vista puesta en el móvil.

—Veremos cuanto le dura.

Nick entró en la cocina.

—Hummm, huele delicioso, tu famoso pastel —se acercó a saludar a Susan con un beso en la mejilla, a Laura le revolvió el cabello.

—Aséate que ya pronto vamos a servir.

—Ok, vuelvo enseguida —pasó por el lado de Laura y le guiñó el ojo.

Después de la cena, ayudó a su madre a secar los platos. Ya había dejado las muletas. Susan se sentó en la mesa con una humeante taza de té. Estaba orgullosa de sus hijos, todos los días daba gracias a Dios por la maravillosa tarea de formar unos seres tan especiales.

—¿Cómo se llama?

No le pasó desapercibido el momento en que, a Nick, se le tensó la espalda.

—Julia.

—¿Es compañera de estudio?

—No, mamá —y antes de que siguiera sacándole respuestas con una ganzúa decidió sincerarse con ella—. Empezó primer año de universidad y tiene veinte años.

—Es algo joven —le respondió con cautela.

—Es una mujer. Es estudiosa y madura, muy diferente a todas las que he conocido.

—Por eso estás enamorado. Tienes veinticuatro años Nick, estás a punto de graduarte y toda una vida por delante. No llega en el mejor momento.

—No hay momento perfecto u oportuno para eso. La amo mamá y no quiero que juzgues mis sentimientos.

—¿Y ella? Está igual de enamorada, supongo.

—Sí —soltó un suspiro—, también lo está.

—¿Y sus padres? ¿Cómo lo toman?

Nick, que secaba el último plato, dejó el limpión en la mesa, se volteó a mirarla y le sonrió resignado.

—Igual que tú, creo.

—Y con razón. Cariño, ¿Te has puesto a pensar en todos los sacrificios que ella tendrá que hacer para seguir tus sueños?

—Julia tiene sus propios sueños —lanzó Nick molesto— y no quiero que se sacrifique por los míos. Ni más faltaba.

—Oh Nick, eso será inevitable. En un momento dado tendrá que escoger —Susan sorbió de la taza, su mirada lo atravesaba—. Sé que tú, no vas a renunciar a los tuyos.

“*No sabes lo que sería capaz de hacer por ella*”, pensó Nick abatido. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en ver problemas, dónde él solo veía, amor y entrega?

—Mamá tú no puedes medir mi relación si tomas como ejemplo lo que viviste con papá.

Susan sintió como si le hubiera dado una bofetada. Lo señaló con el dedo.

—Cuidado jovencito, tú no sabes nada.

—Perdóname mamá pero es cierto. Ni Julia, ni yo pretendemos tener la relación perfecta. Los errores se cometen todos los días, pero esa es la vida —observó a su madre con los ojos entrecerrados—. Yo no tengo la culpa que tú te hayas puesto en la orilla del agua y no te hayas dado la oportunidad de otro chapuzón.

Susan negó con la cabeza.

—Los jóvenes, siempre tan idealistas en el amor —repuso cortante y cubrió sus labios con una sonrisa irónica—. Como si fuera tan fácil, salir y enamorarse porque sí.

—No mamá no es fácil, pero estoy enamorado y eso solo nos concierne a Julia y a mí.

Nick salió molesto de la cocina. Tenía muy perfilados sus planes del siguiente año y sabían que eran decisivos para su futuro. Haría una práctica

en San Francisco en la empresa bursátil más importante de California, luego se graduaría y dependiendo del desempeño en esa práctica las ofertas no se harían esperar. No había sido el mejor defensa de su equipo y excelente alumno, para hacerse el muerto y dejar que otros decidieran por su vida. Lo más probable era que terminara en una empresa en el otro extremo del país y no podría rechazarlo, sus planes lo necesitaban. Había parejas a las que les había funcionado el amor a distancia. ¿Por qué a Julia y a él no?

La semana siguiente; Nick empezó su práctica en la oficina de Inversiones y Valores Thompson-Wyatt, se presentó ante el vicepresidente de la compañía.

Dan Smith era un hombre de unos cuarenta y cinco años, se había mantenido en su puesto, debido a su olfato tanto para las inversiones como para reclutar talento humano. Era la persona que había entrevistado a Nick hacía un mes. Le dejó entrever que su vena depredadora y su sagacidad ante un par de ejercicios financieros con que lo había evaluado, fueron los que inclinaron la balanza a su favor. Le dijo que el aprendizaje sería duro y sí sus instintos resultaban ciertos, le ofrecería un puesto en la empresa cuando concluyera su pasantía. De lunes a jueves estaba en San Francisco, se alojó en el apartamento de un compañero de año, que estaba en Los Ángeles haciendo su pasantía en el departamento financiero de un estudio de cine. El joven, un judío, hijo de padres acomodados, tenía un aparta estudio en el sector de La Marina. Los viernes volvía a Stanford para asistir a la única clase que tenía pendiente.

Un fin de semana Nick y Julia, decidieron quedarse en San Francisco. El sábado en la tarde dieron un paseo por North Beach, un barrio con aroma italiano, repleto de cafés, restaurantes, dulcerías, La pequeña Italia de San Francisco, la llaman y una de las zonas de mayor encanto en la ciudad. Tomaron café expreso con pasteles, en uno de las cafeterías mientras charlaban de lo ocurrido en la semana y observaban los transeúntes del lugar. Era una tarde soleada de finales de enero, aunque bastante fría. Después fueron a caminar. Al pasar frente a una librería pequeña de estilo independiente. Nick, jaló a Julia y entraron al lugar.

Era un sitio pequeño, con olor a madera, a incienso y a papel, una

amable mujer los atendió. Nick le dijo que buscaría en los estantes los libros de su interés.

—¿Buscas algún libro en especial? —preguntó Julia mirando algunos títulos distraída.

—Ya verás, amor mío, ya verás.

Julia sentía una cálida punzada en el estómago, cuando Nick pronunciaba las palabras amor mío y supo que nunca se cansaría de escucharlas. En un estante, Julia encontró el libro; El amor en los tiempos del cólera de Gabriel García Márquez la versión en inglés. Lo sacó del grupo de libros y lo ojeó.

—¿Lo has leído?

—Sí.

—Es hermoso, es uno de mis libros favoritos.

—No entraría en la categoría de los favoritos míos —dijo Nick.

—¿Por qué? El amor que Florentino Ariza siente por Fermina Daza, es verdadero amor, la espera cincuenta años. Es una temática realista y conmovedora.

—No me parece realista —tomó el libro en sus manos—. Me inspira poco respeto un hombre que espera cincuenta años a la mujer de su vida, o lucha por ella hasta alcanzarla, o la olvida e inicia una nueva vida.

—Pero él la conquistó, que su amor haya fracasado, es otra historia. Fermina fue su gran amor y eso de mi parte, merece respeto; porque él hizo un juramento de fidelidad y amor eterno y fue lo que lo sostuvo toda su vida. Fíjate que trató de olvidarla con todas esas mujeres y nunca lo logró.

—Por favor, no hace sino soslayarse en ese amor, ir detrás de ella, dejó de vivir su vida por un espejismo. Para ella no fue lo mismo, ella sí realizó su vida.

Julia dejó el libro en su lugar, se volvió y echó a andar por el pasillo, hasta llegar a la estantería de diccionarios de idiomas.

—¿Tú que habrías hecho? —preguntó ella con curiosidad.

Él fijó la mirada en su rostro y con las comisuras levantadas, la atrajo hacía sí, ella se apretó contra su cuerpo. Sintió el deseo arrollador de besarla, de recorrerle el cuerpo con sus manos, de tumbarla en el piso y de... Estaban en una librería ¡Por Dios!

—En el caso de que tú fueras Fermina; te habría esperado en el parquecito y te habría plantado un beso en la boca, delante de la tía beata —

se inclinó y la besó—, luego, te habría secuestrado y te hubiera llevado a un lugar para poder hacerte todo lo que te hice anoche y esta mañana y que me muero por repetir.

Nick apoyó las manos en sus caderas y la notó estremecerse cuando las apretó. El cabello le caía en ondas, suave y alborotado por la brisa, la expresión de sus ojos era la misma que tenía cuando la tuvo acostada en su cama y le acariciaba el delicado y sensible clítoris.

—¿Y qué esperas?

Nick se quedó mirándola fijamente durante unos segundos, ella en ningún momento rompió el contacto visual.

—Me tienes loco, Julia.

Se separó de ella, compró un diccionario de español-inglés y al salir de la librería se lo entregó. Julia le agradeció el regalo, algo confusa. En minutos estaban en la carretera rumbo a la vivienda. Julia abrió un paquete de galletas. Nick la miraba de hito en hito.

—Me estás mirando como si fuera una galleta gigante ¿Quieres?

Nick negó con la cabeza.

—No, te quiero a ti. Cuando estemos en la cama... —dijo mientras le acariciaba el muslo de arriba abajo.

Julia asintió.

—No iré despacio.

Con mirada oscurecida, ella le aferró la mano y seguía el compás de su caricia.

—Lo sé —susurró—. ¿Por qué me regalas un diccionario Inglés-español?

—Ah, el diccionario —sonrió—; es porque deseo que cuando hagamos el amor me digas lo que te gusta, pero en español.

—¡Nick! —se sonrojó— eres terrible.

Julia lo abrazó soltando la carcajada.

—En serio amor mío, quiero esas palabras que me dices cuando estamos juntos, pero quiero escuchar tu voz en español.

—Con la manera en que me siento cuando estamos juntos. A duras penas puedo farfullar en inglés. Bueno —soltó un suspiro—, podríamos practicar ¿sabes? mi aprendizaje de los idiomas es algo lento y demoro horas en captar la pronunciación.

—¿Qué es lo que más te gusta del sexo?

Julia guardó el paquete de galletas.

—Tú gesto cuando llegas al orgasmo, las palabras que dices, la manera en que te mueves.

—¿Qué es lo más te gusta que te haga?

Ella se acercó, le acarició el pecho. Ya estaban en el parqueadero de la vivienda.

—Me gusta todo, pero lo que más disfruto es que siento que te adaptas a mi cuerpo con una facilidad que me pasma, como si fuera parte de ti.

—Es que es mío, para mi placer, para besarlo, para devorarlo.

—Tú eres mío también.

Julia casi se va de espaldas por culpa de la arrebatadora sonrisa de Nick que acompañó el gesto con que la miró. Pudo sentir sus caricias, su deseo. La atraía con solo mirarla.

—No quiero hacer el amor en el auto, este garaje tiene cámaras, no voy a exhibir tu precioso trasero. Mi preciosa chica *Berkeley* es solo mía.

—No puedo mañana, Lori —hablaba por teléfono—. Le daré una sorpresa a Nick en la universidad. Llegaré temprano con el desayuno.

—Ustedes apestan. Tanto amor no puede ser sano.

Lori extendió las piernas encima del sillón, mientras que de un recipiente escogía un color de esmalte de uñas.

—Deja la envidia.

La risa de Lori, resonó, fresca y espontánea.

—Dios me libre.

Cuando Lori colgó le dijo a Beth:

—Ve conmigo mañana al gimnasio. Julia va temprano donde Nick.

—Ese par no se despegan ¿Va a ir mañana a Stanford? —preguntó Beth con tranquilidad. La rubia cabeza se agachó aún más sobre las uñas de los pies que se pintaba.

—Sí, los fines de semana la pasa en Stanford y más está noche que hay una fiesta, no sé porque Julia no me dijo nada y tampoco parece que va a ir.

—¿Fiesta?

—Sí, no sé qué premio ganó esta semana la facultad.

La mente de Beth iba cavilando un par de ideas. Había un chico que la

invitaría sin problema. No tendría nada de malo intentar algo con Nick, si es que se presentaba, nada perdía. En sano juicio no obtendría nada, es más, ni siquiera era necesario que pasara nada.

—Ven te pinto las uñas —se acercó con tranquila satisfacción. Hoy en día había multitud de ayudas para forzar un poco las cosas.

—¿Qué haces? —preguntó Lori al verla teclear el móvil.

—Negocios querida, negocios.

Peter y Mike llegaron hasta la habitación de Nick esa noche, estaba un poco resfriado y había tomado unas pastillas para calmar los síntomas. Frente al ordenador concluía un trabajo que lo tenía sembrado desde hacía horas.

—No pienso salir, tengo cosas que hacer —sentenció Nick.

—Peter terminó con Pam —soltó Mike.

—Mierda ¿Y eso? Estabas batiendo récord.

El aludido solo dijo:

—Necesito a mis amigos.

—Pam le puso los cuernos con Ian el de arquitectura —interrumpió Mike—. ¿Te acuerdas que andaba con ella para todos lados?

—Insistía en que era gay —contestó Peter.

—Te lo dijimos. Él no se traía nada bueno pero como tú pensabas que yo exageraba, y que Mike era un prevenido.

—No quiero hablar de eso. Sí se tiene que cuidar tanto a una mujer para que no se vaya con otro, entonces no vale la pena. Lo único que quiero hacer ahora es emborracharme y para eso están los amigos.

—No sé chicos tengo que estudiar, además Julia viene mañana temprano.

Peter silbo.

—Te ha pegado duro ¿Eh?

—Amigo no me digas que te están cortando las pelotas —dijo Mike en tono burlón.

Nick, no supo por qué lo hizo, no era persona de demostrar nada a nadie, pero de pronto hasta el mismo deseaba rebelarse del dominio que tenía Julia sobre él. Quiso señalar que todavía podía hacer lo que se le diera la gana. Se puso la chaqueta de mala manera.

—Vamos antes de me arrepienta, cabrones.

Llegaron a la fiesta en una de las hermandades que pululaban por la universidad. La reunión estaba en su apogeo, chicas, música estruendosa y licor estaban a la orden del día. empezaron a beber con el ánimo de emborracharse.

Mike sacó a bailar a una chica muy mona que pasaba por allí.

—Esta vida es una mierda —se lamentaba Peter.

—Eh —Nick le golpeó la mejilla—, no digas eso.

—¿Sabes que amigo? Te envidio. Ese amor de ustedes parece de película.

—Nunca pensé... —sorbió del vaso de licor—. La necesito.

En ese momento los interrumpió Beth, que se alejó del grupo en el que estaba. Tenía un vestido negro muy corto pegado al cuerpo, el cabello suelto y maquillada en exceso. Nick se dijo que la gran diferencia entre Julia y ella, aparte de la calidad humana de Julia, era la clase, ese mismo atuendo en Julia sería otra cosa.

—Hola, chicos que bien encontrarlos aquí —señaló Beth fingiendo estar sorprendida, pues los había visto hacía rato, pero quería que estuvieran más achispados.

—¿Qué haces aquí? —acotó Peter.

Beth frunció los hombros sin dejar de mirar a Nick.

—Lo mismo de ustedes, divertirme.

Iba a ser el gran día de darles su merecido a la parejita del año. A su lado estaba la oportunidad de cambiarle la carita a la tontarrona de Julia.

Ellos siguieron tomando licor sin contar con la presencia de Beth. Volvió Mike, siguieron conversando.

—No voy a tomar más y me retiro.

Beth se acercó. Lo alejó de sus amigos.

—Nick quiero disculparme contigo y con Julia por lo ocurrido en casa de Peter.

—Has sido pésima amiga de Julia. Le has hecho varios desplantes. No me simpatizas.

—Fumemos la pipa de la paz Nick. Soy prima de Peter. Discúlpame.

Le tendió la mano. Él no tuvo problema en dársela. Beth le invitó a un trago que levantó de una mesa cercana. Nick lo rechazó.

En las mejillas de la chica se reflejó un rubor y del nerviosismo, un

ligero temblor la atacó cuando le pasó el vaso de licor, pero su voz sonó con admirable indiferencia.

—Vamos, un brindis de reconciliación. Mañana me disculparé con Julia.

—Está bien.

Con un profundo suspiro de alivio vio como Nick bebió el trago de golpe y como se despidió de ella y de sus amigos. Salió del lugar. Beth lo siguió a corta distancia. Sabía que poco a poco se apoderaría de él la somnolencia que lo obligaría a caer inerte y aparentemente embriagado. Su corazón aceleró los latidos. Su hora estaba cerca, deseaba desahogar la envidia que le causaba la devoción que sentía Nick por Julia. Se tomaría venganza por los desplantes de Julia, Lori y hasta Peter. Lo vio tambalearse a mitad de cuadra. Se acercó a él. Trató de ayudarlo, pero él fue contundente.

—Yo puedo solo, gracias.

Nick se sentía atontado ¿Qué hacía Beth a su lado? Se quedó mirando a su acompañante y soltó una sonrisa de ebrio. La cabeza le empezó a dar vueltas y fue incapaz de dar un paso más. La chica lo sentó en la acera.

Un auto que pasaba por allí se detuvo. El conductor, un estudiante también, al ver la indisposición de Nick, se ofreció a llevarlo. Con gran esfuerzo y entre los dos lograron meterlo al vehículo, con la ayuda de otro joven que pasaba por allí, lograron llegar hasta los dormitorios y dejarlo en la cama. Beth se hizo pasar por su novia y les agradeció al par de chicos la ayuda. Ya los dos solos, se dedicó a observar el cuarto y con gesto de desprecio tomó una fotografía de Julia que posaba en un portarretratos encima de la mesa de noche y la tiró a la basura.

—Bien, bien, bien —repitió mientras acariciaba a Nick sobre la ropa—. Tendremos que desvestirte. No queremos que Julia nos encuentre vestidos mañana en la mañana ¿Verdad cielo?

Con movimientos ágiles lo desvistió. Nick estaba inconsciente. Aprovechó para acariciarlo descaradamente. Minutos después, se desvistió y se acostó a su lado con la pierna atravesada en el muslo de Nick. Se quedó dormida con una tranquilidad asombrosa.

Julia se despertó temprano. Miró por la ventana, aún estaba oscuro. Hacía frío. Sé arregló enseguida, sacó sus vaqueros del clóset, un suéter de

cachemir rosado, mocasines uva y una chaqueta azul, acompañada de una *pashmina*.

Hizo el viaje en tren, se devolverían para Pleasanton en horas de la tarde en el auto de Nick. En el recorrido meditaba en el vuelco que había dado su vida a lo largo de esos seis meses. Siempre había sido una mujer renuente a enamorarse, protegía su corazón a capa y espada. La verdad, ningún hombre la había atraído tanto como Nick, era como si lo estuviera esperando. Llegó a su vida como un huracán arrasando todas sus convicciones. Nick con su hombría, su forma de ser, su manera de tratarla y de amarla. No tenía de donde comparar, pero por lo que había escuchado de amigas y compañeras de estudio, sabía que estaba ante un hombre generoso en el amor, un amante habilidoso y un estupendo ser humano. Tenía miedo, era mucho lo que lo anhelaba. Con cada encuentro se llevaba todos sus escudos, le liberaba el alma pero la dejaba vulnerable. Disfrutaba de su sexualidad, tal vez demasiado, a veces en la soledad de su habitación se avergonzaba de la manera en que se comportaba. Pero Nick era claro al respecto, con él no había límites, podía ser libre. Lo que quisiera, él se lo daría, le había susurrado esas palabras hacía dos días, cuando lo tenía debajo de ella y sin pena lo montaba. Era mucho lo que la hacía sentir.

Se bajó en la estación de tren y caminó hasta la universidad. En Starbucks compró dos capuchinos y dos rollos de canela. Llegó a los dormitorios. Subió veloz las escaleras. Con suerte lo encontraría durmiendo. Se acurrucaría, a su lado debajo de las cobijas.

Golpeó, nadie abrió. Probó la cerradura, estaba sin llave. Al entrar, pensó que se había equivocado de habitación, pues en la cama estaba una chica rubia encima de un chico...

El mundo de Julia se vino abajo. ¡No por Dios! Rogó por estar equivocada ¡Dios que no sea Nick! ¡Por favor! ¡Te lo suplico! Se acercó a la cama ya con lágrimas en los ojos. Beth se estiró y abrió los ojos, triunfante. Revolvió a Nick para que despertara.

—Cielo, levántate, tienes visita.

Nick gruñó, se abrazó a Beth y siguió durmiendo.

Capítulo XIII

La visión de la mujer desnuda rebulléndose en la cama le produjo asco y la enloqueció de celos. Quiso acercarse a la cama y tomarla del cabello, zarandearla y arañarle la cara. Sus piernas no ayudaron. La angustia crecía en su interior a pasos agigantados. El corazón se le había disparado y la presión en el pecho, le impedía respirar con tranquilidad. Tengo que irme, pensó aturrida, pero de nuevo sus piernas se negaban a moverse, se sintió ridícula con el par de recipientes de café en las manos.

Beth rebulló a Nick con más violencia a lo que este despertó y con mirada desenfocada y extrañada, reparó en la mujer a su lado y que Julia estaba en la puerta de la habitación con expresión desolada y ojos a punto del llanto.

—Eres un hijo de puta, cretino.

Nick brincó de la cama como si esta tuviera alfileres. Estaba completamente desnudo. No entendía que hacía Beth en su cama y por qué Julia estaba gritándole y llorando en la puerta.

—Mi amor no entiendo, no sé qué pasó —farfulló, mientras, sin dejar de mirarla tomaba el jean y se lo ponía a toda velocidad.

Con un dolor de cabeza que percibía como si se le estuviera dividiendo el cráneo en dos, se refregó los ojos y cuando los enfocó, sabía que su relación con Julia estaba al borde del abismo, si esa maldita no le había dado la patada ya.

Julia sin poder hablar más, les tiró el café y los croissants que se estrellaron a pocos centímetros de la cama y se dio la vuelta.

Nick, se terminó de vestir de cualquier forma y salió corriendo tras ella mientras se ponía un suéter; no sin antes decirle a Beth:

—Eres una maldita y me las vas a pagar.

Julia caminaba con prisa y no veía hacia delante. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos y corrían por sus mejillas. Sentía el corazón a punto de explotar, presionaba en las costillas causándole un dolor sordo. Eso y la dificultad para respirar, le ocasionaron un ligero vahído. Al llegar a la estación de tren en tiempo récord, se sentó en una de las sillas, rogando

porque este no demorara. A través del velo de lágrimas y angustia veía pasar la gente, algunos le echaban vistazos azorados.

Nick la alcanzó dos minutos después.

—Julia, mi amor, no sé qué pasó, te juro que no recuerdo nada de anoche, tienes que creerme, yo no pude haber estado con Beth. La detesto.

Julia lloraba inconsolable. Pero ante su última declaración, le dio un vistazo furibundo que Nick nunca había visto en el tiempo que llevaba con ella. Hizo el amague de acercarse pero ella lo rechazó enseguida.

—No te atrevas a tocarme, no quiero volver a verte nunca más, mira mis ojos, Nick de la Cruz nunca más. Y se levantó dispuesta a dirigirse al tren que ya anunciaba su llegada. Nick la agarró del brazo, mirándola desesperado.

—Ni lo sueñes, no te vas hasta que hablemos.

Ella se soltó de forma brusca.

—No quiero hablar contigo más. Suéltame o armo el escándalo de mi vida, la policía está cerca.

Nick vio como el par de policías les echaban vistazos curiosos. Esto no podía estar pasando, percibió un miedo, que pocas veces sentía, alojarse en sus entrañas. Fue el mismo sentimiento que lo invadió el día que murió su padre, al saber que ya nunca lo iba a volver a ver. “Esto es una puta pesadilla” se repetía desolado. Julia era el amor de su vida y no la iba a perder.

—Déjame explicarte, por favor —Nick quería zarandearla hasta hacerla entrar en razón.

—No es necesario, no soy retardada mental, vi lo que sucedía, no necesito explicaciones —Julia alejaba las lágrimas de sus mejillas con rabia al recordar la horrible escena.

La gente empezó a bajar del tren. Julia esperaba su turno para subir.

—Mi amor, por favor —rogaba Nick, detrás de ella.

—Esto se acabó, tú y yo terminamos, quiero irme a casa.

Nick la miró desesperado. Trataba de tocarla, pero la mirada de dureza de Julia detrás de sus lágrimas lo tenía azorado.

—Un cuerno que me vas a dejar, no puedes dejarme. Yo te amo Julia.

—Bonita forma de demostrar tu amor.

Julia subió al tren, pero pudo escuchar perfectamente el comentario de Nick. Lo miró por última vez, tenía los ojos anegados de lágrimas.

—No nos hagas esto mi amor, lo solucionaremos.

La puerta del tren se cerró. Nick, la dejó marchar. Ella lo pensaría, no podría terminar con él por culpa de una jugarreta de alguien que los odiaba.

Tan pronto avanzó el tren, Julia se desplomó en la silla y en estado catatónico hizo el regreso a Pleasanton. Al llegar a casa, como pudo, evitó a sus papás y se dirigió a su habitación, se encerró y se tiró en la cama a llorar desconsolada ¡Dios del cielo! Qué iba a hacer ahora, con tanto amor que le sobraba en el cuerpo y en el alma, estaba destrozada.

Pasó una hora. Sonó el timbre del teléfono de la casa. Su móvil estaba apagado, después de acusar una veintena de llamadas de Nick.

—Hola Nick —escuchó a su madre hablar en el *hall* de las habitaciones —. Pensé que estabas con Julia.

—Voy a su habitación, espera un momento.

—Hija ¿estás ahí?

Julia trató de responder lo más calmada posible.

—Sí mamá es que tengo algo de resfriado, no quiero hablar con nadie, por favor.

—Está bien hija, voy a prepararte un té con limón.

—Nick. Está indispuesta. Ella te llama más tarde, se resfrió. Yo le digo. Hasta pronto.

Liz subió rato después, con un té con limón y unos acetaminofén por sí Julia tenía fiebre.

—Hija, abre la puerta, por favor.

Cuando Julia abrió, Liz se quedó de piedra al ver su estado.

—¿Qué te pasó? ¿Te lastimaron? ¿Qué tienes? —inquirió angustiada.

Liz entró en la habitación, soltó la taza en la primera superficie que encontró y se acercó a su hija. Ella se le echó a los brazos, con llanto renovado, que la angustió aún más.

—Háblame, por favor, cielo, me estás asustando.

—Terminé con Nick.

—Oh, mi amor, vamos a sentarnos —sin soltarla se sentaron en la cama. Liz la mantuvo abrazada, como cuando era un bebé.

Julia lloró hasta perder la noción del tiempo. Liz calló, se limitó a sostenerla, mientras ella se desahogaba de su desengaño. Poco a poco los sollozos fueron perdiendo intensidad, hasta que las lágrimas se convirtieron en suspiros.

—Shshshsh, tranquila, tranquila, nena —la consoló como solo una

madre sabe hacerlo.

Liz se separó un momento de ella y le ofreció la bebida, le insistió, le dijo que se podría deshidratar. Julia tomó un par de sorbos y dejó la taza en la mesa de noche.

—¿Quieres hablar de ello?

—No mamá, por favor, estate tranquila.

Liz frunció el ceño y con el tono calmado y firme que utilizaba siempre, le arrancó una ligera sonrisa con su comentario.

—Aparte de que quiero pegarle un tiro a ese cretino por hacerte llorar, estoy tranquila.

La besó y salió de la habitación. Julia necesitaba estar sola.

Liz se dirigió al estudio de su marido, estaba descansando después de su partido de golf.

—Raúl, estoy preocupada por Julia.

Raúl apenas levantó la cabeza del periódico que leía.

—¿Ahora qué le pasa a esa chica? —inquirió distraído.

—Termino con Nick y esta inconsolable

Raúl alzó la vista enseguida con gesto preocupado.

—Mierda. —Estrujó el periódico. — ¿Te dijo por qué?

—No, todavía no. Está muy afectada la pobre. Es duro ver sufrir a los hijos.

A Liz se le aguaron los ojos. Nunca había visto así a Julia, ni siquiera el día que el malandro de Thomas, la había atacado.

—No te pongas así. Ella necesita tu fuerza no que te largues a llorar como veinteañera igual que ella.

A parte de su preocupación por Julia. Raúl se angustiaba por Liz, nunca le había gustado verla llorar, le gustaba protegerla. La invitó a sentarse a su lado.

—Por Dios Raúl; no puedo ser tan insensible. Sí la hubieras visto te conmovieras igual.

—Lo que tengo ganas de hacer en este momento, es partirla la cara a ese hijo de perra, yo sabía que las cosas iban a terminar así. Ambos son muy jóvenes.

—Está enamorada —murmuró Liz tirando del fleco de un cojín.

Raúl prosiguió precipitadamente.

—Sí claro, su vida está patas arriba por culpa de ese imbécil.

—Esperemos a ver qué pasa.

Nick estaba desesperado, esa tarde, después de varias llamadas infructuosas, se acercó al hogar de los Lowell; Liz muy seria y compuesta le dijo que su hija no deseaba verlo y que respetara su decisión. No sabía que hacer ¡Dios que lío!

Peter y Mike consternados, se sentían culpables de lo ocurrido. Si no lo hubieran invitado a la fiesta nada de aquello habría pasado.

Ese fin de semana la pasó en casa de los Stuart, Mike también se encontraba allí.

—Le voy a enviar unas flores, sí no quiere hablar conmigo iré hasta la universidad. Le escribiré una carta para que se la entregues a Lori y se la haga llegar a ella. No aguanto más.

Los dos amigos permanecieron silenciosos, confusos, era extraño verlo sufrir por una mujer.

—En lo que podamos ayudarte cuenta con nosotros, para eso están los amigos. —contestó Peter un poco pensativo.

Peter conocía a Julia desde que eran chicos, sabía que haría caminar a su amigo sobre brasas encendidas antes de volver con él, sí es que algún día volvía. Nick estaba en un gran lío. Lo que le daba tristeza era que conocía la profundidad de los sentimientos de los dos.

—Gracias lo tendré en cuenta.

—Voy a averiguar con Lori. Escuché su voz en la sala hace unos minutos.

Peter volvió rato después con el ceño fruncido.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Nick ansiosamente.

—Esto es lo que hay; Julia no te quiere volver a ver. Esta inconsolable. Beth estuvo aquí más temprano y Lori la echó con cajas destempladas al oír sus comentarios sobre la supuesta noche de pasión que pasó contigo. Demás está decir que le contó todo a Julia.

Nick suspiró y movió la cabeza, perplejo.

—Estoy seguro de que no pasó nada con ella —contestó.

—Te creo. El problema es Julia, es a ella a la que tienes que convencer.

Nick era un hombre de acción, no iba a dejar que la situación se agravara sin hacer nada, iba a tomar el toro por los cuernos. Había sido paciente, había respetado el deseo de Julia de no querer verlo, pero necesitaba hablar con ella, tenía que explicarse.

Julia parecía un zombi, casi no comía, no dormía, lloraba todas las noches. Sus padres y hermanos la trataban con una paciencia infinita. Maggie estaba furiosa, quería increpar a Nick por lo ocurrido. Ella le rogó que no hablara con él, que no le diera importancia.

¡Ay Dios! Cómo iba a superarlo. Quería recoger los pedazos rotos de su corazón y cuando lo hiciera ¿qué? Era una lástima no poder tirarlos y adquirir uno nuevo, sin fisuras. Tendría que vivir con los pedazos.

—Hablé con Peter —comentó Lori con semblante preocupado días después de lo ocurrido. Había visto a Nick y estaba peor que ella—. Nick está destrozado, amiga...

Julia la interrumpió con gesto brusco.

—¿Cómo crees que me siento yo? —Volvió a sentir que las lágrimas le fluían incontenibles y trató de sofrenarlas.

Lori se acercó y por enésima vez trató de consolarla.

—Deberías escucharlo nada pierdes y de pronto podrían arreglar las cosas.

—No sé Lori, estoy tan herida que si lo tengo enfrente soy capaz darle una tunda.

La imagen de lo vivido el sábado en la mañana en la habitación de Nick, la zarandeaba sin cesar. La mano de él apoyada en la cintura de la zorra de Beth y la mirada de satisfacción de ella, le congelaba las entrañas. No toleraba que lo convivido con ella, lo hubiera compartido con esa mujer. Lori la aterrizó en el presente.

—Vamos, no serías capaz, además con oír tus reclamos tendría más que suficiente.

“Bien, llegó la hora de arreglar cuentas”, dijo Julia para sí.

—Está bien, dile a Peter que espero a Nick el sábado, aquí en Cal, a la salida de la biblioteca a las diez.

—Bien.

El sábado, Nick esperaba a la salida de la biblioteca, apoyado en una columna. Julia lo observó, se le secó la boca y en la garganta sintió un nudo, al ver como se le disparaban las pulsaciones. Estaba muy guapo, lo vio envararse y pasarse la mano por la cabeza en un gesto nervioso, vestía ropa deportiva pero elegante. Lo había hecho para impresionarla, al quitarse los lentes se percató que tenía el rostro demacrado y con ojeras. Se aproximó insegura.

—Hola preciosa. —La miraba con ojos preocupados. Tanta felicidad compartida y allí estaban, como dos extraños, quería golpear algo de la impotencia que lo embargaba.

—Hola Nick. —Julia trataba de disimular el latir de su corazón, le sudaban y le temblaban las manos—. Hay una cafetería allí cerca, vamos.

El camino se le hizo eterno, hasta sus fosas nasales le llegaba el aroma de su loción. Al percibir la mirada de Nick en ella, se instó a caminar más rápido porque tuvo el impulso loco de abrazarlo; entonces, su mente conjuraba lo ocurrido y se repetía que esta dichosa cita había sido un error, imaginaba su cara y sus labios posados en la piel de Beth. No soportaba que otra lo hubiera tocado. No lo soportaba, le destinó un vistazo furibundo y los ojos se le aguaron, no le importó. Llegaron a la cafetería de la esquina, entraron; ella se adelantó y se sentó. Se secó el rostro.

Nick tomó asiento frente a ella. No apartaba los ojos de su rostro. El mesero se acercó; Julia pidió una botella de agua, él pidió un café negro. La veía desmejorada, con círculos oscuros en torno a sus ojos y semblante pálido. Sabía que él tenía igual o peor aspecto. Trató de aferrar su mano, pero ella lo rechazó. Quería, abrazarla, besarla. Tenía tantas ganas de ella. Quería saborear su piel. Quería meter la nariz en el hueco de su cuello, ese que lo unía con el hombro y que era donde percibía más fuerte su aroma. Quería volver a entrar en su cuerpo y que vibrara de placer ¿Y sí nunca volvía a tenerla para él? Se le incrementó el nudo en el estómago y la profunda angustia que tenía desde ese desdichado día.

—Julia mi amor, no has respondido mis llamadas, te envié tres cartas, me las devolviste sin abrir. Quiero que me escuches, por favor.

—Habla —dijo Julia con la vista fija en la botella de agua, sin abrir, como si de repente tuviera algún detalle importante para ella.

Nick procedió a contarle lo sucedido ese día en la fiesta, lo que creía que Beth había hecho, le contó todo. Julia lo miraba de forma impasible.

—Sé que lo que pasó se ve terrible, pero tienes que creerme. Quiero que reconsideres lo nuestro. Te amo —terminó Nick.

—Nick, es difícil creer lo que me cuentas, más teniendo a Beth respirándome en la nuca describiendo tu anatomía y la manera en que te portaste con ella. Habla de cosas que hicieron y que *conozco de ti* —respiró ofuscada.

—Eso es mentira. Esa loca quería separarnos desde hace mucho y por lo visto se salió con la suya. —La determinación en la mirada de Julia y el tono de voz utilizado, lo asustaron. Las siguientes palabras pronunciadas por ella le corroboraron ese temor.

—Te cité aquí porque quiero que no vuelvas a molestarme, he pensado mejor las cosas y no deseo tener compromisos serios con nadie.

Nick palideció, ya sabía que ese encuentro no saldría tan bien como había planeado.

—Sigue, esta disertación se está poniendo interesante. —comentó con un sustrato de rabia y sarcasmo.

—Quiero vivir mi vida, ir a la universidad, estudiar tranquila, sin presiones de ningún tipo.

—Sí sigues conmigo, piensas que no podrías hacerlo. —Nick no podía dar crédito a lo que escuchaba. Estaba empezando a creer que había sobrestimado lo que había entre Julia y él y eso le hizo temer lo peor.

—Sí. Lo siento Nick, es mi decisión.

Lo invadió la furia como una oleada grande y arrolladora.

—Déjame decirte algo, muchachita malcriada, tienes toda la razón, me enamoré de una niña que no es capaz de ver más allá de sus narices. Sabes que Beth siempre ha estado celosa de lo nuestro y tú le crees todas sus mentiras. Prefieres creerle a ella que a mí.

Julia se sonrojó y lo miró con expresión culpable. Nick la miraba con ojos fríos.

—Tú no me estás terminando por lo ocurrido con Beth —soltó Nick.

—Claro que sí. No voy a aguantar que me pase esto cada dos por tres —farfulló nerviosa.

—Mentira, tú me terminas porque tienes miedo. —La expresión de Nick era incrédula y dolida. Julia no iba a volver con él.

—Miedo ¿por qué? —acotó Julia en tono altanero.

—Miedo de entregarme todo de ti.

—Me diste seguridad y mira lo que ocurrió, yo los vi entrelazados en esa cama, no fue un cuento que alguien malintencionado me trajo. *Yo los vi.*

—No lo puedo creer —Nick la miraba consternado— ¿y mis sentimientos hacia ti qué? ¿Y qué hay de la fe en lo nuestro? ¿Es que para ti no vale un cuerno todo lo que hemos vivido? ¿Qué paso con “tú estás en cada una de las etapas de mi vida”? Era todo mentira.

—No tengo mucha fe en ti en estos momentos, en cuanto a tus sentimientos todo se supera y en cuanto a lo que te dije, eran otros momentos, no me habías fallado de la manera en que lo hiciste.

Julia se levantó. Sacó un paquete del bolso y se lo entregó, eran la cadena y el diccionario. Nick aferró su muñeca.

—Esto no ha acabado.

Ella salió corriendo del lugar. Al observar a Lori que la estaba esperando a la salida y la miraba con pena, contuvo las ganas de llorar. Pero el intento fue en vano, la vista se le enturbió en cuanto llegó a ella. Lori la abrazó para consolarla y llevarla a la habitación.

Nick quedó como estatua sentado en el lugar. Incapaz de decidir qué hacer. De un momento a otro, todos sus planes quedaron en el aire.

Julia había salido de su vida de la misma manera en que había entrado y no había marcha atrás. Todo había terminado por culpa de la patraña de una niña malintencionada. No podía pedirle al tiempo que volviera y además, él no había sido culpable, le enfurecía su reacción tan injusta. La primera prueba de dificultad y había salido corriendo.

Volvería a intentarlo.

Trató de hablar con ella toda la semana siguiente, salía de la trabajo en la oficina y llegaba a Berkeley. Ella pasaba de él en cada encuentro. Hasta que una tarde en medio de una reunión, recibió un mensaje de texto:

“Voy a cambiar el número de teléfono. No deseo hablar contigo más. Si sigues importunándome, tendré que tomar otra clase de medidas y no te convendría”.

Nick furioso le contestó:

“Me arrepiento de haberme enamorado de ti, eres una egoísta,

quédate con tu vida, tu universidad y tu supuesta tranquilidad. Voy a tratar a olvidarte”.

—¿Pasa algo Nick? —preguntó su jefe.

—Nada, continuemos.

No volvió a buscarla.

La recuperación del corazón de Julia fue muy lenta. Rogaba todos los días por olvidarlo. Lo que ella ignoraba debido a su juventud, es que entre más grande el amor, más grande el olvido, palabras de la abuela Elizabeth, cuando la consolaba en su desengaño. La abuela, mujer inteligente y sensible sacudió a todo el mundo del lado de Julia. Repetía que iban a volver loca a la pobre chica con tantos mimos y remilgos y la llevó a un viaje de conocimiento interior como ella lo llamaba.

Estuvieron en Nueva York un par de semanas. Visitaron museos, recorrieron la ciudad, fueron a un espectáculo en Broadway y de compras por los grandes almacenes, se rendían tanto, que al llegar la noche apenas sí podían hablar.

Pero en el día hablaban bastante, Julia le contó todo de su relación, cosas que ni siquiera sabía su madre. Elizabeth la escuchó. La consoló cuando el llanto hacía presencia, que era frecuente.

—Nena tienes que sobreponerte a este amor, no te puedes morir por él.

—Abuela lo intento, en serio, mi día empieza bien pero a medida que va transcurriendo mira lo que me pasa —señalaba Julia desconsolada.

—El mal de amores no se cura rápidamente, no existen remedios para eso, solo el tiempo, mucho tiempo.

—Ay abuela ¿qué voy a hacer?

—Debes aprender a conocerte a ti misma, ten una relación contigo misma y cuando sepas cuáles son tus fortalezas y debilidades, podrás superar en algo esta pena que te acongoja.

—No es fácil —señaló Julia.

—Nadie dijo que sería fácil. Las mujeres nos afanamos por enamorarnos, por encontrar el amor de nuestra vida y a veces olvidamos lo más importante, el amor a nosotros mismos, tú lo has hecho bien, eres una joven brillante y madura para tu edad pero te falta conocerte mejor.

—Lo intentaré abuela —contestó sonriendo entre lágrimas.

—Déjame contarte algo: cuando murió tu abuelo, pensé que me moría yo también, una parte de mi corazón se fue con él. Pero mi amor seguía allí —queda pensativa un momento—. Tu madre no me perdonó jamás que yo me casara a los seis meses de haber enviudado, le parecía una afrenta contra su padre. Yo traté de entenderla, de ponerme en sus zapatos. Se te muere un padre al que adoras y tu mamá una vieja de más de más de cincuenta años levanta un marido porque sí.

—Ay abuela —Julia sonreía.

—Todos los seres humanos necesitamos amor, cuando se pierde el amor de la vida, muchas personas se conforman con el amor de sus hijos, de su familia y otras amasan sus recuerdos hasta darle una forma que les permita seguir con su vida y estamos las que vivimos enamoradas de ese sentimiento. Lo disfrutamos y nos importa un bledo lo que la gente piense de nosotras. Gozamos pero también nos exponemos más.

—Creo que me conformaré con el amor de mi familia —señaló Julia resignada.

—No seas tontita eres muy joven para pensar así, tienes toda una vida por delante, te esperan muchas vivencias, sí Nick es el hombre que Dios destinó para ti, no habrá nada que puedas hacer, él volverá a tu vida en el momento justo. Si no es él, estoy segura de que el amor llegará en cualquier momento y te sorprenderás.

—No creo abuela, no creo que pueda amar a alguien más como amo a Nick.

—Lo dicho, concóctete a ti misma.

Julia reanudó su carrera en Berkeley, se mantenía ocupada del día a la noche, los fines de semana, iba a su casa y dedicaba unas cuantas horas a la casa de acogida.

Se unió más a Mattew, se hicieron grandes amigos. Con el tiempo lo acompañaba a fiestas y participaban de foros y otras actividades.

Llevaba año y medio en la universidad cuando Mattew le presentó a Johnny Grant, estudiante de derecho, de tercer año. Por primera vez en casi dos años Julia quiso salir en una cita.

Johnny era guapo. El típico chico californiano, rubio, ojos azules, acuerpado. Le agradó la suavidad de su trato. Salieron juntos varias veces. Julia esperaba sus besos con ansiedad para saber si había conjurado al diablo. Al principio se sintió extraña, no sintió la misma sensualidad de sus encuentros con Nick. Johnny tuvo una paciencia infinita, porque la amaba, pero él quería de Julia algo que nunca le iba a dar. Terminaron su noviazgo en buenos términos casi dos años después. Más adelante supo que se había casado con una fiscal de Los Ángeles.

Se dedicó de lleno a su carrera graduándose con honores e iniciando su carrera profesional con mucha dedicación.

Capítulo XIV

Nick bebió durante todo el fin de semana posterior al último mensaje de texto. Peter y Mike no sabían qué hacer para sacarlo de ese estado.

—Voy a llamar a Julia —exclamó Peter, mientras trataba de meter a Nick en la cama, después de una pelea en un bar a pocas cuadras de Stanford—. Debes seguir insistiendo no te des por vencido.

—Ni se te ocurra, pierdes mi amistad dónde hagas algo parecido, no quiero volver a verla nunca más —Nick lo miraba con ojos fieros.

—Entonces no bebas más, tienes trabajo mañana.

—Ya olvídale, ¡por Dios! —dijo Mike que no podía creer hasta dónde había llegado su amigo.

Nick reticente y con un dolor de cabeza de los mil demonios, se presentó en la oficina de inversiones a trabajar.

Con el corazón en carne viva, se dedicó de lleno a su práctica universitaria. Le parecía mentira que todo hubiera acabado de esa forma; tantas ilusiones, sueños. No sabía qué hacer para sacársela de la cabeza, no comía, no dormía, toda su energía era para el trabajo y el estudio. Un viernes no aguantó más, fue a Berkeley y se parqueó debajo de un árbol a una cuadra de los dormitorios. Necesitaba verla así fuera de lejos. La primavera ya se había asentado. Las flores daban colorido a todos los jardines. Faltaban pocos días para concluir su práctica universitaria. El corazón le retumbó cuando la vio aparecer y una añoranza tan grande casi lo hizo ir a su encuentro. Hubiera sido capaz de ponerse de rodillas y pedir perdón por lo que no había hecho. Se incorporó en la silla para verla con claridad. Estaba hermosa, algo más delgada y llevaba el cabello suelto, vestía con sencillez, un jean, una camiseta y un suéter anudado al cuello. Alcanzó a abrir la puerta cuando vio aparecer a Matthew que la abrazó y le dio un beso en la mejilla, la vio sonreír, y eso atizó su genio. Se alejaron por la acera opuesta donde Nick había estacionado. Ofuscado arrancó el auto y abandonó el lugar antes de hacer una locura. Le sonrió a otro, se dejó acariciar de otro, se repetía mientras llegaba a la universidad a la clase de los viernes. La había perdido, pensaba mientras conducía y devoraba la distancia. Se la imaginó al lado del tal Matthew,

dejándose tocar y besar por él y la furia hizo que pisara el acelerador, la aguja aumentó varios kilómetros. Algún día volvería por ella, algún día, se repitió como un mantra mientras se alejaba de allí.

La pasantía concluyó al término de tres meses, su jefe inmediato y Dan Smith quedaron muy satisfechos con el trabajo de investigación que realizó adicional a sus labores diarias.

Se graduó en septiembre. Su madre, Laura y su tío asistieron a la ceremonia. En cuanto Susan le preguntó por Julia supo que algo estaba mal, aunque lo notaba entusiasmado por su grado y por sus proyectos, una dureza en los ojos y el semblante le comunicó que su hijo sufría. No tuvo que sumar dos más dos para saber que Julia era la culpable del sufrimiento de su hijo y la detestó por ello. Nick le dijo que hacía meses habían terminado.

La empresa de inversiones, le ofreció un trabajo en Nueva York como asistente del corredor de bolsa y asesor de inversiones más importante de la firma; Richard Newton al que Nick había conocido un mes atrás en una visita que el hombre había hecho a la sucursal de San Francisco. Smith no se había equivocado y sabía que tenía un talento entre manos y sería estúpido dejarlo ir. Nick aceptó encantado, era la oportunidad que estaba esperando, pues pensaba capitalizar con inversiones en la bolsa, para después iniciar el negocio que de verdad deseaba.

Llegó a Nueva York a principios de octubre, los arboles teñidos de rojo le recordaron la tarde que pasó con Julia en el parque hacía un año. Se negó a caer en la auto compasión.

Alquiló un departamento pequeño en el distrito financiero, cerca de su oficina, podía ir caminando, el lugar estaba a solo tres manzanas; lo equipó con lo indispensable y se dispuso a iniciar una nueva vida.

El trabajo de corredor de bolsa es ser el contacto directo y permanente entre el comprador y el vendedor de títulos, brindándoles asesoría con el fin de que puedan obtener el mayor rendimiento posible con inversiones en los diferentes mercados bursátiles del mundo. Richard Newton era un hombre en la treintena, un tiburón de las finanzas con mirada rapaz e ingenio de

encantador de serpientes. Tomó a Nick bajó su ala y lo introdujo en un mundo para lo que Stanford y la vida llevaban años preparándolo.

Era un trabajo con altas cuotas de estrés. Una equivocación podía ser fatal. En Wall Street, se amasaban y perdían fortunas en un día. Se jugaba el patrimonio de empresas y personas a una o varias cartas. La responsabilidad con quienes ponían en sus manos ya sea capital de una empresa o los ahorros de toda la vida, era inmensa. Nick tenía olfato y sangre fría para negocios de este tipo. La primera semana sorprendió a Richard por la cantidad respetable de dinero que le hizo ganar a los clientes y a la empresa.

—Si sigues así, en poco tiempo, tendrás tu propio portafolio de empresas —señaló Richard ante un vaso de whisky. Estaban en uno de los bares que pululan cerca de Wall Street y que es punto obligado de los jóvenes financistas después de terminar su trabajo.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Así entre mercado de valores, acciones, microeconomía, macroeconomía e índice Dow Jones pasaba Nick la vida.

Por las noches llegaba a su departamento y hasta ahí lograba la tranquilidad de espíritu; Julia se hacía presente en sus noches. Ella besándolo, brindándole su cuerpo, amor, todo. Era un maldito infierno añorarla como la añoraba. Se la imaginaba en Nueva York, quería encontrarla al doblar la esquina, en algún centro comercial. Sabía que no podía seguir así, levantaba el teléfono para llamarla y lo colgaba enseguida. Llamaba a Peter que lo mantenía informado, solo era cuestión de tiempo que conociera a otra persona ¡Diablos!

¡Necesitaba acostarse con alguien! Joan su compañera de oficina estaba más que dispuesta, lo sabía por sus aptitudes, no deseaba involucrarse con alguien del trabajo ¡Pero qué diablos! La invitaría a cenar, después ya vería.

Así empezó una espiral de mujeres que entraban y salían de su vida sin tener ninguna relación significativa. Las usaba y nada más, todo volvió a ser como era antes de Julia.

A los dos años lo ascendieron, entró a manejar inversiones más específicas y a dirigir un grupo de novatos. La empresa estaba más que satisfecha por tenerlo en sus filas. Le ofrecieron un aumento, se trasladó a un apartamento más amplio, se relacionaba con los altos ejecutivos de la empresa. Había afilado el instinto de depredador y el olfato para las buenas inversiones, se equivocaba muy pocas veces.

Peter voló a Nueva York para la presentación de una campaña de su empresa de publicidad. Salieron a cenar y después a tomarse un par tragos, hablaron de sus respectivos trabajos y de la reunión que Peter había tenido en la tarde.

—No te ha tratado nada mal La Gran Manzana —dijo Peter al tiempo que observaba su ropa y reloj de buena factura y no se sorprendió de lo poco que quedaba del chico universitario que conoció. Nick de la Cruz se mimetizó en el ambiente bursátil de Nueva York. Cínico, frío y con una concha de dureza que se evidenciaba en los ojos y gestos.

—No me puedo quejar, el trabajo es excelente, dentro de un par de años podré dedicarme a lo que realmente quiero hacer, invertir en un hotel, estoy estudiando opciones —señaló Nick, mirando hacia la mesa de al lado dónde un par de mujeres acababan de sentarse.

—Deberías hablar con Mike, su familia tiene problemas con los hoteles, podría ser una buena oportunidad.

—Gracias por la información, lo tendré en cuenta.

Nick estaba loco por preguntar por Julia pero no estaba seguro de cómo saldría el tono de su voz y no quería que Peter supiera lo que le importaba todavía. No tuvo que esperar mucho.

—Mi familia te recuerda mucho, te envían saludos.

—Cuéntame ¿cómo esta Lori? —preguntó Nick con aparente tranquilidad.

—Muy bien, en la universidad, estudiando muy fuerte, tiene un novio que ni te cuento. A mis papás casi les da un infarto cuando se presentó con él.

—¿Por qué? —Sonrió Nick, siempre le había caído bien Lori.

—Un tipo con el pelo casi a la cintura, tatuajes en casi todo el cuerpo. Lori lo defendía a capa y espada, dijo que era una expresión de arte. Tenía cuatro aretes en cada oreja, en fin. Al otro día mi padre tuvo que echar de la casa a la expresión de arte, por el olor a marihuana en el estudio.

Nick soltó la carcajada.

—Y Lori ¿cómo lo tomó?

—Dijo que no volvería a casa, pero que va, sigue yendo como sí nada.

Peter, bebió un sorbo del líquido ambarino de su vaso y ante la incomodidad de Nick, quien abría la boca y luego la cerraba con ganas de comentarle algo, supo que quería preguntar por Julia. De repente se quedó mirándolo con fijeza.

—¿Cómo está ella?

Peter sabía, por el tono de voz y la vulnerabilidad de la mirada, a quién se refería. Sin embargo, tardó unos segundos en responder.

—Bien —respondió Peter de manera vaga.

—Me alegra saberlo, dime más —soltó Nick impaciente, dispuesto a servirse otro trago.

—Hace dos semanas se reunieron en la casa. Julia llegó con su novio.

Nick se puso pálido y aferró con más ahínco el vaso.

—No me jodas.

—Es un compañero de universidad, de la misma edad.

—¿Cuánto llevan de novios? —preguntó Nick con voz ronca y sin mirarlo a los ojos.

—Alrededor de seis meses.

—Maldición —Nick golpeó la mesa con talante furioso. Trastabillaron las copas, tomó su trago de golpe e hizo señas al camarero para que le trajera otra botella.

Peter se pasó una mano por el cabello algo nervioso, por no haberle podido mentir ¡Qué diablos! era su amigo ¿Por qué mentirle?

—No vas a empezar otra vez.

—Nunca me amó, fui un capricho para ella, eso es todo.

—No seas injusto, yo la vi sufrir. Además, si te sirve de consuelo, a ese chico no lo mira cómo te miraba a ti.

—Pues claro que no me sirve de consuelo, ella lo decidió.

A Peter le hubiera gustado decirle que terminaría olvidándola, pero al verlo amargado y triste le pareció algo cruel decir algo así.

¿Hasta cuando este anhelo por ella? —clamaba Nick en su interior— Todavía recordaba lo ocurrido hacía un año en una fiesta en la que conoció a una mujer, se acostó con ella solo por el aroma de su perfume que era parecido al de Julia. Quería revivir un retazo de la época más feliz de su vida. Se dio cuenta de lo bajo que había caído y la rabia consigo mismo junto al resentimiento hacia Julia parecía no acabar.

Se levantó de la mesa, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos, se dirigió a la mesa contigua, dónde las dos hermosas mujeres le aceptaron una copa.

Julia había hecho el ayudar a las mujeres víctimas de la violencia su apostolado, con un lado práctico que afiló mucho más con los años. Por su experiencia con la casa de acogida, dedujo que no solo de terapia vivían las personas y que lo que se hacía en el lugar, era importante pero no suficiente. Llegó a la conclusión de que una buena labor en ese ámbito, debía tener continuidad para poder romper el círculo de violencia que caracterizaba sus vidas y las de sus hijos. Aprendió que la violencia se hereda sí no se hace nada para combatirla, pasa de abuelas a madres, de madres a hijas, como si estuvieran impresas en los genes; sin que se den cuenta y se acepten como normales o de la vida cotidiana el maltrato físico y verbal. Por ejemplo: escuchaba a muchas mujeres decir; como mi padre trató así a mi madre pensé que ese era el trato normal en mis relaciones.

Estas mujeres necesitaban volver a sentirse útiles dentro de la sociedad, tener educación, sustento para llevar a sus familias y para poder concretar sus sueños de una vida mejor.

En su práctica universitaria en El Grupo Dickinson Guilford, conoció al entonces jefe de departamento Santiago Landon, que la tomó bajo su protección y le enseñó todos los entresijos de la profesión. Al graduarse le ofrecieron una plaza en Recursos Humanos, lo que le venía al dedo para concretar todos sus planes. Tan pronto Landon ascendió; Julia ascendió con él. Era una de las profesionales más jóvenes en ser nombrada jefe de departamento. Podía delegar trabajo, pero le gustaba hacer muchas cosas por ella misma y a su manera. Los tres profesionales que dependían de ella, conocían la exigencia de su labor. Su departamento, seleccionaba el personal, aplicaba las pruebas psicotécnicas y de actitud para el desempeño de los diferentes trabajos, hacían las entrevistas y el estudio laboral. Se aseguraba de que las mujeres de la casa de acogida fueran las primeras opcionadas, tenía los datos de todas las féminas y siempre que había un trabajo para el que estuvieran capacitadas, hacía llegar las hojas de vida, eso sí, tenían que pasar las pruebas, en eso era estricta.

Al año de graduada, presentó un proyecto junto con Mary y un par de profesionales dedicados al refugio, ante varias empresas del área de Silicon Valley y San Francisco. Era un plan ambicioso que consistía en crear una fundación, que además de dar acogida y algo de terapia, tendría como fin empoderar a las mujeres, borrarles el estigma de víctimas y volverlas seres

activos en una sociedad de progreso. Varias empresas se interesaron, aparte de que el dinero que invirtieran en el refugio, el gobierno se los devolvería en disminución de impuestos. Compraron un terreno entre Oakland y Pleasanton y empezó la construcción. El lugar tendría vivienda para las recién llegadas, salones de terapia, biblioteca, salones de educación. Se les impartiría clases de informática, estética, cocina y servicios hoteleros. Lo más hermoso del lugar sería la sala cuna y el jardín infantil. Los más grandes irían a una escuela cercana.

Julia era una participante activa de foros y charlas sobre violencia intrafamiliar, viajaba a diferentes partes del país, buscando apoyo, para reforzar la legislación sobre el maltrato y luchar por los derechos de ellas y sus hijos, así como también lograr penas más duras para los agresores. Lo que Julia trataba de hacer que entendieran las diferentes entidades gubernamentales, era que la violencia intrafamiliar consistía en un grave problema social que concernía a todos, porque aparte de lesionar el núcleo familiar, lesiona a la sociedad.

Había que luchar contra el maltrato, no guardando silencio, educando en el amor, enseñando al hombre que no domine con la fuerza y a la mujer que no debe ser sumisa y dependiente, no discriminándola y brindándole las mismas oportunidades que a los hombres.

Cuando llevaba dos años de graduada, conoció en una recaudación de fondos para el refugio a Franklin Howard III, heredero de una cadena hotelera en California y Las Vegas. Era un hombre muy guapo de ojos negros, cabello oscuro, mucho más alto que ella y personalidad fuerte y sagaz; esas cualidades impactaron a Julia de inmediato, aparte de que mostró interés por las actividades que ella realizaba en el refugio.

Howard se dedicó a perseguirla sin tregua, la cortejaba con flores, regalos, la llevó a cenar a uno de los restaurantes más elegantes de San Francisco. A ella no le impresionaban esas cosas y eso arreció la vena competitiva de Frank. La esperaba a la salida del trabajo y la llevaba a cenar a su restaurante favorito. Empezaron a salir fotografías en las revistas del corazón con comentarios de quién sería la bella desconocida que se había robado el corazón del magnate. Julia estaba algo reticente, no quería arriesgar su corazón. La última relación con un profesor había sido un fiasco y tenía miedo que, con Frank, la historia se repitiera. Poco a poco y con paciencia Frank fue rompiendo algunas de las defensas de su corazón.

Fue un amante tierno y considerado, la tomó con reverencia, como si fuera una delicada joya y él un experto joyero, pero una parte de Julia que permanecía cerrada, no se abrió para Frank jamás.

Julia sabía cuál era su problema; no quería darle el control de su corazón y su cuerpo a ningún hombre. Julia llegó a la conclusión de que era puro y físico miedo a salir herida de nuevo, relacionaba clímax con desengaño y eso la hacía ser prevenida hacia los demás. Lori le insistía que estaba en un error, que el amor podía ser libre, que era una elección, le decía que lo que tuvo con Nick era insano, era un apego. Julia defendía enseguida lo vivido con Nick, si bien había terminado mal, le respondía a Lori, nunca traicionó su esencia y Nick mucho menos se lo pidió. Jamás se sintió tan libre como cuando estuvo con Nick, fue ella misma, nunca tuvo que renunciar a nada. En muchos aspectos creció con él. Por eso era difícil volver a vivir lo mismo con otra persona.

Se comprometió con Frank unas semanas antes de la aparición de Nick de nuevo en su vida.

Mike viajó a Nueva York a entrevistarse con Nick. Se encontraron en un restaurante de La Quinta Avenida. Nick pidió un trago y Mike un vaso con agua. Nick nada comentó, supo que ese día tarde o temprano llegaría. Mike había cometido muchos excesos.

Mike lo observaba, el traje caro, la mirada de poder y cinismo, la frialdad de sus facciones, su amigo era un guerrero para librar la batalla que él y su familia necesitaba.

Hablaron de naderías, de las familias y de la vida en California. Después de ordenar la cena, entraron en materia.

—¿Qué pasa con los hoteles, viejo?

—El cuento es largo —contestó Mike.

Nick bebió despacio de su copa.

—No voy a ningún lado —dijo Nick intrigado por el tono de su amigo.

—El problema inició cuando mi abuela me nombró heredero de todo, claro que le dejó una buena participación a mi hermana y algo menos a mi padre, pero lo nombró como administrador.

—Sigue.

—Este hecho resintió a mi padre como no te imaginas y no sé, si lo hizo por negligencia o resentimiento, el todo es que, empezaron los problemas con los hoteles y con la administración de mi herencia.

Nick levantó una ceja.

—¿Cómo negligente? —comentó Nick preocupado y confuso.

—Se endeudó y puso como garantía dos hoteles para construir un complejo turístico en la costa este —a Mike le costaba continuar, sentía vergüenza por su padre, aparte de otras cosas—. Demás está decirte que el proyecto fracasó y cuando me hice cargo de los hoteles ya fue tarde para recuperar algo.

Nick silbó por lo bajo, aunque no fue una sorpresa lo que su amigo le relataba, el padre de Mike era amante del juego y de las mujeres caras.

—Continua.

—Perdimos los dos hoteles, renegocié las deudas, no voy a perder otro hotel más —Mike estaba enfurecido.

—Has bebido solo agua está noche ¿Ha sido para impresionarme o has hecho algo al respecto?

Mike sacó una moneda del bolsillo y la puso frente a Nick.

—Un año sin probar una gota de alcohol.

—Guauuu, felicitaciones. Sé que no es fácil pero es el mejor camino.

Se quedaron en silencio mientras el camarero dejaba los platos en la mesa.

—No tendrás problemas con eso si decides asociarte conmigo. Créeme he perdido mucho y no me refiero solo a los hoteles.

Después de una pausa Nick habló:

—Tienes que capitalizar, fortalecer los hoteles que ya tienes, para que algo así no vuelva a ocurrir. Además de que están vulnerables a una adquisición hostil.

Mike soltó una sonrisa sarcástica.

—No sabes los sustos que me he llevado. No sé por qué no estamos en la mira de las grandes cadenas. No tengo dinero y por eso estoy aquí, sé que deseas invertir y creo que este es buen negocio.

—Sí, lo es y quiero participar Mike. Estoy buscando una sociedad, quiero ser dueño de un hotel o de hoteles. Pero mi capital aunque es respetable, no es mucho.

Mike lo interrumpió antes de llevarse una porción de ensalada a la boca.

—No quiero más socios.

—Tengo buenas conexiones en la banca.

—Envié a mi padre a retiro definitivo y deseo hacer una sociedad contigo, eres una persona capaz y estoy seguro de que podremos salir adelante.

—Puedes contar conmigo. Saldremos adelante.

A los tres años y medio de llegado a Nueva York, Nick se retiró de la compañía de inversiones con un muy buen capital de trabajo, gracias a una compra de acciones en una empresa de Internet. Sus jefes le prometieron la vicepresidencia, pero él no aceptó, quería volver al oeste y su sueño no había cambiado.

Unos días antes de abandonar la ciudad, invitó a cenar a Marcia Stevens, llevaban cuatro meses saliendo, era la relación más larga que había tenido después de Julia e hija de uno de los presidentes de la empresa. A Nick no le había pasado por alto, las ligeras insinuaciones de la chica para formalizar su relación, pero él estaba lejos de sentirse tentado. Era solo una mujer hermosa y el sexo era fabuloso, habían viajado, iban a exposiciones, a teatro y a la ópera, pero no le había tocado el corazón, lo intentó pero no pudo. Iba a terminar con ella, no quería ninguna distracción, ni ninguna atadura sentimental, por parte de ella por supuesto.

—Estás muy callado, esta noche —Marcia le cogió la mano.

—Tengo algo que decirte —dijo Nick pensando al mal paso darle prisa.

Observaba las facciones de Marcia, era una mujer bella, rubia, ojos azules, elegante. Sería perfecta como esposa y sabía que al padre de la chica le agradaba ¿por qué no podía sentir algo más por ella que no fuera lujuria?

—Soy todo oídos, pero antes déjame decirte que estamos invitados por los Wallace a *Martha's Vineyards* este fin de semana —lo miró ansiosa.

—Me temo que no puedo aceptar —Nick adoptó una mirada impasible—. Debo decirte que compartimos ratos agradables juntos, pero no puedo dar el paso que tú quieres en esta relación, por eso deseo que lo dejemos aquí—. Nick siempre se sentía mal en esta parte, pero ya se sabía el discurso de memoria y además ese sentimiento no le duraba mucho.

—No entiendo —Marcia lo miraba confundida—. Pensé que estabas interesado en mí, que podías llegar a amarme.

—No Marcia, no soy de los que se enamoran, lo siento —Nick estaba incómodo—. Marcia, eres una buena mujer, créeme, sí es lo que quisiera mi

corazón, serías perfecta, pero no puedo ofrecerte algo que no tengo para dar, te mereces un gran amor, no te conformes con menos.

—Eres un hijo de perra frío y arrogante. —Se levantó y salió como una tromba del restaurante.

—Sí, tienes razón, lo soy.

Con algo de oposición por tener que dejar entrar un advenedizo en una sociedad, que hasta el momento había sido netamente familiar, pero sabiendo que era la única forma de lograr sacar a flote, lo que el mismo había hundido, Pedro Conelly le dio una fría bienvenida a Nick.

Mike recordó la discusión que había tenido con él semanas atrás.

—No me importa lo que pienses padre, con tu pequeño porcentaje de acciones no nos puedes hacer ni cosquillas —Mike lo miraba enfurecido—. Vete a plantar rosas o tomates.

—No soy Vito Corleone, no me gustan los tomates, ni las rosas ¿Nunca me perdonarás?

—¿Qué es exactamente lo que debo perdonarte padre? Porque la lista es larga.

—No importa—. Salió con aire derrotado por la puerta.

Mike no aguantó y tiró un pisapapeles a la puerta de su oficina casi destrozándola.

Trazaron con Nick una línea de trabajo, haciendo reestructuraciones en cada hotel, pactando de nuevo con los bancos. Con el capital de Nick, nada despreciable, y sus contactos en la banca de inversión, en tres años vieron el fruto de sus esfuerzos.

Nick trabajaba sin descanso, Mike nunca se arrepintió de su decisión. Empezaron la segunda parte del proyecto. Con una cantidad de planes y un asunto pendiente por resolver, volvió a San Francisco.

Capítulo XV

San Francisco, Julio del 2014

El hotel que adquirió la firma Admiral-Garden en la ciudad de San Francisco, era un antiguo edificio ubicado en el centro histórico de la ciudad. Iba a contar con cuatrocientas habitaciones, restaurantes, boutiques, salones de eventos. La negociación empezó a mitad del dos mil trece. El lugar pertenecía a la familia de Franklin Howard III, famosos por sus cadenas de hoteles en todo Estados Unidos. La firma Howard deseaba vender el viejo hotel porque necesitaba dinero para capitalizar su expansión hotelera en China, Taiwán y Japón. Nick recordó lo ocurrido meses atrás en las oficinas del conglomerado y que casi da al traste con el negocio.

En diciembre del dos mil trece, en las últimas etapas de la negociación, apareció en las revistas del corazón una foto de Julia con Frank iniciando su noviazgo. Nick tuvo un ataque de furia tal, que su secretaria casi se despidió ese día. En la penúltima reunión con Frank y su grupo de trabajo, Nick lo miraba con franco odio. Entorpeció las negociaciones mostrándose inflexible en algunos puntos, haciendo la reunión imposible, nada le parecía bien. Frank lo miraba confundido. Ante el último exabrupto, Mike interrumpió la reunión, pidió un receso y salieron de la sala de juntas en medio de miradas reprobadoras.

—¿Qué coños te pasa?! Estamos finalizando el negocio de nuestra vida y tú solo pensando en romperle la cara a ese tipo ¿por qué? —Mike movió la cabeza con reprobación ante el silencio de Nick—. Tienes todas las mujeres que se te da la gana, ¿por qué carajos te empeñas en la única que no puedes tener? Esa mujer se te quedó pegada al cerebro y a la polla.

—¡Vete al diablo! No estoy pensando con la polla —contestó Nick, miraba con furia la puerta de la oficina dónde estaban reunidos—. No soporto a ese tipo, su prepotencia, se cree el dueño de todo.

Mike chasqueó la lengua varias veces para contradecirlo. Se conmovió por la mirada amarga y el ceño transformado por la ira.

—No, a ti lo que te tiene así, es que lo crees dueño de Julia.

Nick se aferró los puños, eran tantas las ganas de golpear cualquier cosa, ojalá se le pusiera ese cretino enfrente, pensaba, ojalá.

Nick siguió en terco silencio y Mike continuó:

—Hace tres días te caía bien. Lo ibas a invitar a navegar. Es que después de tantos años ¿aún no puedes seguir con tu vida? —Mike no entendía a su amigo y su obsesión por Julia.

—No puedo sacármela del alma —pronunció con un murmullo de dientes apretados—. Sé que es una maldita locura, a veces no sé si estoy enfermo o loco por no poder superarla.

—Entonces haz algo. Entra de nuevo en su vida. Conquistala otra vez, toma medidas drásticas. Llévala de nuevo a la cama. A lo mejor así te la sacas de encima de una buena vez. No sé qué te ha detenido todos estos años.

El miedo al rechazo, el orgullo herido y el resentimiento por su abandono. A veces creía que la odiaba.

—Perdóname, no tengo excusa, volvamos al trabajo —concluyó Nick.

Mike sonreía cuando abandonó el despacho. Nick necesitó unos minutos para recomponerse, todo lo que tenía que ver con Julia, lo sumía en una borrasca de sentimientos y emociones. Soltó una risa sarcástica y carente de humor. Le afectaba todo de ella, le atormentaba su olvido. Carraspeó varias veces, inspiró profundo y volvió a la reunión.

Mike pidió excusas para todos, alegando un problema familiar de Nick. Este se puso su máscara de indiferencia y continuaron. Nick miraba a Frank y afloraba el resentimiento hacia Julia. Frank era el hombre que compartía sus días con ella, el que acariciaba su cuerpo. Se sintió asfixiado. No podía permitir que los celos y el resentimiento gobernaran su talante. Seguiría el consejo de Mike ya había dedicado mucho tiempo a sus negocios. Era el momento de continuar con su vida.

Nick llegó a vivir de manera oficial en San Francisco en mayo del dos mil catorce. La remodelación del hotel iba avanzada, con un poco de suerte para finales de año ya estaría concluida.

Compró una casa en Pacific Heights, con vista a la bahía y al Alta Plaza Park; el parque del sector a dos manzanas de allí. Era una vivienda de estilo contemporáneo. En la parte baja había tres garajes. Por una escalera hecha en piedra mediterránea, se llegaba a la entrada en el segundo piso que daba a un salón con amplios sofás blancos y una mesa de centro Art-Deco, al frente había una chimenea moderna. Hacia la izquierda había una puerta que llevaba

a un moderno estudio con un pequeño bar. Un comedor amplio en madera oscura y pinturas abstractas adornaban las paredes.

Al fondo quedaba la cocina con todas las comodidades modernas, los mesones y la isla del centro de granito negro. Era su lugar favorito de la casa, le encantaba cocinar; tomó varios cursos de cocina en Nueva York. Poseía todos los utensilios habidos y por haber; además estaba pendiente de los últimos adelantos en cuanto a recipientes y electrodomésticos.

En el tercer piso, estaban las tres habitaciones. El cuarto principal, iniciaba en una sala de estar, con muebles cómodos en colores sobrios, un sofá y dos sillones, un pequeño estante con sus libros preferidos que releía cuando tenía tiempo, retratos de su madre y hermana y una cama en madera lisa. En cuanto a los muebles en madera, prefirió los tonos oscuros, un cubrecama en tonos azules se extendía en la amplia cama y unos cuadros de desnudos impresionantes, adornaban las paredes.

La remodelación del hotel avanzaba a pasos agigantados, estaban en la fase de los acabados que es la parte más delicada del trabajo. Luego vendría la adecuación del hotel con una empresa de Los Ángeles y la publicidad; de la que se encargaría Mike junto con la empresa de Peter.

El consorcio de hoteles siempre dejaba que una empresa de talento humano se encargara de todo lo referente al manejo de personal y esta vez harían lo mismo, con la diferencia de que Nick estaría presente en todo el proceso. Sonrió ¿qué pensará Julia de su decisión de escoger hasta el último botones? Quería trabajar con ella, que se volviera a acostumbrar a él, iba a entrar de nuevo en su vida planeando cada paso para la conquista.

Nick salió del baño con una toalla enrollada a la cintura. Entró en el vestuario y eligió las prendas que utilizaría esa noche. No podía apartar de su cabeza el encuentro del día anterior en el conglomerado Gilford. Nada había borrado el sentimiento que Julia le provocaba. Su chica *Berkeley*... susurró mientras anudaba la pajarita de seda negra, era la única mujer que lo había sumido en una espiral de sentimientos que nunca volvió a experimentar con nadie. El deseo avasallador de poseerla y de sentirse poseído, la necesidad insana de verla, de tocarla, de escuchar su risa y su voz. El orgullo herido y una gran voluntad lo habían mantenido lejos de ella todos estos años. Había tratado de olvidarla de mil maneras, dedicado al trabajo y saliendo con mujeres de toda clase, pero nunca estuvo tentado, ni de lejos, por alguna de ellas. Salió del *vestier* con la chaqueta del smoking en el brazo. Faltaban diez

minutos para que una limusina de la firma lo recogiera. Se acercó al bar y sirvió un whisky mientras observaba a lo lejos la bahía. Las ganas y la aprensión por verla le encogían el estómago y los pulmones. Dejó el vaso en una mesa ante la llegada del transporte.

El museo Legión de Honor, estaba de fiesta. En uno de sus salones, con paredes vestidas de cuadros de pintores famosos y esculturas colocadas de forma artística, tenía lugar la recepción anual de recolección de fondos para La liga De Lucha Contra El Cáncer. El lugar era espléndido pero esa noche gozaba de un encanto especial. La entrada a la fiesta tenía precios prohibitivos, lo mejor de la sociedad de San Francisco y sus alrededores se paseaba por los salones. Los meseros repartían licores y champaña.

En sus salas se exponía la mejor colección de obras de la ciudad, entre las que se destacaban más de setenta obras de Auguste Rodin. En el patio del museo se encuentra expuesta su escultura “El Pensador”, una de las más visitadas y fotografiadas.

La música se elevaba por encima de las conversaciones, estas eran interrumpidas por momentos para posarle a los fotógrafos de la prensa, revistas y blogs. Julia estaba con Frank en uno de los laterales del salón, reunidos con varios amigos que les deseaban sus parabienes por el compromiso, vestía un traje negro de encaje pegado al cuerpo. El cabello lo llevaba recogido en una moña elegante. Oyó la voz de Frank cerca del oído:

—Sabes que te quiero ¿verdad?

Julia lo miró sonriente.

—Yo también, cielo —Julia frunció el ceño al recordar la mirada celeste que le había robado la tranquilidad el día anterior. Rememorar lo vivido hacía siete años con Nick de la Cruz no ayudaba a tranquilizarla después del encuentro en la oficina y de saber que tendría que aguantarlo a su lado un par de semanas. Con honestidad para consigo misma, se dijo que lo que sentía por Frank era un pálido afecto comparado a lo que había sentido por Nick. Observó a su prometido, se preguntó ¿por qué sus encuentros con él no tenían la misma intensidad de lo vivido con Nick? Con Frank no sentía que su mundo temblara y después flotara entre nubes. Con Frank no perdía la cabeza, ni desnudaba su alma, ni sentía que eran uno solo separados del

mundo. En cada encuentro intentaba encontrar lo que había tenido con Nick... ese despertar, esa conexión emocional que la dejaba temblando durante horas, y que todavía, después de siete años, subyugaba sus sueños.

Frank la separó del grupo y la observó preocupado.

—¿Estás bien? —inquirió.

—Sí, claro. ¿Por qué lo dices?

—Por un momento me has parecido preocupada.

Deambulaban observando las pinturas. Julia tomó una copa de la bandeja que le ofreció un camarero vestido de negro. Con Frank tenía cariño, estabilidad y confianza.

—Estoy perfectamente.

Frank la besó en la mejilla. Al volver con el grupo de conocidos y al captar una nueva oleada de fotografías; Julia se excusó para ir al servicio de señoras.

—Te espero aquí, cielo.

Nick la observaba de lejos. Apoyado en una de las columnas, se llevaba lentamente la copa de vino a sus labios. Con expresión indescifrable, no perdía detalle alguno de su fisonomía, lucía brillante, hermosa y con una sensualidad refinada que despertaba admiración por donde pasaba. Había madurado de forma espléndida. Frunció el entrecejo al ver la manera en que interactuaba con Frank y el beso que depositó este en su mejilla, sublevó su malgenio. Vació su copa y la depositó en la bandeja de un camarero que le pasaba por el lado. Caminó detrás de ella cuando se alejó del grupo y de Frank. Un estremecimiento de anticipación le aceleró el pulso. Estaba impaciente por alcanzarla, la vio entrar al servicio de señoras y la aguardó a pocos pasos, apoyó las manos sobre la balaustrada y controló su respiración. Estaba azorado, nunca una mujer lo había alterado antes, lo que le ocurría solo lo ocasionaba su Julia.

Julia salió del servicio y al mirar hacia el grupo donde se encontraba Frank vio que todavía posaban para la prensa. No es que les rehuyera a los fotógrafos, pero le incomodaba que su vida se viera retratada en periódicos y revistas. Se alejó unos pasos. Entró en una sala con poca iluminación, una pareja salía del lugar. Al fondo divisó una de sus pinturas favoritas “El

imperio de Flora” de Giovanni Battista Tiepolo. Los tacones de Julia repiqueteaban en el suelo y el sonido repercutía hacia los arcos del techo. No escuchó los pasos que la siguieron, quedó embebida por la pintura y sus detalles. No supo qué la alertó, un extraño estremecimiento la recorrió al escuchar la modulación de voz con un indefinible toque de arrogancia que haría vibrar de deleite a cualquier mujer y que le susurró en el oído tantas y tantas palabras de amor. Sintió su voz clavársele en el corazón y despertar sensaciones que creía superadas.

—Si estuviera con la mujer más bella de la fiesta no la dejaría sola, un segundo.

Julia permaneció inmóvil incapaz de responder. Quiso salir corriendo cuando sintió el cuerpo tenso detrás de ella, el aliento rozándole la nuca. Hasta su nariz le llegó el aroma amaderado y herbal de su loción mezclado con el de él y tuvo el impulso loco de darse la vuelta y arrebujaarse en su pecho como lo hacía en el pasado. Recurrió al recuerdo de lo ocurrido para enfrentarlo.

—No necesito de un hombre para ir a donde yo quiera —respondió orgullosa de su voz fría, tan en contravía a como se sentía.

—No te muevas —susurró Nick ante el amague de Julia de voltearse. Nick soltó una risa que se convirtió en suspiro—. Te he echado de menos.

Un escalofrío la recorrió por dentro al notar la leve caricia en el brazo.

Los celos que Nick había sentido, momentos atrás, desaparecieron ante su aroma, ante los estremecimientos que la cercanía le causaba y la quietud con que aceptó su delicada caricia.

—Hueles igual a nuestros paseos por Napa— musitó sin apartarse un milímetro— ¿Recuerdas Napa?

—Ya basta Nick —soltó Julia saliendo del hechizo, tenía la boca seca y el estómago apretado—. Soy una mujer comprometida.

Julia se alejó unos pasos y se dio la vuelta para enfrentarlo. Fue un error, el impacto de su figura causaba cosas en ella que no debería sentir. La elegancia de su atuendo, su pose a la defensiva, el brillo de su mirada y esos labios...

—Comprometida dices —chasqueó los dientes—. Eso está por verse.

—No sé qué diablos quieres.

Nick rió con esa risa aguda y seductora que ella tanto recordaba y que, esa vez, él consiguió que sonara a burla

—No creerás que he te he seguido hasta aquí para hablar de arte —dijo aún riéndose.

—No. No lo pienso.

—¡Mujer lista!

—Como tampoco creo que estés interesado en mi área de trabajo. No sé cuál ha sido tu intención al presentarte en Gilford, pero el personal que quieres para tu empresa no es el motivo—. Julia sabía que quería jugar con ella. Siempre había sido un hombre que obtenía lo que quería. Posesiones materiales, mujeres a las que colmaría de regalos y a las que dejaría tiradas cuando se cansara de ellas. —¿Por qué has vuelto?

Julia nerviosa jugueteó con el anillo de compromiso. Nick llevó su mirada a la joya.

—Se me perdió algo y quiero recuperarlo. — Le tomó la mano, la examinó con gesto despectivo y la soltó—. Si fueras mi mujer no habría escatimado con el anillo que le demostrara al mundo que eres mía.

—Es una joya familiar —y para tratar de disimular su desasosiego, trató de sonreír antes de decirle—. No me has felicitado por mi compromiso.

La mirada de Nick se oscureció, le aferró la muñeca y la acercó a él.

—Mi preciosa chica *Berkeley*...

El tono lento y profundo con que pronunció chica Berkeley, la inundó de deseo. La posesiva presión de la mano en su muñeca, acentuaba la irracional necesidad de hundirse entre sus brazos. Deseaba acariciarle la nuca, enredar los dedos en su lustroso cabello, ahogarse en la pasión de sus besos.

Nick lo supo. Le pasó los brazos por la cintura y su boca chocó con la de ella mientras la aferraba a su cuerpo.

Ella no lo empujó para que se apartara. Segundos después, las manos de Julia se agarraron a sus hombros, y se movieron hasta tocarle el cabello. Nick apretó su boca contra la de ella ladeando la cara para dominarla mejor. Los labios del hombre no eran suaves, y sin importar que ella le respondiera, le introdujo su lengua inquieta, movió su boca en torno a la de ella. Después, le mordisqueó el borde del labio inferior, sus rincones más sensibles. Parecía como si quisiera devorarla por completo.

A Julia le costaba recuperar el aliento.

Era un beso furioso y posesivo que se manifestaba en la manera en que sus dedos le aferraban la cintura, y en la forma como la empujaba para llevarla a la pared más cercana. Unos pasos cercanos, hicieron que Nick le

soltara la boca, le levantó la cara. Respiraba pesado, llevaba los ojos oscuros. La soltó. Se arregló la chaqueta del smoking.

Julia se alejó de él, parpadeaba furiosa para evitar las lágrimas. ¿Qué diablos le pasaba? Le ocurría de todo. Sentía renacer el sentimiento profundo y sombrío que años atrás casi acaba con ella.

—Considérate felicitada.

Se alejó por donde había venido.

Julia volvió mortificada al lado de Frank, alegó un fuerte dolor de cabeza, se despidieron de sus amigos y salieron de la fiesta.

—Deberíamos ir al hospital, estas muy pálida, cielo —dijo Frank. En cuanto se subió a la limosina.

Julia miraba sin ver por la ventana del auto la iluminación del museo.

—Estoy bien, en serio —Julia le apretó la mano para tranquilizarlo—. Nada que una pastilla y unas buenas horas de sueño no puedan arreglar.

Frank seguía con semblante preocupado.

—No nos veremos hasta dentro de dos semanas.

—Lo sé, todo saldrá bien. Aunque me gustaría que no tuvieras que viajar.

Frank estaba en las últimas negociaciones de un terreno en Hong Kong para la construcción de un hotel. La miró con ojos chispeantes.

—Podrías acompañarme.

—No sabes cómo me gustaría, pero esa negociación con hoteles Admiral. Me ha dado mucho trabajo.

—Nick de la Cruz es un hijo de perra. No me gusta que tengas que trabajar a su lado.

“*A mí tampoco*” pensó Julia. Frank continuó:

—No entiendo que le pasó al viejo Gilford para permitir que Nick se entrometiera en algo que solo le compete a la empresa.

—No es un hijo de perra y el señor Gilford —todas sus alarmas se dispararon al ver lo que estaba haciendo—, aceptó por dinero, Frank ¿qué más va a hacer? La empresa aunque se sostiene, no lo ha tenido fácil. No podíamos darnos el lujo de perder esta negociación, así que si el cliente quiere el baile del ula, ula, lo tendrá.

Al mirar a Frank, este le sonreía abiertamente.

—Me encanta tu tono de voz cuando te molestas, me recuerdas a mi profesora de piano y vivía enamorado de ella. En cuanto a Nick desde que no

seas tú la que le baile el ula, ula no tengo problema.

Julia se sonrojó y su semblante se vistió con una expresión de culpa.

—¿Qué pasa cielo? —insistió Frank—. Me estás mirando como si de pronto hubieras robado un banco.

Julia decidió ser sincera con Frank. Su prometido se merecía su lealtad ante todo, aunque después del beso compartido, se sentía la mujer más pérfida del mundo. Si bien Frank no era tan guapo como Nick, era un hombre íntegro y con personalidad, muy atractivo, con el tipo de hombre mediterráneo que amaban las mujeres y la había escogido a ella.

—Nick y yo fuimos pareja hace siete años.

Frank elevó las cejas sorprendido por la noticia. Una chispa de entendimiento pobló su rostro. Con su gesto la invitó a que continuara. Julia le contó a grandes rasgos sobre su relación y el por qué habían terminado.

—Y quiere lo que es mío —dijo Frank con dientes apretados ante el último comentario de Julia.

—¡No! —exclamó Julia.

—Ahora entiendo muchas cosas. Por eso entorpeció la negociación cuando tú y yo nos hicimos novios.

—¿De qué hablas?

—Yo me entiendo. Tómate unas vacaciones —dijo perentorio—. Vente conmigo para Hong Kong.

—Lo he considerado, pero eso sería esconderme. Además, no tengo nada con él y tampoco voy a reanudar lo que tuvimos —Julia se acercó a él, le tomó el rostro y lo besó en los labios—. Confía en mí.

Frank a regañadientes le devolvió el beso y cuando se separó de ella la miró de forma tierna.

—Cualquier hombre se enamoraría de ti, por compartir unos momentos contigo y embeberse de tu belleza y tu bondad. Prométeme que te cuidarás.

—Te lo prometo.

Frank la besó de nuevo. Ella le devolvió el beso con ardor y con culpa, deseaba borrar el beso anterior, el que había hecho tambalear su tranquilo mundo.

Julia vivía en el sector de los profesionales jóvenes de San Francisco, entre Filbert Street y Grand Avenue. Tenía un pequeño apartamento en un edificio de tres pisos. Al abrir la puerta, la recibió el aroma a flores secas. Aunque su mamá y sus hermanos preferían los ambientes cálidos y hogareños

en sus casas. El apartamento de Julia tenía un toque aséptico y refinado que apelaba a un estricto orden. Con suelos en madera oscura, estaba decorado con sobriedad y buen gusto. Tenía pocas cosas, pero todas de buena calidad. No era una persona que comprara por comprar, todo lo que adquiría, lo hacía con la misma meticulosidad con que manejaba cada aspecto de su vida. Las paredes pintadas de blanco, estaban adornadas con dos cuadros de artistas jóvenes de la zona de Sausalito. El salón con dos sillones Reina Ana color blanco y un cómodo sofá color verde aceituna. El comedor clásico de los años cincuenta, *Art Deco*. Un estudio pequeño con un escritorio inglés, el único arrebató que se permitió, al visitar un anticuario en un viaje de trabajo a Nueva York. Una biblioteca y más allá, el cuarto de huéspedes con una hermosa vista. En un segundo nivel; su habitación toda blanca a excepción de la madera oscura de sus muebles y un cuadro que mostraba una hermosa mujer desnuda, un cómodo *vestier* y un baño.

Estaba demasiado tensa como para dormirse y distraída para afrontar el trabajo de oficina. Se quedó quieta unos instantes, observó el orden y la meticulosidad de su entorno y lo sintió ajeno a su forma de ser. Como si por un momento un rayo de luz hubiera entrado en su sombría vida y hubiera iluminado todo de pronto y los verdaderos colores no se parecieran a lo visto hasta entonces.

Se acercó a la cocina y alistó la cafetera para el otro día; el beso de Nick había traído a su memoria las vivencias de la juventud y uno de los episodios más felices. Percibía una añoranza por las locuras de antaño, la naturalidad, la improvisación de esos años, ¿A dónde se había ido eso? No le gustaba pensar que se había cubierto de capas y más capas de cotidianidad apocada y amansada. Tenía muchas metas cumplidas pero ¿y los sueños de jovencita, a dónde se fueron? Decidió encender la cafetera y preparar el café, al fin y al cabo había renunciado a dormir. Se avergonzaba de su comportamiento. Había respondido como una maldita muñeca de trapo. No fue sino que encendiera un interruptor y allí estaba. Como si no hubiera sido besada en años. Le respondió con hambre, con anhelo, era una desvergonzada. En todos estos años la habían besado varias veces, pero nada comparable a lo ocurrido. La brutalidad con la que Nick la besó la asustó y la excitó a la vez. No había perdido su habilidad, al contrario, soltó una carcajada irónica carente de humor. Por principio debió oponerse al beso, pero en cuanto le invadió la boca todo amague de resistencia voló de su mente. Temía que volviera a

ocurrir. *No podía volver a ocurrir.*

Capítulo XVI

Un tema de Beyonce, retumbaba por el lugar, escuchaba carcajadas a su paso. Ella caminó erguida, el vestido rojo suelto ondulaba y le acariciaba los muslos. Lo vio en la barra, solitario y hermoso como siempre, bebía un trago. Llegó hasta él, no pareció sorprendido de verla. Con un dedo en los labios, le pidió silencio, lo tomó de la mano y lo condujo por una escalera empinada a una habitación. Él cerró la puerta, iba a encender la luz pero ella no lo dejó. Le devoró la boca en un beso largo, sensual e inacabable y lo desvistió en segundos, le acarició los músculos de los brazos y el abdomen. Cuando quiso desvestirla, se rehusó, lo llevó a una mesa amplia. Ella se acostó, él deslizó las manos por las nalgas y al levantarle el vestido, el hombre soltó una risa que convirtió en gemido al percatarse que estaba sin ropa interior. Le abrió los muslos. Después de unas cuantas caricias, la penetró. En medio de suspiros, palabras y una especie de zumbido, alguien abrió la puerta. Era Frank que le gritaba:

—¿Qué haces?! Eres una mujer comprometida.

Los zumbidos se hicieron más fuertes y Julia se despertó sobresaltada. La cama estaba revuelta, ella estaba sudada y lo peor de todo, excitada. El zumbido era el del móvil. Al ver el identificador de llamadas se dio cuenta que era Frank. Soltó el aparato como si quemara. ¡Qué diablos! Se sentía culpable después de semejante sueño erótico. Miró el reloj; cinco de la mañana. En unas horas sería la primera reunión de trabajo con Nick. El móvil volvió a sonar.

—Hola Frank.

—Hola preciosa, sigo en Hong Kong —respondió con tono cansado. Julia pensó que ya estaría en Taiwán—. Perdóname por despertarte, pero este horario me tiene loco.

—¡No! me alegra que llamas —se le aguaron los ojos.

La conexión era deficiente y se escuchaba entrecortada.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —respiró hondo y trató de que no se le notara el llanto. Se limpió las mejillas con las manos.

—Te quiero Julia.

Por un momento no se oyó nada más. Solo el ruido de la estática.

—Yo también —dijo por fin ella.

Necesitaba decírselo, pero no le salían las palabras. Necesitaba sentirse ligada a él. Parecía que estaba a una distancia interminable.

—Te quiero Frank —levantó la voz, quería que él la oyera, quería oírse a sí misma.

—No te entiendo —escuchó. La conversación se interrumpió.

Intentó comunicarse de nuevo con él. El aparato saltó a buzón de voz. Examinó los mensajes del lunes y el martes, solo un par de ellos eran de Frank. Volvió a tenderse en la cama, trató de conciliar el sueño. No pudo.

¿Por qué había aparecido Nick, justo ahora? Cuando estaba dándole una oportunidad a su vida sentimental ¿Qué maldito karma estaba pagando? Casi había acabado con ella años atrás.

En la reunión del día anterior con su jefe, de una manera muy velada le dijo, que el contrato con Admiral era una de las negociaciones más importantes de ese año, si todo salía bien, tendrían carta blanca con los demás hoteles y eso significaba dinero para la empresa, la sede de Los Ángeles atravesaba por muchos problemas. En otras palabras tendrían que mimar al niño bonito para que no hiciera pataleta y poder arrancarle unos cuantos dulces.

Pensó en el beso. En la promesa de sus labios, en el deseo voraz que percibió y en las sensaciones que la hicieron devolver en el tiempo.

Se acercó al *vestier*, se midió varias piezas y en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se puso furiosa. Escogió el primer conjunto oscuro con que se topó, la única concesión fue una *pashmina* de colores vivos y sus zapatos de tacón de Jimmy Choo. El cabello recogido en una moña. “*Tú compromiso con él es estrictamente laboral. No lo olvides*”. Ese fue su mantra hasta llegar a la oficina de su jefe Tom, donde seguro el empresario estaría listo para torturarla.

Nick había llegado a la oficina de Tom con quince minutos de antelación. Estaba nervioso, su gesto de enderezarse la corbata, cada tanto, lo delataba. Tocaron a la puerta.

—Buenos días, Julia. —Su jefe siempre tenía ese tono formal— Pasa, por favor.

—Buenos días —saludó ella a ambos hombres, se levantaron para

recibirla.

Nick le devolvió el saludo con mirada concentrada, como si su rostro fuera lo más importante.

—Siéntate. — La invitó el jefe.

—Gracias. —Se acomodó en la silla.

A él la sangre le palpitó en las venas. No sería un encuentro fácil, sería un tremendo dolor de cabeza, pero necesitaba hacerla reaccionar de alguna forma. Estaba rompiendo reglas, lo sabía, nunca había cruzado negocios con placer, pero Julia era más que placer. Era una locura. Una hermosa locura.

—Julia ha estado trabajando para que todo sea de tu completa satisfacción.

Nick la miró de manera dubitativa y eso terminó de enfurecerla. Tuvo que tragarse un par de insultos que tenía en la punta de la lengua, sabía que su mirada no se refería al trabajo. Irradiaba una tranquila arrogancia que combinada con su atractivo y su aura de poder, la hicieron estremecer y eso hizo que erigiera aún más sus defensas. Además, el hombre estaba de muerte lenta con un traje gris de rayas de fina factura que le sentaba a la perfección y corbata del color del vino.

—Tom —se levantó Julia—, si nos disculpa, como usted mismo dijo, tengo todo listo para empezar a trabajar. Se acercó a la puerta y en cuanto Nick se levantó, su mirada lo recorrió con mal humor.

—Perfecto, siga su rutina laboral. En cuanto más rápido termine, más rápido le dejaré en paz. ¿No es así Nick?

—Por supuesto... — pero la mirada que le regaló le dijo, ni lo sueñes.

Nick la observó con ganas de decirle algo, pero Julia se adelantó en sus pasos antes de que pudiera hacerlo.

Trabajo, consecución, meta, se repitió Julia furiosa. No quería verlo, hablar o tratar con él. Lo miró de reojo y lo vio caminando detrás de ella y tecleando algo en el móvil.

Al llegar a su oficina, una mujer grande, de accesorios llamativos, los recibió.

—Lucy — señaló Julia— ¿Ya están los profesionales reunidos?

—Sí, Julia, ya está todo listo.

—Gracias.

Nick señaló una puerta.

—¿Es tu despacho?

—Sí.

Julia lo invitó a seguir. La oficina era acogedora, daba al puente de la bahía, no era muy amplia pero sí confortable, con un par de pinturas de buena calidad, biblioteca, dos cómodas sillas enfrente del escritorio, donde reposaba un ordenador y algunos documentos.

—Hemos adelantado una cantidad de trabajo para que cuando tú vinieras, tuviéramos escogido el personal que con más urgencia necesitas.

Lucy se acercó y al cerrar la puerta le guiñó el ojo a Julia. Ésta no le prestó atención. La joven se sentó en su puesto y de reojo mientras tecleaba en el ordenador, observó que Nick se movía por el despacho, despacio, examinando el entorno. Se detuvo en una biblioteca que había detrás de él.

—¿Puedo? —preguntó Nick al levantar el portarretratos— ¿Quién es?

Julia se giró y vio que tenía el único portarretratos que ocupaba un lugar en la oficina.

—Mi sobrina Paola tiene año y medio.

—Es hermosa, como la tía.

Julia blanqueó los ojos. Consciente o inconsciente quería impresionar a Nick, que viera lo buena profesional que era y el éxito que tenía en su carrera. Llevaba días planeando la reunión, hasta el último detalle. No quería entrar en ámbitos personales.

—Nick, tengo el estudio de varios candidatos para los puestos de alto perfil y las jefaturas de departamento, me gustaría revisarlos contigo antes de reunirnos con mi equipo de trabajo que se está encargando de las otras plazas de trabajo.

—¿Qué me ofreces? —dijo con el inicio de una sensual sonrisa, que era la perdición de una cantidad de mujeres.

—Tres perfiles para gerente, cuatro perfiles para ingeniero de sistemas, dos para relacionista pública, tres para ingeniero de operaciones. No acordamos sobre el chef. Traté de comunicarme contigo para saber si tienes algún candidato especial o tendremos libertad para contratarlo y también a su personal, pero fue imposible localizarte. Además, tenemos dos administradoras hoteleras para el manejo de mercadeo.

—No te preocupes hay tiempo y sí, tengo un candidato; es un famoso chef de un hotel de Los Ángeles. Mañana en la mañana te aviso sobre la contratación del personal de cocina.

Ella asintió con un gesto.

—Se realizaron las pruebas psicotécnicas para estos profesionales, aquí está el informe de todos los candidatos para que los revise —le pasó un informe empastado—. También te lo envié al correo electrónico. En cuanto a puestos intermedios tendremos definidas las plazas la próxima semana. Vamos a la sala de reuniones.

Julia se levantó y camino delante de él, para dirigirse al salón de reuniones.

Nick admiró su precioso trasero enfundado en una falda que lo realzaba. Suspiró recordando el tacto, la turgencia y también, las caricias y el tiempo que le dedicó. Las piernas, eran hermosas, aun las recordaba alrededor de su cintu... una punzada en los testículos le hizo volver al presente ¡Ya contrólate! se reprendió. Iba ser un día muy largo.

Entraron al lugar. En la mesa de la sala se hallaban sentadas dos mujeres con sus ordenadores y varias carpetas a la mano.

—Señor De la Cruz —dijo Julia con mirada seria—, quiero presentarle a mi equipo de trabajo, Susan Pearson y Helen Parker.

Eran dos psicólogas, una de ellas, Susan, era bajita y rellenita de inteligentes ojos azules y cabello negro y Helen era una pelirroja de gafas, la típica chica de aspecto bohemio. Alta delgada con una falda que parecía salida de una comuna Hippie. Se estrecharon las manos y tomaron asiento. Nick lo hizo al lado de Julia, quería estar lo más cerca posible; le llegó el olor de su perfume y de pronto no le pareció tan buena idea. Se revolvió algo incómodo. Las profesionales le hicieron un informe detallado sobre lo que habían hecho y lo que esperaban.

Julia manejaba su equipo con firmeza y tomaba las últimas decisiones después de escuchar con atención las opiniones de cada profesional. A medida que transcurría la reunión se sintió orgulloso de ella, por su capacidad de trabajo y liderazgo. Ya tenían una buena cantidad de personal seleccionado para realizar exámenes y entrevistas. Se pusieron un plazo de quince días para tener la primera tanda de empleados lista. Nick se mimetizó en el ambiente, solo observaba.

—¿Quién se va a encargar de la inducción? Señor De la Cruz —preguntó Helen y volteó Julia a mirarlo.

Nick se sorprendió de que se dirigieran a él; Julia no lo había mirado en todo el proceso. No estaba acostumbrado a que lo ignorasen, estaba acostumbrado a otras reacciones, admiración, lascivia, envidia, pero

indiferencia no. Ella solo había hablado con Susan o con Helen. Se dio cuenta de que Julia le entregaba a Helen un papel con unos nombres, mientras le decía por lo bajo:

—Llámalas a ellas primero.

Nick dedujo de qué se trataba.

—Mi Gerente del hotel de Los Ángeles vendrá a encargarse de eso ¿Qué son esos nombres? —inquirió molesto. Se sintió como el niño de colegio al que no lo convidan a jugar en el recreo y decidía hacer algo al respecto.

—Los nombres de algunas candidatas para los empleos requeridos —contestó Julia de prisa y arrepintiéndose de haberle dado la lista a Helen en ese momento.

Lucy entró, llevaba una bandeja donde reposaban varias tazas de café y un vaso con agua.

—Me imagino que son de tu refugio —señaló Nick con cierto retintín, mientras sorbía el líquido oscuro y humeante.

—Sí —contestó Julia envarada enseguida.

—No tienes que ponerte a la defensiva; la firma tiene las puertas abiertas para las mujeres que son importantes para ti.

—Gracias, eres muy amable y lo tendré en cuenta — *“claro que lo tendré en cuenta”* caviló Julia satisfecha.

Vaya, vaya con la señorita Lowell, pensó él sorprendido, práctica, asertiva, estricta pero con un corazón de oro y una absoluta lealtad a sus convicciones. No le sorprendería que el viejo Gilford tuviera planes laborales para ella. Si pudiera la atraería a su negocio. Profesionales como ella escaseaban.

—Señor De la Cruz, deseo hablar con usted en mi oficina, vamos, por favor.

—Señoritas que estén bien. —Salió detrás de Julia, haciéndoles un guiño a las chicas que se despidieron con una sonrisa.

Julia llegó a la oficina, lo hizo entrar, le ofreció asiento y cerró la puerta de su despacho.

—Nick —dijo Julia mirándolo con seriedad.

En ese momento sonó el móvil.

—Discúlpame, por favor —alegó él con un gesto de la mano y dispuesto a contestar.

Nick soltó una risa a su interlocutor y Julia sin querer escuchó la

conversación mientras se sentaba y revisaba su propio móvil.

—Claro preciosa, allá estaré, no te preocupes —comentó en tono intimista y cariñoso.

Echó un vistazo a Julia y levantó una ceja al ver que tenía los nudillos blancos de aferrar el móvil.

—No, no, le llevaré conmigo —Nick sonrió—. Llegaré temprano, te lo prometo.

—No he tenido tiempo. —Otra risa tonta—. Discúlpame, cielo. Sí, lo sé.

—Te quiero, adiós. —colgó.

Julia se tensó, quería romper algo, lo miro con furia disimulada.

—Disculpa ¿decías? —Guardó el celular y volvió a lo que estaba, se sorprendió al observar el gesto de Julia y no sonrió porque, estaba seguro, lo sacaría del lugar a patadas. Tomó asiento.

—Quería decirte, que no es necesario que vengas más a las reuniones, son dispendiosas y como esta que viste van a ser las demás, no me gustaría quitarte tu valioso tiempo o que se resintiera la relación con tu noviecita. — Casi jadea con horror al percatarse del desliz. “¿Qué te pasa, Julia?”

La mirada de satisfacción de Nick no tenía precio.

—¿Celosa?

Julia estuvo a punto de perder los estribos, apretó los puños y se tragó la sarta de comentarios hirientes que pugnaron por salir.

—Ni en sueños.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa? —dijo mirándola sin pestañear.

—A mí no me preocupa nada.

Ella bajó la mirada y se concentró en una imagen que le mostraba el ordenador. Eran una serie de frases inspiradoras que tenía como protector de pantalla. La oración “*Que tu coraje sea mayor que tu miedo*”, se burló de ella.

—Te preocupa que acabemos llevándonos bien.

—No tengo problema en llevarme bien con los clientes de la empresa —respondió ella enseguida.

—Recuerda que yo soy el cliente y hago lo que quiero, no creo que al viejo Gilford le guste que me trates así, después de todo el dinero que le haré ganar.

Nick no se iba a dejar mangonear por Julia como le ocurría a todo el mundo.

—Sí, ya me doy cuenta que eres un malcriado, siempre consigues lo que quieres.

—No siempre. Hay cosas de las que he tenido que prescindir durante mucho tiempo. —Nick paseó la mirada por su boca.

Julia ya sabía que no estaban hablando del trabajo. La mirada depredadora y codiciosa la asustó. Se obligó a calmarse. La quería a ella. Las reuniones no le interesaban. Era un hombre muy ocupado y tendría cantidad de cosas que arreglar, no solo preocuparse por la última mucama o escoger el mejor botones. Algo raro sucedía. Julia estaba intrigada, no le gustaban los subterfugios, para ella o todo era blanco o negro. A él, tampoco le importaba el compromiso con Frank.

—Sea lo que sea, ya déjalo. Por lo visto, ambos tenemos compromisos.

Nick sonrió y emitió un sonido peculiar que se deslizó por la oficina hasta llegar a ella. Su cuerpo reaccionó a él sin ni siquiera tocarla.

—¿Estás muy colada por Frank?

—No voy a contestar a eso. Mi vida privada es mi vida privada.

—No es tan privada, si cualquier respiro de ustedes dos, sale en revistas y periódicos de tres al cuarto.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera después de la conversación con tu amiguita? —Julia quiso darse azotes al percatarse que cayó en el mismo juego de Nick y lo que eso significaba. Sus mejillas enrojecieron. Él sonreía. Deseó darle en la cabeza con algo.

—Es mi sobrina, va a cumplir cuatro años el domingo. Voy a Sacramento para su fiesta —contestó. *“Así que te importa lo que haga”* especuló Nick.

—No tienes que darme ningún tipo de explicaciones. —Nunca admitiría, ni bajo tortura, el alivio que sintió—. Y no te equivoques conmigo. Me he topado con clientes peores que tú y he salido bien librada. Si vamos a seguir trabajando juntos, debemos tocar solo temas de trabajo. No me obligues a tomar medidas.

—Que amable —contestó él.

Nick estudió a la mujer del otro lado del escritorio. Sus ojos dorados mostraban muchas cosas; frustración, ansiedad y aprensión. Quiso esquivar la distancia que los separaba, abrazarla y besarla, aliviar la incertidumbre oculta bajo su faceta de profesional. Pero ella no le pertenecía. Aún.

Le había hecho una advertencia; una queja de ella y podría ganarse una

demanda por acoso. No podría exponer su firma y su trabajo a un escándalo y tampoco podría ser sincero en sus motivaciones, no le creería. Al menos por hoy le daría algo de tranquilidad.

—No he querido ofenderte con mis comentarios, Julia. —Su levantó de la silla y se dirigió a la salida, puso la mano en el pomo—. No necesitas ponerte a la defensiva. Te respeto como profesional y como mujer. Pero te soy sincero, quiero acercarme a ti y el que va a tomar medidas soy yo. No vas a rehuirme. Hay un pasado entre nosotros sin resolver y ya es hora de que hagamos algo al respecto.

Julia se quedó mirándolo pasmada. Su pequeña rebelión había dado resultado, unos segundos.

—Espero que tengas un buen día.

Salió de la oficina y la dejó sumida en el desconcierto.

Capítulo XVII

El sábado en la mañana Julia se despertó más tarde lo normal, se vistió con unos vaqueros, una camiseta de tiras y unas sandalias de cuero de color negro, trabajó un rato en su ordenador, envió una serie de correos. Después, llamó a su casa y habló con sus padres.

Al medio día, se dirigió al refugio. El verano era el mismo todos los años, y sin embargo la asombraba, como si nunca hubiera un tiempo tan radiante como aquel. En cuanto abandonaba la arteria principal para desviarse por la carretera que la llevaba a la fundación, su corazón se henchía de orgullo por todo lo logrado. El progreso de años de trabajo por parte de Mary y un número de personas desinteresadas que donaban su tiempo para que las cosas funcionaran bien, era evidente. La construcción entraba dentro de la categoría de edificio verde, era un lugar que lograba integrar ecotecnologías y estrategias orientadas a la protección y cuidado del medio ambiente. Se caracterizaba por aprovechar la luz natural máximo, el uso racional del agua y la generación de su propia energía. Con jardines bien cuidados, el proyecto tenía ocho mil metros entre aulas, cafetería, oficinas administrativas, talleres productivos, sala cuna, zonas verdes y parqueaderos. Era una empresa social, manejada y administrada como cualquier compañía generadora de grandes utilidades, y que en este caso sus ganancias se medían por el impacto social.

Julia se dirigió a la oficina de Mary donde revisó algunos documentos. Salió del recinto para dirigirse a uno de los salones con unas bolsas de útiles, escuchó el rugido de una Harley y volteó a mirar ¡Oh mi Dios! Con expresión pasmada, se detuvo de pronto y apretó las bolsas a un costado. La emoción perturbadora que la asaltó tenía nombre propio. Dejó de respirar. Nick de la Cruz se quitó el casco y se bajó despacio de la moto con unos vaqueros gastados, sus botas y una chaqueta negra. No parecía el rudo hombre de negocios que ella conocía, este se parecía más al hombre que había sido en la universidad. Era la fantasía de cualquier mujer desde los doce años hasta los sesenta. Al verlo dirigirse a ella con una sonrisa ladeada y los ojos ocultos detrás de unas Ray-ban espejadas, se le aflojaron las rodillas y se le secó la garganta, no estaba preparada para verlo de nuevo. Nick no había vuelto a la

empresa desde su último encuentro y prefería que las cosas siguieran así. Pero una cosa era lo que ella deseaba y otra muy diferente lo que le presentaba la vida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cortante, contrariada porque se sentía mal arreglada y estaba segura que su rostro evidenciaba las ojeras de la falta de sueño de la noche anterior. Apenas se había maquillado, el cabello lucía una trenza apretada mientras que él, estaba para una sesión de modelaje. No era justo—. ¿Me estás siguiendo?

—Este es un país libre, preciosa, puedo ir dónde quiera —contestó Nick. No pensaba encontrarla y decidió aprovecharse de la coincidencia. Estaba molesta, sus ojos de la tonalidad del whisky, resultaban tan habladores y transparentes como sus palabras.

Tanta piel para besar, pensaba, al observarle los hombros descubiertos. Recordó la textura y el sabor de su piel en la parte de la unión con el cuello y cómo le encantaba mordisquear esa zona y dejarle algún morado. Le pertenecía a esta mujer. Si le hiciera caso a su instinto de supervivencia, debería estar a kilómetros de allí. No podía. Se acercó.

—Ven te ayudo —Agarró las bolsas.

Caminaron por un corredor de paredes vidriadas, por donde entraba la luz del sol, hasta llegar al área de salones.

—No te estoy siguiendo —soltó después de caminar un trecho en silencio—. Leí un artículo en una revista sobre las menciones que tiene esta construcción y pudo más mi curiosidad.

Lo que no le dijo era que él, era uno de los benefactores, ayudaba con una beca universitaria al mejor estudiante y daba una donación anual.

—Pues sí piensas ayudar eres bienvenido —contestó Julia con talante antipático, Nick deseó borrarle esa actitud a besos.

Al abrir el salón para dejar el par de paquetes se toparon con Mary que recibió a Nick como si el redentor crucificado hubiera atravesado la puerta. Algo raro en ella, que más bien era seca en su comportamiento. Lo llevó para que conociera las diferentes áreas y le explicaba el tema de ser una construcción auto sostenible.

Julia los seguía confundida. Sus preguntas eran pertinentes como si supiera del lugar y no como un simple curioso. Lo que no ocurría con Frank, que apenas le prestaba atención a la labor que ella realizaba allí y tuvo que reconocer que Nick mostraba verdadero interés por lo que allí se realizaba, no

lo hacía por contentar a alguien. Mary le comentó que esperaba que muchas de las jóvenes que se estaban preparando tuvieran una oportunidad en el nuevo hotel. En ese instante se le atravesó una chiquilla como de cinco años que chocó con él. Sujetaba un conejo con fuerza en su pecho.

—Hola preciosa —Nick la alzó y le sonrió, la pequeña le devolvió la sonrisa.

“Típico”, las conquista a todas por igual, pensó Julia resignada. La chiquilla empezó a hablarle en español.

—Pablo me quiere quitar a pecoso —decía y agitó el conejo frente a Nick.

—Consuelo, habla en inglés, por favor —dijo Mary a la chiquilla.

—No te preocupes la entiendo perfectamente. Dile a Pablo que no puede quitarte tu conejo porque yo no lo voy a dejar —pronunció las palabras en un tono cadencioso que se ganó a la chiquilla enseguida—. Consuelo, qué hermoso nombre.

Julia simulaba indiferencia pero no perdía detalle de la escena, la manera natural con que se relacionaba con la pequeña. La risa de Consuelo inocente y divertida la contagió y en un momento dado se llevó la mano a los labios para no delatarse. Poco entendía del idioma en el que charlaban pero su frecuencia de voz la llevó por el camino de las memorias. Recordó sin remedio, cuando en medio de la pasión le hablaba en el mismo idioma que le hablaba a Consuelo. Mortificada recordó el beso de días pasados y la manera en que le había respondido, como si no tuviera un anillo en su dedo.

Un chico de aproximadamente siete años irrumpió en el salón en el que estaban en ese instante y al ver a Consuelo en los brazos de un extraño, frunció el ceño.

—¿Quién es usted? —preguntó en español el chico sin asomo de pena.

Mary blanqueó los ojos.

—En inglés, por favor.

Nick soltó a Consuelo que se bajó reacia y le dio la mano al chico. Le preguntó por su familia y a que escuela iba.

—¿Mary, qué hacen los chicos que viven aquí durante el fin de semana?

—El sábado tienen diferentes actividades, pintura, música y deportes, pero el domingo comparten con sus madres o cuando viene algún voluntario juegan algún partido.

Nick se imaginó que el chico estaba aburrido y por eso molestaba a

Consuelo y lo convidó a jugar fútbol. Al chiquillo se le iluminó el rostro enseguida. Se encaminaron a la cancha y en menos de tres minutos había más de media docena de ellos. Los chicos hablaban a borbotones y se organizó el partido enseguida.

Julia dio media vuelta para dirigirse a la oficina pero la voz de Nick la dejó sembrada en su sitio.

—Ey ¿Adónde crees que vas?

—A la oficina, tengo que revisar unos documentos —contestó ella mirándolo de reojo.

—Quédate, por si necesitamos una enfermera —insistió Nick—. Esto se puede poner violento.

—Sí, sí, Julia quédate —dijeron varios chiquillos a la vez.

Se quedó y en segundos empezó a gozar con el espectáculo y las payasadas del hombre. Luego el encuentro se puso serio y le tocó sacar algunos pases de su época de universitario. Julia le hacía barra al equipo contrario de Nick. Al cabo de quince minutos, acabó el primer tiempo. Se acercó a ella y le pidió un botellín de agua.

Se mojó la cara y el cuello. Le molestaba sobremanera que el atractivo de Nick, aun después de tantos años, hiciera tanta mella en ella. Su cercanía tenía el poder de quitarle la respiración, se imaginaba acariciando cada milímetro de piel que había mojado el agua. Su barbilla sin afeitar le recordaba cuando la refregaba en su piel. La derretía y estaba metida en un gran problema, ya no era la muchachita que botaba la baba por él, pero extrañaba muchas cosas de esa época. Se reprendió por enésima vez y recordó que era una mujer adulta y comprometida.

—Estos chicos, nacen con un balón; o juegan muy bien o yo me estoy haciendo viejo —sentenció mientras se limpiaba el rostro con una toalla.

—Lo segundo —contestó, al tiempo que forzó una sonrisa—, esta noche te van a doler las articulaciones.

—Ja, ja, muy graciosa.

A Julia se le había soltado un mechón al lado de la cara. Nick estaba loco por colocarlo detrás de la oreja pero no se atrevió.

Fantaseaba que descubriría la verdad de lo ocurrido con Beth y que llegaba a buscarlo, le pedía perdón y lo besaba entre lágrimas. Siete años esperando el milagro que nunca llegó. Recordó los dos últimos encuentros y era consciente que se había pasado. Se había lanzado sobre ella sin importarle

nada, y hoy percibía un muro inmenso entre los dos y tenía la impresión que cualquier tipo de atención no sería bien recibida. Tendría que vestirse de paciencia para lidiar con el temple de esta mujer. Estaba más que preparado.

—Necesitan equipo, balones, la próxima semana las compraré —dijo dándole otro sorbo al agua.

—No hagas promesas que no puedas cumplir.

—¿Quién dice que no las voy a cumplir?

Lo enfadó que le negara la mirada y que no le dirigiese más la palabra, mientras les repartía agua a los pequeños, como si estuviera estampado en una pared. Sintió celos, celos de todo lo que rodeaba la vida de Julia, odió a Frank con renovada ira y le fastidió que fuera más amable con los pequeños que con él. Los aupó para iniciar el segundo tiempo. Antes de correr a la cancha Julia le habló:

—Gracias, significa mucho para nosotros.

Un calorcillo lo acompañó durante el resto del partido. Con que poco se conformaba, pensó mientras devolvía un pase.

Habían salido al patio algunas mamás a observar a sus hijos. La mamá de Pablo y Consuelo, una joven mexicana de no más de veinticinco años llamada Rosa, se acercó a Julia y con curiosidad, preguntó quién era el que jugaba con los chicos.

—Se llama Nicolás de la Cruz, es dueño del hotel dónde entrarás a trabajar.

—¡Vaya! —exclamó sorprendida— ¿Y qué hace aquí?

—Vino a ayudar, mira —dijo señalando al Pablo que, en ese momento, se dio palmas con Nick para celebrar una jugada.

—Se lleva bien con Pablo, no lo había visto tan contento desde que llegamos aquí —sentenció la mujer—. Parece un buen hombre.

—Lo es —cuando no te rompe el corazón, es totalmente adorable, pensó Julia.

Rosa miraba sonreír a su hijo, y se dijo que valía la pena todo lo que hacía por sus chicos para darles una mejor vida. Había escapado de una relación violenta hacía cinco meses, había llegado de Los Ángeles una mañana de finales de febrero. Se había enterado del refugio por una vecina amiga que la ayudó a contactarlos. El nombre del lugar: “*Empezar de nuevo*”, se ajustaba muy bien con el giro que deseaba darle a su vida. En el tiempo transcurrido, había aprendido a quererse a sí misma, a querer a sus

hijos sin rabia, a vislumbrar un buen futuro para su familia, no sería fácil, tenía miedo de fracasar, pero estaba segura que esas buenas personas la ayudarían a salir adelante.

Cuando terminó el partido, Julia invitó a los jugadores a tomar refrescos que había traído alguien en una nevera portátil.

Nick se acercó a Julia quien le presentó a Rosa, le comentó que dentro de poco sería su empleada.

—Voy a ser la mejor trabajadora.

—No me cabe la menor duda.

Siguieron hablando de la casa, de los chicos, de las terapias. Nick admiraba la labor no solo de Julia, sino de las demás personas y lo que habían logrado en esos años. No era una tarea fácil; para lidiar con esta problemática se necesitaba un corazón generoso, caritativo de material templado y firme. Deseó poder hacer más por esas mujeres y esos niños, solucionarles la vida de la mejor forma.

Apareció de repente una mujer de unos cuarenta años, alta, gruesa, rubia y de ojos claros, que miró a Nick de arriba abajo sin asomo de vergüenza.

—Vaya, vaya, pero que tenemos aquí.

Nick le regaló su sonrisa chulesca.

—Pam —se adelantó Julia—, déjame presentarte al señor Nicolás de la Cruz. Vino a ayudar hoy con los chicos.

—Mucho gusto soy Pam, ex residente y ahora voluntaria —dijo la mujer con orgullo.

El hombre levantó una ceja sorprendido, pues vio a una mujer muy bien vestida y elegante, que no parecía necesitar ningún tipo de ayuda.

—Sí, sé que no parezco el tipo de mujer que haya necesitado ayuda de este lugar alguna vez. Pero déjame decirte, que el maltrato se ve en todos los estratos económicos y en ambientes culturales y profesionales altos.

—Lo sé —fue la lacónica respuesta de Nick.

—Voy a la oficina un momento, te dejo en buenas manos —dijo Julia a Nick.

Se sentaron en un pequeño espacio donde había sillas forjadas en hierro y un jardín florido.

—El Cabrón de mi marido nunca me toco un pelo, era la amabilidad en persona, en apariencia claro, porque solía ser un manipulador psicológico de miedo. Tenía trastornos de personalidad, podía insultarte durante horas, si

habías dejado las toallas de baño mal alineadas —la mirada de Pam se ensombreció ante el recuerdo.

—Lo siento —Nick no sabía que más decir.

—Él pensaba que su dinero me mantendría a su lado. Un día era un encanto, otro día encontraba la cocina totalmente revuelta porque no había encontrado unas galletas en el lugar que les correspondía. Me tomaba el tiempo que demoraba en arreglar todo de nuevo. Eso me enfermó de los nervios, no sabía con qué rostro iba a llegar a casa —suspiró resignada—. Gracias a Dios no tuvimos hijos.

—Debe ser muy duro pasar por eso, pero lo debe ser más el tratar de salir.

—Sí, imagínate que tomaba la medida de la distancia entre una camisa y otra, si me pasaba un centímetro, un mísero centímetro, me amanecía arreglando todos los clósets y él detrás vigilando y dando cantaleta.

—¿Cómo lograste salir de esa situación?

A Nick le cayó muy bien Pam, era una mujer muy alegre a pesar de su situación.

—Un día dije no más. Tenía mi autoestima por el piso, no podía tomar la más mínima decisión, ¿Sabes? —lo miro pensativa— Los golpes físicos se curan, las palabras hirientes quedan para siempre y eso lo sabe el maltratador verbal, sabe que sus palabras tienen el poder de herirte más que la tunda más grande, por eso a veces, para nosotras es más difícil salir del círculo de violencia psicológica.

—Te entiendo y créeme que lo siento mucho.

—Oh, no lo sientas, estamos trabajando en ello, es difícil no te lo niego. A veces es más fácil creer los comentarios malos que los buenos— con una mirada de agradecimiento al lugar dijo—: Julia y los demás han sido verdaderos ángeles en nuestras vidas.

Entraron en la edificación. Consuelo corrió con sus pequeños brazos abiertos hacia él; Nick la alzó y le dio vueltas. Con ella en brazos se despidió de Pam y se fue a buscar a Julia. La encontró en una oficina, frente a un ordenador.

—¿Qué haces? —preguntó curioso.

—Revisando una charla que va a dar Pam la semana que viene en Seattle —contestó Julia con aparente distracción y con una punzada de celos al ver a Consuelo tan bien acomodada.

—¿Para quién?

—Para unas chicas de universidad estudiantes de trabajo social.

—Vaya, admirable la labor que ustedes desempeñan, me quedo sin palabras, ante todo esto. —La miró con ternura y con respeto.

—Gracias —Julia le sonrió.

—¿Por qué no te dedicas de lleno al refugio?

—Porque tengo cuentas que pagar y por más próspero que veas el lugar no puede permitirse un salario como el que tengo en Gilford.

Nick creía que sí, pediría un informe completo. En ese momento entró Rosa que se llevó a Consuelo a que tomara una siesta.

—En un tiempo podré hacerlo —Se tocó el anillo de compromiso.

Los ojos de Nick brillaron de rabia.

—Cuando te cases.

Julia lo retó con la mirada. Titubeó un poco y Nick tuvo la sensación de que dudaba sobre la respuesta que debía darle.

—¿Tú crees que un hombre como Frank tan pagado de sí mismo te permita dedicarte de lleno a esta labor?

Julia lo miró furiosa.

—No lo conoces y parece que tampoco a mí.

—Tienes razón en parte, a él poco lo conozco. Sé que es un pomposo que cree que un apellido lo es todo. A ti... —se levantó y apoyó ambas manos en el escritorio y acercó su rostro al de ella. Soltó una sonrisa irónica y con voz letal le dijo—: Te conozco muy bien. He estado dentro de ti, lo que equivale al cielo, recuerdo tu olor y tu cara al alcanzar el orgasmo. He estado sin ti, en el maldito infierno.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa forma? —Julia levantó la mirada incapaz de moverse, como si hubiera caído bajo un influjo— ¿En serio crees que me conoces?

Nick colocó ambas manos a lado y lado de la silla, el escritorio era angosto y él era grande. Pegó su rostro al de ella. Su aliento le rozaba la cara. Julia podía sentir su energía, el calor que desprendía su respiración y el fuego de su furiosa mirada. Se planteó la idea de empujar la silla hacia atrás, aunque Nick era más grande, podría quitárselo de encima sin problemas.

—Apártate.

Nick negó con un gesto de la cabeza.

—Recuerdo todo, chica *Berkeley*. Tu amor por el chocolate, la manera

en que dormías, tus nervios antes de presentar alguna exposición o examen. Lo mal que cantabas y los deliciosos desayunos que preparabas cuando nos quedábamos en la ciudad algún fin de semana.

—¿Cómo te atreves a hacerme esto? —dijo ella desconcertada y sofrenando el llanto que pugnaba por salir. Ni loca le daría el gusto. Necesitaba llenarse de ira—. Me parece perfecto que te acuerdes, te felicito. Pero eso no cambia que también recuerde que te encontré en la cama con una mujer que además, me detestaba.

Nick se estiró de pronto. Como si hubiera acabado de abofetearlo.

—Me preguntaba cuanto tiempo tardarías en sacar el tema.

—Para todo lo que estas intentando hacer, me parece importante. No eres un hombre confiable. No creas que voy a creer ahora todo lo que me digas —Se levantó como un resorte a enfrentarlo y le pinchó el pecho con el dedo—. No tienes idea de lo que pasé por tu culpa. Sentí que el mundo se desmoronaba y pasó mucho, mucho tiempo para que dejara de dormirme llorando. Yo te amaba Nick, no tienes idea de cuánto y me costó lo mío recuperarme.

—Nunca me acosté con Beth, esa pécora nos tendió una trampa.

—No te estoy haciendo ningún reclamo. No me interesa, Nick. Estoy en una relación y te quiero lejos de mi vida —dijo Julia que tomó de nuevo asiento.

—¡No voy a salir de tu vida!

—¿Por qué no me buscaste antes? —preguntó en el mismo tono.

Nick se mecía el cabello con gesto desesperado. Soltó un gemido mental.

—¡Porque te odiaba! —escuchó un resoplido de indignación—. Odiaba lo que nos hiciste. Odiaba el pensar que estabas con otro.

—Estoy con otro ¿Qué ha cambiado ahora?

—¡Porque te vi en una maldita revista con Frank! —contestó él enseguida—. Y desde ese instante me importó un bledo con quien estabas. Todo empezó de nuevo y aquí estoy.

—Claro y como me viste feliz y enamorada dijiste, vamos a amargarle la vida a Julia Lowell.

Nick soltó una carcajada con tinte burlón.

—Respondiste a mi beso en el museo, no creo que estés muy feliz y enamorada.

—¿Por qué me haces esto?

—Hay algo entre nosotros Julia, aunque intentes negarlo.

El rostro de Julia era una ventana a sus sentimientos. Escepticismo, remordimiento, tristeza. Nick se acercó despacio y en la misma posición de antes de la discusión; trajo su rostro al de ella sin tocarla siquiera, acercó los labios y luego los apartó, el gesto confuso de ella se lo dijo todo.

Nick llevó su nariz al hueco del cuello. Ni siquiera la rozó.

—Recuerdo esta parte, otra de mis favoritas, tu olor y la suavidad.

A Julia se le detuvieron los latidos y la respiración al reconocer lo mucho que deseaba ser acariciada y besada por Nick. Percibía los labios, el aliento y la piel a milímetros de su rostro y tuvo que clavar los dedos en la silla para no aferrarlo a ella y besarlo. La modulación, el tono y la frecuencia de voz le erizaban la piel. Como pudo tomó aire y lo fue soltando despacio.

—Apártate Nick.

—¿Por qué?

—No puedo darte lo que me pides.

Nick se enderezó y con los ojos fijos en ella, se tomó su tiempo para contestar.

—Ya lo creo que sí, chica *Berkeley*.

Capítulo XVIII

—Hola preciosa, mira cómo te volvió Hércules ¿Dónde estabas metido eh? —preguntó su madre al perro mientras se acercaba a Julia y veía el estropicio ocasionado en la parte delantera de la blusa, culpa del saludo del animal, que a pesar de los años se mantenía ágil.

—Hola mamá.

Liz, reciprocó el saludo con un abrazo y un beso y siguió hablando de la mascota y sus últimas travesuras. A sus cincuenta y cuatro años seguía siendo una mujer hermosa y elegante, que gobernaba a su familia con guante de seda y mano de hierro.

—No sé de dónde tu padre sacó ese nombre para el perro —comentaba mientras acariciaba al animal—. Caramelo le habría quedado mucho mejor con lo cariñoso y juguetón que es. Hércules parece nombre de perro guardián y este de guardián no tiene nada. Si entraran los ladrones, les batiría la cola y los llevaría directo a la plata —¿Cómo vas nena? ¿Qué tal la oficina?

Julia sonrió.

—El trabajo está bien mamá, gracias.

—Tus hermanos ya están en el patio. —La tomó de la cintura y entraron a la cocina. La estancia más importante del hogar Lowell.

—Llegas algo tarde —tronó la voz de su padre que adobaba una carne en el mesón de la cocina—. Te toca la ensalada.

—Huy, yo también, te quiero —contestó Julia y le robó un beso que hizo sonreír al patriarca de la familia.

—Liz, sabes que en mi casa nunca habría aceptado un perro con nombre de marica. Además, creo que lo subestimás. —Había escuchado los comentarios de Liz.

La sonrisa le curvó de nuevo los labios. Estaba de vuelta. Era domingo de barbacoa. Se acercó al lavaplatos, se lavó las manos, fue a la nevera y sacó los vegetales que puso en el mesón, al frente de unos cuencos ya dispuestos y la tabla de picar.

Julia adoraba el ambiente de la cocina de su hogar. Era el único lugar que se había quedado detenido en el tiempo, había una isla de baldosa en

colores vivos y muebles de madera oscura, una ventana por donde se veía el patio, adornada con una cortina blanca con aplicaciones de manzanas y otras frutas. Un par de macetas sembradas con orégano y laurel en el medio. Estantes con los diferentes frascos de especias, las cestas con frutas frescas. El olor a cebolla se mezclaba con el de la carne y demás aliños. Por primera vez en la semana respiró tranquila y feliz.

Charlaron de trivialidades, mientras Julia partía pedazos de lechuga y Liz se afanaba con la bebida.

Julia sabía que su mamá no demoraba en hacer la pregunta que efectivamente siguió.

—¿Ya tienen fecha?

—No mamá, aún no —contestó Julia, con voz tensa que enseguida alertó a Raúl.

—¿Cuándo llega Frank?

—La próxima semana.

—Hija si deseas una boda por todo lo alto, tienen que definir fecha, hay mucho trabajo por delante.

—Liz deja a la chica en paz, no hace ni cinco minutos llegó —interrumpió su padre—. Esa cantidad es suficiente, hija. Vamos al patio antes de que tus hermanos hagan desastres con mi barbacoa nueva.

Liz siguió detrás de ellos con una bandeja donde reposaba una jarra de cristal con una deliciosa sangría y unos vasos.

Julia no quería evidenciar el sinsabor que hacía varios días la asaltaba, percibía que había llegado a una encrucijada. Se sentía emocional, sensible ¿Qué diablos le pasaba? No podría confesarle a su madre las dudas que la asaltaban respecto a su relación con Frank por la vuelta de Nick.

Se reprendió por tonta y se dijo que lo único que necesitaba era un día en el Spa o una noche de juerga con sus amigas.

—Hola mocosa —dijo Steve su hermano menor, apretándole la nariz, con ánimo de juego y provocación.

Julia lo abrazó. Steve era el sueño de toda chica, alto, delgado, con una bella sonrisa y los ojos verdes, sello heredado de su madre. Tenía un balón en la mano, que Julia le arrebató enseguida. Steve fue detrás de ella y tiró del balón que fue a dar a la cabeza de Greg, el esposo de Maggie la hermana mayor de Julia.

—Chicos ustedes no maduran, parecen bebés —reclamó Maggie.

Greg confiscó el balón a sus pies y los miró retador a ver quién se iba a atrever a acercarse. Los hermanos no le prestaron atención.

—No, lo que pasa es tú naciste ya hecha una viejita —dijo Steve.

—Ninguna viejita acuérdate, cuando te puse los tacones de mamá y te hicimos desfilar en el patio ante las hermanas Potter, o cuando te pinté los párpados con esmalte de uñas color rosado pensando que eran sombras.

Julia y Maggie soltaron la carcajada.

—¡No sé cómo no fueron a la correccional por eso! Solo tenía cinco años —Steve las miraba con gesto reprobatorio y a la vez divertido.

—No fue necesario, querido —soltó Julia enseguida—, con el castigo de mamá fue suficiente.

—El que ríe de últimas, ríe mejor. Mi venganza llegó para cada una de ustedes. Aunque años después.

Steve y Julia se reían al recordar como Maggie les tuvo que pagar la mesada de un mes porque la encontraron besándose con un chico de la escuela cuando tenía trece años y no quería que sus papás lo supieran. El chico tenía quince años, a Liz y Raúl no les haría ninguna gracia que mientras estaban en cine; Maggie traía el personaje a la casa para meterle la lengua en la garganta, como decía Steve cuando la chantajeaba. La historia no terminó muy bien para ellos porque Maggie se sinceró con Liz. Recibió un regaño y una charla sobre sexualidad. Pero a ellos los dejó un mes sin salir y los conminó a devolver el dinero y la venganza a Julia ya ni se acordaba cuál fue, pues fueron tantos los conflictos a lo largo de la niñez y adolescencia.

—Vamos a alistar la barbacoa —exclamó Raúl—. Steve trae unas cervezas del congelador. Maggie ve y ayuda a tu madre con las patatas. Greg me ayudará con el asado.

Y así, como un general ordenando a sus tropas, todos fueron a cumplir sus deberes.

Greg el esposo de Maggie, se acercó y la besó en la mejilla. Era un atractivo hombre de treinta y cinco años, contextura mediana, ojos claros y sonrisa bonachona, amaba a Maggie profundamente y a la pequeña Paola, la hija de ambos, que era la adoración de Julia. La niña estaba en el corral haciendo la siesta a la sombra de un árbol. Julia se aproximó y la observó dormir, esos eran los momentos en los que deseaba establecerse, fundar su propia familia. Paola era una preciosura de bucles rubios y saludables cachetes rosados, con brazos regordetes; su sueño era tranquilo, parecía un

ángel, pero cuando estaba despierta, era otro cantar, salía a relucir el temperamento fuerte de las mujeres de la familia. Le envió un beso al aire. No quería despertarla. Al levantar la mirada observó a Liz y Maggie que se afanaban alistando la mesa, su madre alisaba el mantel y Maggie ponía la bandeja de patatas humeantes; con las cabezas juntas, reían de algo que dijo Greg. Parecían dos gotas de agua, una la versión más joven de la otra, eran muy amigas, Julia a veces resentía ese hecho.

La adoración de Julia era su padre. Se acercó a él, le acarició el pelo entrecano negro, él, le devolvió una sonrisa con ojos del color del café. Era alto y se conservaba muy bien, jugaba golf todos los días.

—Oye mamá ¿dónde está la abuela? — preguntó Steve, con fingido tono de seriedad.

Liz se envaró enseguida y escrutó la expresión de su hijo. No la engañaba.

—Me dijo que les diera todo su amor y sus besos, que los vería pronto, tenía un compromiso en el centro de la ciudad —concluyó Liz con algo de reprobación. Su madre con setenta y cuatro años, disfrutaba de la vida y de los hombres como si tuviera veinte. Después de tres matrimonios, aún creía en el amor como una adolescente y eso Liz no lo podía superar.

Liz era una mujer con los pies bien puestos sobre la tierra, a veces parecía la mamá de su mamá, pero todos adoraban a Elizabeth y se divertían con sus excentricidades. Con una posición económica desahogada, gracias a sus tres matrimonios, disfrutaba de la vida, de los viajes y de su familia. Y tenía una frase que era un dogma en su existencia: “Cerrarle la puerta en las narices al amor, trae mala suerte”.

—Bien por la abuela —soltó Steve que reía sin mirar a su madre. Liz dejó de hacer lo que estaba haciendo para mirarlo con gesto ceñudo—. A lo mejor, pronto nos trae el cuarto marido.

Todos rieron con disimulo. Raúl la miró con cariño y con un gesto de “No te preocupes por nada” pero remató la faena con un comentario irónico.

—Sería fabuloso —dijo—, tendrías una boda que preparar y podrías dejar a Julia tranquila un tiempo.

—Está bien —contestó Liz al tiempo, que soltó los cubiertos con brusquedad en la mesa—, ríanse lo que quieran, ella al fin y al cabo puede hacer lo que le dé la gana.

De todas maneras, Liz la defendía, era su madre al fin y al cabo. Aunque

no estaba de acuerdo con su comportamiento, no podía hacer nada al respecto.

—Mamá es broma, sabes que adoro a mi abuela —respondió Steve apenado a medias.

Se sentaron a la mesa, abrieron una botella de vino y en un ambiente distendido, bromearon durante toda la comida, se contaron lo importante de la semana, chismearon de otras personas. Mientras Raúl ponía los pedazos de carne en los platos.

—Delicioso, papi —dijo Julia mientras partía el segundo pedazo de la tierna porción—. Podrías poner un restaurante, ya que te retiraste, te iría muy bien.

—Ni lo sueñes, mi marido trabajó muchos años, ahora quiero su atención, en un mes viajaremos a Tahití.

—Es válido —contestó Julia, que no dejaba de saborear la comida.

Al momento del postre, un cheese-cake de manzana, producción de alguna pastelería local. Maggie y Greg dieron la noticia de que serían padres por segunda vez. Estaban exultantes. Paola escogió ese preciso momento para salir de las brumas del sueño, dejaba en evidencia que su próximo hermano, no le usurparía la atención de la que gozaba. Julia la sacó del corral y en medio de mimos la sentó y le dio el almuerzo que Maggie ya le había preparado. Raúl fue por su mejor champaña para brindar por el nuevo miembro de la familia. Liz miraba a Julia como diciéndole ¿bueno y tu cuándo? Julia se hizo la desentendida pero le dolía un poco, el que su madre no entendiera que ellas eran diferentes y que nunca tendría hijos cortados por el mismo patrón.

Al transcurrir la comida, Julia y su padre fueron a pasear con Hércules. Tomaron un camino que los llevaba a un bosque de secuoyas y pinos que quedaba detrás de la casa. Al estar lejos de la carretera, Raúl le soltó la correa al perro, y este, ni corto ni perezoso, salió a correr por el lugar. Julia levantó un pedazo de rama gruesa y la tiró lejos. Hércules sin falta la agarró y la llevó a los pies de ella.

Raúl observaba a su hija con ternura pero a él no lo engañaba, algo le sucedía. Jugó un buen rato con el perro, mientras él, le relataba el último torneo de golf. Ya de vuelta a la casa Raúl le pasó el brazo por los hombros.

—Hija no te sientas presionada por tu madre en cuanto a formar tu propia familia ¿Cómo están las cosas con Frank?

—Nick volvió.

Raúl levantó las cejas sorprendido.

—No fue eso lo que te pregunté.

Julia le contó lo ocurrido la semana anterior, menos lo del beso.

Raúl silbó por lo bajo.

—Frank está de viaje.

—Entiendo ¿Le has preguntado a Nick por qué volvió a ponerse en contacto contigo?

Julia lo observó con un gesto de frustración.

—No sé qué quiere, me imagino que volverme loca.

—Estuviste muy enamorada de él. No digo que no quieras a Frank, pero tu rostro cuando mirabas a ese joven, no tenía precio. Nunca volviste a mirar a ningún hombre así, bueno, de los pocos que conocí. ¿Y eso hará alguna diferencia ahora que estás con Frank?

—Por supuesto que no. Solo que no deseo verlo más.

—Pues díselo.

—Es testarudo.

—¿Y si no ha podido olvidarte?

Julia resopló furiosa.

—No creo que haya estado enamorado de mí todos estos años. — Recordó sus palabras del día anterior.

—Hija, discúlpame si lo que te voy a decir te crea más inquietud, pero como tu padre, es mi deber darte luces cuando lo necesites. El solo hecho de que me estés contando esto, es porque te afecta y mucho, ten cuidado ¿Y si no lo has olvidado?

—¡Por Dios, papá! No puedo creer que me estés diciendo esto, lo odiaste a muerte cuando pasó aquello.

—No está entre mis personas favoritas. Eres una mujer valiosa, necesitas a tu lado un hombre especial, no quiero verte casada con cualquier mentecato por más dinero o apellidos que tenga o porque te sientas presionada. Pero ya eres una mujer hecha y derecha y si Frank te hace feliz, Nick se retirará pronto. Por lo que me cuentas, no creo que sea un hombre de librar batallas perdidas.

—Es un hombre intransigente y me hizo mucho daño.

—Eran muy jóvenes. Ya sea con Frank o con Nick o con Periquito de los Palotes, no debes cerrarte a vivir tu vida a plenitud. El amor es una de las

vivencias más importantes de la vida. No debes dejar que el miedo te atrape. La vida es eso, vida, para gozarla, sufrirla, abrazarla, llorarla. No te encierres, rompe algunas reglas, haz alguna travesura.

—¿Me estás insinuando que tenga una aventura con Nick?

—No. Solo quiero volver a ver esa expresión de enamorada de nuevo en tu rostro.

El lunes siguiente Nick no apareció, ni llamó. El martes tampoco. Julia se decía que debía respirar tranquila, a lo mejor había entrado en razón y supiera que lo mejor era darle su espacio. Le había permitido tomar distancia. Pero que va, el daño ya estaba hecho. No quería admitir que se sentía decepcionada, que deseaba volverlo a ver. Quiso llamar a Lori y preguntar por él, pero pudo más el orgullo. Además, tenía gran cantidad de trabajo; tampoco era para lamentarse, no tenía tiempo.

El miércoles apareció sorprendentemente a las once y treinta de la mañana.

No quería recibirlo, pero por el bien de la empresa debía hacerlo.

La saludó efusivo e invadió el espacio como una tromba.

Julia contestó el saludo con el corazón a mil y maldijo a Lucy por no avisar de su llegada, pero recordó que la había enviado a buscar unos papeles a la oficina de archivo.

La oficina se hacía pequeña con él adentro, pensó Julia.

En ese momento entró Helen con una carpeta para firmar. Se disculpó por la intrusión y ya volvía en sus pasos cuando Julia le pidió que siguiera. La presencia de la mujer le serviría para calmar el tamborileo de su corazón y le permitiría aclarar la garganta. Mientras examinaba los documentos, escuchaba a Nick hablar con ella y relegada detrás del escritorio lo observaba de reojo. Su vestuario era de gran calidad, ya lo había detallado en los encuentros anteriores y que guapo estaba, el corte del traje azul oscuro resaltaba su esbelta figura, y en ese momento recordó la intimidad compartida con él. Espantó sus pensamientos sonrojada, al percibir la punzada de deseo que la acometió. Le gustó el tono de la corbata gris con puntos amarillos y el contraste con la camisa blanca. Era un hombre que estaba cómodo con su cuerpo. Minutos después, Julia le devolvió los papeles a la chica, que entre

sonrisas nerviosas, abandonó la oficina.

—Siento no haber podido venir antes, pero negocios urgentes me retuvieron en Los Ángeles. —No le pasó desapercibido el escrutinio que Julia le dedicó.

—No te preocupes hemos estado trabajando muy bien sin ti, el viernes vas a tener el resto del personal listo.

—Vaya, muchas gracias. —La observaba y no sabía dilucidar su talante, parecía molesta por algo—. ¿Estás molesta por mi presencia o por mi ausencia?

El gesto irónico que le dedicó casi le hace soltar la risa.

—No estoy molesta. Sí pensabas no estar más en las reuniones me hubieras avisado, es una desconsideración para conmigo y mi equipo de trabajo. Pudimos habernos atrasado.

—Por la forma como me trataste el día de la reunión pensé que sobraba. Tú misma me dijiste que no había necesidad de estar aquí todo el tiempo. Si hubiera sabido que tenías tantas ganas de verme. Créeme, nadie me habría movido de aquí.

A lo que Julia furiosa replicó:

—No te hagas ilusiones. Yo sé lo que dije, pero me hubiera gustado tener una confirmación de tu parte de que no vendrías más. —“*Y no hubiera estado todo el día como una tonta pendiente de la puerta y el teléfono*” pensó Julia—. Ha sido poco profesional de tu parte.

—Mil disculpas, déjame hacer algo para resarcirte —dijo Nick con una sonrisa de oreja a oreja y sorprendido por los reclamos de Julia.

—No hay necesidad de hacer nada, no te preocupes.

—Ya lo creo que sí. Vamos, quiero mostrarte el hotel y que me des tu opinión.

Julia lo miró confusa y él quiso devorarle los labios pintados de forma suave e imagino esa boca en ciertas partes. Estaba hermosa, con un vestido entallado color verde botella, sin mangas que resaltaba el color de la piel y el tono de los ojos.

—Pero estoy en medio del trabajo, no puedo salir corriendo.

—Tómalo como parte de tu labor, debes saber dónde ubicas tu personal —contestó de forma pícaro.

Se percató de la lucha interna de Julia, disfrutaba viendo la querella que libraba en su interior.

—Está bien, vamos.

La observó ponerse una chaqueta de flores a tono con el vestido, agarró el bolso y caminó delante de él. Tenía el cabello recogido en un apretado moño en lo alto de la cabeza. Amaba la vulnerabilidad escondida en su imagen de mujer dura. La ternura lo embargó al percatarse que Julia Lowell nunca podría ser dura aunque lo intentara cien años. Contenida sí, y sexy como el infierno.

El hotel estaba ubicado en pleno centro histórico de San Francisco, a una cuadra de Unión Square, cerca del Museo de Arte Moderno y a pocos metros de Chinatown. Era un edificio construido a principios del siglo veinte, totalmente remodelado y conservaba su estilo original que iba con la arquitectura del sector. El vestíbulo era elegante con columnas de mármol, arañas de cristal, y techos dorados que conducía a una galería de tiendas. Los locales estaban arrendados a boutiques de marcas exclusivas y se veía gente dentro de ellos tomando medidas y adecuando los espacios. Cuatro salones de eventos, restaurante, y las habitaciones con la misma decoración del resto del hotel, pero con todas las comodidades modernas. Era un imponente lugar, capaz de satisfacer las exigencias de clientes de todo el mundo. Julia se sintió orgullosa de lo que había logrado Nick y un calor que reconoció como admiración y orgullo se le instaló en el pecho. Éste le iba explicando todo lo concerniente a la remodelación, los problemas que habían tenido y cómo lograron sortearlos. Varios empleados llegaban a él con inquietudes y asuntos por resolver, a Julia le encantaba su don de mando, la firmeza y el carácter con que trataba su gente. ¡Dios! este hombre era todo un huracán.

—Es hermoso Nick, te felicito.

—Gracias. Me alegra que sea de tu gusto.

Salieron del hotel, al divisar el auto pensó, que se dirigían a la oficina de nuevo. Nick hizo una llamada por su móvil.

—Te invito a almorzar —dijo, animado de ver la reacción de Julia a su trabajo y enseguida tecleó algo en el aparato.

—No es necesario. —Era mejor dejarlo así y mantener las distancias, su cercanía causaba estragos a su alma.

—Vamos, chica *Berkeley*, tienes que alimentarte.

A Julia se le arrugaba el corazón cada vez que Nick le decía chica Berkeley. Observó el reloj, era más de medio día, podría estar en la oficina a las dos.

—Está bien.

Nick no le respondió. La invitó a subir al auto en cuanto este se estacionó en la entrada del hotel. El chofer abrió la puerta y se acomodaron.

—Matt, al helipuerto Golden Gate, por favor.

Julia lo miró boquiabierta. Las campanas de alarma tintinearón en su cabeza.

—¿Qué? ¿A dónde pretendes llevarme? Nick tengo trabajo, en serio.

—Ya te escuché, prometo que no demoraremos. Es una simple salida a almorzar.

—Nick, quiero que nuestra relación sea estrictamente de negocios, estoy cansada de repetírtelo cada vez que nos vemos y parece que no quieres escuchar.

—Esto ya no tiene que ver con los negocios. —Sacudió la cabeza y sonrió—. Te has vuelto una mujer miedosa ¿Tienes miedo a volar?

—No le tengo miedo a las alturas— contestó con furia.

—¿Me tienes miedo?

Julia se sentía como en uno de esos malditos programas de *National Geographic*, que tanto gustaban a su padre. Nick le recordaba a un depredador dispuesto a darse un festín. El animal acechaba a la presa hasta que con el poder de los gestos y miradas la inmovilizaba.

—Nunca.

—¿Entonces?

—Oh, diablos. Está bien ¿Me vas a decir por lo menos a dónde vamos?

—Napa.

Capítulo XIX

Julia dejó de respirar y observó a Nick con ojos entrecerrados. Era un hombre que estaba en su elemento, la arrogancia y la seguridad con que enfrentaba los retos, jugaba un papel fundamental en lograr ser el hombre que era. No estaba acostumbrado a recibir negativas. Una parte de ella se rebelaba ante las imposiciones de Nick pero por otro lado, deseaba disfrutar de ese momento. Con una sonrisa nerviosa, se dedicó a testear con Lori por *whatsapp*.

“¿A que no adivinas para dónde voy?”

Segundos después.

“¿Para dónde? Déjame adivinar, la cabaña de Frank en Santa Bárbara, el lugar de los ricos aburridos y de los ancianos.”

“Helado, helado.”

“????”

“Nick de la Cruz, Napa.”

“¡¡OMG!! Emoticones sorprendidos. Julia, hay algo que no te he contado.”

“Cuenta.”

Nick la miró curioso.

—¿Estás pidiendo permiso para ausentarte? —Nick frunció el entrecejo
— ¿A tu jefe o a tu querido Frank?

Julia lo miró exasperada.

—No es de tu incumbencia.

—Mis disculpas.

El teléfono volvió a vibrar.

“Hace un par de meses, me encontré con Beth en casa de mis padres, se casó y tiene dos hijos, creo.”

“????”

Julia se tensó al leer el nombre.

“Está muy cambiada. Me comentó algo que me dejó pensando. Me preguntó por ti, y me dijo que si había una persona a la que tenía que pedir perdón era a ti.”

Julia resopló. Lo que hizo que se ganara otra mirada curiosa de Nick. Testeó veloz.

“Que se meta sus disculpas por donde mejor le quepan.”

“En serio, me dijo que los había engañado a los dos, pero no pudimos seguir hablando más, los chiquillos y su esposo nos interrumpieron.”

“¿Por qué no me lo dijiste antes? Y no cuando me voy a montar en un jodido helicóptero con él.”

“¡¡¡Helicóptero!!!” Emoticones variados.

“Intenté decírtelo en la cena de días pasados y no me dejaste hablar ¿Recuerdas?” “No te lo dije antes porque Nick no estaba en el panorama y estás comprometida con tu alma gemela”

“Que conveniente.”

“¿Qué quieres decir?”

Julia miró de reojo a Nick que estaba concentrado en su iPhone.

“Piensas que le debo dar la patada a Frank y lanzarme a la cama de Nick. Deja de leer tanta novela romántica Lori, en serio.”

“¡No estoy diciendo eso! ¿Qué te pasa? Y yo leo lo que me da la gana”

Julia podía adivinar el gesto de Lori al escribir la respuesta.

“Es lo que piensas. Además, ese comentario llega muy tarde”.

“¿Si? ¿Qué hubieras hecho de haberlo sabido hace dos meses?”

Julia frunció el ceño y suspiró.

“Nada.” “Emotición furioso.”

Julia guardó el móvil en el bolso. Quedó atontada por la declaración de Lori. Que pésimo momento había escogido Lori para relatarle aquello.

—¿Estás bien? —preguntó Nick.

—Sí. —contestó ella, al ver que faltaba poco para llegar al aeropuerto.

—¿Seguro? Parece que hubieras recibido una mala noticia.

—En serio, estoy bien.

Trató de sonreír, sin lograrlo. Nick frunció el ceño.

En minutos llegaron al aeropuerto de San Francisco y se dirigieron hasta el hangar de la empresa de helicópteros. El chofer aparcó, salió, abrió la puerta del lado de Julia y la ayudó a bajar. Nick se acercó a ella y la tomó del brazo.

—Vamos.

El día era espectacular, cielo azul con ausencia de nubes y la temperatura típica de la estación.

Llegaron al helicóptero, era un aparato mediano de cuatro sillas. El piloto los saludó con afabilidad. Nick ayudó a acomodar a Julia en una de las sillas, le ató el cinturón. En un gesto, que Julia supo, fue deliberado le rozó las rodillas, se estremeció enseguida. La sonrisa taimada del hombre ante la respuesta de ella, lo confirmó. Se incorporó y con gesto inescrutable dio la vuelta y se acomodó al lado del piloto.

—Ponte los auriculares —dijo antes de seguir él, el mismo protocolo que había utilizado con ella.

El piloto recibió la autorización para iniciar el recorrido e intercambió información con la torre de control. En minutos surcaron el aire. A los lejos observaba el Golden Gate y como desaparecía la ciudad. Nick y el piloto cruzaron un par de palabras. Se dio la vuelta, le sonrió y le guiñó el ojo. Era la primera vez que Julia montaba en un helicóptero ¿qué la esperaba al final del viaje? Tenía que recordar que a lo mejor ese era el día a día de Nick con todas las mujeres y en ese momento pensó en Frank, había hablado con él, el día anterior. La notó distraída y le preguntó qué le ocurría. Quiso decirle *Nick de la Cruz*, eso era lo que le ocurría, pero lejos de ella el querer lastimarlo.

Aunque Frank era más rico que Nick, era austero en sus gustos, tranquilo y predecible. Casi nunca discutían y normalmente ella tomaba las decisiones sobre adonde irían los fines de semana y qué actos benéficos apoyaban. Era un hombre muy ocupado. Hacía semanas que no se acostaban, ambos alegaban cansancio, como si después de ponerle el anillo, la hubiera dado por segura y pudiera dedicarse tranquilo a sus actividades. No la avasallaba con una mirada y mucho menos imponía su presencia y sus criterios. No la hacía arder al entrar en contacto con su piel. Recordó la charla con su padre, el parloteo de Lori y la invadió la tristeza. Tenía que ser honesta con Frank. No podía seguir con el compromiso, cuando su mente y su corazón estaban siendo tan desleales con él.

Beth le había mentado, nunca se acostó con Nick. “*Dios mío por qué no creí en él*”. El hombre que tanto había amado, se merecía al menos una disculpa de su parte por haberle hecho lo que le hizo. Había cercenado una relación por culpa de su inmadurez e inseguridad. Cuánto dolor se habrían evitado, a lo mejor en ese momento estarían juntos y hasta tendrían un par de hijos, la sensación de desengaño de años atrás amenazó con hacerse presente

de nuevo, pero esta vez, por motivos diferentes. A pesar de su reticencia, el almuerzo en Napa se convertía en una buena oportunidad para disculparse, cerrar ambos ese capítulo y seguir cada uno con su vida.

—Aterrizaremos en un minuto —dijo con mirada penetrante. Volvió la vista la frente.

A Julia le retumbó el corazón, no sería nada fácil, sustraerse al encanto y poder de seducción de este hombre y más conociendo la verdad. El helicóptero aterrizó sin problemas y Nick se acercó a soltar el cinturón protector. Julia se quitó los auriculares. Un auto los esperaba unos metros más allá. Un hombre se acercó y le entregó las llaves a Nick, que apoyó la mano en la espalda de Julia y la llevó hasta la puerta del copiloto. Ya acomodados, Julia sacó unas gafas oscuras de su bolso. Nick encendió el equipo de sonido, una canción de Lenny Kravitz invadió el pequeño espacio.

—Hacia meses que no venía a Napa —comentó Julia por iniciar algún tipo de conversación, cuando tomaron la carretera para donde sea que la iba a llevar Nick.

—Tengo un lugar aquí.

Julia arqueó las cejas.

—Y me imagino que es allí donde me llevas.

—Exacto.

Como última esperanza preguntó:

—¿Es un viñedo?

—Nop.

No quiso seguir indagando y tocó temas más mundanos. La conversación derivaba de la música al cine y la política. Minutos después, Nick se desvió de la vía principal y tomó una carretera angosta y sin pavimentar, hasta llegar a una entrada rodeada de cercos de madera con un portón en el mismo material. Se bajó del auto y abrió la puerta. Se dirigieron por un camino a una pequeña loma donde reposaba una casa, medio oculta entre los árboles.

Al bajar del coche, Julia vio que la edificación era pequeña, sencilla y sin pretensiones. Un jardín bien cuidado rodeaba el sitio. Un hombre de mediana edad salió a recibirlos.

—Señor De la Cruz. —El hombre extendió la mano en un gesto cortés.

—Tony ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias.

—Te presento a la señorita Julia Lowell. —El hombre extendió la mano y Julia reciprocó el saludo.

—La casa está lista. — Miraba a Julia con abierta curiosidad— ¿Piensa pasar la noche señor?

—No, Tony, solo estaremos un rato ¿La cocina está lista?

—Sí señor.

—Vamos —dijo a Julia.

La casa estaba pintada de blanco con puertas en madera oscura. Al entrar un ambiente cálido la sorprendió. Una chimenea y un sofá amplio con sillas a juego constituían la sala. Un cuadro de un viñedo pintado al óleo en la pared principal y en otra pared, fotografías de Napa y de un lugar que resultó familiar para Julia, pero estaba tan nerviosa que no le prestó atención. En otro espacio, un comedor de cuatro puestos y la cocina integrada al ambiente y separada por una barra amplia hecha en piedra. Al fondo puertas cerradas, donde se imaginó serían habitaciones y algún baño. Nick le inspiraba curiosidad, quería fisgonear por todos lados, echar un vistazo al cuarto, abrir los cajones, oler sus camisas. Estaba loca de remate ¿Con quién compartiría su vida? ¿Qué lo hacía sonreír? ¿Cuál era el último libro leído? ¿Había estado enamorado de alguna chica en esos años? Sintió urgencia por saber y malestar por sentirse así.

—Es hermosa y muy acogedora. —Sonrió Julia.

Nick no le quitaba la vista de encima, esperaba su reacción al lugar.

—Me alegra que te guste.

Julia soltó el bolso en una silla y se quitó la chaqueta. Nick hizo lo mismo, se veía sexy con la camisa blanca y la corbata. El corazón le golpeteó y una punzada de deseo la asaltó.

—¿Qué deseas tomar? —preguntó, acercándose a la nevera.

—Agua está bien, gracias. —Julia se acomodó en uno de los taburetes que daban a la barra que separaba la cocina.

Nick sacó una botella de agua y una botella de vino.

—¿Quieres un vino?

—No deseo beber alcohol, tengo que volver a la oficina y el licor me adormece —concluyó Julia. Además, pensó, el licor la desinhibía.

—Un par de copas no te arruinarán la tarde. Disfruta este rato conmigo, no pienses en trabajo.

—Sigues siendo tan dictatorial como siempre.

—Los viejos hábitos nunca cambian —dijo deslizando la mirada por su boca, sus ojos y su piel—. Eres una mujer hermosa Julia Lowell.

Julia decidió cambiar de tema.

—¿Vienes aquí a menudo?

Nick se desabotonó la camisa y se quitó la corbata. Se arremangó las mangas de la camisa.

—Vengo cuando quiero estar solo.

—Me imagino que aquí traes a tus conquistas.

Abrió la botella de vino y sirvió en dos copas. Le pasó una a Julia.

—Nop. Nunca he traído una mujer a este lugar.

Julia soltó una carcajada irónica.

Nick soltó un suspiro frustrado y empezó a sacar cosas de la alacena y la nevera.

Julia le dio un sorbo a la bebida.

—¿Vas a cocinar?

Una rápida sonrisa, brilló en su semblante.

—Sí, me gusta, es algo que me relaja.

Nick la miraba de reojo. Le parecía mentira estar compartiendo con ella ese espacio de su vida. Era verdad, no tenía por qué mentir, nunca había traído una mujer a este lugar. Era su refugio. Lo había comprado hacía año y medio.

Ella lo miraba con escepticismo. La deseaba, Dios mío, como la deseaba. Quería acercarse a ella, besar su apetitosa boca, soltar su glorioso cabello.

No sabía cómo sería el largo de su cabello ahora. Recordó que le caía como un manto sobre los hombros y hasta la mitad de la espalda. Sucios pensamientos lo asaltaron al recordar su pelo acariciándole el pecho, la espalda y sus muslos. Era oficial, estaba loco por ella como siete años atrás.

Ella se levantó de la silla y fue hacia un mueble que contenía un equipo de sonido. Tenía una forma elegante de sostener la cabeza, con la espalda recta. Como una princesa. Rizos brillantes y rebeldes cansados de estar confinados en una moña, se balanceaban bajo su barbilla. El cuerpo le tembló de lujuria. Los brazos con pecas que no tenía en el pasado, seguro tomaba mucho el sol y los celos lo atacaron al recordar una revista con la fotografía de Frank y ella en una playa, no recordaba dónde. Desecharía esos pensamientos y disfrutaría de lo que la vida le brindaba. No iba a perder el

tiempo yendo por ese camino.

—¿Puedo?

—Claro —contestó Nick mientras organizaba varios alimentos en el mesón. Sin dejar de mirarla por ratos y soltando una sonrisa de incredulidad por tenerla en su casa.

Julia eligió varios discos compactos, los puso en el equipo y sonaron las primeras notas de *Rolling in the deep* de Adele. Se acercó al mesón otra vez.

—Has cambiado un poco tus gustos musicales. —Levantó una ceja—. ¿Ray Charles? ¿Eric Clapton? ¿Qué pasó con Iron Maiden?

—Todos tenemos que crecer— contestó—. Aunque en la universidad también disfrutaba de Bon Jovi y Alicia Keys y no creas, si miras en la parte baja del estante, encontraras mi pasado oscuro.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —dijo mientras tomaba otro sorbo de vino— Según recuerdo tu especialidad era, pasta y sándwich.

—En Nueva York, no me gusta mucho la comida congelada, tomaba clases los sábados en la tarde en una escuela de gastronomía.

Nick organizó una refractaria con varios champiñones de gran tamaño. Los roció con una mezcla de aceite de oliva y hierbas.

—Un hobby en toda regla.

Nick le regaló una sonrisa ladeada que podía ser su perdición sino erigía mejor sus defensas.

—¿Qué haces en tu tiempo libre? —preguntó él, al tiempo que limpiaba unos langostinos.

Nick quería saber todo de la vida de Julia en el tiempo que llevaban separados. Volver a conocerla, conectar de algún modo.

—Nada tan sofisticado como tu hobby. Leer, caminar, salir con amigos, vivo dedicada al refugio y los compromisos con ...

—¿Quieres otro vino? —interrumpió Nick antes de que nombrara a Frank.

—Claro —contestó con una sonrisa.

“*Bien*” pensó Nick para sí, no le importaría jugar un poco sucio y le rellenó la copa.

—Me gusta lo que han hecho en el refugio. En serio, tienes mi admiración, se necesita un buen manejo del tiempo para poder rendir en todos los frentes.

Ella sonrió satisfecha por su cumplido y tomó otro sorbo.

—En mi trabajo en Gilford he encontrado una fuente de ayuda increíble. Nick sufrió los langostinos aderezados con algunos condimentos.

—Lo supongo, estás en contacto con las fuentes de trabajo.

—Sí y es asombroso ser parte del empoderamiento de una mujer ¿Sabes? Ellas en medio del dolor, son conscientes de que las personas que las ayudan, son las únicas que les brindaran la oportunidad de hacer algo con sus vidas y nos han retribuido muy bien.

Esa era la pasión que adoraba en ella. Ella lo seducía sin siquiera proponérselo. No entendía por qué había malnacidos dispuestos a oprimir a sus mujeres de tal forma, para que nunca brillaran con luz propia. Una mujer con luz propia era una verdadera joya y estaba frente a una. Julia era asombrosa, inteligente, astuta y de buen corazón. Una mujer valiente que deseaba hacer la diferencia. Nunca sería capaz de apagar ninguna de sus virtudes, al contrario, deseaba para ella lo mejor y si era con él a su lado, mucho mejor.

—¿Has recibido algún reconocimiento por tu labor?

—No, y no me interesa. Si quieres hacer la diferencia en el mundo, pues ayudas sin esperar reconocimientos o laureles por ello. La experiencia me ha enseñado que las personas con verdadera vocación de servicio, no tienen necesidad de esas cosas.

Nick la miró como entonces y ella se sintió desfallecer.

—Sí, es cierto. Las personas que desean reconocimiento como líderes y además desean la gloria, son demasiado egoístas para dar de sí lo que se necesita y sacar adelante este tipo de proyectos. ¿Has recibido amenazas de algún malnacido de esos, como ocurrió en el pasado?

—No, está vez las cosas se manejan de manera diferente.

—Me alegro.

Nick cortaba vegetales con la destreza de un chef profesional.

—Vaya, me siento en *Master Cheff*, eres muy hábil con las manos. — Enrojeció de pronto por su comentario, aferró su copa y bebió de golpe.

Los labios de Nick se torcieron en una mueca sensual y levantó los ojos hacia ella.

—Lo recuerdas.

—No lo dije en ese sentido. —Su mirada celeste parecía querer devorarla.

Pero era mentira, Julia recordó todas aquellas veces en que Nick le

acariciaba el cuerpo de arriba abajo, le recordó devorándola, saqueando su boca, el placer salvaje y la manera en que la miraba cuando estaba dentro de ella, maravillado por algo y a la vez expectante por darle placer.

Nick rellenó los champiñones con los langostinos y los llevó al horno. Revolvió vegetales y frutas en una ensaladera. Asó un pollo marinado.

—Yo recuerdo muchas cosas de ti, no veo en que pueda afectarnos unas pocas remembranzas. Además...— Se quedó en silencio, calibrando sus próximas palabras.

—Además qué...

—El sexo era fabuloso ¿o no?

Sus ojos brillaban con una expresión retadora y algo más que Julia no supo interpretar.

—Era fabuloso —dio otro sorbo a su copa y se negó a dejarse amilanar por él—, como puede serlo en cualquier pareja de jóvenes enamorados.

Nick de la Cruz le afectaba, claro que le afectaba. Era la tercera copa de vino, la fragancia compleja del Merlot danzaba en su boca. Bebería agua de ahí en adelante.

—Déjame ayudarte en algo.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eres mi invitada.

Rato después se sentaban a la mesa y disfrutaban del delicioso almuerzo.

—¿Por qué no te has casado? —preguntó Julia a quemarropa.

—No he estado tentado —contestó antes de llevarse una porción de langostino a la boca. Se limpió con la servilleta—. A mí me parece difícil que alguien no haya querido atraparte antes de Frank.

—He estado ocupada.

Los acordes de *Somewhere Only We Know* de Keane se deslizaban por el lugar y se conjugaban con una extraña intimidad, como si a un nivel subliminal el pasado regresara con una intensa necesidad de futuro. La mirada de Nick escarbaba en ella y no solo en la parte física, quería hurgar en su alma.

De postre, sirvió un trozo de tarta que tenía en la nevera.

—No soy muy bueno con los postres —le dijo.

—Todo ha estado exquisito. Muchas gracias.

Julia deseaba tocar el tema de Beth, le había dado vueltas todo el rato y no sabía cómo empezar. Además, estaba esa maldita atracción haciendo de

las tuyas. Ver cocinar un hombre era jodidamente sexy, si a eso le adicionabas, una sonrisa letal, una voz profunda y áspera y un cuerpo de infarto, estabas en serios problemas. Quería acariciarlo, hundir los dedos en su cabello, tocar sus brazos, su pecho. Quería abrazarlo y sentir su calidez. Era tan atractivo que la cabeza le daba vueltas y no era culpa del vino.

Era difícil de creer la intensidad de lo vivido siete años atrás. Aquí, mirando su silueta derecha y oscura contra el paisaje de Napa, el recuerdo parecía un sueño.

El móvil de Julia sonó, estaba en el bolso. Se acercó y se apresuró a contestar.

—Hola cariño.

Nick soltó un plato de forma brusca en el lavavajillas.

—Me alegro. Estoy en un almuerzo de trabajo. —Miró a Nick de reojo.

“*Almuerzo de trabajo, una mierda*” pensó Nick. No es que le importara Frank, por él podría quedarse viviendo en Tailandia, Hong Kong o dónde diablos estuviera.

—Me parece perfecto. —Se alejó de Nick y titubeó antes de contestar —: Yo también.

Sin mirarlo guardó el teléfono de nuevo en el bolso. Julia se acercó a Nick, que con expresión de granito recogía algunos utensilios.

—Debo hablar contigo de algo.

—Habla.

Se acercó hasta quedar frente a ella.

—Quiero disculparme contigo Nick.

Nick vio el anillo de compromiso, al que le había negado toda su atención en el rato pasado, en cuanto ella lo tocó. No podía ignorarlo, la piedra lanzaba dardos luminosos que lo acabaron de enfurecer. Ella lo desafiaba con su pose y lo excitaba como ninguna mujer lo había logrado antes. Quería que esa fachada de contención se fundiera con su toque. Quería escuchar ese tono educado y sensato gimiendo de placer.

—¿Por decirle a tu querido Frank que estabas en un almuerzo de trabajo?

—Es un almuerzo de trabajo y no es por eso que deseo disculparme.

Se quedaron en silencio, rodeados de cadenas invisibles, que los acercaron un poco más. Nick se inclinó con lentitud y la miró a los ojos. Tenía que besarla, se moriría si no volvía a probar la piel de su boca.

—Julia... —Se interrumpió, tomó la hebilla del cabello y soltó el moño—. Deseaba verte con el cabello suelto desde que te vi en la oficina.

El cabello cayó como un manto oscuro y las visiones de él sosteniéndolo mientras empujaba en ella, le aceleraron el pulso.

Julia lo tomó de la mano y la apretó con suavidad. Nick contuvo la respiración ante ese pequeño gesto y se atrevió a entrelazar los dedos. Volvió a inspirar.

—Sé que no te acostaste con Beth —dijo Julia de sopetón.

Nick levantó la vista, asombrado por lo que escuchaba. El desconcierto lo paralizó un instante. El nudo de angustia y celos por la llamada de segundos atrás, se entremezcló con un soplo de alivio.

—¿Cuándo te enteraste?

—Hace un rato. Lori me lo contó. Discúlpame por no creer en ti, por haber destruido nuestro amor por culpa de mi inmadurez, de mi inseguridad. Fui tan injusta, de verdad lo siento.

—Ya veo. —Nick la soltó y con las manos en la cintura le dio la espalda y se dedicó a observar por la ventana.

—Sé que mis disculpas llegan tarde.

—¿Sabes cómo me he sentido todos estos años? No me diste la más mínima oportunidad. —Nick quiso imprimirle a su voz un tono tranquilo, aunque calma era lo último que sentía.

—Supongo que ya no tiene tanta importancia, pero me parecía que debías saberlo.

Una carcajada irónica rompió el silencio. Nick dio la vuelta y furioso se acercó a ella. Julia retuvo el aliento. El gesto de Nick transformado por el resentimiento y la vulnerabilidad, le robó el corazón.

—¿Qué no tiene importancia? ¡Es importante! —Señaló con el dedo—. ¡Para mi es jodidamente importante!

Julia abrió los ojos como platos.

—¿Por qué es tan importante?

—¿No es evidente? Volví por ti. Yo podría seguir viviendo en Los Ángeles y venir aquí de forma esporádica, así como hago con los otros hoteles.

—¿No creerás que me voy a tragar ese embuste?

—¡Te equivocaste una vez no creyendo en mí! —Su tono de voz reverberó por la estancia—. No querrás hacerlo de nuevo. Todos estos años

pensaba en la manera de volver a acercarme a ti. Solo imaginar que ese malnacido te toca...

Nick cerró los puños a los costados y continuó con su diatriba.

—No mereces mi sufrimiento y sin embargo aquí me tienes. Mi corazón es testarudo y se niega a olvidarte.

Julia estaba muda, incapaz de moverse, como si un hechizo la hubiera sembrado en el lugar. Un sentimiento de añoranza escondido en capas de resentimiento y desengaño, empezó a florecer dentro de ella.

Nick la atrajo hasta atraparla y le rozó la boca en un gesto dedicado a tentar, pero el gruñido que salió de su garganta, lo llevó a devorar los labios y a encerrarla en su cuerpo. Era un beso voraz y desesperado, necesidad cruda contra dulzura y entrega. Era deliciosa y cálida, sus senos tensos contra su vestido lo enervaban. Sentía cada temblor que recorría su cuerpo suave. Pensó que se pondría rígida pero ella se aferró a él, no supo si para evitar caerse o para sentirlo más cerca. No le importaba. Interrumpió el beso y la tomó de la mano. La llevó hasta una de las puertas de la habitación que abrió presuroso y algo inseguro, la verdad, temía las comparaciones y ¿sí no se sentía bien con él? No deseo pensar más en eso.

—Mírame —Ella parpadeó y él pudo ver las dudas que como sombras oscuras se instalaban en su mirada.

—Nick —susurró—, por favor. Esto no está bien.

El mayor temor de Julia era volver a arriesgar su corazón.

—Está más que bien, es perfecto. —*“Es un jodido sueño del que por ahora no vamos a despertar”*

La besó de nuevo e instigó a su boca para que se abriera. Tocó su lengua y danzó con ella, mientras la llevaba al lado de la cama. Su negativa se había esfumado y Nick apretó su miembro contra ella. Le bajó el cierre del vestido. Ella no se quedó atrás empezó a desabotonar la camisa, pero era tanta la ansiedad que él, se la sacó por la cabeza. Julia le acarició los pectorales, besó su cuello y el pecho. Tenía que poseerla enseguida, la piel le ardía, en segundos le quitó el vestido y le acarició la piel en el proceso.

Nick volvió a besarla, mientras Julia, nerviosa y encendida forcejeaba con el cinturón. No quería pensar, solo quería sentir. Ella le mordisqueaba el cuello asombrada del hermoso físico del hombre que la devoraba. Estaba ardiendo y lo único que quería hacer era devorarlo. El contacto de sus pieles desnudas los llevó a un abrazo desenfrenado, pero no se engañaban, el amor y

la pasión danzaban alrededor junto a los celos, las dudas y la desconfianza. Desprovistos de palabras sus cuerpos se mecieron al ritmo de las sensaciones. A él le parecía increíble tener a Julia en su cama, escuchar sus gemidos, sentir sus manos aferradas a su espalda. Una última mirada de Nick y el tácito consentimiento de Julia, lo llevó a acariciarla entre las piernas, deseaba ir más lento, pero el vaivén de las caderas de ella se lo impedía.

—Llevo años soñando con esto. He esperado tanto para verte así. —La mirada lujuriosa de Nick la encendió aún más.

Se arrodilló frente a ella y la atrajo al borde de la cama, besó la cara interna de los muslos hasta llegar a los labios vaginales y empezó a besarla a chuparla a explorar su intimidad. Su aroma era como una droga que llegaba directamente a su cabeza y lo hacía un necio.

La besó y lamió de arriba abajo y empezaba de nuevo.

Julia loca de excitación, estalló en llamaradas gimiendo y perdiendo totalmente el control. Al volver a la realidad se dio cuenta que tenía las manos apesadas en la cabeza de Nick y que lo tenía completamente pegado a ella. Lentamente lo soltó. Con semblante apenas contenido, fue ascendiendo en una lluvia de besos hasta llegar a los pezones que agasajó con dedicación, sin dejar de acariciarla. Ella quería que la penetrara, se moriría sí no lo sentía dentro de ella.

—Nick, por favor, por favor —repetía con voz entrecortada.

Fue al baño rápidamente y volvió poniéndose un condón con celeridad. Traía unos cuantos en la mano, que dejó en la mesa de noche.

—Julia, mírame. Quiero que te entregues totalmente a mí. No quiero que te guardes nada, quiero que seamos uno solo.

—Sí, sí, sí.

Julia sintió la punta de su glande suave y dura a la vez, cuando empezó a penetrarla, ella se resistió, hasta que la penetró de un empujón colmándola totalmente. Salió de ella, para volver a entrar hasta el fondo. Tomó su cuerpo y lo reclamó como suyo, soltó un gruñido fuerte de posesión, que arrasó con ella. Empezó a embestir con fuerza.

Nick estaba tenso trataba de controlarse para no correrse como deseaba hacer hacía rato y poder complacerla. Sentir la estrechez de Julia lo volvía loco y lo sumergía en un mar de sensaciones. En un momento dado, se sintió perdido no sabía sí era la realidad o un sueño ¡Dios! No iba a aguantar mucho más.

—Sí, sí, más, más —murmuró ella al borde del éxtasis.

Siguió embistiendo con fuerza contra ella. Quería morderla, quería chuparla, volverla loca de placer. Le preocupó el estar siendo demasiado brusco, no era que ella se quejara, después de unos gemidos tensos y cuando Julia pensó que no podría aguantar más placer; estalló en un clímax tan intenso que las contracciones las sintió por todo el cuerpo. El corazón le iba a estallar. Era un fuego que arrastró a Nick, haciendo que sus contracciones lo llevaran a un clímax tormentoso. El hombre gruñía y gemía sin dejar de moverse.

Se separaron todavía temblorosos. Julia se levantó enseguida y se encerró en el baño. Se apoyó en la puerta y cayó al piso.

—¡Dios mío! ¡Qué he hecho! —Se golpeaba la cabeza con las rodillas—. ¿Qué mierdas te pasó Julia Lowell?

Se levantó como un resorte “*Tengo que salir de aquí*”. Se higienizó como pudo, enrolló el cuerpo en una toalla y salió a enfrentar el desastre.

—Tengo que irme. —Apenas lo miró y se dedicó a buscar su ropa.

Nick la observó recoger la ropa.

—Podríamos pasar la noche aquí, te llevaría temprano a San Francisco, estarías en tu oficina a primera hora.

Julia negó con la cabeza y con el atado de ropa entró al baño de nuevo. En unos minutos salió.

—No puedes negar lo que aún hay entre nosotros —señaló Nick quien apenas se había puesto un par de pantaloncillos, la acercó a él. Ella rehuyó su mirada—. ¿Has sido más feliz con él que conmigo?

—No es eso Nick.

—¿Te pone muy caliente? ¿Su dinero te excita, su polla o lo que te hace?

Ella se soltó furiosa.

—No seas imbécil. Esto fue solo sexo, no le des más vueltas.

Julia resopló. No quería mirarlo, no quería caer de nuevo en su hechizo, rogarle que la llevara de nuevo a la cama y que le hiciera todo lo que quisiera. No podía.

Nick soltó una risa sardónica que a Julia le recordó las discusiones del pasado.

—No mientas, sabes que es más que eso ¿Alguna vez volveré a ver la sinceridad que amaba?

Ella no quiso mirarlo.

—Esta charla es absurda. Tengo que irme, en serio, buscaré un transporte. No necesitas molestarte con el helicóptero.

Salió a la sala, temblaba cuando aferró el bolso para sacar, el cepillo y algunos cosméticos.

—No seas tonta, yo te traje, yo te llevo. —Se quedó mirándola con gesto inescrutable—. No puedes seguir negándolo, ni a ti, ni a tu querido Frank.

—No lo nombres, por favor, no lo nombres.

—Gozaste en mis brazos, no lo olvides.

Se dio la vuelta y en minutos salió arreglado de nuevo a la sala. El cabello estaba mojado y llevaba unos *jeans*, camiseta y suéter. Julia recordó que así era que se vestía cuando estaba en la universidad.

Salieron de la cabaña, el viaje lo hicieron en silencio. Llegaron al helipuerto y el helicóptero ya estaba listo. Todavía era de día cuando aterrizaron en San Francisco. Nick insistió en llevar a Julia a casa. Al llegar, ella casi se tira del auto, deseaba alejarse de lo que empezaba a considerar el peor error de su vida. Se despidió brevemente. Al entrar al apartamento, supo que no estaba sola.

—¡Frank!

Capítulo XX

El sentimiento de culpa era tan grande, que Julia se echó en los brazos de Frank, advirtió que estaba tenso y que a duras penas le devolvió el abrazo.

—Estaba preocupado, no volviste a contestar el móvil. Deseaba darte una sorpresa.

—Y lo has hecho.

El rostro de Frank lucía cansado, se le notaba las horas de viaje y la falta de sueño.

—No te noto muy feliz de verme —dijo él antes de volver a tomar asiento.

—Claro que sí.

Julia soltó el bolso y se quitó la chaqueta.

—¿Qué deseas tomar? ¿Pedimos algo de cenar? Debes estar muerto.

—Tengo un trago en la mano por si no te has dado cuenta ¿Estás nerviosa por algo? En la oficina me dijeron que habías salido con Nicolás de la Cruz ¿Por qué no me lo comentaste cuando hablamos?

—Te dije que estaba en un almuerzo de trabajo. En Napa.

Frank se quedó mirándola sorprendido. Se enderezó en la silla.

—¿Solo trabajo?

—Por favor Frank.

—Espero que no hayas olvidado que eres una mujer comprometida.

Julia deseó sincerarse con él. Decirle la verdad, que sus sentimientos estaban hechos un nudo. Por un lado estaba la profunda atracción que ejercía Nick sobre ella y por otro estaba su cariño hacia Frank, no se sentía capaz de defraudarlo hoy. No cuando aún tenía impresas en su cuerpo las caricias de otro hombre.

—No lo he hecho —se lanzó a abrazarlo y se sintió una desvergonzada. Ella siempre había criticado la infidelidad, esta no tenía espacio en su vida y en sus relaciones, era la primera vez que algo así le pasaba—. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes querida? —Frank acunó el rostro de Julia y la miró directo a los ojos— ¿Te excita?

Julia se enderezó enseguida ¿Qué les pasaba a los hombres?

—¿Cómo me preguntas eso? —Se levantó y caminó delante de él—. Siento no haber estado pendiente del móvil y no decirte que estaba con Nick. No deseaba preocuparte.

—Que considerada.

—Hay una historia Frank, debes saberlo. Por favor no te enfades.

—Soy un hombre civilizado, solo que en este momento tengo ganas de romperle la cara a ese bastardo.

—¡Frank!

—Terminaron porque te puso los cuernos, recuerdo que me lo contaste ¿Por qué desea acercarse de nuevo?

—No se...

Quiso salir en defensa de Nick, contándole a Frank lo que Lori le había le comentado, pero eso sería empeorar las cosas. Se pondría más furioso.

—No quiero verlo detrás de ti, te lo digo en serio, Julia. Es un gilipollas prepotente.

—Debo trabajar con él, hay mucho en juego. La empresa...

—Lo importante es que nuestra relación no se encuentre en juego, lo demás me importa una mierda.

—No necesitas ser tan vulgar.

Frank se levantó de la silla.

—La verdad Julia, estoy muerto. No he dormido desde, no recuerdo cuando... Y lo que menos deseo es discutir contigo.

—Sí, es mejor que te vayas a descansar. —Julia descansó, no deseaba que Frank pasara la noche en su casa, si se lo hubiera insinuado, hubiera buscado una excusa, la regla, la cabeza o lo que fuera. Otro día podría lidiar con ello, ese no era buen momento—. Recuerda que el viernes tenemos el cumpleaños de Lori en casa de Peter.

—No lo olvidaré. Demi lo debe tener anotado en la agenda.

Demi la secretaria de Frank, era una eficiente mujer que todos los lunes llamaba a Julia para organizar la agenda social.

Le dio un beso de despedida que Julia no fue capaz de devolver.

La culpa y la vergüenza la acompañaron todo el día siguiente, apenas se pudo concentrar en el trabajo. Gracias a Dios Nick no había dado señales de vida. Mejor así, lo quería bien lejos. Con los codos apoyados en la mesa se masajeaba las sienes. El desastre era inminente. Menos mal que Frank también estaba ausente, lo vería al día siguiente para cumplir el compromiso

y después de la fiesta hablaría con él. No podía seguir ignorando sus sentimientos. Dios, la manera en que había reaccionado en la cama. Prácticamente lo había devorado. La pericia de Nick estaba fuera de discusión, sabía dónde presionar para provocar la respuesta que quería, siempre había sido así. Tenerlo de nuevo dentro de ella, la hizo sentir diferente, sexi, deseada, venerada, no había mitificado su recuerdo, el placer que Nick le prodigaba no se lo había dado nadie más y ella había reaccionado igual que cuando tenía veinte años. Contuvo la respiración al evocar las palabras, los besos las caricias y todo lo demás. Menos de dos semanas tratando con Nick y ya había echado su vida por la borda, traicionado a quien no lo merecía y sumido en un caos emocional que la tenía acorralada. Ella no era así, era una mujer valiente, fuerte y decidida. A cualquier problema le buscaba enseguida la solución, pero en esto se sentía frágil. Terminó su jornada laboral evitando sentirse tan acorralada y nerviosa como de verdad se sentía.

El viernes salió un poco más temprano de la oficina. El día anterior le había comprado el regalo a Lori. Su amiga celebraba el cumpleaños de distinta manera cada año. Este año haría una fiesta con todos sus amigos en la casa de su hermano Peter que vivía en el condado de La Marina.

Frank pasó a recogerla a las siete y media, estaba de muy buen humor, alabó el vestido rojo que llevaba y el cabello suelto peinado liso que le llegaba debajo de la espalda, maquillaje suave y labios de tonalidad natural. Sandalias doradas de tiras y tacón delgado.

—Guauuu, estás hermosa. —Fue el saludo de Frank que la miró de arriba abajo con una sonrisa.

—Tú también estás guapo.

Frank había ido en la limosina de la familia. El chofer abrió la puerta, Julia se acomodó. El auto se alejó de la acera y tomó una de las congestionadas vías de la ciudad.

Llegaron a lo de Peter veinte minutos más tarde. Por el ruido de voces y la música que los alcanzaba, la fiesta ya estaba en su apogeo. Entraron a una sala donde ya había un grupo nutrido de invitados que se desplazaban con copas en la mano. Algunas parejas bailaban más allá. La casa de Peter era cómoda y amplia, la decoración minimalista y cuadros de arte abstracto adornaban las paredes. El anfitrión se acercó a saludarlos. Abrazó a Julia y dio la mano a Frank. Que guapo era Peter, caviló Julia. Con su cabello rubio

y sus ojos azules era la perdición de las mujeres.

—Oh mi Dios, harías carrera en el modelaje —dijo Peter al tiempo que le daba un suave beso en la mejilla.

—No seas zalamero —contestó Julia sonriente—. Aquí hay material de sobra para un catálogo de Victoria Secret's.

Lori y Peter tenían una agencia de publicidad muy bien posicionada en el mercado. Peter siempre estaba rodeado de mujeres hermosas, solo salía con modelos por lo que ella sabía. Lori le decía que algún día se enamoraría de una Betty la fea que lo dejaría viendo un palmo de narices. Peter no le prestaba atención. Se acercó una modelo alta y delgada que se tambaleaba.

—Diviértanse están en su casa.

Peter, con gesto de fastidio llevó a la joven a otra habitación.

—Julia, estás preciosa. —La voz de Mike detrás de ella, le arrancó una sonrisa, al darse la vuelta él la abrazó.

—Eres un suertudo amigo —dijo a Frank.

Lori enfundada en un vestido negro que le quedaba muy bien, salió a recibirla. Había madurado muy bien, era una hermosa mujer de curvas sensuales. Los hombres gravitaban a su alrededor, su melena rubia, no tenía nada del estropicio que era de adolescente, brillaba en ondas suaves y sus ojos azules sonreían con picardía. Se abrazaron y Julia le entregó el regalo. Lori volvió a abrazarla y al oído le dijo:

—No quiero preocuparte pero Nick está aquí.

Julia la tomó del brazo y la alejó unos pasos de Frank. Frank y Mike se enfrascaron en una conversación.

—¿Por qué lo invitaste?

Un mesero se acercó y le brindó una copa, que Julia tomó enseguida. Quiso beberla de golpe, pero no podía ser tan infantil.

—Yo no fui. Vino con Mike.

No articuló palabra, oteó el recinto pero no lo vio por ningún lado. Miró a Lori con resentimiento.

—Entiéndeme, él es uno de los dueños de la cuenta más importante que tenemos en este momento.

—No quiero que se encuentre con Frank. No le gustó nada que hubiera almorzado con él el miércoles.

—Lo siento amiga. —Lori observó a Julia con curiosidad—. Te ha afectado, vaya si te ha afectado.

Julia resopló y blanqueó los ojos.

—Estás loca —respondió.

—A mí no puedes engañarme, no en vano te conozco desde que nos cambiaban el pañal y tomábamos biberón.

—No seas tan exagerada. —a pesar de la preocupación, no pudo evitar sonreír—. Teníamos cuatro años cuando nos conocimos.

—Bueno, yo creo que a esa edad todavía me hacía pis en los pantalones, eso volvía loca a mi mamá que le tocaba ponerme pañal.

Julia le dio un pequeño sorbo a su copa, mientras se preguntaba hasta qué punto la invitación a Nick había sido solo idea de Mike.

—Ahora sí aclárame lo de Beth.

—Pues lo que te dije ese día, parece que todo fue una trampa orquestada por ella.

—Necesito un favor.

—Dime.

—Necesito que lo confirmes, habla con ella y me cuentas.

—Está bien.

Volvió al lado de Frank y trató de controlar los nervios ante el inminente encuentro. No tuvo que esperar mucho. Nick entró de la terraza a la sala, hablaba con una pareja. Se embebió en su imagen con avidez. Como si hubiera transcurrido mucho tiempo sin verlo. Él era el hombre cuya presencia ocupaba cualquier recinto. Su mente volvió a revivir los recuerdos de la tarde pasada en Napa y las mejillas adquirieron un tono carmesí. Estaba de perfil y Julia admiró su aspecto esbelto y elegante con un traje de tres piezas color plomo. En cuanto él la divisó, su mirada la atravesó como un rayo y se abrió paso entre la gente hasta llegar a ellos. Percibió la tensión de su novio y tuvo serias dudas sobre el resultado de la velada.

Julia tragó saliva al tenerlo de frente y una descarga le recorrió las venas cuando le rozó la mano.

—Volver a verte es un enorme placer —le dijo devorándola con la mirada.

Ella le correspondió con una sonrisa ensayada y algo tensa. Era su única defensa contra la vorágine de sentimientos que el hombre le despertaba, era incapaz de batallar contra la fuerte atracción que sentía. Ponía a Dios como testigo que había luchado desde el miércoles para poder superarla, pero era un caso perdido. Algo en el gesto de Nick la llevó a un preciso momento de

la intimidad compartida, el cerniéndose encima de ella susurrándole palabras eróticas en español. Se sonrojó avergonzada y por la mirada punzante que éste le dirigió, supo lo que estaba rememorando.

Frank reciprocó el saludo con una frialdad rayana a la antipatía. Nick ni se inmutó. Frank bebió su trago de golpe y al pasar un mesero, soltó el vaso vacío y tomó otro trago.

—Vaya, están reunidos los tiburones de la hotelería de la costa oeste — afirmó Lori que se acercó con una copa de champán en la mano al ver el semblante tenso de Julia y la manera posesiva con que Frank le pasó el brazo por los hombros.

—Le estaba contando a Mike sobre nuestra expansión en China, Tailandia y Japón —señaló Frank con petulancia—. Estaremos en las ligas pesadas muy pronto.

—Te felicito —dijo Mike.

—¿Me imagino que a tu padre no le habrá hecho mucha gracia dejar entrar a Nick en la sociedad? Tu abuela se debe estar revolcando en la tumba.

—Mi padre no es lo que dijéramos un tiburón de los negocios Frank y mi abuela era una mujer práctica ante todo. Nuestra sociedad con Nick es lo mejor que nos pudo pasar, el negocio ha crecido de manera ostensible.

Nick lo observaba sin modular palabra y expresión de “*Me importa una mierda lo que pienses*”.

Peter se acercó de nuevo al grupo. Frank se había tomado tres tragos en menos de diez minutos.

Nick observaba a Frank como si de un número de circo se tratara. Estaba furioso y celoso. Era difícil verla y no poder reclamarla como suya. Quería arrancar al malnacido del lado de ella. La sonrisa de suficiencia del bastardo, cada vez que la acariciaba, lo tenía hasta las narices.

Frank aferró el rostro de Julia y trató de besarle los labios, ella rehuyó la caricia.

—He escuchado que van muy bien con el hotel de Las Vegas ¿Cielo? ¿Recuerdas el fin de semana en Las Vegas?

Julia mortificada asintió.

—Sí, lo recuerdo.

—Mi hermosa prometida, me quiso dar una sorpresa.

Julia lo interrumpió:

—Frank no creo que a nadie le importe lo que pasó ese día...

Y así Frank entre trago y trago hilvanaba una historia tras otra, sobre lo que era su relación, que Nick percibió monótona y más de amigos que de amantes.

—Quiero irme ya —dijo en tono alto para que Nick escuchara—. Quiero estar a solas contigo.

Julia se separó sonrojada y le contestó:

—Contrólate Frank y por favor no bebas más. Voy al tocador, con permiso.

La mirada de Nick fue tras ella, ansiosa de un gesto, no importaba cual, algo que le diera a entender que él le importaba. A lo mejor estaba embarcado en una travesía que no era la suya. A lo mejor debió dejar las cosas en paz y que ella siguiera su vida como la tenía planeada. No pintaba nada entre ellos dos. Un buen polvo no era una relación, ni el inicio de una tampoco. Julia no tenía la culpa de que él no hubiera superado el pasado. Pero su interior se rebelaba, quería marcarla como suya. Que todos los hombres del salón que la miraban con avidez supieran que él era su dueño. Y lo haría como había un Dios en el cielo, lo haría.

Julia se recluyó en el baño, por ella, se quedaría hasta el día del juicio final y no saldría a enfrentar el enorme problema que había en la sala. Abrió el grifo y se mojó las sienes. Se lavó las manos y controló como pudo la angustia de ver a Nick soportando las payasadas de Frank. Dedicó unos minutos a calmarse, hasta que alguien tocó la puerta y se obligó a salir. Se recluyó en el estudio que estaba vacío. Se acercó a la ventana desde donde se vislumbraba las luces de la bahía. No se sentía con ganas de salir de allí. En un minuto se dio cuenta que no estaba sola.

—Estás hermosa.

—Esto es una locura, Frank vendrá a buscarme.

—Peter y Mike lo tienen distraído.

Julia hizo el amague de marcharse, pero Nick tomó su mano con suavidad y la jaló hacia él.

—Se te nota. —Le dio la vuelta, la abrazó por detrás y le susurró en el oído con su tono de voz ronco que envió ondas expansivas por su piel en forma de escalofríos. El reflejo de la ventana le devolvía la imagen de los dos —. No estás con él, basta con mirarte para verlo y basta con olerte para saber que aún llevas mi sabor en la piel. Tu cuerpo me llama Julia ¿Crees que no me doy cuenta?

—Nick...

—Quiero tocarte —susurró al oído con el tono de voz, que la hacía arder y a la vez hacía que le corriera sudor frío por todo el cuerpo—. Quiero lo que es mío. Quiero lo que me pertenece. Para qué fingir más, por Frank no sientes nada.

—No puedes decirme que siento o que no siento. —Batalló Julia, pero más por orgullo que por otra cosa.

—No te lo estoy diciendo. En serio. Te amo Julia, te amo tanto que me duele el corazón. Está sed de ti es infinita y nada va a cambiar esto. Sé que algo sientes, por la manera en que me miras, en los gestos de tu boca. Estamos igual Julia ¿Para qué negarlo más?

Julia quiso refutarle, pero no encontró las palabras. Nick hundió la cara en su cuello, aspirando su aroma como un adicto.

—Llevo años añorándote, amándote, odiándote y deseándote. No ha sido agradable, lejos de ti me he acostumbrado. Pero tenerte cerca, es como si fuera un puto yonqui. Tengo que intentar recuperarte.

Con la boca le acarició el cabello y la sien y con los dedos rozó la piel del brazo en un masaje suave. Julia deseaba quedarse allí para siempre. Refugiarse en su abrazo. Lo enfrentó con la mirada a través del cristal, por instantes sus miradas se entrelazaron en una corriente de amor y deseo. Un soplo de aire reemplazó el calor de Nick y segundos después estaba sola.

Iba por el pasillo cuando se cruzó con Mike.

—Te aconsejo que controles a tu novio, ha bebido mucho y se ha pasado con sus comentarios.

—No entiendo por qué se está portando así.

—Se siente amenazado por Nick —dijo Mike contundente—. Es obvio que le moleste la manera en que ustedes se miran.

—Yo no estoy mirando a Nick de ninguna manera —replicó Julia.

—Si tú lo dices, querida. Es mejor que trates de calmarlo, si no lo golpea Nick, lo golpearé yo.

Frank bebió por enésima vez de su vaso. Peter se alejó a saludar a una pareja de recién llegados. Nick volvió a ocupar su lugar al lado de Frank, se quedaron solos.

—Quiero que dejes a Julia en paz.

—Lo que tú quieras me importa un cuerno.

—Estás jugando Nicolás de la Cruz. Almuerzos en Napa, visitas en su

sitio de trabajo. A Julia no la impresionas con eso. Yo le propuse matrimonio en Napa.

Julia se acercaba a ellos con la intención de sacar a Frank de allí.

—Matrimonio, matrimonio —respondió con acento irónico y sonrisa que no llegó a los ojos—. Preocúpate por mantenerla contenta en la cama.

—¡Hijo de puta! —exclamó Frank y le lanzó un puñetazo en pleno rostro que Nick que estaba sobrio pudo esquivar y se lo devolvió. Frank trastabilló hacia atrás y chocó con la pared, lo que le dio impulso para levantarse y lanzarse encima de Nick, pero este se desplazó y Frank chocó con una de las pocas sillas regadas en el lugar y cayó sentado. La música enmudeció de golpe y los invitados los observaban disfrutando del espectáculo. Julia se acercó y exclamó:

—¡Basta, ya basta! —Se acercó a Frank y ayudó a levantarlo—. Vámonos ya.

Nick vio como el hombre se hacía la víctima ante Julia. Lori se acercó a él.

—¿Estás bien? Debiste dejar que te hubiera pegado —dijo una sonriente Lori.

—Ni lo sueñes.

La pareja abandonó la estancia. Nick se marchó minutos después.

En su apartamento, Julia se afanaba por sacar una bolsa de verduras de la nevera que llevó hasta la sala, donde Frank se tocaba el rostro. Ella le pasó el empaque que él con mirada de culpabilidad recibió. Apenas si habían cruzado palabras.

—Lo siento —dijo Frank.

—Yo también lo siento.

Frank ya más despejado, la miró con fijeza.

—¿Por qué lo sientes?

Julia tenía el pecho contraído, una piedra en el estómago y se le nubló la mirada.

—No puedo seguir contigo Frank. No es justo.

—¡Lo sabía! —masculló con rabia. Se levantó de la silla y tiró la bolsa de guisantes lejos— ¿Así que es eso? El malnacido ganó.

—Esto no se trata de una apuesta. Es sobre sentimientos Frank. No tengo idea de qué va a pasar con Nick, pero no puedo casarme contigo —*“No cuando te he traicionado de obra y pensamiento, por culpa de los irremediables sentimientos hacia otro hombre”*.

—Piénsalo bien, cielo. —Se tambaleó un poco, la borrachera ya le había pasado. Su rostro dibujó una triste sonrisa—. Debí romperle la crisma.

Julia se quitó el anillo que la acompañaba hacía meses y lo puso en la mano de Frank.

—Merece estar en el dedo de una mujer que de su vida por ti. Eres un buen hombre y te mereces un gran amor. No te conformes con menos.

—Julia, por favor —le aferró las manos—, yo te amo. No lo hagas, yo te quiero.

Julia soltó el llanto y negó con la cabeza.

—En cuanto supe que ese malnacido trabajaría contigo me entraron dudas, pero cuando hablamos el miércoles en la noche ya lo imaginaba.

—¿Por qué lo imaginabas?

—Por el tono de voz que utilizas cuando pronuncias su nombre.

—¡Oh Frank! Perdóname, por favor.

Julia permanecía en el sofá sin dejar de llorar.

—Está noche lo mirabas de una forma —dijo con voz ronca—. Nunca me has mirado a mí así.

Se acercó a ella y le aferró con delicadeza la barbilla.

—Tienes razón, no tengo porque cuidar a mi mujer en ese aspecto. No tengo por qué perseguir su amor. Buena suerte cielo.

Julia fue incapaz de pronunciar palabra, se quedó sentada viendo a Frank dirigirse a la puerta sin añadir más. No pudo apartar la vista de la puerta, mientras digería todo lo que acababa de pasar. Lloró de nuevo al recordar el inicio de su relación y el tiempo transcurrido hasta que se comprometieron. No podía negarlo, era una relación cómoda, sin altibajos, nunca sintió amenazado su corazón, por eso siguió adelante con todo. Pero aun así lo quería y se sentía mal por todo. No fue sino aparecer Nick en el panorama, para que su mundo quedara patas arriba, como siempre. Con un suspiro de desconcierto se dirigió a su habitación y mientras se ponía la pijama se sintió molesta con Nick ¿Qué derecho tenía de llegar como un tornado y acabar con todo? Y lo más importante del caso ¿Por qué le daba ella ese poder?

Capítulo XXI

Al día siguiente, Julia no quería levantarse de la cama, apenas había dormido. A media mañana, llamó a sus padres para comentarles el rompimiento de su relación con Frank. Hubiera querido darles la noticia en persona, pero no se sentía con ánimos de aguantar los comentarios de Liz. Aunque por teléfono le hizo saber su inconformidad. Pasó la jornada en el ordenador mirando fotografías de su relación con Frank, deseaba reconocerse en esa mujer de imagen contenida, pero no se encontraba. Desde la ventana de su apartamento, observaba la niebla que descendía sobre el Golden Gate como un abrazo de amantes.

Quería buscar a Nick, necesitaba hablar con él. Perderse en su mirada, en sus brazos, en todo el cuerpo. Aún seguía molesta con él. No se había comunicado con ella. El timbre del teléfono interrumpió el mutismo del lugar. Saltó el contestador.

—Amiga sé que estás ahí. No quieres contestarme el móvil, te he marcado cantidad de veces. Quiero hablar contigo.

El tono de voz de Lori, rezumaba preocupación. Hubiera agradecido esa preocupación el día anterior en la fiesta. Julia le había dejado un mensaje en *whatsapp* contándole que había cortado con Frank.

—Iré a tu casa, llevaré comida y tequila, la fórmula mágica contra los problemas.

Julia soltó un resoplido. No deseaba ver a nadie.

Una hora después, alguien golpeó la puerta. Lo pensó dos veces antes de abrir.

—Menudo lío el que armaste anoche —dijo Lori que entró como un vendaval y siguió derecho al mesón de la cocina donde descargó unas bolsas de comida y otra de donde sacó una botella.

—No he armado ningún lío. Creo recordar que tú estabas allí.

Julia observó con gesto apático la botella.

—¡Dios mío! No puedes negar que estuvo genial, fue muy macho. Animal, pero genial.

Julia la miró indignada.

—No le vi nada de genial. Fue espantoso, troglodita y me hizo sentir muy mal.

Lori sacó dos copas y sirvió los tragos. Abrió la nevera, sacó los limones.

—Madre mía que orden. Mi nevera solo tiene agua y pizza de hace dos noches. —Partió los limones por la mitad—. Ya quisiera yo que un par de hombres se pelearan por mí.

—Hay un montón de hombres detrás de ti.

—Pero ninguno pelándose por este maravilloso cuerpo ¿Dónde está la sal?

Julia blanqueó los ojos y señaló el recipiente.

—Tienes una cara terrible —volvió a la carga Lori.

—No estoy en mi mejor día —contestó Julia con sarcasmo.

—Se nota. Antes de seguir con el tema. Quiero decirte que me cae bien Frank.

Julia le lanzó una mirada de no te lo creo.

—En serio, es un buen hombre, aburrido eso sí, pero buen hombre.

—Me acosté con Nick en Napa —interrumpió Julia cuando Lori le puso la copa en frente. Lo levantó y lo vació de golpe. Le lloraron los ojos.

—Te olvidaste de la sal.

—Cierto, para la próxima.

Lori bebió el trago, realizó todos los pasos.

—Anoche lo sospeché. Se lanzaban unas miradas que carbonizaban. Ahora entiendo por qué Frank reaccionó como lo hizo. La atracción de ustedes es muy evidente.

Julia bebió otro trago.

—¿No vas a decir nada más? Me acosté con otro hombre cuando aún estaba comprometida. Eso me hace una mujer horrible.

—Vamos, no seas tan quisquillosa. —Ante el pasmo de Julia por su respuesta continuó—: ¿Qué quieres que te diga? Me alegro por ti. Ese hombre está de muerte. Apuesto a que sigue siendo un polvazo, como años atrás y pienso que lo necesitabas. Estoy segura que Frank no te pone como lo hace Nick.

Julia bebió otro trago.

—No todo es sexo.

—Vamos a dejarnos de monsergas. Lo que tuviste con Nick, fue intenso

apasionado y hubo mucho amor. Todos estos años te he visto con tus novios y ni una sola vez te vi plena, satisfecha.

Esta vez fue Julia la que sirvió la ronda. Lori fue al equipo de sonido y en segundos la voz de *Adele* y su tema *Only and Only* irrumpió en la estancia.

—No se cuales sean sus intenciones Lori. ¿Si desea jugar conmigo? ¿Si solo quiere utilizarme?

—Son válidas todas tus preguntas, es normal sentir miedo. Hay algo que me causa curiosidad.

Lori chupó el limón, la sal, arrugó la frente y bebió otro trago .

—¿Y es?

—Estás más preocupada por lo ocurrido con Nick que por el rompimiento de tu compromiso y eso dice mucho.

Julia se sintió mareada y el rostro en llamas.

—Claro que estoy dolida. —Se defendió Julia frunciendo el ceño—. Me di cuenta de algo.

—Cuenta.

—Frank nunca me quiso. Fue una relación cómoda.

—Eso es evidente. Tú tampoco estás enamorada. Desde que llegué ha sido Nick esto, Nick lo otro. A Frank lo he nombrado yo. Julia, se te olvida que este hombro estuvo allí en tus días negros, además, estoy segura de que nunca has dejado de quererlo. Por más que tu cabeza le diga a tu corazón y a todo el mundo lo contrario.

—Tienes la jodida razón —exclamó Julia que bebió otro trago. La comida ni siquiera la habían abierto—. ¿Y ahora que mierdas hago?

—Pues búscalos, toma la iniciativa. Seguro tiene un reguero de mujeres con ganas de darle lo que tú por miedo no le quieres dar —dijo después de otro trago y levantándose para tomar la chaqueta que había dejado tirada en una silla—. Nadie se cruza en tu camino por casualidad Julia. Todo tiene un motivo, algo te quiere enseñar la vida con la vuelta de Nick.

Nick se despertó ante el sonido del timbre, confuso, miró el reloj de la mesa de noche, una y treinta de la madrugada ¿Qué rayos...? . Examinó el móvil por si hubiera alguna llamada de emergencia. No encontró nada. Bajó en pantalón de pijama mientras se ponía una camiseta vieja con el logo de

Stanford. El timbre volvió a sonar.

—Ya voy. —Abrió la puerta y quedó mudo, si fuera una aparición no se habría sorprendido tanto, apenas pudo balbucear—. Julia...

Ella estaba a su puerta. Se llevó las manos al rostro para terminar de despertarse. Le parecía un sueño o fruto de su imaginación. Iba con unos pantalones de hacer ejercicio, camiseta y una chaqueta, zapatillas negras. El cabello suelto y sin pizca de maquillaje. Se tambaleó. Nick no quería moverse y que desapareciera de pronto.

—¿Qué te pasa?

Julia entró a la casa y soltó la risa. Nick cerró la puerta convencido de que estaba soñando. ¿Julia borracha? Era increíble.

—Me pasa de todo Nick de la Cruz.

El aludido rió entre dientes.

—¿Cómo llegaste?

—En taxi.

Menos mal que no había conducido hasta allí en ese estado, caviló aun sorprendido.

Lo señaló con el dedo y le apuntó en el pecho. Observó la camiseta con el logo de la universidad y se derritió enseguida. Recuerdos asaltaron su mente. Él gran partido de fútbol, los paseos por Stanford, las reuniones y las discusiones.

—Has bebido —dijo él.

—Sí. Lori estuvo esta noche de visita y llevó tequila. Yo nunca me paso de tragos.

Nick cruzó los brazos en el pecho mientras una sonrisa pugnaba por salir.

—Me alegra escucharlo.

—Ay, Nick...

—¿Qué?

—Apareces y es como si mi vida sin ti, fuera gris y vacía.

—¿Hablas tú o habla el tequila? —levantó una ceja— ¿Y cuál fue el motivo?

Julia observó la lujosa sala y después fijó la mirada en él.

—Podría decir que fue el rompimiento de mi compromiso con Frank. Mira. —Levantó la mano y la batió ante él—. Ya no hay anillo, ya no hay novio. Pero es más que eso. Yo tenía una vida tranquila, trabajaba, estaba

comprometida y todo marchaba de maravilla.

La mirada del hombre rezumaba satisfacción.

—¿Y?

—Llegaste como un maldito tornado y pusiste mi mundo para arriba — Julia aferró la camiseta y se pegó a su pecho—. Arrasaste con todo y en vez de estar furiosa, yo...yo solo quiero estar contigo, esa tarde en Napa.

Se quedó callada tratando de ordenar sus pensamientos. Nick trató de separarla y poner un poco de distancia, no pensaba aprovecharse de ella en la condición en que estaba.

—Julia, preciosa ¿Estás segura de querer tener esta conversación? Podemos esperar a mañana.

—¿Por qué? ¿Estás ocupado?

—¡No!

—Porque si es así, solo me queda irme y tirarme del Golden Gate.

Nick soltó la carcajada, la abrazó y le enmascaró el rostro con las manos.

—Julia, mi amor.

—No sé qué pensar. Vienes a mí después de siete años exigiéndome una serie de cosas, como si yo te debiera algo. Tú —volvió y lo pinchó en el pecho—, que te has acostado con la mitad de las mujeres del este y del oeste, ¿qué puedes decir a eso?

—Pues con toda seguridad te digo que no fue la mitad. —Nick sonreía—. Si acaso la tercera parte.

Julia le dio un codazo en las costillas.

—Oye, duele. —Se quejó.

—No seas quejica y agradece que no te lo doy más abajo. ¿Qué quieres de mí Nick? —preguntó ella seria, sin asomo de embriaguez.

—Que dejes de rechazarme. Lo quiero todo, quiero tu corazón, tu cuerpo, que estés toda la vida a mi lado.

Ella lo miró con los ojos aguados y una emoción lacerante en su pecho. Le acarició la mejilla.

—Sé que estas semanas he estado imposible contigo —Le recorrió el rostro con las manos y la mirada—. Eres tan guapo. No quiero que te vayas con otra, no quiero que ames a otra.

—¿Pero qué dices? —la miró con tinte confundido y con mucha ternura.

—Quiero ser tu chica *Berkeley* otra vez. Tú eres mío, solo mío. Quiero

tener hijos con tus ojos, estar contigo otra vez. También lo quiero todo Nick.

Al diablo, pensó Nick, su Julia había venido por él.

—Siempre has sido mi chica *Berkeley*. No te vas a librar de mí. Nunca más.

En cuanto él la besó, el ritmo del corazón aumentó como si de un tambor se tratara. Julia abrió la boca y le dio la bienvenida al ansia profunda que percibió en Nick. Con las emociones a flor de piel y el aroma del hombre bailándole en las fosas nasales, le acariciaba los brazos, la espalda, hasta llegar al cuello donde el viaje de sus manos terminó. Lo escuchó gemir y lo acercó más. Quería poseerlo con una intensidad que hizo, recuperara la sobriedad de golpe. No había estado excitada así en toda su vida. Sensaciones nuevas se juntaron con las ya familiares. Él se separó un momento y la miró. Julia supo que dudaba si seguir adelante o no a causa de su embriaguez.

—Te necesito —musitó sobre sus labios—. No sabes cuánto.

Nick no precisó de más palabras, en su mirada vio a una mujer que sabía lo que quería y había ido a buscar. Esto era lo máximo para su corazón, el sentirla dispuesta a entregarse, sin dudas de por medio. Deseaba hacerla suya, amarrarla a él, a su cama, a su vida. Totalmente rendido a su deseo, la devoró y le acarició el cuerpo como si hiciera años no la tocara, como si no hubiera existido el miércoles pasado. Está vez era suya, para siempre.

Los invadió la pasión en forma de frenesí, como si estuvieran abrasados por un fuego provocador que estaba lejos de extinguirse. Nick la llevó al segundo piso y entre pasos torpes y sin darse cuenta, entraron a la habitación. Le quitó la camiseta y el sujetador. Sus pechos saltaron con los pezones erectos y los tomó en sus manos, los acarició mientras reclamaba su cuello y sus hombros con besos voraces hasta tomar posesión de ellos con la boca. Jadeaba descontrolado al ver a Julia retorciéndose de placer bajo él. Dios, si seguía así se correría como un adolescente. Ambos estaban sorprendidos por las sensaciones intensas que los abordaban. Le quitó los pantalones de deporte junto con la ropa interior y siguió su recorrido de besos hasta llegar al pubis que goloseó a su antojo.

—Eres hermosa —dijo sobre ella mientras acariciaba su entrepierna—. Y estás muy húmeda.

Julia apenas reparó en su entorno. Le arrancó la camiseta y acarició su pecho perfecto. Mi hombre. Mi vida. Mi amor. Observó el poco de vello entre los pectorales y que terminaba en una línea delgada debajo de la cintura.

Nick se apresuró a quitarse los pantalones.

—Voy a tomarte tantas veces, que mañana apenas te podrás mover — dijo con mirada apasionada y oscura. Se levantó.

Julia acarició su erección y rogó en su pensamiento porque cumpliera la promesa, ya era hora.

—Quiero sentirte dentro de mí. Ahora.

Nick abrió un cajón de su mesa de noche y sacó un condón que se puso con celeridad. Necesitaba entrar en ella, ser parte de ella, tomarla por entero, quedarse en ese lugar y no salir de allí nunca más. La penetró sin apartar la vista de su rostro. Ella jadeó ante la presión y luego de placer, cuando dilató.

Él empezó a moverse dentro de ella, se miraron intensamente. Julia sentía el inmenso placer, los pezones rozaban su pecho, el roce de su piel era una delicia y los besos, Dios mío, los besos la tenían al borde de la combustión. El corazón le iba a estallar. Era su hombre, que en este momento la acariciaba, y que le prodigaba placer.

—Te amo, te amo, te amo —le susurró Julia al oído.

Se retiró de ella con la respiración agitada y luego hizo algo que solo le había hecho él. Con las piernas dobladas, la penetró cogiendo los muslos debajo de las rodillas, en un acto cultivado y sencillo que tenía nombre propio y que la llevó al orgasmo de forma inmediata. Le mordió el cuello y los hombros, pronunció su nombre como una letanía y volvió con su número a satisfacerla quien sabe cuántas veces más. Envuelta en un inclemente placer se perdió en su mirada de mar que en ese momento estaba oscurecida, hasta que se corrió en ella con un gruñido de placer.

—Eres mía.

Ella lo abrazó y le besó el pecho.

—Siempre lo fui.

Se separaron todavía temblorosos. Julia se aferró a su cuello y lo besó con ternura, conmovida por el momento compartido y lo que la hacía sentir.

—Te amo Nick.

—¿Me vas a amar toda la vida? —preguntó Nick con urgencia.

—Sí.

—Prométemelo, amor, prométemelo.

—Te lo prometo.

Nick la miraba asombrado, a pesar de las experiencias vividas y de la madurez que habían alcanzado con los años, su pasión era exactamente igual,

la urgencia por poseerla era algo que no iba a cambiar nunca. Se puso encima de ella y le cogió la cara con las dos manos.

—¿Me has extrañado? —La observaba con un brillo tormentoso en sus ojos.

Julia estaba sorprendida, a pesar del tiempo transcurrido ella había sido importante para él. La miraba y la cuestionaba como si no estuviera seguro de los sentimientos que ella le prodigaba

—Nick —dijo con todo el amor del mundo en su mirada—. Te he amado desde el primer momento en que te vi, esa tarde en casa de los Stuart. Mi vida estos años sin ti, no ha sido completa. Me he realizado en muchos aspectos y he tratado de rehacer mi vida con las pocas relaciones que he tenido y he fracasado estrepitosamente. Siempre te comparaba con los demás, a pesar de que me convencía que ya lo había hecho, nunca te superé. Solo imagínate mi frustración todos estos años —Nick la miraba confundido—. Traté no te lo niego, me sentía presionada, pero no fue agradable. Nunca, óyelo bien, nunca tuve un clímax con otro hombre que no fueras tú; es lo que puedo decir de todos estos años.

—Te amo. Te amo —repetía Nick, ya dentro de ella otra vez embistiendo con fuerza—. Eres mía. Solo mía.

Nick soltó un juramento salió de ella se colocó otro condón, volvió y la penetró con fuerza. Julia abrió más las piernas enganchándolas con fuerza a su cintura cabalgando al mismo ritmo de él, sin quererlo soltar nunca.

—Y tú eres solo mío —contestó con fiereza, hasta que las violentas contracciones que la consumían hicieron su presencia y se perdió en los brazos de su amor.

La noche les quedó corta, se amaron hasta la madrugada. Julia se durmió acurrucada al lado de Nick.

Nick no quería cerrar los ojos. Le parecía un sueño tener a Julia de vuelta en su cama, por fin, que mujer, todo fuego y pasión, solo para él. Ella no tenía idea lo que su confesión le hizo sentir, todos estos años atormentándose con celos e imágenes de Julia con otros hombres, era una mujer apasionada. Y de pronto toda la realidad de su relación había caído ante sus ojos. Tenían que aprender a confiar en ellos nuevamente, debían recuperar lo que habían perdido, se lo merecían después de estar tanto tiempo separados. Gracias Dios mío, por esta nueva oportunidad.

Más tranquilo concilió el sueño.

Capítulo XXII

El amanecer los sorprendió desnudos y abrazados. Se habían amado y también hablado hasta hacía un rato. Julia deslizó la mano por el hombro y le acarició la piel. Era suave, perfecta y bronceada, seguro por sus actividades al aire libre. Aún en sueños su barbilla mostraba gesto de obstinación. Quería tocarlo, pero no deseaba despertarlo todavía. Se levantó despacio sin hacer ruido y se encerró en el baño para darse una ducha. Se metió debajo del chorro de agua y se humedeció el cabello. La puerta se abrió de pronto y entró Nick, con toda su masculinidad, invadió su espacio, como siempre ocurría.

—Quiero acompañarte —ronroneó en el oído al entrar. Se puso detrás de ella y tomó el frasco de jabón—. Buenos días preciosa, déjame ayudarte.

Julia se dio la vuelta y lo recibió con un largo beso. El agua los salpicó. Nick llenó la palma de la mano con jabón líquido y con suaves caricias fue resbalando por su cuello, los hombros, la espalda. Después, acarició los pezones y ese gesto le arrancó un gemido. Continúo con el abdomen y el centro de las piernas. La friccionó con ritmo suave. Lo que alteró su respiración. Le masajeó las nalgas.

—¿Te gusta?

—Sabes que sí. Eres muy meticuloso —dijo en cuanto él metió un dedo dentro de ella.

Nick soltó una risa seca que convirtió en jadeo cuando ella empezó el mismo ritual.

Nick tomó la ducha de mano, con suavidad comenzó a lavarla y cuando terminaron, le dio de lleno con el agua en la cara, ella escupió y tosió.

—Con que esas tenemos, eres un tramposo —Julia soltó la carcajada. Cerró la llave de agua caliente, dejó solo la fría y salió como un gato escurriéndose de las manos de Nick con suma agilidad—. No te invité a compartir mi ducha.

Salió detrás de ella.

—Hace dos minutos no te quejabas —Julia tomó una toalla para secarse. Nick se la quitó—. No señorita, estoy disfrutando mucho de la vista.

—Eres un perverso. Si me resfrío será tu culpa— Nick botó la toalla al piso y empezó a acariciarla.

—Asumo las consecuencias.

—No, no me toques más —Él empezó a hacerle cosquillas. Julia reía como loca.

—Eso lo veremos.

Salieron del baño dejando un estropicio detrás. No les importó. Empezaron a besarse de nuevo. Julia lo tumbó en la cama y se sentó a horcajadas sobre él. Nick le acariciaba el cuello, los pezones, las nalgas. La miraba arrobado.

—Es tanta el hambre que he sentido todos estos años, que no te voy a dejar salir de esta cama en un buen tiempo.

—Vaya, tenemos que hacer algo para alimentarte.

Y empezó a besarle el pecho, siguió bajando a su ombligo. Nick tenía un abdomen duro, musculoso. Recorrió la tira de vello que iba del ombligo y se ensanchaba más abajo, le empezó a acariciar los testículos y puso sus labios en la punta del pene que ya estaba erguido. Empezó a besarlo de la punta a la base para luego subir y meterlo en su boca. Nick gimió y se estremeció. Julia lo tomó de nuevo en su boca y succionó varias veces. Nick gruñó con deleite. Hasta que sus manos agarraron la cabeza y la separó.

—Para amor, o la que va a terminar alimentada serás tú.

Julia reía cuando se levantó, Nick le dio la vuelta y se puso encima de ella. Le acarició el cabello con ternura.

—No quiero lastimarte ahora, estás adolorida amor.

—No me importa, quiero sentirte otra vez, por favor.

Nick se puso un condón, volvieron a hacer el amor y a revivir la magia que los encerró en una burbuja de la que no deseaban salir jamás.

Julia se despertó más tarde y se encontró sola en la cama. Se puso la camiseta de Nick, esa con la que la había recibido anoche. Tenía sed, seguro era la resaca de lo consumido la noche anterior. Encontró un vaso con agua helada y una rodaja de limón en la mesa de noche. Mientras bebía, merodeó por la habitación. La noche anterior no había podido observar gran cosa. Era un lugar cómodo, elegante y práctico a la vez. Se acercó a la pequeña biblioteca que tenía en el cuarto y con curiosidad observó sus libros. Encontró el libro que le había regalado esa lejana navidad, lo acarició con ternura, se le aguaron los ojos. Se reprendió por tonta, se secó las lágrimas y

bajó a la cocina, donde escuchaba el ruido de sartenes.

Estaba preparando un delicioso desayuno. Lo supo por el aroma que saturaba el espacio.

Se acercó por detrás y lo abrazó, tenía un pantalón de pijama y estaba sin camiseta. Decir que estaba guapo era poco.

—Es para no creer, estoy tan feliz. —Julia se dirigió a los armarios para ayudar a arreglar la mesa.

—No preciosa, siéntate, hoy quiero atenderte yo. Eres mi princesa no quiero que hagas nada.

—Me has atendido muy bien —dijo Julia en tono de broma pero de forma insinuante.

Nick levantó la vista y la miró con sensualidad y lujuria. Julia le sostuvo la mirada. Él elevó la comisura de los labios en una risa sensual.

—Cuando quieras, chica *Berkeley*, cuando quieras.

Dispuso el comedor auxiliar de la cocina, que daba a un pequeño jardín, con individuales, cubiertos y puso en varios platos: tortillas de huevos con pimentón y queso, picado de frutas, jugo café y tortitas, beicon. Se sentaron a desayunar.

Charlaron de naderías, pero más que todo se miraban a los ojos buscando esa conexión que los hizo tan felices años atrás y allí estaba, enredada entre dudas, resentimientos y cosas aún sin resolver.

—Debemos hablar de lo que nos pasó —dijo Nick al ver el rostro de Julia con señales de duda—. No quiero suspicacias ni malos entendidos.

—¿Cómo fue? Necesito saber que pasó ese día.

Nick le relató los hechos, desde su llegada a la fiesta, hasta donde se acordaba. Retiró el plato furioso. Le molestaba haber perdido el control de su vida por una noche y lo que ello conllevó. Aunque no era culpable, al presente, lo mortificaba.

—Me debiste odiar —dijo Julia con tristeza y mirándolo arrepentida.

—Sí Julia. Te amaba y te odiaba.

—Te he echado mucho de menos —susurró Julia con un hilo de voz.

—Yo también, mi amor —dijo Nick que levantó a Julia de la mesa y la sentó en sus piernas, mientras con los dedos le acariciaba los muslos—. No podemos atarnos al pasado, por eso, te voy a pedir algo; no quiero ver más dudas en tu mirada. Si queremos un futuro juntos debemos olvidar lo que sucedió y seguir con nuestras vidas. Mirar para adelante.

—Lo haré, mi amor. Tampoco quiero atarme al pasado, aunque no te niego que me da tristeza haberme perdido todos estos años —Lo abrazó. Sabía que el futuro con Nick dependería de la superación del pasado. Nick no era una persona fácil y todavía estaba resentido. Necesitaba ayudarlo a sanar —. No es fácil cambiar el chip que te ha sostenido por largo tiempo, tenme paciencia.

—No quiero volver a escuchar el nombre de Beth, si nombras lo que pasó, me darás a entender que no puedes superar el pasado y entonces será muy difícil que estemos juntos.

Julia lo miró pensativa, con ganas de preguntarle si hubo alguien importante para él en ese tiempo, pero no era el momento. Terminaron de desayunar.

—¿Qué método de planificación sigues?

—Las pastillas me sentaron mal, las suspendí hace un mes.

—¿Y cómo te cuidabas con Frank?

Julia frunció los hombros.

—No había estado con él, hacía dos meses.

—Vaya, problemas en el paraíso...

—Nick, no deseo hablar de eso.

—Está bien. Discúlpame.

—Me encargaré yo de la protección, mientras evaluamos nuevos métodos ¿Te parece?

—Me parece. —Julia se levantó y empezó a recoger los platos—. Tengo que ir a mi casa a cambiarme.

—¿Por qué no pasamos juntos el fin de semana? Te quiero para mí estos dos días. —Nick terminó de levantar la mesa.

—Está bien.

Julia se vistió nuevamente y se dirigieron al apartamento. Al llegar allí, Nick se dedicó a observar curioso su espacio, fisgoneó la cocina, el estudio y la habitación.

Julia sonreía, solo le faltaba abrir los cajones.

—Me gusta tu casa es muy hogareña y tienes muy buen gusto.

—Gracias.

Julia se cambió ante la mirada de Nick y planearon ir al parque de bellas artes a disfrutar el día. Almorzarían en algún restaurante.

—¿Me acompañas al hotel un momento? Tengo que supervisar algo, no

demoraremos.

—Claro amor, vamos.

Llegaron al hotel. Nick, la dejó a su aire mientras supervisaba algo con un arquitecto. Julia lo observaba en su faceta de jefe dando órdenes a sus empleados, le encantaba su don de mando, la manera en que manejaba sus cosas, lo acertado de sus decisiones. La buscaba con la mirada cada tanto. Se había convertido en un magnífico hombre, afiló las cualidades que le asegurarían el éxito en sus empresas. Siempre sería un hombre que conseguiría lo que se propusiera.

Salieron del hotel y llegaron al parque, buscaron un sitio tranquilo. Nick se acostó y Julia se apoyó en su pecho, entre dormida, lo escuchaba hablar de un viaje que había hecho a Colombia hacia unos años, para conocer la familia de su padre.

—¿Te gustó Colombia?

—Sí, me encantó es un país muy hermoso —dijo con entusiasmo—, la familia de mi padre es muy alegre, cariñosa, me sentí muy bien. Deseo llevarte pronto, quiero que los conozcas.

—Sí, también a mí me gustaría —contestó ella soñadora.

—Tienen una carta de comidas maravillosa y hermosos paisajes y a pesar de sus problemas la gente no deja de sonreír.

Julia se imaginó todo eso, él acompañado de alguna bella chica

—¿Fuiste con alguna mujer? —se sentó quedando frente a él.

—No, cómo se te ocurre —soltó Nick escandalizado— ¿Estás celosa?

—Sí, estoy celosa —Julia, lo miró seria—, celosa de todas esas mujeres que compartieron esos años contigo, perdóname no puedo evitarlo.

Nick iba a replicar, pero ella lo silenció con un gesto.

—Tendrás que darme tiempo.

—Está bien, tranquila. —La acarició con ternura, él también se moría de celos por las anteriores parejas, pero no seguiría ese camino. No valía la pena—. Lo superaremos.

—¿Dónde más has estado? —Quería cambiar de tema, empezaba a avergonzarse de su arrebató.

—Estuve en Cartagena, es una ciudad preciosa, mágica, fui invitado por un grupo financiero hace dos años para invertir en un hotel.

El parque se estaba llenando de gente. Era una hermosa mañana de cielo azul, a pesar del verano hacía algo de frío.

—¿Cómo te pareció la ciudad?

—Me transporté a una de tus novelas favoritas, bueno, no sé si lo sigue siendo. El amor en los tiempos del cólera.

—Claro que sigue siendo mi favorita. Te acordaste.

—No he olvidado nada tuyo, es más, me identifico plenamente con Florentino Ariza. Él vivió cincuenta años lo que yo he vivido durante siete.

—Dijiste que no te inspiraba mucho respeto.

—Fue antes de vivir en carne propia la pérdida de tu amor—señaló Nick con voz ronca.

—Pero nunca perdiste mi amor. —Julia le acariciaba las mejillas con ternura.

—No lo sabía —sonrió tristemente y sin mirarla—. Era tan prepotente en esa época, pensaba que tenía el mundo en mis manos. No sabía lo que era el dolor de tu perdida, por eso me siento identificado con él.

—Oh, Nick —Julia lo besó y en esa caricia evocó lo vivido años atrás. El primer beso, los que siguieron, la excitación, la primera vez de todo. Era un sentimiento intenso y eléctrico que la turbaba.

—Te amo Julia no sabes cuánto. Te he esperado tanto tiempo —musitó Nick sobre su boca.

Le contó de otros viajes con gesto concentrado, el fuerte magnetismo que no lo abandonaba y una voz profunda y modulada. En medio del paisaje, la gente, los niños que corretean por el parque y mientras le hablaba de su familia y de la sobrina que adoraba se volvió a derretir por él, estaba locamente enamorada de ese hombre, pero lo percibió con la emoción de años atrás, sin dudas y resentimientos. Después, fueron a caminar por el parque alrededor del lago. Almorzaron en uno de los restaurantes del puerto, sopa de almejas. Al atardecer decidieron volver a casa.

—Pasemos la noche en mi casa, en mi cama —dijo Julia.

A Nick esa petición le supo a gloria y con un gruñido la abrazó y con la mano le abarcó el trasero.

—Tus deseos son órdenes para mi preciosa.

Llegaron a la casa, bromeando y riendo. Julia soltó unos paquetes de unas compras hechas en el supermercado, en el mesón de la cocina.

—Tengo ganas de comer helado —dijo Julia yendo a la nevera.

—Yo te voy a dar algo mejor que el helado. —Nick la atajó y la miró con excitación, no podría aguantar mucho más.

—No creo que haya algo mejor que el helado. —Julia sonrió, tratando de escabullirse de sus caricias.

—Oh sí. Sí creo que lo hay y vas a repetir varias veces, te lo prometo. — Nick la llevó a la cama y cumplió su promesa.

Las semanas siguientes fueron de acople en su vida de pareja. Se veían después del trabajo, cenaban en casa y compartían todos sus tiempos libres juntos. Nick no había viajado, había delegado en Mike esa parte de su trabajo.

Julia se enteró que él era el benefactor anónimo del refugio una noche que llegó a la casa de Nick antes de que él llegara. Quería darle una sorpresa. Recibió una llamada y buscó un lapicero en uno de los cajones del escritorio del estudio. Encontró los papeles de la beca con los nombres de los participantes al concurso.

Cuando Nick llegó a la casa, se sorprendió al ver la luz tenue del estudio encendida. La visión le cortó la respiración y le secó la garganta. Carraspeó nervioso.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —señaló Julia los papeles. Lo esperaba desnuda sentada en la silla del escritorio y con las piernas enfundadas en unas medias a medio muslo con ligeros negros, apoyadas en la superficie. Llevaba unos tacones *Louis Vuitton* de varios colores y por lo menos quince centímetros.

—La verdad no había pensado en eso.

Nick se acercó a ella, se quitó la chaqueta y se desanudó la corbata.

—Pero hace años que ayudas con el refugio.

—Sé lo importante que era el refugio para ti o mejor dicho que seguía siéndolo —señaló Nick mientras miraba y acariciaba las piernas.

—Pero, ¿por qué?

—¿No te das cuenta? —Nick alzó la mirada—. Todo lo tuyo me interesaba. Deseaba sentirme cerca de ti, que tuviéramos algo en común. Aunque tú no lo supieras. ¡Dios Julia! Hubiera sabido que me estabas esperando así, hubiera venido antes.

Julia se levantó imponente en su desnudez y ante la mirada hambrienta del hombre, lo obligó a que se sentara en la silla que antes ocupaba ella. Se

puso a horcajadas sobre él. Se dispuso a desvestirlo.

Le quitó la corbata, le desabotonó la camisa y su pecho surgió entre la tela azul de la camisa. Lo acarició con un dedo de arriba abajo y luego lo besó.

—Me excitas mucho —musitó ella sobre su piel.

Percibió su erección a través de la tela del pantalón, su respiración agitada y el escalofrío que lo embargó. Le desabrochó el cinturón.

—Eres jodidamente hermosa y me estás volviendo loco.

Julia le regaló una de sus sonrisas cuando liberó su miembro y lo acarició de arriba abajo. Nick le devoró el gesto en un beso hambriento. Amaba su entrega, su sensualidad irreverente, su vagina húmeda y caliente que se moría por saborear y penetrar.

—Levántate un momento mi amor, quiero desvestirme.

Julia se sentó en el escritorio frente a él. Nick no se aguantó y con los pantalones en las rodillas, la aferró de nuevo a él. Le succionó los pezones, le mordisqueó el cuello. Nick acariciaba el cuerpo de Julia con deleite. La tendió en el escritorio. Deslizó las manos en la apertura de su sexo. Gruñó satisfecho al ver la humedad que lo embargó. Sí, caviló, calidez, humedad y belleza, el paraíso existía en medio de las piernas de su mujer. Nick acercó la cabeza a su regazo y con la lengua saboreó los labios, el sexo, el clítoris. Las manos de Julia le acariciaban el cabello mientras los gemidos se escuchaban en el lugar. Era una delicia, su sabor lo emborrachaba, era una esencia más dulce que el vino y más exquisita que el mejor whisky. Tiró de ella y la acomodó de nuevo sobre él. Ella se puso a horcajadas, se aferró a sus hombros mientras lo miraba fijamente.

—No tengo condón — bramó él.

—No estoy en esos días.

—Dijo la madre de trillizos.

La carcajada de Julia quedó ahogada, cuando Nick se introdujo dentro de ella. La sensación al contacto de las pieles desnudas sin un plástico que se interpusiera, desató en Nick una fuerte tormenta que lo llevó a eyacular enseguida en medio de gruñidos satisfechos, *“Ojala estuviera en esos días”* *“Ojalá le hiciera un hijo”*.

Capítulo XXIII

El fin de semana siguiente, volaron a Los Ángeles. Nick debía asistir a una serie de reuniones en el hotel Admiral de Beverly Hills, pero no quería separarse de ella. Además, tenía planes. Se hospedaron en la suite presidencial. Mientras Nick trabajaba, Julia salió a Rodeo Drive a curiosear y ver algo de su agrado. Nick le dijo que, esa noche, tendrían una cena especial. Caminó por los alrededores buscando el vestido ideal para esa noche, hasta que lo encontró; un *Dolce&Gabbana* de seda verde mar que le sentó como un guante. Hizo algunas compras más y se sentó en la terraza de un restaurante a beber un café. Mientras veía pasar la gente pensaba en lo feliz que se sentía, en que era un momento perfecto, amaba y era correspondida. Era una nueva oportunidad que la vida le brindaba y quería hacer las cosas bien.

En la noche Nick la llevó a cenar a un elegante restaurante en Beverly Hills. Charlaban mientras tomaban un aperitivo y ordenaban la cena.

—Estaba pensando —dijo Nick mientras acariciaba el torso de su mano—, que Dios tiene sus designios.

—Explícate, mi amor.

—Que nos reunió en el momento justo, a lo mejor hace siete años no habrían salido las cosas bien. La presión de los estudios, las distancias, mis celos —sonrió—. Aunque eso no ha cambiado mucho.

—Nunca lo sabremos. Las vivencias de estos años nos han hecho ser mejores personas. Pero yo estaba profundamente enamorada, mejor dicho sigo estándolo. De pronto hubiéramos estado bien.

—Éramos muy jóvenes en esa época, había amor, pero no la experiencia que dan los años para saber conservarlo.

Después de la cena, Nick la llevó a un aparte del restaurante. Era un jardín perfumado inundado de bombillas de color.

La abrazó e hizo el amague de bailar con ella.

—¿Recuerdas la historia que te conté una vez de mi padre y sus mariposas amarillas?

—No he olvidado nada.

—Pues esas mariposas están aquí esta noche.

Ante una seña de Nick, docenas de mariposas amarillas revolotearon alrededor de ellos. Julia sorprendida no encontraba que decir. Le acarició el rostro y le dio un tierno beso.

Nick aprovechó el momento y sacó un estuche de terciopelo negro del bolsillo y en tono nervioso dijo:

—Julia, te amo y no sabes lo feliz que estoy de que estés otra vez en mi vida ¿Quieres ser mi esposa?

Julia miraba anonadada el anillo, un hermoso solitario con un diamante de dos Quilates y medio. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí amor, claro que sí, quiero formar una familia contigo, no hay nada que desee más.

—Deseo compartir mi vida entera contigo, quiero todos los amaneceres a tu lado y niños y perros, jugar en la playa, días soleados y noches de invierno alrededor del fuego.

—Los tendremos —lo miraba con fervor.

—Hay algo más —la miro serio—: deseo que haya amor suficiente cuando vengan los días malos y sientas que no deseas vivir conmigo un día más. Voy entregarte todo de mi Julia, lo bueno y lo malo. Las mariposas amarillas nos acompañarán toda la vida.

Julia recordaría esa noche toda su vida. La magia, la entrega y el profundo amor estaban en la mirada de su Nick.

Pasaron las semanas, el verano estaba por llegar a su fin. El otoño estaba esperando turno para aposentarse en el lugar que le correspondía.

Julia llevaba un par de semanas sintiéndose indispuesta como si tuviera una virosis o una indigestión. Esa noche, habían vuelto a casa de ella después de ir a cine. Al llegar al apartamento, escuchó los mensajes en el contestador, mientras Nick iba a la cocina por un vaso de agua.

—Hola amiga —la voz de Lori era inconfundible. Julia sonrió ante su entusiasmo. No había hablado con nadie del compromiso—. Estás desaparecida y espero que tengas un buen motivo. También tengo mucho trabajo. Mañana salgo para Los Ángeles. Hablé con Beth largo y tendido como me lo pediste y Nick tenía razón...

Julia apagó el aparato. Demasiado tarde. Nick la miraba con frialdad a la

entrada de la sala.

—Adelante, continua, quiero oír el resto del mensaje, sí no te importa.

—Nick estaba furioso.

—Amor puedo explicarlo yo...

—No me interesan tus explicaciones ¡Coloca el maldito contestador! —
Alzó la voz Nick.

La voz de Lori inundó el lugar.

—Beth se inventó todo porque le gustaba muchísimo Nick y te detestaba a ti. Ella está muy... —Nick apagó el aparato sin oír el resto del mensaje de Lori.

—No lo puedo creer. —Se acercó a la ventana y con el cuerpo en tensión observaba sin ver hacía la calle.

—Déjame hablar, por favor, Nick —Julia corrió a su lado, trató de aferrarlo, pero él se desprendió enseguida.

—No me interesa. Tú nunca has confiado en mí, siempre dudando. Tenías que comprobar otra vez esa odiosa historia. Después de todo lo que he hecho para estar contigo otra vez, es como si me hubieras dado una bofetada.

—Eso se lo pedí a Lori antes de que tu...

—No deseo oírte más.

—Mi amor, por favor, escúchame —dijo Julia con voz desgarrada.

Nick la dejó hablando sola.

Julia sintió un nudo de angustia en el estómago, lo que incrementó las náuseas. No podía estar sucediéndole esto otra vez. Empezó a llorar.

Al día siguiente estaba peor. Deseo no haberse levantado, el perfume de Lucy su secretaria le alborotó el malestar y a ello había que adicionarle la tristeza. Como alma en pena concluyó la jornada. Lucy intentó sonsacarle algo, pero no pudo. Nick no la llamó y ese día tuvo la certeza de que estaba embarazada. Tenía un corto retraso y una serie de sentimientos encontrados. Compró la prueba en la farmacia y se la hizo tan pronto llegó a casa. El resultado positivo le hizo aflorar el llanto. Estaba feliz, tendría un bebé del amor de su vida ¿y sí él no quería verla nunca más? ¿Qué haría? Se limpió las lágrimas. Pues harás lo que hacen muchas mujeres, pensó ella, tendrás tu hijo para ti sola.

Transcurrió otro día y Nick tampoco la llamó.

—¿Te sientes bien? —preguntó Lucy preocupada, pues en dos días pasó de la dicha más absoluta a tener cara de miserable.

—Tengo gripe —cortó Julia sin contemplaciones—. Ya sabes como es.

—Ok. —El tono de Julia no daba para más charla.

Llamó al médico para pedir una cita, quería hacerse un control, ver que todo funcionara perfectamente.

Lori le habló esa noche y al oír el llanto de Julia por teléfono, se apresuró a ir a su casa. En cuanto abrió la puerta se quedó de piedra. Julia estaba como en sus peores días de hacía siete años.

—¿Qué pasó? Pensé que todo estaba bien entre ustedes —preguntó Lori, mirándola preocupada.

—Todo iba perfectamente, hasta que Nick escuchó tu mensaje por el contestador y ahí acabó todo —balbuceó Julia sin dejar de llorar.

—¿Cómo que se acabó? Sí ustedes son el uno para el otro. Es otra peleíta de enamorados, ya verás cómo se reconcilian y además, eso te pasa por no contestarme el móvil e ignorar mis *Whatsapps*.

—Ni siquiera me dejó hablar, tuvimos una charla sobre Beth, el día después de que nos reconciamos. Me dijo que sí volvía a dudar de él sobre ese tema, se alejaría de mí. —tomó otro pañuelo desechable.

—Tú me pediste que averiguara lo que paso ¿Por qué querías saber la verdad, para disculparte o porque aún no le tienes confianza?

—Oh, Lori. —Se tapó la cara con ambas manos.

—No necesitas contestarme, ya se la respuesta.

—¿Qué voy a hacer?

—Es normal que este dolido. Ha hecho de todo para acercarse a ti. Te sacudió ese novio tan petardo que tenías. Te conquistó nuevamente, te propuso matrimonio y sin embargo tu desconfianza no mermaba.

—No creo que me perdone.

—Oh créeme, sí lo hará. Como todos los humanos tienes cualidades y defectos y el ama ambas partes por igual.

—Oye ¿desde cuándo te volviste tan profunda?

—Desde que ando enrollada con amigas, cuyas historias de amor podrían aparecer en el novelón de las ocho —concluyó Lori—. Beth es ahora testigo de Jehová, me pidió perdón por todo, estaba muy arrepentida por lo ocurrido con Nick. No pasó absolutamente nada entre ellos dos. Quiere hablar contigo para poder pedir perdón.

—No gracias, paso.

—Me confesó también otras cosas.

—¿Que intentó acostarse con Frank? —señaló Julia con algo parecido al humor.

—Muy graciosa. Es mucho mejor. Imagínate que se acostó con el capitán de equipo de fútbol de la universidad.

Lori se dedicó los siguientes minutos a contarle a Julia las aventuras de Beth con varios chicos de la facultad. Julia apenas recordaba eventos de esa época.

—¿Yo dónde estaba que no me di cuenta de nada?

—Tú parecías un muerto viviente —señaló Lori mirándola de forma acusadora—. No sé cómo aprobaste el semestre, Julia.

—¿Y dónde tuvo Beth la revelación divina? Por lo que me cuentas, algo drástico tuvo que haber pasado para que tuviera ese cambio —señaló Julia sarcástica.

—Conoció al que es hoy su esposo, en una reunión en su casa. Parece que tía Mildred tenía sospechas de su comportamiento, porque hizo una especie de intervención y mira cómo acabó todo.

—¡Dios! me siento peor —Julia tenía el inicio de una náusea—, que vergüenza.

—Tienes que hablar con él cuando este más calmado, deja pasar unos días...

Julia se levantó de repente y corrió al baño. Salió tiempo después, se sentó al lado de Lori.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? Tienes el mismo color del sofá.

Julia lloraba como una magdalena.

—Ay Lori, no sé cómo decírtelo.

Lori notó el tono tenso en la voz de Julia. Aparte de las lágrimas había un ligero temblor que la asustó.

—Cuéntame de una vez que diablos pasa.

—Estoy embarazada.

Lori quedó muda, cosa difícil de hacer. Después de haber asimilado la noticia, la miró a la cara y dijo:

—¡Estás bromeando!

—No es broma, lo descubrí ayer.

—No lo puedo creer, entre todas las mujeres que conozco, tú eres la más precavida, vienes y cometes semejante error.

—Mi hijo no es un error y fue en consenso mutuo.

—Sí, me imagino el consenso mutuo, con él metido entre tus piernas prometiéndote esta vida y la otra, como si fueras una adolescente.

Julia se sonrojó.

—No seas irónica sabes que lo amo, quiero tener sus hijos, compartir su vida, me propuso matrimonio. No tendría hijos con nadie más, lo digo en serio.

—Invertiste el orden de las cosas, primero matrimonio y luego hijos.

—Si no vuelve conmigo, criaré a mi hijo sola. ¿Te imaginas una hermosa niña con sus ojos o un niño con su belleza? —comentó Julia con mirada soñadora.

—Tú, estás loca de atar. Nunca esperé ver este día, verte tirando por la ventana los preceptos de toda una vida. Por el bien de ese bebé deben arreglar las cosas.

—Tengo que explicarle que pasó, cuando me deje hablar.

—Tiene que dejarte hablar, arreglar todo y más sabiendo que puedes estar con el pan creciendo en el horno —le acarició el vientre—, por culpa suya además.

Julia sonrió en medio de las lágrimas.

Nick regresó de su viaje a Los Ángeles y Las Vegas dos días después de su discusión con Julia. No le devolvió las llamadas porque quería calmarse antes de volver a hablar con ella. Esa noche pensaba pasar por su casa para arreglar las cosas. Le había hecho mucha falta, le daría quince días para preparar la boda, ni un día más.

Esa mañana estaba reunido con Mike, cuando entró Lori a la oficina como la furia de Dios.

—Nicolás de la Cruz, eres un soberano cabrón —soltó Lori hirviendo de indignación.

Nick levantó la ceja un poco sorprendido del exabrupto de Lori.

—¿Por qué? Acabamos de firmar un jugoso contrato con Peter para extender la campaña a todos los hoteles.

Los ojos de Mike tenían un brillo inusual.

—Julia esta inconsolable ¿te das cuenta? Eres el amor de su vida y la dejas plantada después de haber hecho una excelente labor.

—¿De qué estás hablando? —La miró fijamente, lleno de inquietud y confusión.

—Espero, que el que hayas vuelto con ella, no haya sido una mezquina venganza tuya, para hacerle daño y después largarte con viento fresco.

—¿Cómo te atreves? Yo amo a Julia.

Lori asintió satisfecha, quería estar segura de los sentimientos de Nick.

—Entonces ¿por qué no la has llamado? Piensa que no quieres saber nada de ella. —Su voz reflejó el alivio que sintió al escucharlo.

—Estoy molesto, quería que ambos reflexionáramos —farfulló Nick con el ceño fruncido, algo apenado y ofendido continuó: — ¿Por qué te estoy dando a ti explicaciones?

—Porque te sientes culpable de no haberla llamado en dos días. En ese tiempo pueden ocurrir muchas cosas.

—¿Cómo qué? —soltó Nick con semblante preocupado.

—No sé, dime tú —contestó Lori en tono cortante y el hombre se la quedó mirando, tratando de adivinar que había detrás de sus palabras.

Nick llamó a Julia al móvil, pero el aparato saltó a buzón. Llamó a la oficina.

Después de despedirse de la breve llamada, con gesto alarmado se dirigió a Lori.

—¿Sabes si Julia está enferma?

—Sí —contestó ella ambigua.

—¿Qué tiene? —Nick se puso la chaqueta y agarró el maletín.

—Seguramente es un virus, está indispuesta, como si estuviera incubando algo.

Nick salió enseguida de la oficina, al pasar le dijo a Jane:

—Voy a estar fuera todo el día, si surge algo, llámame al móvil.

Mike y Lori quedaron solos en la oficina.

—Eres una guerrera ¿lo sabías? —dijo Mike con un tono de voz seductor.

—¿Qué te pasa? —Lori estaba sorprendida pues Mike nunca había mostrado interés en ella, solo para criticarla en su trabajo.

—Absolutamente nada. Es un cumplido —contestó Mike.

—¡Oh,vamos! Tú nunca me dedicas un cumplido, siempre estás criticándome.

—¿Sabes? Creo que nunca te había visto de la forma que te estoy viendo

ahora.

“Me viste, mejor dicho, hiciste más que ver, pero no lo recuerdas”

—Mike, ponte serio, vamos a trabajar, traje unas ideas de marketing que quiero comentar contigo.

—A veces eres imposible —replico él. Decidió dejarlo ahí, no estaba para entablar relaciones y menos con la hermana de uno de sus mejores amigos. Aunque Lori lo llamaba, con su cuerpo, su sonrisa y su descarado. No podía; él no le hacía bien a nadie.

—Lo sé y no sabes cuánto lo disfruto.

Nick llegó a casa de Julia en menos de quince minutos, se coló en el momento que alguien entraba al edificio, tocó la puerta del departamento. Julia tardó un poco en abrir.

—Nick.

Él entró, la abrazó y la besó como si hiciera meses que no la viera.

—Me hiciste falta, mi amor, mucha, mucha falta —susurró Nick, mientras la arrinconaba en la primera pared que encontró, sin dejar de besarla y acariciarla—. Perdóname sé que debí haberte llamado, pero estaba molesto y quería calmarme ¿Me perdonas?

—Yo soy la que tiene que pedir perdón Nick, pues por mi estupidez e inseguridad, hemos perdido siete años de nuestra vida —Julia lloraba inconsolable.

—Vamos mi amor, estamos juntos de nuevo, nos amamos, nos vamos a casar, nada más importa, no quiero verte llorar más, recuerda lo que hablamos, no era nuestro momento.

—Déjame explicarte algo, cuando le pedí a Lori que hablara con Beth, tú y yo no habíamos vuelto aún y después me olvidé.

Nick la miraba preocupado, tenía mal semblante, estaba pálida y con ojeras.

—Julia la confianza es la base de todo.

—Lo sé y estoy trabajando en eso. Nick yo te adoro, eres el hombre de mi vida, no se te olvide.

Nick asintió y con la mirada le dijo a Julia lo que no podían transmitir las palabras. Le secó las lágrimas con los pulgares y le acarició la cara con

ternura.

Julia se fue calmando poco a poco.

—¡Qué facha tengo!

Vestía un pantalón de hacer gimnasia, una camiseta vieja y el cabello recogido en una moña suelta.

—Para mí estás hermosa, como siempre.

Además, pensó, no le iba a durar ni un minuto más lo que tenía puesto, porque tenía otros planes. La llevó al sofá mientras la abrazaba. Empezó a besarla con ternura, luego con pasión. Ella prácticamente le chupó los labios, introdujo la lengua en su boca, interrumpió el beso.

—Mi amor, tengo que decirte algo.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó afanado por sacarle la camiseta e imaginándola debajo de él.

Julia hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué pasa? —Recordó las palabras de Lori y se sintió apenado por su precipitación—. Lori me dijo que estabas enferma, que estabas incubando un virus.

—¡Un virus! ¿Cómo se atreve a llamar virus a mi bebé? —soltó Julia ofendida.

Nick quedó como una estatua, se puso pálido y con un temblor en la voz preguntó:

—¿Estás embarazada? —La miraba con los ojos como platos y a punto de sufrir un shock.—, ¿Estás segura?

—Sí —contestó ella ilusionada—, compré una prueba, me la hice hace dos días y dio positiva. En la tarde tendré mi primer control.

—¡Nuestro primer control! ¡Mi amor! —dijo él exultante. La abrazó, la alzó, la sentó en sus rodillas y la siguió besando con ternura—. No sabes lo feliz que soy, ojalá sea una niña con tus ojos, ojalá nuestros hijos sean iguales a ti. Era tanto el amor en su mirada, que Julia lo besó con ternura.

—Serás un magnífico padre.

Nick de pronto, la miró serio, se reprendió al ver las ojeras, la palidez de su semblante y los ojos hinchados por culpa de las lágrimas.

—He sido un imbécil. No quiero que llores más ¿Cómo te sientes? Nos casaremos en una semana —le salían las palabras a borbotones, por culpa de los nervios—. ¿Ya desayunaste? Estás pálida, voy a preparar unas tostadas con té.

La dejó en el sofá y se dirigió a la cocina. Revolvía en muebles y cajones.

—Era lo que comía mi hermana, cuando estaba embarazada.

Nick no podía callarse, era mucho lo que profesaba, lo que quería expresar. Sentía el corazón hinchado a punto de estallar ¡Un hijo! y con el amor de su vida, ¡No lo podía creer! Por fin estaba en casa con su mundo ordenado como debía ser. Como siempre lo soñó.

Se devolvió a la sala sin el té, ni las tostadas; ella sonrió, ya se encargaría más tarde de eso.

—Te amo Julia, te amaré siempre, sin ti no soy nada.

Julia no pudo decir nada, se arrebujó contra su pecho mientras la mano de Nick se deslizaba con ternura por su vientre.

Epílogo

Julia escuchó la puerta del garaje y sonrió complacida ante el regreso de su esposo. Estaba afanada, preparaba la cena. Había llegado algo tarde de su reunión en la casa de acogida. Tan pronto se habían casado, se había dedicado en cuerpo y alma a la fundación. Ya contaban con tres sedes en otros estados del país. Julia era la presidenta de la junta directiva.

—Hola mi amor —se acercó Nick por detrás, le dio un beso en la boca y enseguida preguntó—. ¿Mis pequeños diablillos, dónde andan?

—Tus diablillos están en el cuarto de los juegos. Carmen, se fue temprano a casa, su madre sigue enferma.

Carmen era la niñera que los acompañaba desde hacía seis años.

—Voy a saludarlos y te ayudo con la ensalada —le guiñó un ojo, le palmeó el trasero y subió corriendo a ver a sus hijos.

—¡Más te vale! —Julia sonrió. No se cansaba de dar gracias por tantas bendiciones en su vida; un amor incondicional, unos hijos maravillosos, aunque a veces la hicieran querer salir corriendo, pero era la energía normal de la niñez. Danielle de siete años, perfilaba una fuerte personalidad, era la más parecida a ella. Susan era todo amor y protección a cuanta criatura se encontraba por el camino: perros, gatos, pajaritos, tenía cinco años y el pequeñín, que llegó una tarde de invierno a darle más felicidad al hogar, se llamaba Benjamín con apenas dos años, era igual a su padre.

—¡Julia! —bramó Nick, desde arriba.

Ella soltó lo que estaba haciendo y subió las escaleras de dos en dos. La escena que observó, casi la hace partir de risa, pero no podía hacerle eso a su Ben. Puso cara de dignidad ofendida.

—¡Niñas! Esto es el colmo, no pueden hacerle eso a su hermano.

Nick apenas podía hablar.

—Lo van a cambiar enseguida, le limpian la cara y me recogen el desorden ¡Ahora!

Susan corrió enseguida a obedecer. A Danielle lo único que le importaba era la mirada de su padre y como fue fría, no tuvo más remedio que hacer caso. Danielle adoraba a su padre y él se moría por ella, no era que no

quisiera a sus demás hijos, pero el amor por ella le asfixiaba el corazón.

Habían vestido al niño con uno de los trajes cortos de Danielle. Lo habían maquillado y le habían puesto un sombrero que Julia utilizaba para arreglar el jardín.

Benjamín, ni cuenta se daba, reía y disfrutaba ser el centro de atención. Corrió hacia los pies de su padre agarrándose a sus rodillas —papa, papa, papa—. Alzó los bracitos para que lo alzara.

—Ven aquí hijo —Nick lo levantó y miró dolido a Danielle—. Yo te limpiaré, ustedes ordenen todo.

Salió de la habitación con el pequeño.

—Niñas ¿Cómo pudieron?

—¡Ay mamá, no hagas tanto escándalo! —Danielle la miró con suficiencia—. Tú hiciste lo mismo con mi tío.

—¿Quién te lo dijo? —inquirió Julia.

—Pues él mismo —remató Susan, que hasta el momento permanecía callada.

“*Gracias hermanito*”, pensó Julia.

—Yo sé que es solo un juego —Julia echó un vistazo a las chicas y después, fijó su mirada en Danielle. La conocía como a la palma de su mano y lo hacía porque estaba celosa y era una manera de llamar la atención de su padre, que en esos días le dedicaba más tiempo a Benjamín por una afección a los oídos. A Susan no la consideraba competencia, pero al chico sí—, pero Benjamín está creciendo y necesita definir su papel de niño o como te sentirías sí cuando esté más grande fuera a tu escuela vestido de mujer.

—No volvería nunca —remató la chica.

—Yo tampoco —dijo Susan imaginándose la escena.

—Entonces ¿son conscientes de que hicieron algo que no está bien? —Ambas hicieron un gesto afirmativo con la cabeza— ¿Bueno, qué sugieren que hagamos? —preguntó Julia con seriedad.

—Pediremos disculpas mami y prometemos no volverlo a hacer —contestó Danielle.

—Bien. Terminen de recoger todo. Lávense las manos y las espero abajo para que me ayuden a poner la mesa. Su papá y yo pensaremos en un castigo para ustedes.

Bajó de nuevo a la cocina. Nick estaba con su pequeño alzado mientras alistaba los ingredientes para la ensalada.

—Crisis superada. —Julia lo miró para detectar su estado de ánimo.

—Está bien, no creas que no me doy cuenta lo que pretenden mis chicas. Danielle está celosa como un demonio, porque cuide a Ben todo el tiempo que tuvo fiebre.

—Lo sé —contestó sonriendo—. Sigues despertando fuertes sentimientos en las mujeres.

Nick alzó la mirada y una sonrisa pícará vistió su semblante.

—Solo me interesan los sentimientos de tres mujeres.

—Vaya, vaya y pensar que hace tiempo era yo la única —contestó Julia con ánimo bromista—. Me pregunto ¿qué tendré que hacer para llamar tu atención?

Julia, le acarició el pecho, le besó el cuello y suspiró sobre sus labios.

—Sigue así, amor mío, sigue así.

Agradecimientos

A todas las personas que me ayudan a que mis sueños se hagan realidad. A mi esposo Roger, por la paciencia que me tiene cuando me ausento, así esté en las cuatro paredes de mi hogar, a Patricia Patiño, por querer mis historias, a Sheila Irizarry por sacar tiempo de sus múltiples actividades para leer lo que deseo contar, a Clau Pradenas por sus comentarios y a Mariana Sciacca por todo el tiempo dedicado a revisar el texto. No podía dejar pasar el momento sin dejar de agradecer a Nadia Salamanca por su talento para crear la portada, por la infinita paciencia que me tiene para que ustedes puedan disfrutar de la historia. Gracias, mil gracias.

Serie Un amor para siempre

Hermosa locura.
Perdido en tu piel.
Cerca de ti.

Sobre la autora

Isabel Cristina Acuña C.

Nació en Bogotá, Colombia. Estudió Bacteriología, carrera que ejerció por más de quince años. Actualmente está radicada en la ciudad de Barranquilla, donde escribe su próxima novela.

Es una apasionada de la lectura desde los once años, cuando recibió su primera novela de regalo: María, de Jorge Isaacs. Además de leer le encanta escribir. Sabe que es un camino largo y de mucho aprendizaje. Es participante del Taller Literario José Félix Fuenmayor hace dos años.

Publicó la novela DE VUELTA A TU AMOR en la plataforma de Amazon el 27 de enero de 2013 ocupando casi enseguida los primeros puestos en la categoría de Best Sellers en Romántica Contemporánea y permaneciendo en el Top 100 general de dicha plataforma durante más de ciento cuarenta días.

Publicó el epílogo DE VUELTA A TU AMOR llamado LA UNIÓN a pedido de sus lectoras el 25 de septiembre del 2013.

Publicó DE VUELTA A TU AMOR/LA UNIÓN el 18 de febrero del 2014, bajo el sello Zafiro de editorial Planeta.

Publicó la novela ENTRE EL VALLE Y LAS SOMBRAS en la plataforma de Amazon el 25 de mayo del 2014 ocupando enseguida los primeros lugares en la categoría de Best Sellers en Romántica Contemporánea y permaneciendo más de 90 días en el top 100 general.

Participa de forma activa en las redes sociales y tiene un blog en el que da su opinión sobre literatura romántica.



[1]

Meme: personaje de la novela Cien años de soledad